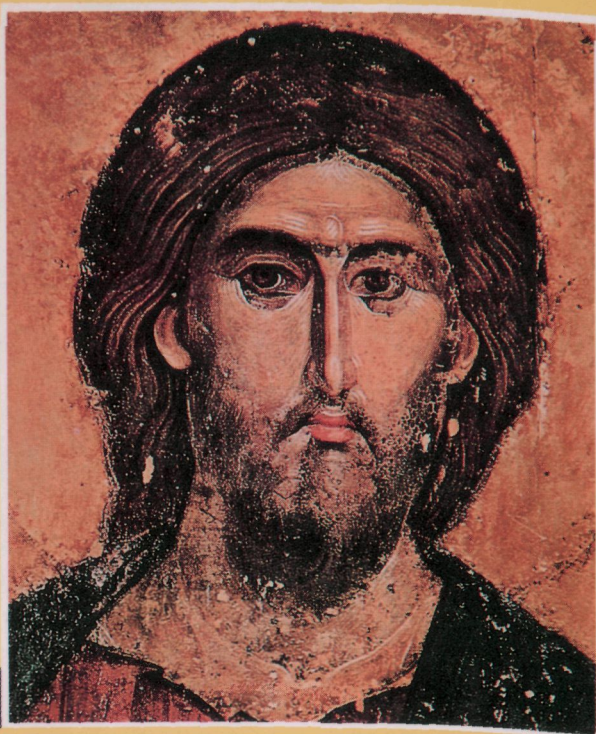


Ignacio Larrañaga

EL POBRE
DE
NAZARET



IGNACIO LARRAÑAGA

**EL POBRE
DE NAZARET**

EDICIONES PAULINAS

“Nada es como es,
sino como se recuerda”.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

© Ediciones Paulinas 1990 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
© Ediciones Cefepal. Santiago de Chile 1990

Fotocomposición: Marasán, S. A. San Enrique, 4. 28020 Madrid
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28960 Humanes (Madrid)
ISBN: 84-285-1329-5
Depósito legal: M. 10.785-1990
Impreso en España. Printed in Spain

Capítulo 1
Una larga noche

Subir a Jerusalén

HABÍAN transcurrido aproximadamente dos jornadas desde que salieron de Nazaret. La primavera había estallado silenciosamente, y el valle de Esdrelón era una alfombra verde y perfumada. Entre cánticos y alleluias, los peregrinos habían avanzado durante dos días por una ruta bordeada por una explosión de arbustos, retama, enebro, mirto, jara, todo reventado en flor, y teniendo siempre a la vista, a lo largo del trayecto, el macizo del Tabor.

Familiares, vecinos y amigos de Nazaret, formando una compacta caravana, se habían congregado en un punto determinado de la aldea para partir todos juntos en peregrinación hacia la Ciudad Santa. Y, después de rezar dos salmos, habían partido, en efecto, alegremente, como quien va a una fiesta, unos montados en sus jumentos, otros a pie, y todos vestidos con sus típicos trajes de peregrinos y calzando sandalias atadas con tiras de cuero, y con suficientes provisiones para el viaje. La peregrinación duraba aproximadamente cuatro jornadas; y, jalonando el camino con bendiciones y cánticos, los peregrinos habían penetrado profundamente en la quebrada geografía de Samaría.

El viaje ya no era una aventura peligrosa, como en otros tiempos. Unos años antes, Arquelao había sido de-

puesto y, por primera vez, Roma había designado a un Procurador. Los caminos estaban bien protegidos y defendidos contra los eventuales asaltos, cosa muy frecuente en aquella región.

Probablemente, era la primera vez que Jesús subía en peregrinación a Jerusalén. Estaba por cumplir los trece años, edad en que la Ley consideraba al israelita como mayor de edad. Desde este momento, el adolescente era considerado como *Bar Mitzáh*, condición social que le permitía al joven leer el *Toráh* en público, pedir aclaraciones y expresar sus opiniones.

Por lo que luego sucedió en el templo, podemos conjeturar que el Adolescente tenía, para esta época, altas experiencias espirituales, desproporcionadas para su edad, y de una profundidad probablemente desconocida hasta para sus propios padres, si tenemos en cuenta la manera como éstos reaccionarían después, en el templo.

Un día, sus padres, después de haber deliberado entre sí, se decidieron a invitar al Hijo a participar por primera vez en la peregrinación. No sabemos qué sucedió en su interior. Aves bulliciosas debieron alzar el vuelo en su alma juvenil. Sensible como era, sus cuerdas debieron entrar en una desusada vibración y, seguramente, vivió los días precedentes a la peregrinación en un alto voltaje emocional. Y aunque es verdad que el Padre habita en el corazón del hombre y es ahí donde se debe adorar, para la tradición israelita el Único reside en su templo, igual que antiguamente en el Arca; y, por eso, es necesario subir al templo de Jerusalén para adorarlo.

* * *

Continuaron avanzando los peregrinos, y pasaron junto a una colina escarpada, donde se alzaba la ciudad de Samaría, que evocaba una historia dolorosa para el pueblo de la Biblia. Efectivamente, en el año 880 antes de Cristo, el rey Omri, en una acción cismática, se desprendió del reino de Judá y fundó un nuevo reino, el de Israel. Omri compró una abrupta elevación, que constituía una excelente defensa natural, a su propietario She-

mer; y allí fundó y levantó la capital del nuevo reino, que tomaría su nombre de su antiguo propietario, llamándose Samaría. Durante casi ochocientos años esta capital sufrió las más violentas alternativas, hasta que, finalmente, el rey Herodes la fortificó y la dotó de suntuosos templos y palacios, denominándola *Sebastos*, término griego que significa *augusto*, en honor de Octavio César. Recuerdos tristes para cualquier israelita.

Los peregrinos continuaron recorriendo el territorio samaritano, atravesando el estrecho paso que se abre entre los montes Ebal y Garizin. Se detuvieron, sin duda, en Siquem, para calmar su sed y recuperar fuerzas. Y, luego de varias horas de camino, surgió de pronto ante los asombrados ojos de los peregrinos, como un sueño de luz sobre el horizonte, la espléndida vista de Jerusalén, abrazada por sus murallas; y, sobresaliendo como una brillante visión sobre una colina, el templo herodiano en todo su esplendor, visible desde muchas leguas a la redonda. Un anhelo incontenible, encerrado y cautivo en sus galerías interiores, saltó a las gargantas de los peregrinos y estalló al unísono: ¡Oh Jerusalén! Y, enseguida, de todas las bocas brotó también unánimemente el salmo 122: “¡Qué alegría cuando me dijeron...!”

El Adolescente miraba y guardaba silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer? Un torrente no se puede canalizar por un surco, ni encerrar un vendaval en una gruta, ni la pasión del mundo meterla por el agujero de una flauta. Sólo el silencio puede contener lo infinito. El Adolescente miró y guardó silencio, y en su silencio se agitaron las vastas corrientes de los mares, la vibración de las arpas y el eco de los siglos, todo envuelto en la infinita ternura del Padre. ¡Oh Padre!

Después de este desahogo emocional, los peregrinos reemprendieron la marcha. Descendieron por los bordes del monte hasta el arroyo Cedrón, que flanquea el Monte de los Olivos, y, subiendo por el collado Moriah, entraron en Jerusalén por una de las puertas de Oriente, llegando a la piscina de Betesda, donde se lavaron, refrescaron y saciaron su sed.

* * *

El Adolescente debió vivir las solemnidades pascales con su mirada fija más hacia adentro que hacia afuera. Comenzaba a asomarse al balcón de la vida, y, como todo adolescente, debió caminar de impacto en impacto al contemplar las ceremonias rituales y ver los corderos degollados, viendo desfilar a los oficiantes y observando cómo los levitas rociaban el altar con la sangre de los sacrificios y asaban luego la carne sacrificada.

Seguramente era la primera vez que el Adolescente presenciaba un ritual sacrificial tan solemne; y pudo haber tenido, frente a él, dos reacciones distintas y hasta contrarias. En primer lugar, pudo haberlo vivido moviéndose al interior de la ceremonia con una hondura y novedad nunca experimentadas por ningún otro. Si fue así, jamás la materia y el espíritu habrían llegado a una tan alta fusión como en estos días.

En segundo lugar, el Adolescente pudo haber sentido horror y repugnancia por aquellos ritos, en los que había tanta destrucción de seres vivientes y tanto inútil derramamiento de sangre. Si leemos atentamente los Evangelios, comprobaremos que Jesús es un hombre de una excepcional sensibilidad. Por los detalles descriptivos de las parábolas podemos deducir que quien se expresa con tanta vivacidad ha debido tratar con mucha simpatía y ternura a los corderos, los gorriones, los trigales y a toda criatura viviente.

Si ése fue el talante de la personalidad de Jesús, ¿no habría sido más bien negativa su primera impresión de los sacrificios rituales, a sus doce años? No nos consta, por ejemplo, que Jesús hubiera asistido a un culto sacrificial en los días de evangelización. Pocas veces acude al templo, y cuando lo hace no es para ofrecer sacrificios, sino para el ministerio de la palabra. Para orar no se dirigirá al templo ni a la sinagoga, sino a los cerros solitarios. Tampoco nos consta que hubiera llevado alguna vez a sus discípulos para participar en la liturgia del templo, ni que se lo recomiende. Por estas y otras circunstancias similares, bien podríamos concluir que las primeras impresiones de Jesús en el templo podrían no haber sido muy positivas.

El drama de un Adolescente

Pero debió haber mucho más: algo importante debió suceder por esos días en el mundo interior del Adolescente. “Crecía en las experiencias divinas y humanas” (Lc 2,40). Jesús estaba comenzando a atravesar la etapa de la adolescencia, quizá con una madurez prematura, lo que cabría deducir por su actitud de autonomía, al quedarse en el templo sin pedir autorización a sus padres.

Ya sabemos qué cosa es la adolescencia: lago agitado, vientos que golpean, impresiones que desconciertan; en fin, la travesía de un remolino. Un día Jesús escalará las altas cumbres donde duermen las tempestades; pero hoy siente en sus horizontes vacilaciones e incertidumbres: ¿a dónde debe dirigir sus pasos?, ¿qué rumbos y qué destino tiene marcados el Padre para él?, ¿qué hacer ahora mismo?

Teniendo presente la escena que vamos a analizar (el hecho de quedarse en el templo), bien podríamos concluir que en estos días debieron ocurrir en las profundidades del Adolescente grandes novedades, fuertes experiencias espirituales; misteriosas fuerzas debieron agitarse, no exentas de perplejidades y sobresaltos. Además de verdadero Dios, Jesús era también verdadero hombre; y todo adolescente es eso: inseguridad, búsqueda, inestabilidad.

¿Qué experiencias espirituales podría haber vivido el Adolescente en esos días, que le impulsaron a tomar la decisión de quedarse en el templo? Asomémonos cautelosamente, con temor y temblor, al Misterio Infinito, llevando en las manos, como única luz, una tea hecha de conjeturas y deducciones. El Adolescente debió sentir todo peso de la gloria divina en un contraste: en Nazaret era todo tan vulgar, y aquí, en Jerusalén, todo tan espléndido: tanto esplendor y tanta maravilla para realzar al Maravilloso. El Adolescente debió sentirse tan abrumado por el peso de tanta gloria, vencido por la enorme realidad de Dios, que, seducido y cautivado, decidió quedarse en el templo. ¿Con qué finalidad? ¿Para dedicarse al ser-

vicio divino? No lo sabía exactamente. En todo caso, no se perdió, se quedó.

* * *

¿Cuántos días permanecieron los vecinos de Nazaret en la Capital teocrática? No había normas establecidas, ni siquiera costumbres. Se supone que habrían permanecido cuatro o cinco días en torno a la fecha sagrada del 14 de Nissán. Saciado su espíritu de novedades, rebosante su alma de fervor, y muy satisfechos todos, los nazaretanos emprendieron el viaje de regreso a su aldea.

En las tradiciones caravaneras del Oriente no había normas rígidas de disciplina. Al contrario, lo normal era que, a lo largo del trayecto, el grupo general se dividiera y subdividiera con gran espontaneidad, habitualmente hombres con hombres, jóvenes con jóvenes, mujeres con mujeres, a relativa distancia unos subgrupos de otros. Sólo por la noche, al llegar al albergue donde se proponían pernoctar, se congregaba toda la comitiva.

A los doce años, un muchachito a punto de entrar en la mayoría de edad compartía, sin duda con mucha espontaneidad y vitalidad, esta elasticidad de las costumbres de las caravanas. En este contexto, María y José no tenían por qué preocuparse, y así, no se pecataron durante toda la jornada de la ausencia de su hijo. Pero al final del día, al reunirse todos los subgrupos, lo buscaron sin encontrarlo. Recorrieron, no sin ansiedad, todos los grupos familiares, preguntaron una y otra vez a parientes y conocidos, pero todo fue en vano: nadie había visto al niño.

No se quedaron, sin embargo, con los brazos cruzados. Al día siguiente, se incorporaron a la primera caravana que pasó por el lugar y regresaron a Jerusalén; e inmediatamente, “angustiados”, se lanzaron al torbellino de las calles de la ciudad. Por esos días, Jerusalén era un mar agitado y crecido repentinamente por la confusión de idiomas, de gentes venidas de los rincones más remotos del Imperio. Según los historiadores, Jerusalén tendría en esa época aproximadamente 250.000 habitantes;

y se calcula que, con la afluencia de peregrinos, esa cantidad se duplicaba.

Llegaron al templo: caravanas de peregrinos que entran y salen; una barahúnda enloquecida de sacrificios, ofrendas y ceremonias rituales; un movimiento hirviente y estridente de animales para el sacrificio: toros, corceiros, aves; y tenderos, buhoneros, vendedores ambulantes... Los esposos miran, preguntan, recorren las distintas dependencias del templo. Saltan de nuevo a las calles, recorren plazas y mercados, se asoman a todos los recovecos una y otra vez, dentro y fuera de las murallas, sin apenas dormir, sin tiempo para alimentarse, devorados por la incertidumbre y la ansiedad.

Al tercer día, nuevamente en el templo. Después de volver a recorrer todos sus recintos y asomarse a todos los patios, de pronto divisaron a lo lejos, al amparo de un pórtico, a un grupo de ancianos, de túnicas blancas y largas barbas, arremolinados en torno a un jovencito. Se aproximaron al grupo, y... ¡era él!

Se quedaron contemplándolo, a cierta distancia, sin abordarlo. No podían dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos. ¿Su pequeño preguntando, respondiendo y discutiendo con los doctores? Contrastadas emociones se agolpaban al espíritu de María y José: la ansiedad de la búsqueda a lo largo de tres días se trocaba ahora en la alegría del encuentro; la alegría, a su vez, en estupor ante esta escena. Y todos estos sentimientos juntos se fundían, finalmente, en un inmenso signo de interrogación sobre la personalidad de su pequeño, que los estaba trayendo de sorpresa en sorpresa.

La Madre no pudo más. Lo llamó por su nombre. Se abrazaron sin decir una palabra. Lo tomó de la mano y, sacándolo del recinto sagrado, y ya segura de haberlo recuperado, abrió su corazón y dio rienda suelta a la tensión retenida durante tres interminables días: —“¿Hijo, por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, andamos buscándote” (Lc 2,48).

Hubo un breve momento de silencio. El Hijo levantó los ojos y, mirándole al rostro a su Madre, dijo: —Madre mía, ¿por qué me buscaban? Mi Padre es mi madre. Un

meteoro puede salirse de su órbita y perderse en los espacios siderales, pero yo vivo acurrucado en el hueco de su Mano, y no puedo perderme. Falla un eslabón y falla toda la cadena de las generaciones, pero una corriente inmortal nos une al Padre y a mí, y así, somos una cadena sin eslabones. Nunca me pierdo, Madre: en la arena del desierto, en el seno del mar, en los cerros soleados, siempre estoy solo, pero nunca solitario; perdido, sí, pero a la vez encontrado. Una potente borrasca ha pasado por mí, Madre, y me ha arrancado del surco, y no puedo hacer lo que quiero. Desdichada la Madre a quien le ha tocado en suerte tan extraño Hijo. Prepárate, porque tú también tendrás que pasar por las manos de una tempestad, pero, después, tus pacientes manos y tu ansiosa mirada cobijarán la orfandad del mundo. Discúlpame, Madre; también yo hago lo que no quiero, sino lo que mi Padre quiere. Y ahora, vámonos a Nazaret; allí nos espera una larga noche.

* * *

Lucas nos informa que sus padres no entendieron la respuesta (“¿No sabían que debo dedicarme a las cosas de mi Padre?”, Lc 2,49). ¿Qué es lo que no entendieron? ¿Las palabras? Las palabras, en su significado directo, estaban claras. Lo que no entendieron fue el contenido y el alcance de esas palabras, y, sobre todo, la actitud del niño; señal evidente de que el misterio profundo del Hijo estaba total o parcialmente velado a sus padres. En este sentido, el Evangelio nos entrega noticias contradictorias. Por un lado, el ángel informa a María: “Será llamado Hijo del Altísimo...” (Lc 1,32); y ahora, por otro lado, justamente ahora, cuando en esta respuesta nos llegan ecos lejanos de aquellas antiguas palabras de la Anunciación, ahora resulta que la Madre no entiende nada.

¿Qué había pasado? ¿Cómo se explica esta amnesia? ¿Se había esfumado el resplandor de la Anunciación en el polvo del camino, ante la vulgaridad de la vida cotidiana, tan monótona y prosaica? ¿Se habría decepcionado la Madre, también ella, en vista de que nada extraordina-

rio sucedía, temiendo haber sido víctima de una alucinación?

Hubiésemos esperado que la escena del templo hubiera entreabierto la puerta del misterio del Hijo a los ojos de los padres. Pero no; lo que sucede, al parecer, es lo contrario: parece un misterio fugitivo, alejándose cada vez más. Lo único que sabemos es que, ciertamente, a la Madre no se le dieron las cosas hechas, acabadas y definitivas, sino que ella, al igual que los demás peregrinos, tuvo que recorrer el camino de la fe hacia el conocimiento del misterio trascendente de su Hijo, buscando y meditando en su corazón.

El Pobre de Nazaret

El silencio se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nadie ha visto ni una centella de su fulgor. El Pobre vivió exiliado en la vecindad de la sombra, mientras la sangre circulaba en sus dilatados valles.

Siendo el eje de la historia, su punto de arranque y su consumación, Cristo tendría todos los derechos a que su persona y su vida contaran con una comprobada documentación, accesible a cualquier historiador creyente o agnóstico. Pero no, él es también un exiliado de la historia. Las fechas cruciales de su cronología, como la de su nacimiento, el inicio de la evangelización, su Pasión y muerte, todo está envuelto en la niebla, sometido a la discusión y a la duda.

Igualmente existen grandes lagunas sobre los itinerarios que siguió Jesús en su actividad evangelizadora, así como en la ubicación topográfica de sus andanzas apostólicas. En síntesis, no nos podemos dar el lujo de disponer y ofrecer una biografía documentada, históricamente convincente, porque lo que nos ha transmitido la comunidad creyente primitiva es una amalgama de elementos históricos de mayor o menor autenticidad, y confesiones de fe, de tal manera entremezcladas que resulta difícil desdoblarse el Cristo de la fe y el Cristo histórico, con el agravante de que los cimientos de este Cristo his-

tórico difícilmente resisten un severo análisis de acuerdo con los principios de una historiografía rigurosamente crítica.

Las fuentes antiguas no cristianas nos han transmitido unas pocas e insignificantes noticias sobre Jesús. Encontramos algunas noticias directamente referentes a los cristianos, e indirectamente a Cristo, en los historiadores Tácito, Suetonio, Plinio el Joven.

Lo que resulta chocante, casi increíble, es el silencio casi total que guarda el historiador judío Flavio Josefo sobre Jesús, cuando, por contraste, dedica, por ejemplo, largas páginas a Juan Bautista y a otras figuras desconocidas. Si miramos a través del prisma de las fuentes no cristianas, podemos concluir que Cristo fue una figura históricamente oscura e irrelevante, un verdadero Pobre en la perspectiva de la historia de los hombres.

Una buena parte de los habitantes de Galilea no eran judíos, sino “gentiles”, e incluso los judíos de esta región eran despreciados por los capitalinos y considerados como relajados e ignorantes en los asuntos de la Ley. En su libro *Antigüedades judaicas*, Flavio Josefo nombra más de 400 poblados de Galilea, pero Nazaret no está entre ellos; tampoco aparece en las páginas del Antiguo Testamento. Para los geógrafos, historiadores y polígrafos de la antigüedad, Nazaret no existe.

Aunque Lucas califica a Nazaret con el término “ciudad”, en realidad no pasaba de ser un minúsculo villorrio compuesto de 20 ó 30 familias dedicadas al pastoreo, la agricultura o la artesanía; y que vivían en una especie de grutas excavadas en las laderas de una colina, con una puerta de entrada y, en el mejor de los casos, una pequeña ventana. El conjunto del poblado estaba circunscrito a los límites marcados por la línea de los sepulcros, una línea trazada por la moderna investigación arqueológica. En las medidas actuales, Nazaret ocupaba, en total, un espacio equivalente a unas tres manzanas o cuadras.

* * *

La estrella se detuvo en Nazaret; y esta vez la estrella no era un chorro de luz, sino un resplandor oscuro.

Si nos impresiona la figura de un Cristo despojado de todo relieve histórico, la bóveda del silencio que se cernió sobre Nazaret para cubrir obstinadamente los treinta primeros años de Jesús, rompe todas las coordenadas del sentido común y vuelan por los aires nuestros cálculos de probabilidad y nuestra capacidad de asombro.

De estos treinta oscuros años los evangelistas no nos informan absolutamente nada, salvo que “estaba sujeto” a sus padres. Todo lo demás es silencio, señal evidente de que la tradición no había proporcionado ninguna información acerca de esos años. La comunidad cristiana primitiva no disponía de la más remota referencia sobre esos años como para entregarla a los reporteros (evangelistas), que ávidamente buscaban noticias: nada se había filtrado sobre esos años, todo había quedado sepultado en la urna del olvido para siempre.

Pero hay algo más. Bien sabemos que, una vez que la comunidad primitiva confesó a Jesús cómo *Kirios* (Señor Dios), nació entre los hermanos una ansiosa avidez por rescatar todos los recuerdos sobre Jesús, y, naturalmente, los hermanos escarbaron exhaustivamente en el único lugar de la noticia sobre esos años: María. Y así, hoy día disponemos, por ejemplo, de los llamados *evangelios de la infancia*. Y, ¡cosa increíble!, la Madre, realizando seguramente esfuerzos supremos para extraer del inmenso pozo de esos treinta años algunos episodios relevantes o simplemente interesantes para ser narrados, no encontró nada válido, nada que, a su entender, mereciera la pena resaltarse o consignar, sino la escena de los doce años en el templo.

¿Cómo entender esto? Dios ha llegado para desbaratar nuestros cálculos de probabilidad.

El Único se ciñó una triple corona: la Pobreza, la Soledad, el Silencio; y, ceñido con esta corona, se sumergió en las oscuras aguas del anonimato en la quietud de una larga noche. Los planetas se pararon, el pulso del mundo se detuvo y la claridad fue devorada por la penumbra. ¿Y en dónde se ocultó Dios? En el cautiverio lo encontrarán: hizo del silencio su música y de la soledad su morada. ¿Que sucedió, pues? ¿Dónde quedaron los sistemas,

los modelos, los valores, las eficacias? Todo se lo llevó el viento. En adelante, sólo quedan en pie la Pobreza, el Silencio, la Soledad.

Un silencio ante el que nosotros nos quedamos mudos, como ante una noche impenetrable. Y una noche poblada de preguntas: ¿Qué pretendía el Pobre de Nazaret con esta actitud? ¿Para qué se encarnó entonces, si no se manifestaba al mundo? ¿Acaso encerraba todo esto alguna aterradora lección sobre la eficacia de la ineficacia, sobre la utilidad de la inutilidad?

De tal modo fue *uno de tantos*, en la vulgaridad de Nazaret, durante treinta años, que les tomó completamente de sorpresa a sus paisanos, incluso a sus parientes, cuando un día se alejó de ellos y comenzó a hablar y a actuar: “¿No es éste el hijo del carpintero...?” (Mc 6,3). “Muchos oyentes quedaron atónitos, y decían: ¿de dónde le vienen a éste estas cosas?” (Mc 6,2). “¿No es éste el hijo de José?” (Lc 4,22). “¿Puede salir algo bueno de Nazaret?” (Jn 1,46). Estas y otras exclamaciones están indicando claramente hasta qué punto debió ser rutinaria y oscura su vida, y que no hay título más exacto para Jesucristo que éste: el Gran Pobre.

¿Cómo se explica este silencio?

Cristo comenzó, primero, por renunciar a todas las ventajas de ser Dios; y, después, se sometió a todas las desventajas de ser hombre de tal manera y con tal radicalidad que, llegado el momento del apuro, no se le ocurrió meter la mano en el bolsillo de su divinidad para sacar de ahí una carta mágica que lo liberara del susto de la muerte, de la decepción por la volubilidad de las multitudes, de la tristeza de la agonía, de la fatiga de los caminos, de los momentos de desaliento... Fue fiel al hombre hasta las últimas consecuencias.

No sólo descendió hasta las aguas infrahumanas cuando estaba clavado e impotente en la cruz, sino que, desde el comienzo, estuvo sumiso y obediente a la condición vulgar de cualquier vecino, sometiéndose siempre a las limitaciones inherentes a una raza y una aldea completamente irrelevantes, sin emerger jamás de la cotidianidad con sus pequeñas preocupaciones y necesidades, im-

plicado en los chismorreos del vecindario, sin aureola de santidad, sin ribetes de heroísmo, sin dejar huellas en la historia, sin levantar cabeza por encima de sus paisanos, simplemente como alguien que no es noticia para nadie y de quien no hay por qué preocuparse. El Hijo se sumergió en toda la densidad de la experiencia humana. Todo esto significa la encarnación del Hijo de Dios, acontecimiento por el que el Hijo se convirtió en el Gran Pobre.

Trabajando con sus manos

Una serie de circunstancias contribuyeron a forjar la rica personalidad de Jesús. En primer lugar, su condición de trabajador manual. No es un hombre que levante el vuelo a las nubes sobre unas teorías. Sus intuiciones y enseñanzas son concretas, realistas y tangibles, como el pedazo de madera en el que trabaja.

Según Marcos, la gente de Galilea exclamaba: “¿No es éste el artesano, el hijo de María?” (Mc 6,3). “¿No es éste el hijo del carpintero?” (Mt 13,55). ¿Artesano, carpintero? Sin duda, se trata de un mismo oficio; en substancia, un hombre que trabaja con sus manos en la madera y probablemente también en el hierro o en la piedra: un ebanista, un herrero, un albañil, alguien que se ocupa en las faenas de la construcción. Precisan los historiadores que la mayoría de los carpinteros de Galilea, en aquellos tiempos, eran asalariados itinerantes, que no realizaban sus tareas mayormente en su propio taller, sino que deambulaban por los pueblos y sus alrededores, atendiendo a las necesidades de cada momento: arreglar una ventana, levantar una pared, reforzar una puerta... Incluso es probable que Jesús trabajara en colaboración con otras personas para construir una casa o levantar una sinagoga; y, de todas maneras, el Pobre de Nazaret tuvo que alternar necesariamente con tejedores, curtidores, herreros, alfareros, y, ocasionalmente, tuvo que convivir con otros diferentes grupos sociales que también laboraban con sus manos, como labradores y pescadores... Poco a poco,

Jesús fue convirtiéndose en un experto trabajador que sabe calcular con precisión las medidas y las dimensiones, el precio y el valor de las cosas.

Más tarde, para explicar el misterio del Reino, utilizará la sabiduría adquirida a través de la realidad cotidiana: siempre hay peligro de que una brizna de biruta se incruste en el ojo (Lc 6,41); antes de levantar una torre hay que calcular bien la hondura de los cimientos (Lc 14,28); cuando la cosecha supera todas las expectativas, hay que ver la manera de ampliar los graneros (Lc 12,18); lo que sucede cuando se edifica sobre arena (Lc 6,48). Estuvo bien metido en la vida real, no sólo de su propio hogar y su oficio, sino también en la de sus vecinos: entiende perfectamente de las faenas de la siembra (Lc 8,5), de la recolección de los frutos y de la vendimia (Mt 21,34); sabe de las redes barrederas, y que los peces gordos van al canasto y los chicos se devuelven al mar (Mt 13,47), y cómo y cuándo se paga a los jornaleros en la plaza al cabo del día (Mt 20,8).

Siempre fue el carpintero de Nazaret. Su vida de trabajador manual lo marcó, y nos marcó. Fue el hombre que sabe de los problemas del pueblo, y fue ese pueblo, con sus problemas, el que le confirió su talante particular, su manera de ser, de hablar y comportarse. La vida le enseñó que no sólo la Palabra, sino la mano del hombre puede hacer milagros, como transformar un retorcido tronco de olivo en una hermosa cuna.

El libro

Es verdad que Nazaret tenía sinagoga, pero no tenía *Bet ha-Midrash*, es decir, una Escuela Superior donde se impartían altos conocimientos sobre la Ley por los escribas y doctores, venidos generalmente de la capital teocrática. Cuando, al inicio de la evangelización, se levantó Jesús en la sinagoga e hizo el comentario sobre un pasaje del profeta Isaías, los nazaretanos se quedaron estupefactos, sin poder creer lo que estaban oyendo. Lo habían conocido desde niño, y sabían muy bien que no tenía

estudios. En otra oportunidad dice Juan que “los judíos se maravillaban y decían: ¿Cómo éste sabe tanto sin haber estudiado?” (Jn 7,15).

Era, pues, voz común y cosa sabida que Jesús no había asistido a las escuelas superiores, ni tenía doctorados. Sin embargo, lo llamaban *Rabbi* (Maestro). Este título no tenía, por entonces, necesariamente significación académica. Quien había cursado estudios superiores de teología recibía el título de *escriba*; y aunque también a éstos se los trataba de *Rabbi*, este calificativo tenía resonancias mucho más amplias, y se aplicaba a personalidades de relieve, bien por sus conocimientos académicos, bien por otros motivos; por ejemplo, cuando alguien había alcanzado un notable y benéfico ascendiente sobre otros se lo consideraba maestro de vida o *Rabbi*. Éste fue el caso de Jesús. Sólo a partir del siglo II de nuestra era se le dio a este título una significación estrictamente académica.

En todo caso, al leer los Evangelios comprobamos que Jesús manejaba las Escrituras con seguridad y aplomo, y con tanta competencia como los doctores más versados en la Ley. ¿Dónde las estudió?

El Pobre de Nazaret no hizo una carrera eclesiástica, como lo hiciera Saulo de Tarso a los pies de Gamaliel, de quien recibió el grado académico mediante la imposición de las manos, gesto que se designaba como *semihá* o “apoyatura” de manos. Quienes aspiraban a ejercer cargos relevantes en la sociedad civil o en la estructura levítica asistían a las escuelas rabínicas. Pero el Pobre de Nazaret no tenía aspiraciones protagónicas ni vocación rabínica; y así, no buscó una preparación académica ni se relacionó con la clase sacerdotal. Fue un simple laico, considerado por los altos jefes de la Capital como un ignorante del País del Norte y como un entrometido en cosas que no entendía y no le competían.

* * *

¿Dónde estudió, entonces? Sin duda, en la sinagoga de Nazaret y en el oscuro taller de su propia casa, con

dos insignes maestros: María y José. Probablemente aprendió también en las sinagoga a leer y escribir, al menos los rudimentos, al igual que los nazaretanos de su edad, justamente con el objetivo primordial de estudiar la Palabra, si bien el quehacer fundamental de la escuela de la Sinagoga en relación con la Escritura no era leer, sino memorizar los textos transmitidos y recibidos oralmente. Como todo israelita, Jesús sabía de memoria muchos textos bíblicos, y probablemente todos los salmos.

En todo caso, sorprendemos a Jesús notablemente familiarizado con la Escritura, y nuestra sorpresa no se debe a la facilidad dialéctica con que maneja los textos sagrados, sino al hecho de que toda su mentalidad está impregnada por la inspiración bíblica. Su cosmovisión, su comprensión del alma y el destino de su pueblo, su sentido profundo y último de la Historia, en fin, toda su “filosofía” está empapada de espíritu bíblico, sin que vislumbremos ni por un instante un solo vestigio de cultura greco-romana. Incluso nos sorprende la destreza con que maneja la terminología bíblica.

Sin embargo, nunca fue esclavo de la letra; al contrario, valoró siempre y se supeditó más al espíritu que a la letra, más al contexto que al texto. Se movía con tanta soltura en el espíritu de la Biblia que podía darse el lujo de citarla, no textual, sino libremente, muy seguro de no equivocarse; y, por añadidura, de hacer también la correcta distinción entre la letra misma y la intención del autor sagrado (Mc 10,5).

La cultura bíblica recibida por Jesús en la sinagoga, y, sobre todo, la que, por ósmosis, fue absorbiendo de las entrañas mismas del pueblo en el que estaba inserto, fue para Él lo suficientemente eficaz como para transmitir su mensaje. Por eso hoy podemos hablar de la civilización judeo-cristiana, porque, debajo de la novedad del Evangelio, palpitan las verdades eternas de la Biblia con las que se alimentó y forjó el alma del Pobre de Nazaret.

Por la Biblia sabía que todos nacemos iguales y libres, y que, entre iguales, no pueden existir el atropello o la opresión; y, si los hubiere, sabemos que eso contradice la voluntad de Dios. Por consiguiente, toda forma de esclavitud es aberrante, como lo es el culto a los grandes de la tierra, y, sobre todo, la adoración de las estatuas, sean éstas de piedra, de carne o de conceptos. Por eso mismo, ningún otro pueblo opuso a los romanos una resistencia tan tenaz y suicida como los judíos, salvo, quizá, los iberos de Numancia. El alma del Pobre respiró siempre en esta atmósfera. Jesús fue como nadie hijo de la Biblia, hijo del pueblo bíblico.

Entorno político

Entorno político

Nunca entenderemos a un hombre si no nos situamos en su entorno. Como el tejido político circundante es uno de los ingredientes que contribuyen poderosamente a forjar una personalidad, comencemos por echar un vistazo y analizar las expectativas, luchas y frustraciones de un pueblo, y así entenderemos más fácilmente el pensamiento y las intenciones de un conductor, en nuestro caso de Jesús.

La colonización de Palestina comienza en el año 63 a.C., en el que Pompeyo, después de una brillante expedición militar por la amplitud del Mediterráneo, consideró de la mayor conveniencia geopolítica anexar al Imperio el territorio palestino; y, luego de un par de paseos militares por el país de los judíos, llevó a cabo su propósito, sin encontrar mayor resistencia.

A pesar de todo, la política romana fue, hasta cierto punto, flexible y benévola, consintiendo en colocar gobernantes nativos al frente de esos territorios.

En el año 40 a.C., Roma nombró rey de Judea al idumeo Herodes, llamado El Grande, que tuvo un largo, brillante y cruel reinado, apoyado siempre en el brazo militar romano. A su muerte, Arquelaos, tan cruel como su padre, aunque no tan eficiente, heredó Judea y Samaria. Pero su breve reinado fue tan arbitrario y despótico que los judíos y samaritanos, exasperados, pidieron a Roma la deposición del sanguinario monarca. Y Roma, después de deponerlo, envió por primera vez a un Procurador, lo que implicaba el dominio directo de Roma, con

plenos poderes sobre todo el territorio palestino. A estas alturas, Jesús debía contar algo menos de doce años. Y aquí comienza la era más turbulenta y aciaga de la nación judía, que culminaría, finalmente, en el exterminio casi total del templo, de la ciudad y de la nación, en el año 70. Ésta fue la época en que Jesús vivió, actuó y sufrió.

Entre tanto, en Galilea, a la muerte de Herodes el Grande le sucedió su hijo Herodes Antipas, un reyezuelo sin categoría ni autoridad, un títere. Roma le reconocía un cierto grado de autonomía, a condición de que se mantuviera sumiso y quieto. Y fue tanta su sumisión y devoción, que no perdía ocasión de adular y agasajar a sus amos. Levantó, a la orilla del lago Genezareth, por cierto muy cerca de Nazaret, la bella ciudad de Tiberías, en honor del emperador Tiberio, con termas y anfiteatros, introduciendo los usos y costumbres típicamente romanos. Asimismo, levantó otras ciudades, aunque no tan suntuosas, y difundió profusamente los aires paganos por todos los rincones de su pequeño reino. Éste fue el Herodes que hizo decapitar a Juan Bautista.

Nazaret era territorio de su jurisdicción. Hay que suponer, pues, que el tetrarca se habría hecho presente, y en más de una ocasión, en el pequeño villorrio. En sus treinta años Jesús no conoció otra autoridad civil que la de Herodes Antipas. Seguramente lo vio, tal vez de cerca, en más de alguna oportunidad. Y, al leer detenidamente los Evangelios, difícilmente puede uno sustraerse a la impresión de que Jesús debió sentir no sé qué secreta repulsa hacia Herodes Antipas: no consta por los Evangelios que Jesús hubiera transitado por ciudad alguna fundada por Herodes; palpita un irreprimible desdén en aquella invectiva: “ese zorro”; cuando, en las horas de la Pasión, llevaron a Jesús a su presencia, el Maestro ni siquiera abrió la boca, guardando un completo silencio. Algo profundo y negativo en relación con Herodes estaba almacenado en el corazón del Maestro. ¿El recuerdo de la bárbara y frívola decapitación de su amigo Juan el Bautista? Es posible, y seguramente mucho más.

* * *

Esta situación política fue un duro golpe para el orgullo nacional de los judíos. Siempre habían creído en su destino como *pueblo elegido*, soñado en que, un día, todas las naciones se postrarían ante su Dios en el templo de Jerusalén. Pero la realidad que tenían que roer era una cáscara distinta y muy amarga. En Cesarea se había levantado un templo espectacular en honor del divino Augusto, representado como Zeus. Por todas partes surgían anfiteatros, teatros y gimnasios, en los que, tanto en Cesarea como en Jerusalén, cada cuatro años se organizaban torneos, justas y campeonatos en honor del divino Augusto. Y, como símbolo insolente y estridente de esta absoluta dominación, sobre el frontis del pórtico principal del templo, una enorme águila imperial presidía la vida de la nación.

Esta dominación romana tenía, sobre todo, una expresión concreta e irritante: la opresión económica. En efecto, además de los impuestos indirectos, como peajes, derechos de aduanas y mil otras tasas, las provincias ocupadas tenían que pagar a Roma los “tributos”. Es verdad que estas imposiciones eran canceladas por las autoridades de las provincias, pero éstas, a su vez, gravaban con pesados impuestos a cada uno de los ciudadanos del pueblo judío, salvo a los ancianos y los niños.

Esta situación fue exacerbando los ánimos de la gente, porque, para el pueblo, los tributos equivalían a un sacrilegio, ya que se trataba —así lo entendían— de *dinero de Dios*. Y, como era de prever, en el seno del pueblo oprimido y esquilado la irritación fue creciendo como una llama amenazadora, justamente en los años juveniles de Jesús; y esta sorda rebelión fue incubándose —¡cosa extraña!— precisamente en el País del Norte, en la llamada *Galilea de los Gentiles*, bien lejos del centro de poder. Aquí habría de nacer también el movimiento de los zelotes, hombres de extracción campesina y muy religiosos que, con variada suerte y a través de diversas alternativas, habrían de hostigar a las guarniciones romanas hasta que su resistencia fue totalmente aniquilada en el año 70.

Concretamente, cuando Jesús bordeaba los veinte

años tuvo lugar una de las insurrecciones más sangrientas en las proximidades de Nazaret. Efectivamente, por ese tiempo, Judas el Galileo organizó y dirigió victoriosamente una violenta rebelión contra Roma. Poniéndose al frente de un numeroso y fanatizado escuadrón de insurrectos, se dirigió a la ciudad fortificada de Séforis; la asaltaron, pasaron a espada a toda la guarnición romana allí apostada, y se instalaron firmemente allí, atrincherándose en el recinto amurallado.

Vana ilusión. Poco les duró el sabor de la victoria. A los pocos meses, el legado de Siria, Quintilio Varo, llegó a marchas forzadas con un fuerte destacamento militar, redujo la ciudad a cenizas y dos mil zelotes fueron crucificados. La resistencia recibió así un golpe mortal, pero no definitivo.

Todo esto sucedía a pocas millas de Nazaret, y hay que calcular que entre los insurrectos, y luego crucificados, habría algunos vecinos de Nazaret, jóvenes de una edad aproximada a la de Jesús y posiblemente amigos suyos. Sin embargo, no disponemos de indicios claros en los documentos evangélicos como para afirmar o negar que Jesús simpatizara con estos movimientos insurreccionales, o si tuvo algún contacto con los rebeldes. Sólo podemos afirmar que esta tensa situación política, en la que Jesús se tuvo que ver inevitablemente inmerso, debió dejar, de alguna manera, huellas en su personalidad, como hijo de su tiempo y de su pueblo que era.

Solo en la noche

Una palmera del desierto, combatida por el viento, en nada se diferencia de otra palmera. Una ola del mar agitado no se distingue de otra ola. El Pobre de Nazaret tampoco se distinguía de cualquier otro joven de su edad, salvo, quizá, por un destello casi imperceptible que le venía de lejos, no se sabía de dónde.

Sin embargo, dos hechos debieron golpear fuertemente la atención de los aldeanos de Nazaret: el celibato de Jesús y sus frecuentes salidas a lugares solitarios y

retirados. Todo envuelto en un aire de misterio difícil de descifrar.

El estado de soltería de Jesús, a sus veinticinco o treinta años, debió parecer a los nazaretanos algo muy extraño, inconcebible. Todavía se escuchaban por entonces los lamentos de la hija de Jefté, vagando con sus compañeras por los montes de Israel, llorando su virginidad, por el voto que su padre había hecho comprometiendo la virginidad de su hija (Jue 11,38). Por entonces, la virginidad era una tragedia para la mujer; y para el hombre, un desatino inconcebible, que no encajaba en los parámetros mentales de un israelita, casi un atentado contra el mandamiento fundamental de crecer y multiplicarse dado por Dios a la humanidad, y contra la seguridad interior del pueblo de Israel.

Sin embargo, para el Pobre de Nazaret fue tan connatural como para la primavera la flor, dentro de su identificación personal: el Gran Pobre. Su virginidad fue como un desierto dilatadísimo, en el que no hay contornos, sino tan sólo una línea azul en el horizonte, y en donde los extremos quedan entrelazados por un arco iris de silencio.

Su virginidad consistió en cavar y cavar sucesivas profundidades tierra adentro y tierra abajo, hasta tocar el corazón mismo del mundo, sin dejar a su paso ni una raíz ni una semilla. Consistió en enviar al desierto las fragantes ilusiones, las promesas de juventud, la rosa del amor, el calor de las ternuras, y quedarse a solas bajo un sicómoro, deshabitado, apaciguado y vacío. Consistió en quedarse en el puerto y ver partir los navíos a la mar, a los confines del mundo, no para blandir espadas ni conquistar reinos, sino para construir nidos, regar las ilusiones y abrir cauces a la vida.

Su virginidad consistió en atravesar una noche fría, solitariamente, como los antiguos combatientes, llevando en la mano tan sólo una lámpara de tenue luz. Lanzó por los aires las monarquías levantadas sobre rosas, y él se quedó, solitario, como una pequeña planta desamparada en medio del temporal, sin cobijo ni abrigo. Las emociones humanas, que de por sí son clamorosas, en su cora-

zón solitario quedaron en calma, como una llama apagada.

Silencio, soledad, vacío, nada.

Y ahora sí. Ahora el Infinito puede descender para habitar en un vacío infinito.

En la tierra del Gran Pobre nació y creció, altísimo, el árbol de la Libertad, a cuya sombra podrán sentarse todos los pobres del mundo.

¿Resultado final? El Gran Servidor.

* * *

Con los Evangelios en la mano, veremos ahora que, en los días de evangelización, Jesús acostumbraba retirarse a orar con una frecuencia considerable, y con las siguientes características: siempre solo; casi siempre en una montaña, o, al menos, en un lugar retirado; y generalmente, no siempre, de noche; y sin pedir autorización ni dar explicaciones a nadie (Lc 6,12; Mt 14,13; Jn 6,15; Mc 7,24; Lc 9,10; Mc 1,35; Mt 6,6; Mc 14,32; Mt 17,1; Lc 9,28; Mt 26,26; Lc 22,39; Mc 9,2; Lc 4,1-13; 9,18; 21,37; 4,42; 5,1; 11,1).

Dicen los evangelistas que, después del bautismo, Jesús se retiró durante cuarenta días a un lugar desértico, solitario e inaccesible, en donde sólo habitaban las fieras (Mc 1,13). Naturalmente, esto no quiere decir que alternara con las alimañas, sino que se trataba de un lugar tan solitario y salvaje que nadie llegaba hasta allí. De este hecho podemos extraer algunas conclusiones razonables; en primer lugar, una de carácter psicológico: es inimaginable que alguien que no estuviera habituado a semejante soledad pudiera retirarse durante tanto tiempo; en segundo lugar, y teniendo en cuenta que los Evangelios sólo nos entregan algunas migajas de los hechos y dichos de Jesús, y que los evangelistas señalan en más de veinte ocasiones que Jesús se retiraba siempre solo, generalmente a algún lugar de la montaña, y frecuentemente de noche, podemos concluir razonablemente que éste era un hábito del Pobre de Nazaret y su modo normal de actuar desde los días de su juventud.

¿Cómo veían, pues, los nazaretanos a Jesús? ¿Qué opinión tenían de él? Seguramente lo veían como un hombre inclinado al silencio, más bien reservado, con una fuerte tendencia a la introspección, con frecuentes ausencias, perdido muchas veces en la soledad de las colinas circundantes. Por todo lo cual, no podían menos de verlo como un joven un tanto extraño y diferente.

Sin embargo, como veremos, Jesús no fue un sonámbulo que camina a tientas entre los acontecimientos, o anda por las nubes. Aunque busca la soledad, no es un pájaro solitario que anda siempre volando en círculos alrededor de sí mismo. Al contrario, en un notable contraste de personalidad, lo veremos siempre como un hombre con los pies en la tierra, sólidamente afirmado en la realidad, observador congénito de todo cuanto le rodea, los campos, los huertos, y, sobre todo, la vida, usos y costumbres de los hombres.

En el final del abismo

“Crecía en gracia delante de Dios”.

En la larga noche que estamos atravesando, entre escollos, y a la luz de las estrellas, hemos alcanzado a entrever hasta ahora algunos atisbos del misterio, perfiles inciertos de un rostro. Nos parecemos a los astrónomos que pacientemente auscultan los espacios siderales. A simple vista, no ven más que unos destellos de luz sobre la concavidad de la bóveda oscura. Pero ellos saben que, más allá de esa bóveda, centellean universos infinitos y pozos de luz cuyo fulgor no hay retina capaz de soportarlos sin incendiarse.

“Jesús progresaba en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2,52). Hasta ahora hemos abordado con cierta holgura el crecimiento del Pobre de Nazaret en estatura humana. Pero ¿crecer en gracia ante Dios? ¿No era él el Hijo consubstancial de Dios? Éste es, sin duda, el final del abismo, el recodo más peligroso y temible, el más difícil de los problemas cristológicos.

Bien sabemos que la realidad *Dios-hombre* (Cristo) es

un “mundo” inasequible. En el frontis de su puerta hay un rótulo que no dice “prohibida la entrada”, sino “imposible el paso”: no es posible traspasar el vestíbulo. Sin embargo, es el Espíritu el que nos da alas para atravesar el dintel y robar el fuego; y todo el Nuevo Testamento no es sino un obstinado esfuerzo por escudriñar y capturar los secretos escondidos en el “inescrutable” abismo de Cristo.

En el largo y espinudo camino de clarificación cristológica que la Iglesia realizó desde el Concilio de Nicea hasta el de Calcedonia, el interrogante que trajo a los Padres conciliares de conflicto en conflicto fue éste: ¿Cómo elaborar y formular una doctrina cristológica que nos permita afirmar la divinidad de Jesucristo sin disminuir ni oscurecer el hecho de que, también y al mismo tiempo, sea plenamente hombre?

Siempre existe el peligro de que, cuando nombramos y confesamos a Jesucristo como Dios, estemos, al mismo tiempo, recortando o violentando lo que hay en él de típicamente humano: libertad, crecimiento evolutivo, incertidumbre, miedo, angustia, desaliento, sobresalto; dudar, no ver con claridad el camino a seguir, verlo después con mayor claridad, corregir rumbos sobre la marcha, en su condición de itinerante, esforzarse por leer la voluntad del Padre a través de acontecimientos imprevistos..., vicisitudes y estados de ánimo que, de acuerdo con los Evangelios, Cristo vivió amplia e intensamente. ¿Cómo afirmar que vivió todas estas situaciones si, en cuanto Dios, lo sabía todo? ¿Y dónde quedarían la libertad y el mérito? Debemos evitar el peligro de hacer de Cristo un robot impasible y hierático.

Pero, de todas maneras, Cristo era también, y al mismo tiempo, Hijo consubstancial de Dios. ¿Cómo conjugar, pues, a nivel humano estas dos realidades? ¿Cómo traducirlo de una manera satisfactoria y convincente en fórmulas humanas, y expresarlo con palabras asequibles para nuestra mente? Tarea difícil y aun casi imposible. Preguntémoselo, si no, a los Padres conciliares de Nicea y Calcedonia. De cualquier manera, y situándonos en la perspectiva de una profunda fe, digamos que no sabe-

mos *cómo*; pero sabemos y estamos seguros de que Jesucristo no es Dios a costa del hombre, ni hombre a costa de Dios, sino perfectamente Dios y perfectamente hombre a un mismo tiempo.

Después de este esclarecimiento, volvemos a preguntarnos: ¿Cómo se entiende, qué significa este crecimiento de Jesús en gracia delante de Dios? Ya que el Espíritu nos da la audacia de explorar regiones inéditas, yo me aventuraría a proponer en las páginas que siguen una hipótesis, o mejor, una intuición que nos ayude a entender mejor en qué consiste este crecer de Jesús en las experiencias divinas.

* * *

He aquí una síntesis de lo que nos proponemos exponer a continuación: Jesús, como todo israelita, vivió, durante su infancia y adolescencia, su relación con Dios dentro del contexto teológico del pueblo en que nació y creció, es decir, una relación con un Dios Absoluto y Eterno. Pero más tarde, en la etapa de evangelización, Jesús anuncia un mensaje que está centrado en una novedad substancial para los esquemas teológicos de Israel: el Dios Padre.

Hay que suponer, pues, que, a partir de determinada edad, el joven Jesús, en ese proceso de crecimiento en la experiencia de Dios de que nos habla Lucas, comenzó a relacionarse y experimentar a Dios de una manera esencialmente diferente; una manera que, fuera de algunos fugitivos vislumbres, ningún profeta de Israel había intuido ni vivido. El joven Jesús sobrepasó la etapa del suspenso y el vértigo espiritual, típica de los salmistas y profetas, para sumergirse por completo en la zona de la confianza, y comenzó a tratar con Dios como el Padre más querido y amante de la tierra. (Algunas de las ideas expuestas a continuación han sido extractadas de mi libro *Muéstrame tu rostro*, pp. 349-399).

En sus orígenes, Israel había vivido perdido y casi disuelto en el seno de los grandes imperios: Egipto, Asiria, Babilonia, pueblos politeístas e idólatras. Salidos de Egipto, después de una travesía de sol y arena, e instalados en Palestina, también aquí los israelitas vivieron en todo momento rodeados de tribus idólatras: cananeos, filisteos, gebuseos...

A lo largo de los siglos, Israel, cansado de un Dios exigente, había sentido la seducción de otros dioses, más humanos y gratificantes, y en más de una ocasión se dejó seducir sin dificultad. Pero, en medio de este pueblo frívolo y voluble, Dios suscitó una y otra vez a unos hombres de fuego, los profetas, que, conjugando la amenaza con la ternura, conseguían que Israel retornara a su Dios, pagando en más de una ocasión su celo con un final violento. Así, con sangre, muerte y lágrimas, Israel llegó a forjar un monoteísmo radical y santamente fanático.

Esta tradición monoteísta había esculpido un “credo” de granito, llamado *Shemá*, que todo israelita rezaba dos veces por día. El *Shemá* no sólo era la viga maestra de toda oración judía, sino también la sangre de la cultura nacional, la bandera de la patria y la expresión de la última razón de ser de Israel, pueblo colocado en medio de los otros pueblos para recordar y proclamar que “Dios es”: “Escucha, Israel: Javhé, nuestro Dios, es uno y único. Amarás, pues, a Javhé, tu Dios, con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas...” (Dt 6,4-9).

Jesús, desde que fue capaz de balbucir las primeras palabras en arameo, aprendió de memoria estos versículos. Desde que el niño, a través del proceso evolutivo de la infancia, fue capaz de asimilar el sentido de las palabras, su espíritu se nutrió con el recio alimento del *Shemá*. Más tarde repitió millares de veces estas mismas palabras: cuando todavía caminaba de la mano de su madre; cuando iba con el cántaro a la fuente; cuando ascendía a las onduladas colinas para recoger leña o cuidar de los cabritos; cuando, ya adolescente, a los quin-

ce años, salía a las noches estrelladas, o en el humilde taller modelaba un yugo de bueyes o una carreta.

Éste es un dato de capital importancia para vislumbrar la vida interior de Jesús, y que nos permite afirmar que su primera vivencia religiosa fue la experiencia de lo absoluto de Dios.

A los cinco años, Jesús comenzó a frecuentar, como todos los niños de Israel, la *Beth a sefer*, institución docente equivalente a nuestras escuelas primarias, que dependían de la sinagoga. De la misma manera que en nuestra catequesis uno de los primeros gestos que aprenden los niños es santiguarse, así también, por entonces, cuando el maestro de escuela escribía el tetragrama o las cuatro letras del nombre de Javhé, el niño se inclinaba profundamente sobre sí mismo, se cubría los ojos y la cara con sus manos, y permanecía inmóvil en esa actitud hasta que el maestro le daba autorización para incorporarse, una vez que había borrado las cuatro letras. De esta manera, tan fuertemente expresiva, adoró Jesús al Eterno por largos años de su vida.

En los días de Jesús ya se rezaba en Israel la oración por excelencia llamada *Tephiláh*. En la sinagoga se recitaba esta oración en forma solemne y coral; pero todo israelita, desde que tenía uso de razón, debía rezarla tres veces al día, en horas estrictamente señaladas. Ya estuviera comiendo, viajando, trabajando, conversando..., llegada la hora señalada, todo israelita suspendía su ocupación, se ponía de pie vuelto hacia Jerusalén y rezaba: “Bendito seas, Javhé, Dios nuestro y Dios de nuestros padres; Dios grande y héroe formidable, escudo nuestro y escudo de nuestros padres, nuestra esperanza de generación en generación... Tú abates a los que están elevados, resucitas a los muertos, traes el viento y haces descender el rocío, conservas la vida y vivificas a los muertos..., no hay Dios fuera de Ti. Tú que ordenas a las estrellas en su lugar en la inmensidad, creando el día y la noche, llevándote el día y trayendo la noche, Bendito seas, Eterno, que haces ‘anochecer’ a las noches...”

El aliento exaltado que respiran estas estrofas debió recorrer y agitar el mar profundo de los sentimientos de

Jesús, las planicies sosegadas de su infancia y la pasión llameante de su juventud.

Podemos muy bien imaginar a Jesús —niño, adolescente, joven maduro— rezando esta oración tres veces por día en voz alta, a la luz del amanecer o en la quietud de la noche, caminando con la caravana, regresando del campo, erguido sobre un cerro solitario, en la penumbra del taller, junto con María y José, al anochecer..., el Pobre envuelto en llamas, todo su ser en alta tensión, contagiado por la vibración de la tierra, levantados los ojos al cielo... Jesús era ya una primavera incendiada, vendaval en marcha, noche estrellada y flor de desierto, todo al mismo tiempo. Ya desde niño el Eterno lo llenó de fuerza y de pasión.

Éste es el contexto religioso en que el Pobre se abrió a la vida. Sus primeras experiencias religiosas, de la misma manera que las de cualquier israelita, fueron vivencias del Absoluto.

Podemos constatar que, para los doce años, el Incomparable ya había invadido por completo sus territorios; y vislumbramos en él una profunda y extensa “zona de soledad” a la que nadie pudo asomarse, ni siquiera su propia Madre. Sólo Dios. Jesús tomó completamente en serio el Absoluto de Dios, y lo llevó hasta las últimas consecuencias.

* * *

Estas vivencias del Absoluto cruzan las páginas del Evangelio mezcladas con vivencias de otro género. Jesús habla de Dios, y sentimos detrás de sus palabras el eco de una gran pasión. Recoge las voces de los grandes profetas y las lleva a una altura estremecida.

La iniciativa y la consumación sólo a Dios pertenecen. Él organiza las bodas y sale por los caminos cursando invitaciones (Lc 15,3-7). ¿Dónde y cuándo se apagará el fuego de la humanidad? Sólo Dios sabe la hora exacta (Mc 13,32). ¿Quién ocupará el primer lugar en el Reino? La decisión está en Sus manos (Lc 12,32). Simón, has hablado correctamente, pero no fue por un golpe de ins-

tinto ni por tu innata sagacidad. Fue inspiración de lo Alto (Mt 16,16). Hay que escalar este risco vertical, hay que saltar por encima de ese abismo. Ello es imposible para nosotros, pero ¿para Dios? ¡Ah!, para Dios todo es posible (Mc 10,27). Si creyeran, verían prodigios: saltando como un cabritillo, ese cerro se desplazaría hasta el mar; a esta araucaria le nacerían alas como las de un cóndor, y volaría a otros Continentes para echar allá raíces (Lc 17,6).

Así es Jesús: un profeta deslumbrado por la potencia infinita, la fuerza y la santidad de Dios. No soporta que nadie usurpe la gloria que sólo a Él le corresponde e invita a jugarse por Él hasta las últimas consecuencias, con una radicalidad que asusta (Mt 8,22; Mc 10,21).

Del suspenso a la ternura

Pero Jesús no fue, sólo y ante todo, un profeta; ni su Dios fue, ante todo, el Formidable del Sinaí.

Todo lo dicho hasta ahora no es cualitativamente diferente del concepto de Dios que se vivía en el judaísmo por los días de Jesús. A muchos profetas los sentimos en una entrañable comunicación con el Señor y, en largos períodos de la Biblia, Dios navega en el mar de la Misericordia; e incluso en Jeremías y Oseas encontramos verdaderas aproximaciones al Dios de la ternura: “Yo enseñé a andar a mi hijo, y lo levanté en mis brazos. Lo atraje con lazos de amor, con ligaduras humanas. Fui para él como quien alza una criatura contra su mejilla, y yo me inclinaba hacia él para darle de comer” (Os 11,1-6).

A pesar de estas aproximaciones y golpes de intuición, el Dios absoluto del Sinaí presidió sin contrapeso la vida religiosa de Israel.

Retomemos el hilo: ¿En qué sentido crecía Jesús en las experiencias divinas? Ya lo hemos dicho: Jesús, como verdadero israelita, vivió largos años aquella relación de adoración pasmada ante el Único y Eterno. Veamos ahora cómo fue “pasando” a otra relación absolutamente

inédita en Israel: la relación de confianza y ternura de un hijo muy querido para con un padre muy amoroso.

* * *

Jesús era un muchacho normal, pero diferente. Tendría entre quince y veinte años. Cualquier observador sensible podría haber descubierto en él un extraño resplandor, como un invisible halo hecho de dulzura y fuego que lo envolvía como una túnica translúcida. Era como alguien que camina mirando hacia dentro de sí mismo; y todos decían que Alguien iba con él o que él iba con Alguien, igual que cuando desaparecen las distancias. Ya sabemos que los puentes unen a los que están distantes; y, en el caso de Jesús, la intimidad era la Presencia Total hecha de dos Presencias, o, dicho de otra manera, dos infinitas, consubstanciales Interioridades, volcadas hacia afuera y fundidas en un único abrazo.

Era de noche. El Joven salió de su casa muy quedo, cerró la puerta con cuidado y atravesó silenciosamente el poblado. Nazaret parecía un lugar abandonado, todas las puertas y ventanas estaban todavía cerradas; ni una luz, ni una voz. Pronto estuvo el Joven en descampado, a cielo abierto, en la oscuridad estrellada. Enseguida lo envolvió un embriagador aroma de azahar que flotaba en el aire, y una emoción que ni él mismo alcanzaba a comprender invadió, de pronto, sus calles y senderos, tomando posesión completa de su territorio.

A la tenue luz de las estrellas comenzó a escalar la colina rocosa, entre cipreses y olivos, caminando sobre los guijarros sueltos, que al rodar unos sobre otros sonaban como risas extrañas en el silencio de la noche.

Sin detenerse ni una sola vez en su escalada, llegó, por fin, a la cumbre más elevada del cerro. Todo era prodigio en la noche resplandeciente y mágica. La bóveda celeste era un inmenso racimo de luz. Innumerables luciérnagas brillaban todavía en la oscuridad, y millares de grillos y otros insectos batían sus élitros con fuerza salvaje e incansable, transformando la noche en una sinfonía cósmica. Embriagado de aromas primaverales, un

ruiseñor cantaba arrebatadamente y sin darse tregua sobre un ciprés cercano. El Joven se sintió como flotando en el mar de la vida, y casi se desvaneció al aspirar la embriaguez de una mezcla infinita de perfumes de anémonas y nardos silvestres, romeros y ciclámenes, mirto y retama..., a cuyo conjuro se le despertaron las energías dormidas en sus raíces. Noche de boda y éxtasis.

* * *

Dicen que el amor nace de una mirada, es un momento de olvidarse. Crece en la medida que aumentan los deseos de darse, y, finalmente, se consuma en el olvido total de un gozo recíproco.

Aquella noche, el Padre se abrió al Hijo sin medidas ni controles. El Hijo le correspondió plenamente, y, a su vez, se abrió enteramente al Padre. Los dos se miraron hasta el fondo de sí mismos con una mirada de amor. Y esa mirada fue como un lago de aguas profundas y claras en las que ambos se perdieron en un abrazo en que todo era propio y todo era común, todo lo recibían y todo lo daban, y todo se comunicaba en un inefable silencio, igual que cuando nos llegan melodías desde las estrellas.

Fijos los ojos del Joven en una estrella azul, tomadas y concentradas sus energías en el Foco de Amor que es el Padre, estallaron las emociones: el amor y la intimidad entablaron un duelo singular en el corazón ardiente del Joven, en el sentido de que cuanto mayor era el amor, mayor era la intimidad, y cuanto más alta la intimidad tanto más alto era el amor; y, así, la velocidad interiorizante fue aceleradamente devorando todas las "distancias" entre el Hijo y el Padre; y de esta manera se consumó el duelo entre el amor y la intimidad, y los dos llegaron al éxtasis, la posesión, la quietud, la totalidad, la eternidad.

Fue entonces cuando la ternura y la confianza levantaron un vuelo irresistible hasta transformarse en gigantesco terebinto de amplísima copa, que, con su sombra, fue cubriendo los impulsos vitales de este Joven normal

y diferente. Sus arterias se tornaron en ríos caudalosos de dulzura, y por todas partes le nacieron vertientes de confianza, dirigidas hacia el centro del Amor...

Esta "pascua" no se consumó, naturalmente, en una sola noche. Fue un largo caminar a través de varios años, como en todo lo humano, por lo demás. El Joven fue avanzando de sol a sol, noche tras noche, mar adentro, cada vez más allá, en la ruta ascendente que conduce al alto manantial del Amor, el Padre.

Con un temperamento tan sensible como el suyo, el Joven fue dando paso tras paso, experimentando progresivamente diferentes sensaciones, y percibiendo cada vez con mayor claridad que Dios no es precisamente el Temible del Sinaí.

Hacia el vértice del amor

Sigamos al Pobre de Nazaret en su ascensión. ¿Cuántos años tendría a estas alturas: veinte, veinticinco? Con su temperamento sensible y su profunda piedad, fue adentrándose progresivamente en el mar, mientras la Madre laboraba en el sagrado telar a la luz de una lámpara, y José y Jesús trabajaban el pino, el roble, el ciprés, transformándolos en una mesa o una cuna. En estos años de la juventud de Jesús se produce la más alta y trascendente transformación interior de todos los tiempos.

En su propia carne Jesús llegó a experimentar que Dios no es, ante todo, temor, sino amor; no es primordialmente justicia, sino misericordia; ni siquiera es, ante todo, Majestad, Excelencia, Santidad, sino perdón, cuidado, proximidad, ternura, solicitud...; hay que nombrarlo, pues, de otra manera: en adelante, no se llamará Jahvé, sino *Padre*, porque tiene lo que tiene y hace lo que hace un papá ideal de este mundo: siempre está cerca, comprende, perdona, se preocupa, protege, estimula. Después de experimentar lo que Jesús experimentó, no cabía llamarlo más que con ese nombre que encierra lo que hay de más digno de amor en este mundo: Padre. Y así se

alteraba también, de alguna manera, el primer mandamiento, que, en adelante, no consistirá en amar a Dios, sino en dejarse amar por Dios, ya que los amados aman, sólo los amados aman, y los amados no pueden dejar de amar, como la luz no puede dejar de iluminar. Fue un mundo nuevo, y la más alta revolución en la patria del espíritu.

* * *

La noche ya había devorado a la tierra, la vida se había detenido, y en torno todo era silencio. El Pobre se despidió de su Madre, que respetaba, no sin cierto suspenso, aquellas ausencias del Hijo. Éste salió cuidadosamente de su casa, y, al instante, desapareció en la oscuridad. Desde las entrañas de la tierra, y desde no se sabía qué mundos le subía al Joven el presentimiento de que aquella noche sería diferente; podrían aparecer nuevas *constelaciones o hundirse antiguas galaxias*.

Al pasar junto a un huerto, se levantó una leve brisa, y todas las hojas de los limoneros se pusieron a susurrar gozosamente, como un anuncio feliz. La tierra olía a resina y miel silvestre. El Joven ascendió, como de costumbre, por la rocosa colina. Para cuando alcanzó la altura más encumbrada ya estaba perdido en el mar.

La noche profunda y oscura comenzó a transfigurarse, pero la luz no era luz. Las estrellas rojas y las estrellas azules se alejaban, distanciándose cada vez más hasta desaparecer por completo. Los perfiles de los cerros, recortados contra las estrellas, se hundieron también en el mar, y desaparecieron. Todo desapareció, mientras una marea, hecha de miel y misericordia, subía y subía irremediablemente, y con sus inmensas alas, que abarcaban la amplitud del mundo, devastó todos los contornos: el firmamento, la llanura, las rocas, los barrancos, la primavera, el tiempo, la soledad, el exilio, las monarquías, los ángeles, el fuego...; sólo quedó el mar, el amor, Dios.

El Joven comenzó también a sentirse progresivamente como una playa inundada por una pleamar de ternura; una pleamar procedente de las más remotas profundi-

dades del Océano, como si diez mil mundos como si diez mil brazos convergieran sobre él para cobijarlo, envolverlo y abrazarlo; como si el Padre fuese un dilatado océano, y él, navegando a velas desplegadas, en sus altas aguas, como si el mundo y la vida fuesen seguridad, certeza, júbilo y libertad. Todo es Gracia y Presencia, una Presencia amante y envolvente, definitivamente gratuita, sorpresivamente amorosa, violentamente gozosa.

* * *

Jesús ya tiene veintisiete o veintiocho años. Es un triguero maduro, un manzano cuajado de fruta dorada. Cualquier observador sensible podría notar en él un vil-sombre diferente, como que el resplandor del Padre lo envolviera con una serena madurez, transformándolo en un abismo colmado, en un pozo de paz.

Pero no acabó aquí el *crecimiento* de Jesús en sus experiencias divinas. Con su gran sensibilidad fue sumergiéndose el Pobre, cada vez con más frecuencia y mayor profundidad, en los encuentros solitarios con el Padre, generalmente de noche, y casi siempre en los cerros y colinas que arropan a Nazaret; fue navegando a velas desplegadas por los altos mares de la ternura; la confianza para con su Padre fue perdiendo fronteras y controles; fue avanzando más y más, cada vez más allá, hacia la profundidad total en el Amor. Y así, una noche, en el colmo de la dicha, salió de su boca una palabra chocante e increíble para la teología y la opinión pública de Israel, la palabra *Abbá* (¡Oh mi querido papá!). De esta manera hemos tocado la cumbre más alta de la experiencia religiosa de todos los tiempos.

Y ahora sí. Ahora Jesús está en condiciones de lanzarse sobre los caminos, plazas y mercados para comunicar y proclamar una *novedad substancial*, una noticia espléndida de última hora, noticia intuita y “descubierta” personalmente, y comprobada copiosamente en los silenciosos años de su juventud: que el Poderoso es amoroso, que la Mano que sostiene los mundos lleva grabado mi nombre como señal de predilección, que por la noche

queda velando mi sueño, y durante el día sigue mis pasos como sombra desvelada, y que, sobre todo, este Amor es gratuito: me ama sin por qué y sin para qué; ni porque yo sea bueno ni para que sea bueno: como la rosa que, por ser rosa, perfuma; como la luz que, por ser luz, ilumina. Así, el Amor, por ser amor, simplemente y sin motivos, ama.

Esta *novedad* condicionará la trayectoria y las líneas fuertes del mensaje evangélico: la fraternidad universal, la opción por los pobres, el mandamiento del amor...

La larga noche ha terminado.

Amanece.

Capítulo 2

Amanece en Galilea

AMANECIÓ, pero el día no cumplió su ciclo normal. El día de Jesús no llegó al crepúsculo, ni siquiera al atardecer, sino que fue bárbaramente tronchado al mediodía; y éste es uno de los enigmas más desconcertantes que recorren las páginas del Evangelio, y cuya explicación constituirá para nosotros un desafío a lo largo de este libro: ¿Cómo es posible entender que la personalidad de Jesús, típica personalidad de un Pobre de Dios, tejida de mansedumbre, paciencia y humildad, hubiera concitado un grado tan increíble de conflictividad, hasta el punto de reducir su vida y propósito a un montón de ruinas?

El Bautista era un hacha de guerra, tronchando cervices y golpeando en la raíz. Un hombre de semejante talante, por libre y temerario, resulta temible para los poderosos, quienes, para defenderse, reaccionan aprontando sus arietes de guerra para disparar y desmelenar las torres del profeta.

Pero Jesús es dueño de una personalidad pacífica, y su mensaje es alegre y vital. Según los cálculos de los cronologistas, y ateniéndonos al cuarto Evangelio, la actividad evangelizadora de Jesús habría durado entre dos años y medio y tres años; pero, según los sinópticos, este lapso habría sido mucho más breve. Ahora bien, ¿cómo es posible que, en tan corto espacio de tiempo, se hubiera incubado semejante tormenta de hostilidad, que fue cer-

cando y envolviendo aceleradamente al Pobre de Nazaret hasta hacerlo desaparecer en la pira de un desastre?

Sea como fuere, el hecho es que los poderosos de la tierra acabaron con el Pobre de Nazaret; pero no tendrían ellos la última palabra, porque el Pobre hizo trizas las mortajas con que lo envolvieron, resurgiendo de sus despojos señorial y glorioso hasta el fin del mundo y más allá.

Y ésta es, precisamente, la historia que iremos desvelando paso a paso.

Un hombre en el desierto

En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César hizo su aparición en los bordes del río Jordán una figura extraña y arrebatadora, un profeta cuyo nombre era Juan, hijo de Zacarías, nacido, según la tradición, en Ain Karin, cerca de Jerusalén.

Es difícil para nosotros sentir a flor de piel la atmósfera que se respiraba en Israel por aquellos años. Por demasiado tiempo el pueblo había soportado sobre su cerviz el yugo extranjero: primero fueron los asirios, luego los babilonios, más tarde los griegos y, finalmente, los romanos; en total, más de quinientos años de dominación extranjera, salvo breves lapsos de tiempo.

Una inquietud irreprimible se agitaba en las raíces del pueblo como una oscura amenaza. Desde todos los rincones del país subía al cielo el clamor y la urgencia por el Mesías, o, al menos, por un conductor del espíritu que devolviera a la nación el honor y la soberanía conculcados por los pies extranjeros. El pueblo, cansado de tanto sufrir, fluctuaba entre la desolación y la esperanza. Y fue en esta atmósfera donde comenzó a difundirse por las comarcas de Israel el rumor de que, en las riberas del Jordán, había aparecido un hombre que, según se decía, llevaba en su frente el sello de Dios.

El rumor sacudió con particular intensidad las fibras de la región más alejada y marginada: Galilea. Aquí se estaban incubando los gérmenes de la rebeldía y de aquí

habrían de surgir la mayoría de las insurrecciones. Otra cosa era Jerusalén: los miembros del Sanhedrín eran aceptados y confirmados en sus cargos por la autoridad romana, que les concedió siempre un grado bastante amplio de autonomía en sus funciones. De igual modo, los fariseos y la aristocracia sacerdotal estaban, por lo general, satisfechos con la política de los dominadores, que respetaban sus cargos y les permitían medrar en sus intereses económicos. En líneas generales, se podría afirmar que el estamento clerical de Jerusalén no se sintió mayormente afectado ni herido en sus intereses y aspiraciones, y no tenían quejas especiales contra los dominadores. Por todo ello, bien podríamos considerar a los hombres de la jerarquía clerical, al menos en cierto modo y medida, como colaboracionistas de los opresores romanos. El peligro, pues, no amenazaba desde fuera; el gusano corruptor roía desde adentro el alma de la nación.

La insatisfacción, la impaciencia, el rencor y la conspiración se gestaban aceleradamente en las entrañas de Galilea. Eran ellos, los galileos, quienes, impotentes y exasperados, habían visto levantarse ante sus propios ojos santuarios paganos en Julia, Tiberías y Cesarea, y por todas partes se respiraban corruptores aires paganos. En esta situación, el eco de la voz selvática del profeta del desierto, con su estilo áspero y sus ritos de purificación, despertó, estremeció y puso en movimiento los sueños soterrados del alma popular, sobre todo del campesinado y de las clases humildes. Como no podía ser menos, los ecos rebotaron también en las colinas de Nazaret.

Por entonces, Jesús tendría unos treinta años (Lc 3,23). Los rumores sobre el estilo y las denuncias proféticas del hombre del desierto, gradualmente insistentes, llegaron, por fin, a oídos de Jesús. Los rumores hablaban de “Reino de Dios”, “penitencia”, “conversión”, así como de un rito especial de purificación, llamado bautismo. Estas palabras fueron para Jesús como cargas de profundidad que, sin saber cómo ni por qué, estremecieron sus mundos interiores, levantando altas olas en sus pla-

yas. ¿Por qué? ¿Se trataba de una confirmación de sus intuiciones? ¿Había comenzado a experimentar Jesús como una seducción mágica por el hombre del desierto, que, al parecer, sintonizaba con sus propios sueños e ideales?

Los evangelistas no nos dicen expresamente si Jesús, en el momento en que hace abandono de su hogar, tenía o no una conciencia explícita de la misión que le aguardaba. Pero es razonable deducir que, a partir del hecho de haberse alejado del hogar y haberse cobijado a la sombra del Bautizador, el Pobre de Nazaret debió percibir en la voz del profeta del desierto más de una misteriosa apelación a sus propios sentimientos e intuiciones, gestados en sus años de juventud, y acaso también a algún esbozo de evangelización que por esa época bien podría tener bosquejado.

La incompresión de los familiares

Hacia tiempo que la Madre venía observando que una dolorida penumbra, como el tajo de una espada, cruzaba de parte a parte el rostro de su Hijo.

En el fondo de sus ojos la Madre podía distinguir playas solitarias con altas mareas, cadenas de cumbres que tocaban el azul; y, con frecuencia, los ojos del Hijo eran como simas hondísimas, inalcanzables para la mirada de la Madre.

La Madre observaba. Veía a su Hijo como un meteoro que, cada vez más distante, se adentraba por el espacio, envuelto en un misterio progresivamente más denso. Frecuentemente, ante la aprensión de la Madre, se ausentaba de casa, casi siempre a la luz de las estrellas, en dirección de colinas cada vez más elevadas y distantes.

Por lo que sucedió en el comienzo de su evangelización, podemos concluir que en estos oscuros años fue gestándose y arremolinándose en torno al Joven una corriente de desafecto y enemistad entre sus parientes que, sin duda, lo fue empujando a una soledad cada vez más fría.

En efecto, en el transcurso de algunos meses veremos aflorar entre sus parientes un extraño sentimiento como de animadversión, hostilidad y rechazo hacia Jesús; y, desde luego, una cerrada incomprensión respecto de su persona y su vida. Jesús llegó a decir: “Un profeta sólo en su tierra, entre sus parientes y en su propia casa carece de prestigio” (Mc 6,4). Palabras que suenan a música desabrida; hasta se puede advertir en ellas un rictus de amargura, y reflejan, ciertamente, ecos muy cercanos de antiguas discordancias. El evangelista agrega que “no pudo hacer allí ningún milagro”, y que “se maravilló de su falta de fe” (Mc 6,6). Aquí el barranco se puebla de cipreses, entre piedras ruidosas y recuerdos tristes que, como negras alas, ensombrecieron el alma de Jesús.

Pero hubo un día en que las aves de rapiña alcanzaron las nubes y el diapasón dio la nota más aguda y estridente, cuando el evangelista nos comunica esta increíble noticia: “Sus parientes se enteraron (de que Jesús estaba allí), y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: Ha perdido la cabeza” (Mc 3,21). Sin comentarios. Altos acantilados se desprendieron y se precipitaron en el mar. Fue horrible. El viento, las ortigas y los topos hicieron su aparición entre efluvios de azufre, cabellos chamuscados y heridas abiertas.

* * *

Ahora bien, un sentimiento tan arraigado no nace espontáneamente, como un hongo, de la noche a la mañana. Para explicárnoslo tenemos que remontarnos a los días juveniles de Jesús de Nazaret, y, como hipótesis, descubrir ahí las raíces de esos brotes inamistosos que, de manera tan agresiva, se exteriorizaron en los primeros meses de su actividad pública.

Pero ¿cuál podría ser la causa que originara y explicara esa tirantez? No se nos ocurre una conjetura que la explique de una manera convincente, conociendo como conocemos la personalidad humilde y armoniosa de Jesús. Por de pronto, por los datos evangélicos llegamos a la conclusión de que la familia de Jesús (primos, tíos,

parientes en sentido amplio) era muy numerosa. Esta numerosa progenie, sin duda muy vinculada y comprometida entre sí, no debió comprender, sino más bien censurar e irritarse cuando el Pobre abandonó el hogar para cobijarse a la sombra del Bautizador. Pero este solo hecho no explica suficientemente la profundidad de aquella malquerencia. Hay que situarla, pues, remontándonos a épocas anteriores.

Es probable, por ejemplo, que los parientes le enrostraran al Pobre su celibato, algo absolutamente incomprendible para la mentalidad de la época; y esta censura debió ir acompañada de burlas e ironías. Seguramente debieron entrometerse también con él a propósito de sus escapadas a las colinas y, en general, de su estilo de vida, con interpretaciones antojadizas y chismes de vecindario.

Sólo así, con este telón de fondo, podríamos explicarnos razonablemente el desafecto que sus parientes exteriorizaron hacia él, cuando Jesús ya era objeto de una gran estima popular; sin excluir de esa tirantez una buena dosis de envidia, que siempre suele estar presente a la base de todas las malquerencias.

El Jesús de Nazaret debió sufrir mucho con esta situación. Fruta amarga es siempre la incompreensión, pero doblemente amarga cuando la causa que la motiva es el Reino: por haber venido a este mundo a hacer de cada pobre un rey, por haber declarado al Padre como única torre y única bandera. Fue un extranjero en medio de los suyos, y un desconocido dentro de los muros de su casa. Cosechó en el invierno de la ingratitud, y todo ello no fue sino un pálido preludio de una vida que habría de teñirse de sangre roja como un horizonte en llamas, como un temporal en marcha hacia la muerte.

Como consecuencia, el Jesús de Nazaret debió sentirse terriblemente solitario a lo largo de la travesía de su juventud, así como en el resto de sus días. Si nadie lo entendía, y era inevitable que así sucediera, la consecuencia era la más fría soledad. ¿Qué forma de comunicación podía darse entre el Hijo de Dios y aquellos rastrovecinos de Nazaret? ¿Qué había de común entre

ellos? ¿Qué amigos podía tener cuando se abría una distancia infranqueable entre él y ellos? ¿Qué clase de apertura-acogida podía establecer, por ejemplo, con los jóvenes de su edad?

Fue inevitablemente solitario porque sólo con el Padre podía comunicarse verdaderamente, y por solitario, fue incomprendido, rechazado y empujado hacia afuera, al desierto de la soledad. Fue una columna de luz asentada en una alta montaña, y en su soledad se perfilaban horizontes desconocidos que no eran de este mundo; pero su soledad no era romántica, sino dolorosa. Por eso fue, y es, maestro en el misterio del dolor, y tiene una palabra autorizada para los que se debaten en las aperturas de la angustia: “Venid a mí...”

¿Y qué decir de la Madre? Palmera entre dos temporales, rosal entre dos fuegos, también la Madre debió vivir, sin duda, momentos de congoja, apretada entre el misterio de un Hijo —que si vislumbraba, no podía entender enteramente tampoco ella— y sus parientes cercanos, que lo acosaban con impertinencias y lamentaciones.

Durante toda su vida fue la Madre Dolorosa, y no sólo en la tarde trágica del Calvario. También ella habría sido alcanzada por la polvareda de los comadreos vecinales. En más de una ocasión habría tenido que escuchar a sus familiares palabras de desaprobación de los rumbos extraños del Hijo, y tal vez intentado persuadirlo de que tomara caminos más normales.

Despedida y bendición de la Madre

En aquella casa de Nazaret, una rústica vivienda en la ladera de una colina, solamente habitaban dos personas: la Madre y el Hijo. Aquel anochecer, después de rezar juntos, de pie, el *Tephiláh* a la luz de una lámpara, Jesús se sentó a la mesa, que él mismo había confeccionado con sus manos. La Madre sirve la cena, y los dos permanecen en silencio. El Hijo invita a la Madre a sentarse, pero ella rehúsa la invitación, mientras se entretiene en

quehaceres nimios que fácilmente se inventan para rehuir una invitación. Ambos presienten que algo importante puede suceder esa noche.

El Hijo está inquieto, pero más lo está la Madre: un velo de tristeza comenzaba a proyectarse sobre aquel rostro maternal, hasta el punto de aparecer enjuto y macilento. Ella presentía algo, pero no alcanzaba a adivinar de qué se trataba. En los últimos años, la Madre había observado al Hijo con una atención persistente y ansiosa, y había llegado a la conclusión de que algo importante se avecinaba. Sentía curiosidad por ese algo, pero también miedo, y casi prefería no saber de qué se trataba.

Ante una nueva insistencia del Hijo, la Madre accedió, por fin, a sentarse a la mesa. Los dos permanecieron en silencio durante un largo tiempo, sin levantar la mirada, sirviéndose algún bocado desganadamente, como quien trata de disimular el mal momento que ambos estaban atravesando.

Por fin, el Hijo, haciendo un gran esfuerzo, levantó sus ojos y los clavó en el rostro de la Madre, mientras ella continuaba con los suyos entornados.

—Madre —dijo Jesús.

Entonces, ella levantó la mirada, pero la bajó al instante. Hubo un momento de silencio, que fue instantáneo, pero que pareció eterno, y enseguida el Hijo continuó hablando:

—Madre, desde el principio del mundo, y desde mis últimas raíces, me sube una onda inevitable que me está presionando y empujando, y me vence. Ha llegado la hora: me voy; me voy a anunciar un Reino que será como una marea alta bajo la luna llena. Caminaré por un sendero bordeado de precipicios, por donde transitan los chacales: conmigo volverán las golondrinas, y la primavera volverá a danzar en nuestros huertos y patios. Necesito desatar un diluvio, no para extinguir la vida, sino para purificar la tierra, porque el culto a nuestro Dios se ha convertido en un árbol viejo y carcomido. Pero, recuérdalo, Madre, no será un diluvio de agua, sino de amor...

Jesús calló, esperando que la Madre reaccionara; sin

embargo, ella guardó silencio, pero había una batalla en su silencio.

—Han sido muchos años —comenzó, por fin, diciendo lentamente la Madre— en los que he vivido envuelta en el polvo de la maledicencia. Todos los reproches se han ido acumulando sobre mis hombros como una carga pesada. Una y otra vez se me ha echado en cara que no he sabido conducirte, que te he permitido desviarte del recto camino del sentido común, que he sido demasiado condescendiente con tus caprichos, que no he sabido persuadirte a tomar esposa para formar un hogar... Hijo mío, estoy cansada de tantas cosas. Y en cuanto a lo que ahora me manifiestas, no hace falta ser muy perspicaz para adivinar lo que dirán: que me has abandonado dejándome sola, que quién cuidará de mí en mis últimos años...

Nuevamente hubo un largo silencio. Caravanas, numerosas caravanas capitaneadas por el desconcierto y el dolor, como cabalgando a la sombra de una bandada de cuervos, desfilaron por el corazón del Hijo. La perplejidad llamó a sus puertas. La duda comenzó a levantar cabeza peligrosamente sobre el horizonte. Madre e Hijo continuaban en silencio, y en el silencio dormía el llanto a punto de estallar. El Hijo intentó retomar la palabra, pero la emoción lo ahogaba. Por fin, sobreponiéndose a sí mismo, acertó a continuar:

—Los amados nunca están solos, Madre, aunque los separen mares y océanos. En el olvido hay distancias infinitas, pero en el recuerdo no hay distancias. Me voy, Madre, pero permaneceré aquí, a tu lado, sentado a la sombra del limonero del huerto.

Contra todo lo esperado, la Madre se puso resueltamente de pie, como un árbol joven sin miedo a las tormentas, y comenzó a hablar, y su voz era firme y dulce como la flauta del pastor resonando en los valles.

—Soy una Pobre de Dios —dijo—. Pobre de Dios, Hijo mío, es aquella mujer que se siente sin derechos; y si la ofensa, como dicen, es la lesión de un derecho, ¿qué puede ofender a una Pobre que se siente sin derechos? Una sola música y una sola palabra resuenan en el cora-

zón de una Pobre de Dios, día y noche: *hágase*. No me siento con derecho a protestar, Hijo mío, porque mis derechos están en las manos de mi Señor. Así pues, de la misma manera que el día en que bajaste a mi seno, también en este momento pronuncio para ti, Hijo mío, esta única palabra que habita en mi corazón: *hágase*. Puedes irte. Tienes mi bendición. Que te cubran con sus alas los ángeles de Dios. Sean tus palabras música e incienso para los pobres. Tu invierno sea un sueño poblado de ensueños, y en tus veranos descansa a la sombra de los Cedros Sagrados. Llena tus manos con el polvo de las estrellas para rociar el dolor de los humildes; sé plácida lluvia sobre los campos de los angustiados, y lleva una brazada de sarmientos para el fuego de los necesitados. Y recuérdalo: mis pasos seguirán detrás de tus pasos, y todas las noches visitaré tus sueños.

Caminando hacia el desierto

Amanecía. Una difusa luminosidad se asomaba tímidamente detrás de las colinas de Nazaret. Madre e Hijo se abrazaron largamente sin pronunciar una palabra; sus ojos permanecieron serenos como las aguas del lago Kineret; pero todas las vibraciones y las voces del mundo resonaron en aquel silencio. Luego, el Hijo se fue; la Madre cerró delicadamente la puerta, y, al instante, una gran soledad la envolvió. El Hijo atravesó silenciosamente el poblado dormido, y antes de perderse tras el último recodo del camino, miró por última vez su casa.

El Joven de Nazaret tomó la ruta que, a través de cerros y valles, lo conduciría entre roqueríos, cipreses y olivos, siempre en plano descendente, hasta las riberas del Jordán. Emociones encontradas, en permanente estado de fricción, pugnaban en su interior por imponerse: por un lado, una gran pena, no exenta de tristeza y melancolía, lo mantuvo, a lo largo de todo el trayecto, fijo en el recuerdo de su solitaria Madre. Por otro lado, un anhelo que le resultaba difícil controlar ponía alas a sus pies para volar y llegar cuanto antes a la sombra del

Bautizador. Era la suya una alta temperatura emocional.

El sol remontaba resueltamente el firmamento azul. El Pobre de Nazaret caminó solitariamente, con paso acelerado, durante largas horas. Atravesó el fértil valle de Beth Shean entre árboles frutales, olivos, viñedos y trigales.

Al día siguiente continuó caminando, siempre en sentido descendente; a medida que avanzaba, la vegetación se hacía más escasa, mientras la luz y el calor eran cada vez más intensos. Y así, apenas sin darse cuenta, se encontró, de pronto, inmerso en una naturaleza calcárea y muerta. Hasta que, por fin, desde un altozano pedregoso, alcanzó a distinguir en la lejanía, como una serpiente color jaspe, el Jordán, río sagrado de la Biblia.

Tiene el Jordán una existencia original y accidentada. Nace en las nieves del Hermón; descendiendo saltando y cantando, arrastrando un agua excepcionalmente cristalina; y a lo largo de su recorrido se le van agregando diversos afluentes. A una cierta altura, el río hace un alto en su camino para formar el lago Kineret o Mar de Galilea, a 212 metros bajo el nivel del mar, y a lo largo de 21 kilómetros, con gran abundancia y variedad de peces. El río emerge calladamente del lago para seguir su curso a través de la depresión orográfica más profunda de la tierra: el valle del Jordán. La distancia total recorrida por el río desde el lugar de confluencia con el último afluente hasta que desaparece en el Mar Muerto es, en línea recta, de 118 kilómetros. Sin embargo, su recorrido real es de 320 kilómetros, ya que descendiendo sigzagueando, formando numerosos y retorcidos meandros, y ondulándose caprichosamente en algunas zonas, como una hermosa serpiente calentándose al sol.

El valle del Jordán es una región quizá única en la tierra por su morfología alucinante. En cualquier dirección que se dirija la mirada se yerguen adustas colinas que levantan altivas sus cabezas redondas y calvas; parece una tierra maldita por la que hubiere pasado un Dios vengador sembrando azufre y sal y aniquilando sin piedad todo vestigio de vida: ni un árbol, ni un arbusto, ni una brizna de hierba. A veces el valle se estrecha tanto

que tiene la apariencia de un cañón bordeado por montañas rojizas. Estamos en el Desierto de Judá, lugar terrible y seductor a un mismo tiempo, lugar ideal para hablar con Dios, donde ni una flor ni una largatija distraen la atención. Aquí se forjaron los profetas de Israel.

* * *

Por estas devastadas soledades avanzaba solitariamente el Pobre de Nazaret. El polvo, el sol, la sed habían impreso huellas en su rostro, y parecía muy fatigado; pero se podía advertir en sus ojos un vislumbre de alegría. No era alegría, sin embargo, sino una mezcla de gozosa impaciencia, fascinación y como un presentimiento de que un importante acontecimiento se avecinaba; y a pesar del cansancio, el deseo espoleaba su espíritu obligándole a acelerar el paso.

De pronto, el desierto comenzó a animarse. Las gentes iban y venían por todas partes, hacia todos los vientos.

A medida que avanzaba el Joven de Nazaret, la masa humana aumentaba: pequeñas caravanas, grupos familiares, algunos solitarios. Todos hablaban en voz baja, con la mirada fija en el suelo, sin que se supiera exactamente si estaban orando o cambiando impresiones. Al final, era ya una abirragada multitud de campesinos, artesanos, comerciantes, mendigos, enfermos, cobradores de impuestos, soldados... llegados de todos los rincones del país. Separados de la masa podían distinguirse pequeños grupos de fariseos y saduceos; y, a una distancia todavía mayor, sentados sobre algunos salientes de roca o de pie, algunos soldados romanos, custodiando el orden público.

De pronto, una voz selvática, dura y áspera, como la geografía que los rodeaba, llegó a los oídos del Pobre de Nazaret, y pudo distinguir algunas palabras sueltas: el fuego..., el hacha..., el juicio..., el Reino. Se le paralizó, helada, la sangre. Un estremecimiento semejante a una corriente de aire polar recorrió sus comarcas y sus valles; y no sabía si se trataba de alegría, temor, sobresalto, o todo a un mismo tiempo. Se detuvo. Aguzó el oído, esfor-

zándose por captar el discurso, pero no conseguía distinguir sino palabras aisladas.

Avanzó lentamente, mezclándose con la masa humana, hasta llegar al extremo contrario, donde sólo había algunas personas; de pie, apoyado en un tronco rugoso, fijó sus sentidos y su atención en el profeta, y comenzó a escucharlo con todo su ser.

—Llegó la hora —decía el Bautizador—. Estamos en vísperas del juicio definitivo. La justicia está tocando las puertas. Ya suenan las trompetas, ¿no las escucháis? El fuego será el primer ministro que, como ángel exterminador, recorrerá mañana mismo la faz de la tierra, reduciendo a cenizas la paja inútil, abrasando los sarmientos estériles, incendiando rastrojos, purificando las fuentes, sajando tumores podridos, desgajando las ramas sin fruto, y no habrá vacilación en tronchar troncos enteros. Arbol sin fruto será leña para el fuego, el hacha ya está puesta a la raíz. A todo el mundo se le ha tomado las medidas, y nadie podrá escapar de los largos brazos de la justicia. Y no os hagáis ilusiones, diciendo: somos hijos de Abraham. Estas piedras redondas del río pueden transformarse en hijos palpitantes por la mano prodigiosa del Señor. Ya llegó el Reino de Dios: quitarnos las ropas, las ropas de las viejas costumbres; hay que zambullirse en el agua, sumergirse hasta la coronilla de la cabeza en la corriente purificadora del río, para salir de ella limpios, renovados para iniciar una vida nueva...

El Pobre de Nazaret se sintió como una hoja de otoño zarandeada de un lado para otro por el viento: sentimientos antagónicos se cruzaban en su espíritu atropelladamente. Había en el mensaje del Bautizador insistencias que hacían vibrar sus fibras más hondas, y amenazas que le provocaban, y sin que supiera por qué, una especie de disgusto.

Juan, una vez terminado su discurso, procedió al rito del bautismo. Jesús se fue acercando hacia él para observarlo más de cerca. Era el Bautizador un hombre de elevada estatura, de porte atlético, completamente curtido por el sol y el viento del desierto. Vestía una túnica corta, sin mangas, de color castaño oscuro, de burda tela

tejida con pelos de camello. Un ancho cinturón de cuero ceñía su túnica a las caderas. Su rostro estaba surcado de arrugas profundas, a modo de cicatrices, que le daban un aire de mayor edad que la que en realidad tenía, el aspecto de quien ha vivido toda su vida a la intemperie.

Su rostro enjuto estaba rodeado por una abundante melena, cabello indómito y abundoso que, derramándose sobre las espaldas, le llegaba hasta la cintura. Una barba negra y larga le cubría por completo el pecho. Y, agitadas por el viento, su barba y su cabellera semejaban la melena de un león. Nunca las tijeras habían penetrado en ese matorral. Siempre, pero especialmente cuando se encaramaba a una roca para hablar, tenía el aire de una majestad casi salvaje; en suma, tenía todas las características de un profeta tradicional, tal como el pueblo se lo imaginaba.

* * *

Anochecía. La gente se disponía a descansar bajo toldos beduinos, o al aire libre, en aquel clima tórrido. Jesús, sin alternar con nadie, se alejó discretamente y se fue internando en el desierto. Escaló, no sin dificultad, mientras los guijarros rodaban a su paso, una colina alta y rojiza. En la cumbre había una pequeña planicie, donde habría de pasar la noche.

¡Una noche en el desierto! No hay espectáculo que se le pueda comparar. La oscuridad y el silencio se encuentran en un abrazo de alta fusión, cubriendo la tierra con una inmensa mortaja; y sólo se escucha el aullido lejano de algún chacal; los barrancos y contrafuertes de formas fantásticas desaparecen en el seno de la oscuridad. No queda otra realidad que un firmamento absolutamente deslumbrante y subyugador. Y algo más: Dios. Un Dios tan cercano y tangible que casi se le puede dar la mano.

Aquella noche no era para dormir. Dos carneros no se embisten tan fieramente como las dos impresiones y sentimientos que se enfrentaron la noche entera en el alma de Jesús. Por un lado, cuanto había escuchado a lo largo de aquel día, y que tan vivamente seguía resonando

en su alma: cólera divina, hacha de guerra, fuego exterminador, juicio inminente...; y, por otro, lo que, al mismo tiempo, estaba experimentando a lo largo de la noche: la ternura infinita del Padre.

Un encuentro memorable

Las cumbres de los montes se iluminaron con resplandores rojizos, e inmediatamente el sol levantó su cabeza en llamas tras las alturas de Moab. A lo lejos comenzó a brillar, como un espejo bruñido, el Mar Muerto.

Jesús descendió lentamente de la colina, y se dirigió hacia el remanso del río, donde Juan bautizaba. Se trataba, efectivamente, de un vado del río bordeado de arbustos y unos pocos árboles, a manera de un seto vivo, más allá del cual se alzaba un cañaveral, a cuyo resguardo se desvestían y vestían los bautizandos.

Juan ya estaba erguido sobre una roca que emergía del agua en el centro del río. El cielo lucía redondamente azul, y los montes resplandecían bañados en una cegadora luz. Las riberas del Jordán habían sido ocupadas por un hervidero humano. El profeta levantó su brazo derecho reclamando atención, y un silencio casi instantáneo envolvió a aquella inmensa concurrencia. El profeta alzó su voz, y comenzó a hablar; pero sus palabras no eran palabras, sino piedras.

—Arrojad vuestros pecados al mar de la sal —comenzó diciendo—. Dad vuelta completa a vuestras vidas antes de que sea tarde. El juicio divino ya alcanzó nuestros arrabales, y con voz de huracán, avanza hacia la plaza mayor. Despojaos de vuestras vestiduras malditas, porque mañana será demasiado tarde. Hijos de serpientes y raza de víboras, ¿cómo evitaréis ser alcanzados por las garras de la ira? Ha llegado la hora roja, retirad las piedras del camino, el telón está por caer. La aljaba está repleta de dardos, el arco tenso y las mortajas dispuestas. En la oquedad de los peñascos anidan los que mañana serán pasto de las llamas; se les dará a beber un vino embravecido, y en las esquinas espera la muerte

revestida de blanco sudario. Los ríos ya han arribado a la desembocadura, los astros al crepúsculo, y ha llegado la hora de echar las redes en la ensenada de sangre. Derribad robles, desnudad la selva, abatid los cerros, allanad las lomas, cubrid de arena las hondonadas para abrir anchurosas avenidas por donde ha de pasar el Libertador.

El profeta calló. La muchedumbre era un pueblo pasmado. Nadie se movía. Nadie hablaba. El Pobre de Nazaret permaneció largo rato con los ojos cerrados, apoyado en un árbol. El profeta descendió de la roca, se sumergió en el río y comenzó el rito bautismal. Hombres y mujeres, mientras se bautizaban, se entregaban a un largo llanto, sin importarles que los vieran llorar.

Atardecía. Los contrafuertes del desierto comenzaron a proyectar sombras alargadas sobre el valle del Jordán. Mientras la concurrencia se dispersaba, el Pobre de Nazaret se mantuvo inmóvil largo tiempo, de pie, envuelto en un cúmulo de impresiones contrarias. Sumido en esas agitadas corrientes interiores, abandonó el lugar, y sin pensar ni preocuparse por un cobijo en donde pasar la noche, se encaminó hacia el interior del desierto con paso lento, la cabeza inclinada y la mirada fija en el suelo. Luego de avanzar algunas leguas, se detuvo y se sentó sobre una piedra, al borde del sendero. La noche bajaba de las montañas, borrando los perfiles de las cosas.

De pronto, Jesús divisó a lo lejos una figura solitaria que venía en su misma dirección. Cuando el caminante se aproximó, el Pobre pudo darse cuenta de que se trataba de Juan, el Bautizador. Se saludaron. Juan preguntó al Pobre por su identidad, y sentándose a su lado, a la luz de las estrellas, tuvieron un encuentro memorable.

—Me pesa demasiado esta hacha de guerra —comenzó diciendo lentamente, y como desahogándose, el Bautizador—. He descargado golpes de muerte sobre los árboles carcomidos, pero los golpes me han herido también a mí mismo, y mi alma respira con frecuencia por la boca de rojas amapolas. Las gentes me creen roca de Makeros, pero soy caña quebradiza del Jordán, nada más que eso. A veces pienso que el Eterno se ha equivocado:

en lugar de hombres de barro como yo, debería escoger torres fogueadas entre tempestades. Sueño permanentemente con los días de paz que viví ahí, en ese monasterio de los esenios, y en ocasiones paso los días mirando las nubes, a la espera de que lluevan al Justo. Más que el sediento el agua, más que el centinela la aurora, mi alma aguarda al Enviado para depositar en sus manos esta pesada hacha.

Hubo un largo silencio. El Pobre de Nazaret fluctuaba entre la extrañeza y la compasión ante aquel inesperado desahogo humano del profeta. Hubiera querido ser concha de silencio para acoger cada palabra del Bautizador. Pero una fuerza inevitable lo lanzó a la palestra, y con suavidad no exenta de cierta timidez, comenzó a hablar:

—Profeta de Dios —le dijo—, siempre hablas del hacha. ¿Para qué sirve un hacha? Deja desolados los bosques, sin pájaros, sin flores, sin cantos. Si talamos todo árbol que tenga un tumor, ¿no se transformará el bosque entero en un inmenso cementerio? ¿Qué será de la pobre higuera estéril que crece al borde del precipicio? Si, en lugar de golpes de hacha, descargamos sobre ella un golpe de ternura, ¿quién sabe si en el otoño próximo no se llenará de dulces higos? Esta noche se me ha dicho que si tratamos a los árboles heridos con aceite de ternura, en la primavera próxima los granados florecerán, las espigas madurarán y los racimos brillarán al sol. ¿No habrá llegado ya el momento de enterrar el hacha?

—Hijo de Nazaret —le interrumpió bruscamente el Bautizador—, no sólo las ramas están carcomidas, no sólo lo está el tronco; las raíces, son las raíces las que están podridas. Su destino es uno solo: el fuego. No hay otra salida.

—Levanta los ojos —le interrumpió Jesús con impaciencia, casi cortándole la palabra—. Levanta los ojos, profeta de Dios, y cuenta si puedes esas miríadas de estrellas. Todas parecen frías y silenciosas, pero, desde siempre y para siempre, ellas cantan un himno inmortal al poder y al amor del Altísimo. El poder, sólo el poder, es muerte, el amor es vida. Pero si enlazamos en un mismo acorde el poder y el amor no habrá raíces podridas que

no sanen, ni huesos calcinados que no se revistan de primavera, ni barrancas que no se pueblen de cipreses, ni muerte que no se torne en fiesta. Siempre hablamos del Todopoderoso, ¿cuándo comenzaremos a hablar del Todoamoroso?

Hubo un largo silencio. Algo misterioso se estremeció en la profundidades de Juan. Una estrella errante, como un rayo, abrió una cicatriz de luz en el oscuro firmamento.

—Nos han dicho nuestros profetas —dijo Juan como hablando consigo mismo— que en el Sinaí el Eterno manejó con destreza el rayo de la ira, y que cabalgó sobre nubes cargadas de fuego.

—Nuestro Padre cabalga siempre sobre la nube blanca de la Misericordia —respondió dulcemente el Pobre.

—Nuestros profetas —replicó Juan— afirman que el pueblo es un rebaño de dura cerviz, que sólo entiende el lenguaje del látigo; y que el temor es una llama que asciende devoradora y amenazante, a cuyo resplandor el pueblo de Dios, temblando, regresa al camino real. De otra manera, confunden amor con debilidad, y se extralimitan.

—Una noche, no hace mucho —insistió el Pobre—, tuve un sueño. Se me dijo que no se me enviaba a capitanear escuadrones de muerte; y se me hicieron estas preguntas: ¿Qué se cosecha sembrando sal?, ¿qué sentido tiene vencer?, ¿para qué sirve una victoria militar? Yo no supe responder. Ante mi silencio, se me dijo: Hijo del Hombre, toma nota y escribe: eres enviado para inclinar-te hasta el suelo y recoger amorosamente el gusano que se arrastra por la tierra, para que nadie lo pise; para sepultar en alta mar las mortajas humanas; para seducir a los pecadores sentándote a su mesa; para inclinar-te sobre los rescoldos cubiertos de ceniza, y soplar amorosamente sobre ellos hasta que surja la llama viva; para sanar a las avencillas heridas; para insuflar aliento en los huesos carcomidos, hasta transformarlos en criaturas vivas; para plantar rosales en los desiertos y hacer estallar la primavera en los cementerios; para poner en pie a las cañas abatidas por el temporal y, con toques mágicos,

transformar las cañas quebradas por los pies de los transeúntes en flautas sonoras. Y la voz acabó gritando fuertemente: ¡Misericordia quiero! Al oír este grito, desperté.

El Bautizador quedó profundamente conmovido, sin ánimo para continuar la conservación, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre ambas manos. El Pobre callaba también. La noche era tan profunda que no se divisaban el uno al otro a pesar de hallarse tan próximos. Y al callar los dos, tuvieron la extraña sensación de que la tierra hubiera desaparecido.

Juan continuaba en su meditación, agobiado por sus pensamientos: He surcado mares procelosos y luchado con las tormentas —pensaba—. ¿Y si, al final, sólo he perseguido mis propios sueños? ¿Quién podrá responderme si mis palabras han sido, o no, ecos de mi propia voz, aliento de mi aliento, sombras de mi sombra? He caminado por un sendero bordeado de precipicios; ¿y si, al final, no era ése el camino del Señor?

Una repentina turbación se apoderó de su alma, como si, de pronto, se sintiera atrapado en una situación sin salida. Esta sensación deprimente le duró apenas unos minutos. Pero no podía permitirlo, debía impedir el sentirse ahogado en ese remolino. Sería como descubrir que, al final de su vida, se había engañado a sí mismo, que no había sido sino un embaucador. Era demasiado. Sacudió su cabeza y reaccionó. Y, como tratando de infundirse seguridad a sí mismo, continuó hablando:

—Se me ha dicho: Levanta la voz como una trompeta, y grita. Yo respondí: ¿Qué tengo que gritar? Y el Señor me dijo: Israel es como un labrantío. Todo hombre es hierba, y su esplendor como la flor del campo: a la mañana brilla y a la tarde muere. He sembrado buena semilla, y al amparo de las sombras brotó la cizaña que acabará por devorar el trigo. Dime, hijo de Nazaret, ¿qué solución queda sino arrancar de raíz la cizaña, y cuanto antes?

—Con infinita paciencia —respondió rápidamente el Pobre— se podrían realizar prodigios. No arranques la cizaña, profeta de Dios; al tiempo que la arrancas podrías también herir de muerte al tragal. Dios no participa de nuestras impaciencias ni de nuestros miedos, ni tampoco

de nuestros instintos de castigo. Nuestras autoridades dicen: “El pecado merece su castigo”; y creen que lo hacen llevados de un celo sagrado por el Reino. Se equivocan: sólo se trata de un vulgar instinto de venganza. Jamás se vio a un delincuente reformado por medio del castigo. Dios, como Padre que es, espera amorosamente con infinita paciencia, y con su mirada misericordiosa puede ver prodigios increíbles allí donde los ojos de nuestros campesinos nada ven: la cizaña transformada en un trigo dorado.

El Bautizador, cada vez más inseguro en su posición, casi entregado, dijo:

—No soy nada, no soy nadie; soy tan sólo una voz perdida en el viento, una trompeta que anuncia la cercanía del Libertador. Detrás de mí viene alguien que separará el trigo de la paja. Yo bautizo con agua, pero el que viene detrás de mí bautizará en espíritu y en verdad. Yo soy frágil caña, él es roble secular. Yo no merezco ni tomar en mis manos sus sandalias para desempolvarlas. Él tiene estatura estelar. Todos buscan al Bautizador, pero el Bautizador busca al Enviado.

—¿Quién es él? —preguntó Jesús—. ¿Hay alguna señal que lo identifique

—Yo no lo conozco —respondió Juan—. Sé que ya está entre nosotros, silencioso como una violeta, desconocido como un extranjero. Dentro de mí, sin embargo, resuena una voz, apenas perceptible, pero clara, que me dice que, llegado el momento, el Altísimo levantará su mano y me mostrará al Enviado sin que queden dudas. Me dice también que habrá un revuelo de palomas, ¿y quién sabe si en adelante no será todo diferente, si la suavidad no sustituirá al grito, el cariño a la amenaza y la misericordia a la justicia? En cualquier momento puede resonar la voz de lo alto. ¿Quién sabe si no será mañana mismo?

Estas últimas palabras las pronunció el Bautizador con voz casi imperceptible, como si sólo hablara consigo mismo. Los dos permanecieron en silencio durante un tiempo prolongado, como abismados en todo lo que ha-

bía sucedido entre ambos en aquella extraña y memorable noche.

Luego, Juan se levantó pausadamente, se despidió con un *shalom!*, y se alejó caminado monte arriba en dirección de la gruta donde normalmente pasaba las noches. Pero aquella noche no pudo dormir. Su espíritu era un acantilado golpeado por oleadas sucesivas de emociones. Sobre todo, se le clavó como una daga en la mente el pensamiento de si su inesperado interlocutor nocturno no sería el Enviado. Este barrunto le producía una mezcla desusada de excitación, aprensión, euforia y suspenso que lo mantuvieron la noche entera desvelado, mientras suplicaba ardiente e incesantemente: ¡Oh Eterno, te pido de rodillas que, cuanto antes, las nubes lluevan al Justo, que se abra la tierra y germine al Salvador!

“Yo no lo conocía” (Jn 1,33)

A pesar de que eran parientes, Jesús y Juan no se conocían. Llama la atención y causa extrañeza este mutuo desconocimiento de dos personajes cuyas existencias nos las presentan los Evangelios tan entrañablemente unidas, y cuyas madres habían tenido una comunicación que las leyes de la sangre no pueden explicar: verdaderamente emparentadas en el Espíritu Santo.

Hay, sin embargo, en los Evangelios una serie de datos que, bien desentrañados y extractando de ellos todas las consecuencias posibles, podrían tornar ese desconocimiento, no sólo posible, sino también razonable.

En primer lugar, no sabemos cuántos años permaneció la Sagrada Familia en Egipto. Fuesen cuantos fuesen, tenemos legítimo derecho a suponer que esta ausencia habría enfriado las relaciones de la familia de Jesús con sus parientes.

Por otra parte, Lucas, después de afirmar que el niño (Juan) “crecía”, agrega enseguida que “vivió en el desierto” (Lc 1,80) hasta su manifestación pública. Aunque el texto no lo diga expresamente, podemos leer entre líneas

y entender implícitamente que lo llevaron al desierto desde niño, o, al menos, desde adolescente.

Caben dos hipótesis para explicar el hecho casi increíble de tan prematura retirada de Juan al desierto. Según la primera hipótesis, sus padres habrían muerto durante la infancia de Juan; no olvidemos que cuando Isabel lo concibió ya era “de avanzada edad” (Lc 1,7); en esta hipótesis, sus parientes habrían llevado a Juan (niño o adolescente) al desierto. Según otra hipótesis, su madre, teniendo en cuenta los sucesos admirables que rodearon la concepción y el nacimiento de Juan, consideró que el fruto de tales maravillas tenía que ser separado y consagrado al Señor, y lo llevó al desierto a temprana edad.

Ahora bien, ¿qué significa *desierto*? Por todos los indicios de que disponemos, la palabra *desierto*, en este contexto, hace referencia al Monasterio de Qumram, situado en el desierto de Judá.

Una serie de circunstancias y coincidencias nos llevan a esta conclusión. En primer lugar, el Monasterio estaba situado a pocas leguas del lugar en que Juan estaba actuando. En segundo lugar, Juan practicaba y preconizaba un ascetismo riguroso, el mismo misticismo, la misma espiritualidad, incluso con las mismas apelaciones al juicio divino que en el Monasterio. En tercer lugar, y sobre todo, en el Monasterio se practicaba también el bautismo como rito de iniciación, que Juan habría adoptado, aunque con objetivos un tanto diferentes. Admitiendo, pues, la hipótesis de que “desierto” (Lc 180) significa el Monasterio de Qumram, donde, por las investigaciones arqueológicas de 1947, se sabe que había también niños y familias enteras, la adolescencia y juventud de Juan habrían transcurrido en ese lugar. Esta serie de datos nos hace más comprensible el desconocimiento mutuo de los dos egregios parientes.

* * *

Un buen día también el Pobre decidió bautizarse. ¿Esperaba, también él, una señal inequívoca de lo alto, de la que le hablara Juan en el diálogo de la noche anterior?

¿Necesitaba, también él, una especie de investidura solemne, una inequívoca teofanía que le afirmara y confirmara en su conciencia de filiación divina?

El Bautizador, como de costumbre, habló de viejos ropajes de los que es preciso despojarse y de las nuevas vestiduras con las que hay que cubrirse después de un baño purificador. El Pobre de Nazaret se colocó humildemente entre los pecadores públicos, los prevaricadores y arrepentidos. Cuando le llegó el turno para ser bautizado, Juan experimentó una vivísima iluminación interior. ¿Qué fue? ¿Premonición? ¿Presentimiento? ¿Una certeza infusa venida de lo alto? Lo cierto es que el profeta fue tomado por la absoluta seguridad de que *éste* era el Enviado. Como un cañaveral se estremece al embate del viento, Juan se sintió estremecer por una desusada vibración, mientras le decía a Jesús: ¿Tú aquí? Soy yo quien necesitaría ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Con humilde naturalidad, le respondió Jesús: No te hagas problemas, conviene que todo suceda así por el momento, procede sin más.

Jesús se sumergió completamente en la corriente del río, y cuando salía, chorreando agua, “se abrieron los cielos”. ¿Qué cosa fue? ¿Un resplandor más deslumbrante que el sol del mediodía? ¿Una nube repentina y blanquísima sobre el fondo azul del cielo? En todo caso, “el Espíritu de Dios descendió en forma de paloma sobre él”, mientras una voz, como de muchas aguas, resonaba llenando los espacios: “Éste es mi Hijo amado en quien me complazco” (Mt 3,17).

El Pobre entre los pecadores

El bautismo de Juan tenía carácter penitencial: era un baño de agua que simbolizaba la purificación de los pecados; por eso Juan predicaba a la orilla del río, y quienes acudían a sus márgenes “confesaban sus pecados” (Mt 3,6). Marcos nos dirán que el bautismo de Juan era un signo de conversión, un rito “para el perdón de los pecados” (Mt 1,4; Lc 3,3). Con los textos evangélicos en la

mano, es difícil, por no decir imposible, sustraerse a la conclusión de que, colocado Jesús en la fila de los penitentes y pecadores, buscaba la “remisión de los pecados”. ¿Por qué quiso someterse al rito penitencial de los pecadores? ¿Acaso no era el Hijo de Dios, el sin pecado y el impecable, el Santo de Dios? La explicación de este hecho ha traído siempre a mal traer a los Santos Padres, que tampoco consiguieron entregarnos una respuesta plenamente satisfactoria y convincente. Ha sido una espina siempre molesta, incluso para los evangelistas.

Los tres Sinópticos tienden a restar importancia al bautismo de Jesús, y lo tratan sesgadamente, colocándolo más bien como una plataforma para realzar la teofanía y la proclamación de Jesús como Hijo amado de Dios. Incluso tenemos la impresión de que Mateo intenta adelantarse a una posible objeción cuando nos dice que Juan quiso disuadirlo, diciéndole: “Soy yo quien necesita ser bautizado, ¿y tú vienes a mí?” (Mt 3,14). Así de mal se han sentido las generaciones para tratar de explicar lo inexplicable.

Es inútil empeñarse en buscar explicaciones sutiles e imposibles. Estamos ante el resplandor de aquel a quien desde el principio hemos definido y calificado como el Pobre de Nazaret; estamos ante una música silenciosa convocando las voces de la noche para orquestrar un nocturno. En una noche como ésta los chacales duermen, y las sondas bajarán hasta tocar el corazón mismo de la tierra.

Estamos ante una de las escenas más conmovedoras del Hombre de Nazaret en su condición de Pobre: el Hijo de Dios, luz de luz y nardo perfumado, espera paciente en la fila de las fieras y los halcones, fornicarios y adúlteros, hombres vestidos de tempestad y ceñidos de puñal; él, el cordero blanco e inermes, esperando su turno como uno más entre los pecadores para entrar en las aguas purificadoras..., aquel día nació la Humildad, le nacieron alas potentes y escaló la altura más encumbrada.

Aquí resuenan las disonancias de la Escritura, cuando Pablo, casi como quien no quiere la cosa, nos sorprende

con una terrible y atrevida expresión, afirmando que a aquel que no conocía pecado Dios “lo hizo pecado por nosotros” (2Cor 5,21); es decir, Dios identificó legalmente al Hijo con el pecado, e hizo que pesara sobre él la maldición inherente al pecado. Todo esto culminará en la cruz, pero aquí, a la orilla del río, la humillación es aún más lacerante, porque el Pobre desciende a las aguas envuelto en el barro de la inmundicia humana, pasando como un pecador entre los pecadores. Hemos llegado a la última plataforma de la Encarnación: el Santo de Dios, siendo impecable, sometido a toda semejanza de pecado, hecho “pecador” con los pecadores, para elevarlos a la santidad de Dios.

* * *

Las palabras centrales del episodio del Jordán (“Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco”) están tomadas literalmente de Isaías 42, y se refieren expresamente al Siervo de Yavé, el Pobre de Dios. Así pues, en el fondo del escenario del Jordán respira y se mueve el Hombre de Nazaret, revestido y ceñido estrechamente de todos los ropajes que perfilan la imagen eterna del Pobre de Dios: “He aquí mi Siervo, mi Elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él: dictará la ley a las naciones. No vociferará ni alzará el tono, nadie oirá su voz en la calle. No cascará la caña quebrada y no apagará la mecha mortecina” (Is 42,1-3).

Ésta es la figura esencial del Pobre de Nazaret, como lo estamos afirmando desde el comienzo: un Pobre entre los pobres, revestido de mansedumbre y misericordia. Fue, por todos los días de su breve vida, humilde caña crecida en las aguas quietas, y quebrada por los pies de los transeúntes. Fue flauta de entrañas vacías en las que los humildes podían confiadamente verter su aliento para extraer de ella una música de consolación. Se fue por las plazas y mercados recogiendo lágrimas y trocándolas en perlas. Hizo del silencio su morada, y nadie escuchó su grito en el viento. Así como el arroyo conoce el mar antes de alcanzar la desembocadura, así los hu-

mildes lo descubrían en sus huellas perfumadas. Todavía continúa caminando entre nosotros, al anochecer, envuelto en el manto del silencio, derramando a su paso luceros y semillas.

Jesús, ¿discípulo de Juan?

De entre los penitentes que afluían en masa para escuchar a Juan y bautizarse, algunos se adhirieron más ardientemente al profeta del desierto, comprometiéndose con él en un género de vida más estructurado y estable, cuyas obligaciones fundamentales eran el ayuno y la oración. Se trataba de un verdadero discípulo: “Les enseñaba a orar” (Lc 11,1). Había también otras exigencias (Mc 2,18).

Hay indicios en los Evangelios en el sentido de que también Jesús, después del bautismo, se hubiera incorporado a este grupo de discípulos y hubiera permanecido por un tiempo en el seno de esta comunidad observando los usos y costumbres de sus miembros. Al parecer, esta primera etapa de la vida de Jesús habría transcurrido al otro lado del Jordán, en la región de Perea (Jn 1,28).

Algún tiempo después, Jesús se habría separado de esta comunidad, arrastrando consigo a varios discípulos de Juan, que, abandonando su discipulado, se habrían incorporado al grupo incipiente de Jesús. En este sentido, el cuarto Evangelio nos transmite una escena pintoresca, llena de colorido. Eran como las cuatro de la tarde. Estaba el Bautizador en un altozano con dos de sus discípulos cuando divisaron, a lo lejos, la silueta solitaria de Jesús, que pasaba por allí. Juan, emocionado, y señalándolo con el dedo, les dijo: Aquél, aquél es el Enviado de quien hablaba, el Cordero de Dios. Los discípulos quedaron tan impresionados que, sin pedir autorización ni dar disculpas, se levantaron, se fueron detrás de Jesús y se quedaron con él. Uno de estos discípulos, Andrés, comunicó la noticia a su hermano Pedro, el cual, a su vez, también lo siguió (Jn 1,35-50).

Este texto y contexto —digámoslo de paso— están

indicando a las claras la poderosa atracción que la personalidad de Jesús ejercía desde el primer momento entre quienes lo conocían. Había en su persona algo que, instantáneamente, cautivaba. Sólo así se entiende la rapidez con que emergió el grupo incipiente de discípulos de Jesús, por los mismos días en que el Pobre de Dios integraba todavía el discipulado de Juan.

Incluso durante algún tiempo, Jesús y Juan ejercen simultáneamente la actividad bautismal, Jesús en Judea y Juan en Ainón, cerca de Salim, donde el agua era abundante. Más tarde, sólo ocasionalmente se aludirá a la actividad bautismal de Jesús; pero ahí mismo, sobre la marcha, el evangelista se desmiente a sí mismo con esta corrección: “Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que él bautizaba más que Juan (aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos)...” (Jn 4,2).

* * *

Algo más tarde, el Pobre de Nazaret y el Bautizador emprenden rumbos diferentes, sin duda por las divergencias de mentalidad y de programa respecto del Reino de Dios. A pesar de esta separación, sin embargo, si nos atenemos a la opinión pública y a lo que se pensaba en los círculos próximos al Tetrarca Herodes Antipas (Mc 6,14-16), todo el pueblo los consideraba entrañablemente unidos.

Al parecer, la vida y actividad de Jesús, anunciando la penitencia y el bautismo, continuó hasta el encarcelamiento del profeta. A partir de este acontecimiento, el Pobre de Nazaret inaugura su ministerio en Galilea, lanzándose abiertamente a la tarea evangelizadora con un programa independiente y con un mensaje enteramente original (Mc 1,14-15), aunque, eso sí, sus primeras insistencias son una copia de las admoniciones de Juan.

Ya no hay baño de agua como signo y garantía de salvación ante la inminencia del juicio. El bautismo poca importancia tuvo en el proyecto histórico de Jesús, así como no la tuvo el fuego del juicio inminente. La nueva

señal, en su programa, será la cercanía de Dios, la acogida a los pecadores y la liberación de los pobres y enfermos. A pesar de marcar Jesús, de una manera tan resuelta, las distancias y los perfiles respecto de Juan, nunca negó ni disimuló su conexión con el Bautizador. En todo caso, el profeta del desierto fue esfumándose paulatinamente, mientras ascendía rápidamente la estrella de Jesús en el firmamento del Reino (Mt 11,9), según la conmovedora declaración de Juan: “Es necesario que yo disminuya, para que él crezca” (Jn 3,30).

* * *

Analizando los textos evangélicos, podríamos imaginar y trazar, como hipótesis, la trayectoria evolutiva del programa evangelizador de Jesús: en los días de su juventud, el Pobre de Nazaret, partiendo de la meditación de la Palabra y de sus vivencias personales, habría ido *gestando silenciosamente en su corazón firmes intuiciones y elevados ideales, un esquema básico de ideas y, probablemente, esbozando un proyecto evangelizador.*

Al entrar en contacto con Juan, las ideas y proyectos embrionarios del Pobre de Nazaret habrían entrado en confrontación con las ideas y el programa de Juan, en un proceso de criba y pulimento, a través de una profunda reflexión personal, y, probablemente, también mediante un cambio de impresiones o un diálogo con el profeta del desierto.

Por otra parte, el ejemplo de Juan, un hombre que, saliéndose de las estructuras y jerarquías de una religión organizada, se lanza solitaria e independientemente a promover el Reino de Dios con un estilo, ideas y programas enteramente originales, debió despertar, estimular y dar alas a Jesús para lanzarse, también él, a anunciar su mensaje con una novedad definitiva en cuanto al contenido y la forma.

Finalmente, este plan general habría sido asumido afectivamente, consolidado y confirmado en los cuarenta días de retiro en el desierto de Judá.

Antes y después del Jordán

El Pobre de Nazaret había desempeñado su oficio de artesano en el perímetro de Nazaret y su entorno en el lapso de unos treinta años. De pronto abandona su ocupación y emprende una campaña misionera itinerante, anunciando un mensaje nuevo y sanando enfermos. Nos hallamos, pues, frente a un acontecimiento que marca una divisoria de su vida en dos partes: este acontecimiento es el encuentro con Juan. Algo importante, decisivo y trascendental para Jesús debió acaecer en este período.

Cosa semejante les había sucedido a algunos profetas, como Amós, Jeremías, Isaías: habían experimentado una irrupción divina en su vida, una experiencia religiosa que dejó cicatrices en su alma. Se trataba de una intervención personal de Dios en sus vidas, y este acontecimiento fue como un chorro de luz, a cuyo resplandor todo *comenzó a ser diferente; por otro lado, este acontecimiento abrió paso a una vocación que alteró todos los planes de sus vidas.*

¿No habría sucedido algo semejante en el caso de Jesús? Por los días de su bautismo, antes o después, ¿no habría experimentado Jesús uno de esos momentos que abren surcos indelebles en el espíritu, como relámpagos en la noche, a cuya repentina luz la incertidumbre se torna en claridad y la intuición en certeza?

La teofanía que se expresa en la aparición de una paloma y en la voz que resuena viniendo de lo alto, ¿no estarán significando una de esas vivencias estremecidas que trastornan, condicionan y lo transforman todo en la vida de una persona? ¿Qué sucedió en las profundidades del alma de Jesús al sentirse declarado y proclamado como “hijo muy amado”? ¿Un despertar a tambor batiente a la realidad infinita que lo habitaba y poblaba, que acabó confirmándolo en las intuiciones emanadas de sus valles interiores? ¿Un “yo” profundo e infinito llamándolo a lo infinito? Vientos y mareas de un mar embriagado debieron invadirlo a partir de esa declaración; necesitó retirarse a la soledad problada de estrellas

del desierto para nadar libremente en la inmensidad, meditar, dar alcance y ponderar las consecuencias de la gran "revelación" y, en fin, para medir los calados de sus vertiginosos abismos.

El hecho es que el Evangelio nos entrega la significativa precisión de que la teofanía tuvo lugar cuando Jesús estaba "orando" (Lc 3,21).

La ruta, así y todo, sigue estando sembrada de interrogantes: ¿Para qué y para quién resonó aquella voz de lo alto? ¿Para provocar una toma de conciencia? ¿En quién: Jesús, Juan, los circunstantes? ¿Necesitaba Jesús despertar a la realidad en lo relativo a su filiación y a su misión? ¿Se trataba de una señal inconfundible destinada a Juan, para que pudiera reconocer de una manera inequívoca al Enviado? ¿O se habría tratado de una toma de conciencia colectiva, una señal refulgente para que la muchedumbre allí reunida pudiera identificar claramente a "aquel que ya está en medio de vosotros"? (Jn 1,26).

En cualquier caso, de las fuentes evangélicas emerge una conclusión indiscutible: los acontecimientos del Jordán marcan el inicio de una nueva existencia para Jesús. Aquel que en Nazaret era un astro apagado, que no destacaba un palmo por encima de los demás, es desvelado, declarado y proclamado como el enviado de Dios. Dios mismo se ha encargado de descorrer el velo, Juan lo ha reconocido públicamente, y él, el Pobre de Nazaret, ha asumido su misión, y todo comenzaba ahora.

* * *

Después de los episodios del Jordán, el Pobre de Nazaret abandonó el salvaje escenario de Judá y se trasladó a la risueña región de su Galilea natal. Y en adelante todo será distinto: estilo y contenidos.

Jesús no arrastra a las multitudes alucinadas, como el Bautizador, a la soledad del desierto, sino que él mismo sale al encuentro de la gente, y se mueve como pastor y trovador, itinerante y peregrino, por las plazas y mercados, por las pequeñas sinagogas, en el área exterior del templo de Jerusalén. El anuncio del Reino de Dios ya no

apela a un juicio divino que se consumará en un futuro más o menos próximo, no; la salvación se decide y se realiza en el presente, y no es el resultado de una terrible penitencia, como la preconizada por el Bautizador, sino un don gratuito ofrecido por el Padre.

Jesús no sumerge a los pecadores en las aguas purificadoras del bautismo, previos el ayuno y la penitencia, sino que los acoge y los agasaja sentándose con ellos a la mesa. Y no sólo se despreocupan, tanto Jesús como sus discípulos, de los ayunos y la penitencia, sino que el distintivo de los nuevos tiempos será la alegría: el clima festivo de una boda, una flauta que resuena en la plaza. El Pobre de Nazaret desató la pleamar de la ventura, en contraste con el día penitencial del Bautizador; el aleluya resonó sobre nuestros techos, y los pecadores saborean las primicias del Reino. Todo es diferente.

Capítulo 3

Bajo el sol de Satán

FUE AL DÍA siguiente del bautismo. La noche había sido un puro delirio: como los ríos en el mar, los mares se habían desaguado en sus comarcas, anegando campos y huertos. El Pobre estaba todavía bajo los efectos de aquella Voz del río, aquella voz de predilección, que fue una verdadera declaración de amor en cuyas aguas el Pobre seguía todavía navegando. ¿Qué es lo que sentía: turbación, vibración, exaltación? Necesitaba detenerse, tomar distancia, poner orden. Sintió una imperiosa necesidad de desierto, necesitaba soledad, anhelaba llegar lo más pronto posible hasta el fondo del silencio.

Sin previas reflexiones, sin hacer cálculos, emprendió presurosamente el camino hacia el interior del desierto, arrastrado por los corceles de la alegría, una alegría oscura, inexplicable. Era tan intenso el oleaje de su alma y, a veces, aceleraba tanto el paso que parecía como si estuviera huyendo de alguien; y, de pronto, se detenía como frenado por sus propios pensamientos. Pero no se trataba de pensamientos, sino de palabras, palabras que resonaban en sus valles interiores como una música de fondo: Hijo Amado, Elegido...

—Lugar privilegiado es el desierto... —pensó, mientras caminaba—. Dicen que Satanás aguarda allí, en las doradas arenas, a los combatientes del espíritu para cribarlos; pero yo sé muy bien que los profetas buscaron el rostro

de Dios en esas abrasadas soledades. Entonces —concluyó como dándose ánimos a sí mismo— el desierto debe ser el campo donde luchan cuerpo a cuerpo Dios y Satanás.

Mientras estaba ocupado con estos pensamientos, caminaba a paso lento. Soplaban entre las piedras el viento del desierto, y de cuando en cuando podía distinguir a lo lejos inquietantes silbidos de serpientes. El sol se había remontado hasta lo más alto del firmamento, y caía como fuego sobre su cabeza. Buscó ansiosamente una sombra para aliviar su fatiga y huir, aunque sólo fuera por unos instantes, de las garras de un sol implacable. Se acercó a un saliente de roca, que proyectaba una precaria sombra, y se sentó a descansar. Sintió gratitud por aquella roca que así le cobijaba y le liberaba de la furia solar. Y después de respirar profundamente dio rienda suelta a sus pensamientos: —Para todo el pueblo de Israel, y también para nuestra casta sacerdotal, el Mesías es un caudillo militar, un comandante en jefe, que, después de fulgurantes gestas heroicas, será ungido como Rey de Israel, como antaño lo fueron Saúl y David, para establecer sobre el mundo el sagrado imperio de Israel, por medio del cual Dios reinará para siempre en toda la tierra. Ésta es la opinión firme del pueblo, desde el Sumo Sacerdote, que traspasa el Umbral Sagrado una vez cada año, hasta los leprosos, que, por ley, tienen que situarse veinte metros más allá del borde de los caminos.

Pero a mí —continuó reflexionando el Pobre—, después del sagrado Baño del río, se me ha revelado otra cosa. Mejor dicho, se me ha declarado y he sido confirmado por el Señor Dios como Ungido y Enviado, para recorrer otra ruta con otra figura: por la pobreza al amor, por el despojo a la donación, por el dolor a la redención. Delante de mis ojos, allá lejos, sobre la roca más alta, el Señor ha diseñado para mí un Pobre que triunfa entregándose y reina dando la vida, no arrebatándola. ¿Dónde está la verdad? ¿No habrá sido todo un sueño, un batir de alas, un resonar de voces vacías sobre mi cabeza, en el río? La turbación asomó a su rostro sobre el pozo de su alma. Necesito seguridad —continuó pensando—, ne-

cesito avanzar hasta el corazón mismo del desierto para que el Señor me manifieste su voluntad, pero una voluntad tangible, como esta roca que me cobija.

* * *

En efecto, Jesús había sido declarado en el Jordán como el Mesías. Pero, al mismo tiempo, se le había señalado la figura y vestidura de su mesianismo, diametralmente opuestos a la concepción popular y oficial: no sería el Mesías político-militar, sino el Siervo Doliente de Javhé, el Pobre de Dios.

En todo caso, en la concepción oficial del Mesías Rey la fe y la política estaban siempre íntimamente entrelazadas, y precisamente de aquí, de este entrevero, nacía una peligrosa ambigüedad que eternamente se presta a la tentación en medio de un montón de equívocos.

En ambas concepciones (Mesías Rey, Mesías Siervo) se trata de la gloria de Dios. ¿Cómo dará Israel mayor gloria a Dios: con las victorias militares de David o con los trabajos forzados junto a los ríos de Babilonia? ¿Dónde están los intereses de Dios y su gloria: en el pesebre-cruz o en los *hosannas* de la entrada triunfal?

Respiran en el corazón del hombre, agazapadas en la penumbra, unas fuerzas oscuras, connaturales y salvajes que, colocadas en fila, como un ejército en orden de batalla, reclaman a voz en grito la gloria, la opulencia, la dominación; y, al mismo tiempo, rechazaban con repugnancia el olvido, el fracaso, la oscuridad. Tienen categoría de *diosas*, porque desde siempre y para siempre doblan las balanzas y prevalecen sin contrapeso en el reino de los impulsos. E, inevitablemente, la tentación yergue sibilinamente su cabeza en el corazón del hombre; y es una tentación porque se presta a confusión, porque hay falacia (exhiben siempre una hermosa apariencia), y porque ofrecen mezclados, como en una aleación, los intereses de Dios y nuestros intereses, la gloria de Dios y nuestra propia gloria, la dominación de Dios y nuestra dominación. Una simbiosis idolátrica.

Todo cuanto amenace nuestra gloria amenaza la glo-

ria de Dios, y viceversa. Los enemigos que hieren nuestros intereses hieren los intereses de Dios, y viceversa. Parece que estamos construyendo el Reino de Dios, pero podemos estar construyendo el reino de la tierra: buscar y promover el prestigio, la fortaleza, la influencia, en una palabra, el poder, pensando que estamos promoviendo el poder y la gloria de Dios.

En esta peligrosa y seductora simbiosis está, ayer, hoy y mañana, el secreto último de la tentación: podemos estar apostando por el Mesías glorioso y triunfal, “avergonzándonos” de la cruz, del Pobre de Nazaret, del Mesías Doliente y crucificado.

Esta seducción estuvo también al acecho de Jesús: despojarse de las vestiduras de Pobre y ataviarse con los brillantes arreos del Mesías triunfal, para implantar en este mundo el glorioso imperio de Yahvé. El orden, la eficacia, la organización, las estructuras, el sistema estarán eternamente entrabados en batalla frente a la inutilidad, la oscuridad, el olvido, la gratuidad. Los primeros estarán seduciendo a los segundos hasta la frontera final, y con una constelación indiscutible de explicaciones, teorías y razones.

* * *

Cuando Mateo dice que “Jesús fue conducido al desierto por el Espíritu para ser tentado” (Mt 4,1), este “ser tentado” significa: fue conducido para clarificar su mesianismo y, como consecuencia, para rechazar la concepción triunfalista y asumir plena y definitivamente su destino de Siervo Doliente y Pobre de Dios, según la indicación que se le diera en el Jordán.

Es difícil para nosotros medir, en su exacta dimensión, la obsesión mesiánica que se vivía en los días de Jesús. Se levantaba una piedra, y aparecía el Mesías. Tocaban a la puerta, y era el Mesías quien llamaba. Alguien elevaba la voz en el mercado con un cierto acento carismático, y el pueblo estaba siempre dispuesto a levantarlo en andas para ungirlo con el unguento mesiánico.

En este contexto, el mesianismo político ambiental

fue para Jesús *su* tentación a lo largo y ancho de su aventura apostólica. Del núcleo histórico de los relatos sobre las tentaciones del desierto se desprende esta conclusión: Jesús consideró la concepción zelota, es decir, política del Mesías como su *tentación particular*, entendiéndose por política todos los mecanismos de poder y eficacia frente a un Mesías pobre y silenciado.

Lucas nos dice que el Tentador se retiró hasta “otra ocasión” (Lc 4,13). Hubo, en efecto, otra ocasión, en la que, según los sinópticos, se le presentó la misma tentación, pero con tácticas más sutiles. Es una escena revestida de resplandores dramáticos, en la que Jesús metió a sus discípulos entre las garras del vendaval, en una sucesión coordinada de golpes y sacudidas (Mc 8,27; Mt 20,17; Lc 9,22), que los dejó aturdidos, sin saber hacia dónde dirigir la mirada y en qué dirección caminar.

Jesús acepta la declaración de Pedro: “Tú eres el Mesías” (Mc 8,29). Al instante se desatan todos los delirios en la fantasía de los discípulos: suenan los tambores, se levantan los estandartes, la tierra se estremece al paso del conquistador, una antorcha azul se yergue sobre los vastos horizontes; ¡llegó el Mesías!, capitaneando escuadrones victoriosos, hollando las águilas romanas; y ellos, los discípulos, naturalmente, en la cúspide del trono, en el festín de la gloria.

Jesús, sabiendo qué peligrosa es esta borrachera delirante y alienadora, se dispone a hacerlos descender de las alturas vertiginosas: de un tirón desgarró la cortina y descubre ante sus ojos espantados la trágica figura del Pobre de Dios: muchachos, subimos a Jerusalén; pero no os equivoquéis, no habrá laureles ni coronas; me prendarán, me azotarán, me crucificarán y me matarán (Mc 8,31). “Les hablaba de esto abiertamente” (Mc 8,32).

Estas palabras sumieron a los discípulos en la tiniebla total: ¿Cómo, no acababa de aceptar el Maestro el título de Mesías? Y ¿por qué se nos habla ahora de aniquilamiento y muerte? Lucas resume la reacción de los discípulos con estas tremendas palabras: “Ellos no entendieron nada de esto” (Lc 18,34). Es la repugnancia que siente

todo hombre cuando aparece ante sus ojos el Mesías Pobre y Doliente.

Y aquí, en este momento, aparece la tentación diabólica, y esta vez en la persona de Pedro. “Entonces, Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle” (Mc 8,32): —¿Cómo se te ocurre? ¿Un Mesías destrozado y derrotado? ¡De ninguna manera! Los hombres, los pueblos y las montañas se harán humo y desaparecerán, pero la noche nunca prevalecerá sobre los días del Mesías. El Mesías es inmortal. Por favor, retira esas palabras, Maestro.

El rostro de Jesús se ensombreció, como las oscuras barrancas de la sierra; sus ojos parecían dos llamas en la noche, y su voz se tornó sombría, profunda, irreconocible; y respondió a Pedro con las mismas palabras del desierto: —“Retírate de mí, Satanás” (Mc, 8,33). ¿Crees que soy un capitán de degolladores? Sólo quien no teme a la muerte es inmortal, Pedro. El tiempo no es un campo que se mide con metros; el latido de un corazón des apropiado y humilde es la medida del tiempo, porque Pobre es aquel que, entregándose a la muerte, derrota a la muerte, y por eso sólo el Mesías Pobre es inmortal. Pretendes construir palacios con palabras vacías. Vuestros muros están amasados de sueños, y vuestras construcciones pronto serán ceniza que el viento esparcirá sobre los valles. Pedro, piensas como un mundano (Mt 16,23; Lc 9,24).

Todos callaron. El silencio era ahogado, espeso, inquietante entre aquellos hombres. Se respiraba una atmósfera de desconcierto, casi de tragedia. La crisis había tocado fondo. Es la hora —pensó Jesús—, la hora de marcar con colores rojos y trazos bien destacados la figura dolorosa y amorosa del Mesías, quien, no conquistando, sino sometiéndose, no arrebatando la vida, sino entregándola, será constituido Libertador; y así se instaurará sobre la tierra un reino no cimentado en la fuerza, sino en el amor. Llegó el día de la decisión.

Jesús, pues, levantando en alto la bandera, graba sobre ella las condiciones absolutas, abre la marcha y, volviéndose a ellos les dice: Ésta es la hora de la opción. Voy a trazar aquí la línea divisoria. Los que acepten las con-

diciones, rebasen la línea y den el paso adelante. Pero todavía es tiempo de dar marcha atrás.

Los que quieran liberar sus pies cansados de las cadenas pesadas, vengan conmigo. Los que estén dispuestos a levantar un muro de contención a las mareas de los deseos, instintos y fuerzas de muerte, vengan conmigo. Los que se comprometan a levantar amorosamente y cargar sobre sus hombros, sin avergonzarse ni entristecerse, las pesadas leyes diarias de la impotencia-incomprensión-soledad-muerte, vengan conmigo. Los que están dispuestos a ofrecer su vida como un blanco cordero, vengan conmigo. Los que quieran seguir dando bocados a la autocompasión, y son melindrosos consigo mismos, quédense atrás. Los que quieran seguir encerrados en sus miedos, combatiendo a los espectros de sus fantasmas, quédense atrás. Ya conocen la historia del grano de trigo: para vivir necesita morir y ser sepultado. Los que buscan un Mesías brillante y triunfal, quédense atrás. Los que optan por un Mesías pobre, humilde y crucificado, vengan conmigo (Mt 16,24-27; Mc 8,34-38; Lc 9,23-27; Jn 12,25).

Era demasiado. La nave hacía agua por todas partes. El desconcierto alcanzó alturas demasiado peligrosas. Jesús, comprendiendo que había descargado hachazos demasiado demolidores sobre la ilusoria efigie mesiánica de sus pobres discípulos, se decide a renimarlos con una escena consoladora que les devolviera la fe y la esperanza. Y tomando a los tres líderes del grupo subieron al monte, y se transfiguró ante ellos. Pero, aun aquí, las palabras confirmatorias del mesianismo de Jesús son, terca y obstinadamente, las mismas palabras del Jordán: “Éste es mi Hijo muy amado” (Mc 9,7). Otra vez el inicio de Isaías 42, es decir, la evocación del Siervo Doliente de Javhé, el mesianismo en la línea del Pobre de Dios.

* * *

Hubo “otra ocasión” en que la tentación regresó, aunque en circunstancias y modo bien diferentes. Jesús, seguido de una gran multitud, subió al Monte. Al ver a

tanta gente, el Maestro le preguntó a Felipe: ¿Cómo podremos alimentar a tanta gente? De todas maneras, hicieron que el pueblo se sentara sobre el pasto de las laderas del monte; eran como unos cinco mil hombres; se les repartió el pan de que disponían; se saciaron, y todavía sobraron doce cestos.

El pueblo, que tenía al Mesías a flor de piel, que lo descubría en cada vuelta de esquina, quedó deslumbrado por la potencia prodigiosa del Pobre de Nazaret. Comenzó a correr el rumor, entre la gente, de que éste podría ser el Enviado. Bastó que alguien con más audacia tomara la iniciativa y lanzara el grito: “¡Vamos a coronarlo rey!”, para que la masa, siempre irreflexiva e impetuosa, se lanzara detrás de Jesús con intención de proclamarlo como Mesías Rey. Juan nos entrega este testimonio tremendamente explícito y significativo: “Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarlo por la fuerza para proclamarlo rey, huyó de nuevo él solo al monte” (Jn 6,15). Otra vez: retírate, Satanás.

De nuevo regresó el Tentador, y esta vez para la ocasión suprema, para la *hora mesiánica*, en que se llevaría a término, y a cabalidad, la función doliente y sustitutoria del Mesías Siervo, el Pobre de Nazaret (Lc 22,35-38). Les dijo: “Quien tenga un manto, que lo venda para comprar una espada”. Ellos le dijeron: “Aquí hay dos espadas” (Lc 22,35-38). ¿No será ésta la hora de la guerra santa? Tanto en Lucas como en Mateo escuchamos, en el trasfondo del escenario, no poco ruido de espadas y aun ecos de la tentación de responder a la violencia con la violencia: “Señor, ¿herimos con la espada?” (Lc 22,49). Los romanos que hay en todo Israel no completan una legión; en cambio, el Eterno puede poner a nuestra disposición, ahora mismo, doce legiones enteras de ángeles; ésta puede ser la última oportunidad.

Fue la última, la suprema tentación: echarse atrás en la *Hora exacta*. Pero el Pobre de Nazaret no se echó atrás; derrotó también a la última tentación: “Vuelve tu espada a la vaina” (Mt 26,52).

Hemos citado aquí tantos textos evangélicos para poner en evidencia que no fue tan fácil para Jesús ser de

verdad el *Pobre de Nazaret*; y para comprobar de qué manera su función mesiánica en la línea del Servidor Doliente de Yavhé estuvo constantemente torpedeada, amenazada y seducida por otro mesianismo humanamente más gratificante.

* * *

Retomamos el hilo del relato. Hemos dejado al Pobre de Nazaret descansando a la sombra de una roca, en camino hacia el desierto.

—Soy un grano de arena en medio de este vasto desierto —pensó el Pobre—. No abandonaré este lugar hasta que la Santa Voluntad de mi Padre haya marcado sobre mi frente una señal de luz. No quiero voces que me hablen con el bramido del trueno, ni siquiera con el rumor del viento. Quiero que me hables tú, Adonai, con la dulzura de la brisa que ondula el trigal, la serenidad del atardecer, y, sobre todo, con el resplandor inequívoco de un mediodía.

De súbito hundió sus rodillas en la arena, se dobló sobre sí mismo hasta apoyar su frente sobre una piedra caliza, mirando al Jordán; cerró sus ojos. Se sumergió en el fondo de sí mismo: le pareció oír un rumor como de las aguas que descienden por un desfiladero, y como el crujir de un cañaveral. Pero muy pronto el silencio pobló enteramente su alma.

—Adonai, mi Señor y mi Padre —comenzó orando en voz alta—. Levanta tu mano y trázame el camino. Pisan el lagar con amargura, y por eso beben un vino amargo. Yo quiero escanciar un vino viejo de selección en las gargantas humanas, para que los hijos de este pueblo vean visiones, visiones de amor. Como el arroyo canta su melodía a la noche, quiero entonar canciones de cuna al oído de los dolientes; enséñame el camino y la melodía, Padre mío. De esos pantanos infestados de serpientes quiero hacer lagunas de aguas claras, para que los pobres las crucen en lanchas de alegría; dímelo cómo, Adonai, mi Dios. Los fanáticos, ascetas y tercos han hecho de ti un Dios fanático, ascético y terco; yo quiero ser un lago

transparente donde los hombres pueden ver reflejado tu semblante amoroso. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo hacer para que los días de los desposeídos sean días de siega, vendimia, boda y danza? Pon en mi boca tus palabras, y que cada palabra sea un mendrugo de pan caliente que, en el vientre de los pobres, se convierta en alegría de salvación. Quiero dedicarme a cantar canciones de amor a los desconsolados, y tocar con la flauta dulce melodías inmortales, para que su vida se transforme en una danza interminable. Pero ¿cómo hacerlo? Dímelo tú, Padre mío.

El Pobre calló. Permaneció largo tiempo en esa actitud, inmóvil y silencioso. Luego se levantó lentamente, y reemprendió la marcha. Una dulzura inefable asomó a su rostro, y sobre todo a sus ojos, igual que cuando se cosechan manzanas doradas en el otoño.

Anochece. Buscando un lugar adecuado para pasar la noche, entrevió a cierta distancia un cúmulo de rocas, y se dirigió hacia allá. En efecto, había entre las rocas una hendidura en forma de gruta natural, y allí se guareció. Había caído la noche. Todo el universo se había hundido en un pozo oscuro. Hecho un ovillo, sin otra compañía que un racimo de estrellas, que se alcanzaba a divisar desde la gruta, con el corazón rebosante de gozo, se entregó el Pobre plácidamente al sueño, bajo la mirada del Padre.

* * *

Despertó. La tierra era un círculo redondo de luz. El sol, como un campeón, había iniciado la escalada del firmamento. El Pobre de Nazaret, después de recorrer con su mirada los horizontes, decidió quedarse allí mismo, en medio de aquellos roquedales, que lo defenderían del frío de las noches y del calor del día.

—Las lanzas están rotas —habló en voz alta consigo mismo— y oxidadas las espadas, porque ya no existen campos de batalla. Así y todo, éste será mi campamento para el combate que me espera; y no saldré de este perímetro hasta que haya logrado la victoria final. Nuestros autores sagrados nos dijeron que este desierto era una

guarida de hienas, chacales y, sobre todo, demonios. Pero yo he venido aquí en busca de un diamante: la voluntad de mi Padre. Ésta es mi victoria. Nuestros padres, antes de ingresar en la patria, se foguearon en el ardor de esta tenebrosa intemperie. También yo estoy aquí en busca de otra Patria para un pueblo nuevo; templaré, pues, mis músculos en estas arenas.

El Pobre extendió su mirada; desde aquella altura se divisaba un vastísimo panorama: las alturas de Moab, el Mar Muerto, las rocas de la fortaleza Makeros, la retorcida serpiente del Jordán, Jericó con sus palmeras... Era el símbolo de “todos los reinos de la tierra”, reinos sometidos al imperio del Maligno. Organizaré un plan de reconquista —se ilusionó— con escuadrones armados de rosas y violetas.

* * *

Sólo había rocas, arena y silencio en torno. Sus pensamientos navegantes regresaron a Nazaret, y desde la penumbra de su mente emergió la figura de su Madre, que se fijó vivamente en su pensamiento; y durante los primeros días del desierto el Hijo no tuvo otro consuelo que el recuerdo de la amorosa presencia de su Madre.

—Ahí estará ella —se imaginaba el Pobre—, junto al telar, a la luz de la lámpara. Cruza el olivar, baja la pendiente del barranco sombreado, y sube al cerro. Regresa con una brazada de leña. Batiendo una piedra contra otra muele el trigo. Camina con el cántaro a la cabeza, derecha como una palmera, hacia la fuente; vuelve de ella con el cántaro rebosante de agua para amasar la harina y cocer luego amorosamente el pan...

La dulzura canta en su silencio —pensaba el Hijo—, un blanco silencio, igual que cuando caen los copos de nieve. Siempre tiene a flor de labios una palabra mágica: *hágase*; y cada vez que la pronuncia aparece revestida de una belleza que no es de este mundo. Cuando los vientos de la adversidad golpean nuestras puertas, ella permanece serena como la rosa de Sharon. En nuestra casa, nunca se ha oído un grito, un lamento, una queja; sus aguas

nunca se agitan. Dice siempre: No soy más que una Pobre de Dios, una pobre de Nazaret. ¿Y qué otra cosa podría decir yo?: no soy más que un Pobre de Nazaret. No soy, ni quiero ser, otra cosa —acabó pensando— sino un pozo de aguas claras que reflejen la figura pobre y humilde de mi Madre.

Esta evocación de su Madre fue como un bálsamo para el Pobre en la rudeza de los primeros días del desierto. Los días y las noches se suceden; y, navegando por el firmamento, llegó también la reina de la noche: en efecto, la tierra entera quedó bañada de luna, intensamente blanca, y transparente como un fantasma. El Pobre se sintió impulsado a saborear este espectáculo único, y salió a caminar.

* * *

De pronto le pareció escuchar pasos. Se detuvo, aguzando el oído. Nada. Ilusión auditiva. Continuó avanzando, y de nuevo sintió pasos que seguían sus propios pasos. Se detuvo, y los pasos se detuvieron también. El Pobre aceleró la marcha, y los pasos aceleraron también la marcha.

Sintió que su corazón palpitaba aceleradamente, y sus latidos resonaban en todo su organismo como las pisadas de un gigante. No pudo evitar que la turbación se apoderara de todo su ser, aun sin llegar a descontrolarlo. Optó por regresar a la gruta, y aferrándose al pensamiento de que Dios es más fuerte que el Maligno, acabó por dormirse, pero no sin una cierta aprensión. Y tuvo el siguiente sueño:

Estaba en la orilla del Jordán, allá donde el río dibuja un recodo, en cuyo margen había un cúmulo de piedras redondas, pulidas por la corriente del agua. Sin saber cómo, de pronto se dio cuenta de que alguien estaba a su lado, alguien cuya fisonomía le recordaba a la de un beduino, un ángel, o ambos al mismo tiempo. Ese “alguien” inició el diálogo.

—¿Quién eres, qué haces, de dónde vienes, a dónde vas?

—Soy un penitente en busca de un sendero —respondió el Pobre.

—Ese sendero, ¿está ya trazado? ¿Y en dónde? ¿En la montaña? ¿En el mar acaso?

—Está trazado, pero no sé dónde —respondió el Pobre—. Estoy buscándolo. No es un sendero trillado. Llevo varios días, aquí en el desierto, llamando a las puertas de Dios, pero las puertas no se abren. Se me había anunciado que mi sendero atraviesa valles de muerte, comarcas de abrojos, lomas peladas, y que después asciende y asciende casi en vertical por una montaña abrupta, y acaba en una cumbre coronada de espinas. Estoy tratando de averiguar si mi sendero es realmente así. Si lo fuera, esta misma noche soltaré los remos, me postraré hasta tocar con la frente en el suelo, pronunciaré una palabra que aprendí de mi Madre, abandonaré el desierto y comenzaré a recorrer mi camino.

—El mar tiene flujos y reflujos —replicó el Otro—, la luna crecientes y menguantes, las estaciones giran como las ruedas, todo cambia, como el viento, como las nubes. Los niños se transforman en hombres, los cabellos negros en cabellos grises y los cabellos grises en cabellos blancos. Como el viento del Norte devasta los jardines, la nada irrumpe en la historia, arrasando con todo, y realmente aquí no queda nada. Se vive una sola vez, Hijo de Nazaret, la vida no se repite. ¡Iluso, soñador! Aléjate de los senderos locos. El sendero verdadero es tomar mujer, casarse, disfrutar, comer, beber...

—Después de tomar mujer —le interrumpió el Pobre— y de casarse, y gozar y comer y beber, quedan todavía en las galerías del hombre profundidades, pozos, precipicios, depresiones, hondonadas, simas y abismos que infinitos finitos no acabarán nunca de llenar. No sólo de pan vive el hombre. Sólo un infinito puede saciar a un infinito.

—Tus locuras —replicó el Otro— están acabando contigo, pobre iluso. Tus mejillas están apagadas, casi consumidas. Igualmente tus sienes. Los ojos se te salen de las órbitas. Estás despilfarrando miserablemente tu juventud en el desierto. El hambre y la sed acabarán de

arruinarte por completo, y ya ni te quedarán fuerzas para emprender tu famoso sendero. Ahí tienes el Jordán. Sus aguas brotaron de mil manantiales, y saltando de roca en roca dieron origen a este río, que con sus frescas corrientes sacia la sed de los sedientos y alegra el desierto. Si tú eres el Hijo Amado de Aquel que hace surgir los ríos y los mares de la nada, ¿por qué no haces brotar ahora mismo a tus pies un surtidor de fresquísima agua? ¿Recuerdas el pan caliente que te preparaba tu Madre? Ahí tienes unas piedras redondas. Si tú eres el Hijo Predilecto, ¿qué te cuesta transformarlas en calientes hogazas de pan?

—El pan que yo busco es otro, Satanás —replicó Jesús.

* * *

Los rayos del sol naciente iluminaron su rostro, despertándolo. Sentía en su boca, su garganta y su estómago una sensación extraña, indefinible, desagradable. Estaba cansado. No había dormido bien. Su alma estaba turbada, pero no sabía por qué. Sintió que se ahogaba en la gruta; necesitaba respirar. Y salió apresuradamente de aquel lugar, como huyendo de algo; caminó durante largo tiempo. Con una especie de nerviosismo, hundió sus rodillas en la arena todavía fresca y, apoyando su frente sobre una piedra, dijo:

Adonai, mi Señor y mi Padre, estoy turbado; una bandada de cuervos oscureció mi cielo; mi alma es una playa desolada. Necesito respirar con tu aliento y que la sombra de tu rostro cruce mi rostro. Tú que sientes ternura por las luciérnagas y los ciclámenes, pon tu mano consoladora sobre el alma turbada de tu Hijo. Estoy surcando mares procelosos, he luchado cuerpo a cuerpo con las tormentas, y estoy herido. Padre mío, haz sonar aquella música, aquella música de ternura que tú sabes, y mis mundos se apaciguarán. Repítame aquellas palabras antiguas, y mi alma se consolará; y mi rostro será tu rostro ante los hombres; y los pobres cosecharán en la vendimia; y tu Reino de amor y alegría avanzará por el mundo como una nave veloz.

Permaneció varias horas en aquella posición, sumergido en las aguas consoladoras del Padre. Se levantó pausadamente. Parecía un granado florido. Todavía se podía distinguir la luna llena en el firmamento azul. La paz había ascendido por el árbol de Jesús hasta alcanzar las ramas más altas, y había descendido hasta las últimas raíces. Estaba en condiciones de librar cualquier batalla.

* * *

Pasaron varios días, y una noche tuvo otro sueño.

Apoyado en su bordón de peregrino, subía Jesús a Jerusalén. Se celebraba una de las grandes festividades anuales del pueblo judío. La ciudad entera hedía a carne chamuscada, grasa y estiércol. Subiendo por el valle de Cedrón, el Pobre se dirigió directamente al templo; y, en la travesía de la ciudad, vio por todas partes pequeñas chozas a modo de viviendas provisionales, destinadas a proporcionar alojamiento a los incontables peregrinos llegados de todas partes.

El Pobre atravesó el atrio de los gentiles con cierta premura, luego el atrio de las mujeres; más tarde, y entrando por la puerta de Nicanor, el atrio de los judíos, para, finalmente, ingresar en el atrio de los sacerdotes. Se detuvo largamente contemplando el altar de los holocaustos. El área exterior del templo, las explanadas y los atrios estaban tan desbordados de gente que el Pobre tuvo la sensación de que el mundo entero estaba dentro de las murallas del templo.

Pronto se convenció de que no era así. Al salir del templo y comenzar a recorrer las calles, quedó abrumado por la inmensa muchedumbre que hervía en las calles. Apenas podía transitar. Rostros iluminados, vestiduras policromas... Pero no todo era santo en la ciudad santa: ladrones, bebedores, mujeres pintarrajeadas, sórdidos comerciantes y logreros...

Y en ese ambiente sintió que alguien, tocándole en el hombro, le preguntaba: —¿Tú aquí? El Pobre giró su cabeza. Era aquel mismo extraño personaje, mezcla de ángel-monje-beduino. Se le aproximó al Pobre, y, cami-

nando a su lado, con voz baja, como quien comunica un secreto, comenzó a hablarle:

—Hay urgencia bajo el sol, Hijo de Nazaret. Yavhé ha sido destronado, y va camino del exilio. Los dioses y las diosas se han repartido los despojos de su reino. Acabo de hacer un recorrido por toda la ciudad, y he visto con horror que han levantado un altar a la diosa Lascivia. Hombres y mujeres, noche y día, se arrodillan ante ese altar y le rinden culto. He visto también cómo, en el corazón de la ciudad, han levantado otro altar a la diosa Codicia. Media ciudad le rinde culto, fanatizada, y se mantienen igualmente de rodillas a sus pies día y noche en adoración perpetua. Pero ahora te contaré el horror de los horrores: en el recinto más sacrosanto del templo, en el mismísimo Santo de los Santos, se ha levantado un altar a la Impostura. Los que llevan vestiduras sagradas están llenos de carroña por dentro, y se dedican a construir palabras con mentiras. He seguido tus pasos, Hijo de Nazaret; en tus manos está el rayo, el hacha, la cólera y la muerte para acabar con los impostores. Llegó la hora de restaurar el reinado de Javhé con un baño de sangre.

—¿Y por qué no con un baño de amor? —le replicó dulcemente el Pobre.

—¡Iluso, soñador!—le respondió el Otro—. No eres más que un cordero apto para el degüello, blanca paloma para el sacrificio. Tienes los ojos limpios como las aguas del Kineret, demasiado limpios: o, más bien, cubiertos de niebla: no ves nada. Si caminas por ese sendero, la cizaña devorará todo el trigo y el lobo todos los corderos. Y no quedará otra reina sobre el mundo sino la Tiniebla.

—¿Quién es más fuerte: el fuego o el agua? —preguntó el Pobre—. La apariencia responde: ¡el fuego!, porque el fuego arrasa, quema, incendia y no deja a su paso ser viviente. Pon, sin embargo, en orden de batalla a esos dos elementos, y verás cómo el agua triunfa sobre el fuego, y la paz sobre la guerra, y el perdón sobre la venganza. Las vestiduras con las que se ceñirá el Enviado son la masedumbre, la paciencia, la humildad; y estas tres, a su vez, tejen una sola vestidura: la fortaleza. Nues-

tros días están contados, pero los días del Padre son eternos; por eso no tiene prisa. Él, con su paciencia eterna, consigue más que nosotros con nuestros rayos de cólera. En el fondo, se trata de un tremendo equívoco: queremos echar a andar la maquinaria de la furia, gritando: arrásemos, arranquemos el mal acabando con los malos. En el fondo no hay sino una sola cosa: la incapacidad de amar. Por eso echamos mano tan rápidamente del rayo y de la cólera sagrada, por nuestra incapacidad para amar, para vencer el mal con el bien. ¿Qué gracia tiene amar a los amables? Si no somos capaces de enfrentar el mal con el bien, ¿cuál es nuestro mérito y nuestra razón de ser? El Padre me ha encomendado que eche a rodar por el mundo la maquinaria de la bondad, y que clave sobre la cúspide del mundo la bandera del amor. Y ha terminado diciéndome que el mundo sólo se salvará con un diluvio de amor.

—Pareces endeble como una caña, pero eres duro como el pedernal —dijo el Otro.

El *extraño interlocutor* cambió de táctica. Aparentando bondad, tomó la mano al Pobre de Nazaret, lo condujo a la altura más encumbrada del muro exterior del templo y le dijo:

—Sólo un propósito nos mueve a todos: restituir el honor de Javhé. La experiencia demuestra que la gente sólo se convence y sólo se convierte por sucesos extraordinarios, con prodigios deslumbrantes. Mira hacia abajo. ¿Ves esa inmensa explanada? Tengo el poder de convocar a los centenares de miles de ovejas enfermas que deambulan por toda la ciudad. En un instante puedo reunirlos a todos aquí, y en un instante puedes tú quebrar la dureza de su corazón, y hacer que retornen al redil de Javhé. ¡Qué gloria! Basta que te lances ahí abajo como un pájaro ante la multitud, en una exhibición de poder. La Palabra dice que decenas de ángeles acudirán al instante y te recogerán en una red de oro. ¿Acaso no eres el Hijo de Dios? Verás cómo el mundo entero dobla sus rodillas ante Javhé.

—Es posible —replicó el Pobre— que doblen sus rodillas ante mí, gritando: Todo honor y toda gloria a ti, En-

viado de Dios. Los hombres confunden fácilmente al Enviado con el “Enviador”, hasta que, finalmente, acaban identificando a los dos en una misma persona; o, si prefieres, adoran a la única persona que se ve. Y por este camino puedo transformarme en un ladrón, un usurpador; más aún, un conspirador empeñado, y sin tener conciencia de ello, en destronar a Dios. Al que hace prodigios lo llaman prodigioso; al que hace maravillas, maravilloso; y, al final, podría quedar yo como el único maravilloso que se sienta en el solio de Dios, usurpando su gloria. Recuérdalo, Satanás: no hay otro Dios que Javhé Dios. Me dedicaré, en cambio, a lavar los pies y a servir a la mesa como el más humilde empleado de la casa. Y no quiero que los pobres se limiten a espigar los restos de la cosecha. Sé que el amor es libre aun cuando se arrastren cadenas; pero quiero dedicarme a descerrajar los candados de las cárceles, a poner unguento sobre las heridas, y, como una trompeta, gritar a los oprimidos: se acabó la opresión, ha llegado el Libertador.

* * *

Despertó, pero esta vez no estaba cansado ni turbado. Por el contrario, sintió que desde la entrañas le subía una bandada de aves multicolores con alegres canciones. Su soledad comenzó a poblarse: en sus ojos se reflejaban las montañas verdes de Galilea; los pastores llevaban al redil, sobre sus hombros, a la oveja descarriada; los pescadores lanzaban sus redes al Mar de Galilea; los labradores sembraban, segaban, trillaban, y, al atardecer, regresaban felices a sus casas con la cosecha.

El Pobre había sido tentado por las corrientes y por las ideas de la época. Pero en un proceso de oración y discernimiento en la soledad del desierto había descubierto que su sendero era diferente. Una por una había sorteado las trampas del tentador. El Espíritu de “su Padre” había impregnado y confirmado el esquema de sus ideas, sus programas y proyectos. El ayuno y la oración lo habían fortificado. Estaba preparado.

Mañana mismo —pensó— descenderé al valle para

emprender la ruta señalada por mi Padre. Pero el tentador, que no lo había perdido de vista, viendo su firmeza y determinación, se dispuso a someterlo a una última tentación; y en su última noche en el desierto tuvo su último sueño.

* * *

El Pobre caminaba solitariamente por una verde planicie, entre anémonas y margaritas. En lontananza podía verse un monte solitario y altísimo, por el que el Pobre sintió, de pronto, una repentina y vivísima seducción, y decidió escalarlo.

Durante la ascensión, el *extraño personaje* se hizo de nuevo presente a su lado. El Pobre, venciendo su repugnancia, humildemente se dejó acompañar. Mientras ascendía, el Otro fue urdiendo la trampa con palabras misteriosas: los marineros llevan en sus velas muchas ilusiones; formamos parte de una expedición militar, para coronar a un rey; en las grutas moran las voces de las profundidades, que normalmente no oímos, pero hoy las despertaremos, porque los sueños se deslizan siempre bajo las alas de la noche...

Llegaron a la cumbre. Dos buitres montaban guardia en lo alto de un peñasco. El Pobre respiró profundamente. Girando en redondo, pudo contemplar un panorama sencillamente deslumbrador. Su corazón se agitaba de emoción y felicidad, ligeramente perturbada por una cierta inquietud. El Otro, extendiendo su brazo, comenzó a tentarle:

—Hijo de Nazaret, éste es el día señalado por los astros. Levanta los ojos del alma, y allá, a lo lejos, leerás una palabra que se extiende de horizonte a horizonte: *Gloria*. Los trigales alcanzan la altura de un hombre. Mira las ciudades que estallan de blancura, bañadas en la luz del mediodía. Las parras están cargadas de racimos. Los jinetes cabalgan sobre los blancos corceles. Las pasiones y las muchachas brillan entre estallidos de risa. Todo será para ti. Allí Dios es una brisa fresca. Y por encima de todo, navegando como blanca nube sobre el lago, la palabra *Gloria*. Todo será para ti.

—Sólo quien muere en las raíces, bajo la nieve, verá el estallido de la primavera —replicó humildemente el Pobre.

—¡Soñador! No piensas más que en la muerte, y la muerte es el único consuelo de los que nacieron viejos. Estás perdiendo tu última oportunidad. ¿No eres el Mesías? ¿Acaso no te corresponde capitanear todas las caravanas, quebrar todos los cetros, hollar con tus pies todos los reinos con sus riquezas, escuadrones, monumentos y templos? Todo es mío; yo soy el dios que lo dispone y lo administra todo, y todo te lo ofrezco en bandeja de plata para que se cumpla cabalmente tu destino mesiánico. Serás obedecido por sacerdotes y reyes. Todas las razas te servirán; y entonces estarás en condiciones de implantar de un extremo al otro de la tierra el reinado mesiánico de tu Dios Javhé.

—No pisando fuerte, sino amando silenciosamente —acabó el Pobre—; no con cascos militares, sino con harapos de mendigos; no al son de trompetas, sino con aires de misericordia; no en compañía de espléndidas muchachas, sino rodeado de leprosos y enfermos, ha de hacerse presente entre nosotros el Mesías de Dios. Su reino no vendrá por las calzadas victoriosas, sino por la senda de las obras de misericordia. Hemos llegado a la frontera final. ¡Retírate de mí, Satanás; no tentarás al Señor, tu Dios!

* * *

Despertó. Lanzó un grito salvaje, triunfal, de alegría, un alleluia que hizo estremecer los cerros pelados. Se levantó, e inmediatamente emprendió el camino de regreso. Era un vendaval avanzando por encima de los montes y los valles.

Capítulo 4

Los primeros pasos

LLEGÓ Jesús a las cercanías del lugar donde Juan solía predicar y bautizar, pero, para su sorpresa, allí no había nadie. Le informaron que el Bautizador, con sus discípulos y seguidores, se había trasladado a la ribera izquierda del Jordán, a la localidad llamada Bethania, en el territorio de Perea, jurisdicción de Herodes Antipas.

Allí se dirigió Jesús, feliz como un amanecer. Y, a pesar de que su rostro estaba consumido y su piel ajada, una dicha que no podía disimular asomaba a aquel rostro curtido. Cuando Juan lo vio llegar no pudo evitar una reacción explosiva: —“Aquí llega el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo” (Jn 1,20). Israel —continuó Juan— ha degollado en la ruta de los siglos millares de millares de corderos para expiar las demasías del pueblo, pero ahí tienen al Cordero único que tomará sobre sí los excesos de los hombres y, con su inmolación, saldará las deudas y satisfará de una vez para siempre las culpas de la humanidad.

El Bautizador, pues, encuadraba al Pobre de Nazaret, con colores y rasgos enérgicos, en el marco del Siervo Doliente; y de esta manera confirmaba solemne y públicamente las convicciones que el Pobre había concebido, madurado y asumido en el desierto sobre el carácter y la figura del mesianismo que estaba llamado a encarnar.

¿Habría permanecido Jesús, en esta oportunidad, al-

gunas semanas o meses en el discipulado de Juan? El cuarto Evangelio coloca en este período las escenas de incorporación y seguimiento de los cinco primeros discípulos, con narraciones llenas de viveza, frescura y colorido (Jn 1,35-51). Aquellos galileos, seguidores de Juan, que buscaban desesperadamente un conductor mesiánico de su propia tierra, después de escuchar a su Maestro que Jesús era “el que debía venir”, ¿qué necesidad tenían de seguir buscando a otro?; aquí tenían a un paisano señalado como el Enviado nada menos que por su propio Maestro, el Bautizador. Así es que, sin más averiguaciones, estos cinco galileos se adhirieron ardientemente a Jesús, proclamándolo efusivamente como el Mesías esperado.

No cabe duda, sin embargo, de que en esta efusión de los cinco primeros discípulos comenzaba a escucharse el preludio de la sinfonía trágica del Pobre de Nazaret; porque la palabra Mesías, en la boca y en la mente de sus discípulos, tenía resonancias exclusivamente político-militares, y concretamente antirromanas; de manera que, cuando se comunicaban unos a otros tan alborozadamente “hemos encontrado al Mesías”, estaban proyectando sobre Jesús sus propios sueños terrenos. Nos preguntamos: ¿por qué Jesús no rectificó desde el primer momento aquellas delirantes fantasías? No lo sabemos. Tal vez el Pobre calculaba que durante el discipulado se irían modificando paulatinamente aquellos pre-conceptos.

* * *

Sea como fuere, podemos establecer aquí algunas conclusiones. En primer lugar, para este momento, después de observar cómo Juan contaba con un grupo de discípulos, formados según sus ideas y convicciones, y comprometidos a llevar a cabo la misma actividad misionera que su Maestro, también Jesús habría visto la conveniencia, y estaba decidido a hacerlo, de agrupar a su alrededor y formar a algunos jóvenes discípulos que un día transmitieran su mensaje.

En segundo lugar, sea por la Voz del río, sea por los testimonios de Juan, sea por aquel *no sé qué* cautivador que se desprendía de su persona, Jesús, para este momento, ejercía un fuerte protagonismo en el grupo de los seguidores de Juan, para bien y para mal del mismo Jesús.

¿Por qué para mal? Al comienzo del capítulo 2 dejamos abierto este interrogante: ¿Cómo se explica que Jesús, una personalidad pacífica, hubiera suscitado a su paso, en tan breve lapso de tiempo, una tan alta conflictividad que las autoridades de Israel, como reacción, fueran capaces de arrinconarlo contra las cuerdas y reducirlo a ceniza?

La clave de toda esta conspiración en torno a Jesús está aquí, y es la siguiente. La fama de Juan había llegado a Jerusalén: las noticias sobre el impacto que causaba en las gentes, las multitudes que arrastraba al desierto, inquietaron profundamente a las autoridades de Jerusalén, y pensaron que había llegado la hora de enfrentar la situación. Temían que esta fanática eferescencia derivara en una rebelión antirromana. En esta hipótesis, el procurador Pilato, según su costumbre, reprimiría a sangre y fuego cualquier brote de insurrección, y, de rebote, podría revocar los amplios privilegios que Roma había otorgado al Sanhedrín, y particularmente a los fariseos y saduceos. Esta perspectiva los hacía temblar. Además, estaban informados de que, entre los seguidores de Juan, había numerosos galileos, y entre ellos, sin duda, grupos de zelotes que eran ardientes luchadores, tanto en la causa religiosa como en la política antirromana.

Había llegado, pues, la hora de actuar. Las autoridades de la capital designaron una comisión investigadora, integrada por sacerdotes y levitas. Éstos entraron en contacto con Juan cuando éste actuaba en Bethania, al otro lado del Jordán. En el interrogatorio, la materia que prevaleció fue la obsesión por el Mesías. A todas sus preguntas, Juan respondió con un *no* seco y cortante. Al final, los investigadores, impacientes, le replicaron: —Tenemos que llevar una respuesta a los que nos han enviado; así que dínos: si tú no eres nadie, ¿cómo bautizas? —Yo

bautizo, es verdad —respondió Juan—, pero detrás de mí viene el Esperado; yo, simplemente, soy su precursor; en realidad, yo no valgo nada. Él es eminente y poderoso, y ya está aquí entre nosotros (Jn 1,19-28).

Evidentemente, los inquisidores averiguaron el nombre de tal Esperado, que ya estaba presente, y, sin duda, llegaron a enterarse de la identidad de Jesús. De esta manera, de regreso a Jerusalén, al dar el informe completo a las autoridades, la comisión investigadora ya llevaba en su carpeta el nombre de Jesús. Ésta es la clave de todo. Así pues, desde el primer instante, al iniciar Jesús su aventura apostólica, ya estaba bajo la mirada inquisidora de las autoridades religiosas de la nación.

* * *

Es posible que fuera en este mismo período cuando Jesús y Juan ejercieron simultáneamente la actividad bautismal, Jesús “en el territorio de Judea” y Juan en “Ainón, cerca de Salim, donde había mucha agua” (Jn 3,23).

En cualquier caso, el período de permanencia de Jesús a la sombra de Juan, desde que se despidió de Nazaret, no debió durar mucho tiempo, a lo sumo dos meses y medio. Pero, en tan estrecho margen de tiempo, ¡qué desbordamiento en los ríos de Jesús y qué novedades en sus planicies!

Un día, acompañado de sus cinco primeros discípulos, Jesús emprendió el viaje de regreso a Galilea. Avanzaron alegres y presurosos, remontando el Jordán y desandando la ruta que, meses atrás, había recorrido el Pobre. Hicieron unos 90 kilómetros de camino, llegando hasta una altura en que el río se abre como una curva de ballesta desde donde partía una ruta hacia la izquierda, en dirección de Galilea.

Pero no entraron en Nazaret, sino que, torciendo hacia la derecha, enfilaron hacia el lago de Genezaret, de donde eran oriundos los cinco primeros discípulos.

Aquí comienzan las discrepancias, y no poco serias, entre los cuatro evangelistas en relación con la cronolo-

gía y el ordenamiento de las correrías del Maestro. Según los tres sinópticos, toda la actividad apostólica de Jesús, o, como suele decirse, su vida pública, habría transcurrido en las aldeas diseminadas por los alrededores del lago, teniendo a Kafarnaún como centro de operaciones. Luego, en las últimas semanas, habría subido a Jerusalén para padecer y morir.

En cambio, siguiendo el croquis y la cronología del Cuarto Evangelio, al menos en tres oportunidades, coincidiendo con las fechas de Pascua, habría subido a Jerusalén, desarrollando durante el trayecto intensas campañas evangelizadoras. Los tres sinópticos nos entregan muy pocos pormenores sobre las actividades y andanzas de Jesús en la primera etapa de su ministerio apostólico: Jesús se habría mantenido relativamente silencioso, dedicándose preferentemente a convocar nuevos discípulos y formarlos detenidamente; y este mismo tenor se habría prolongado hasta el encarcelamiento de Juan, circunstancia que los sinópticos consideran como el punto de partida del despliegue evangelizador de Jesús. El Cuarto Evangelio, en cambio, coloca en este primer período episodios muy importantes.

En el banquete de bodas

Eso es justamente el Reino: un banquete de bodas, el estallido de una fiesta, la flauta dulce convocando a los aldeanos a la plaza mayor.

Se celebra una fiesta de bodas en Caná de Galilea. Natanael era vecino de este villorrio; y es verosímil que se casara alguno de sus parientes, y que el mismo Natanael hubiera invitado a Jesús y a sus discípulos.

Pero hay otra hipótesis más verosímil: que se tratara de alguna familia muy próxima a María, tanto por razones de parentesco como de amistad. Juan nos transmite este detalle preciso: “La Madre de Jesús estaba allí”, expresión que está indicando que, antes de que llegara el Maestro, ya estaba allí su Madre, seguramente ayudando en los preparativos de la fiesta. En todo caso, teniendo en

cuenta el interés que ella mostró para que la fiesta acabara satisfactoriamente, podemos deducir que la relación de María con los familiares de alguno de los contrayentes debió ser muy estrecha. ¿O tal vez estaba allí, como allegada, en casa de algún pariente, una vez que hubo quedado sola, alejándose del acoso pertinaz de los familiares, que no la dejaban en paz con sus chismes y preguntas insidiosas sobre el Hijo ausente?

Esta hipótesis resulta razonable si tenemos en cuenta que, después de este episodio, el Hijo baja a Kafarnaún con su Madre, y que hay indicios en los textos evangélicos de que, en el grupo de mujeres que acompañaba a Jesús, estuviera la Madre como una discípula más. Sea como fuere, en su primera soledad total, durante la ausencia del Hijo, la Madre debió dar vueltas en su corazón a las circunstancias misteriosas que rodearon a la concepción y nacimiento de este su Hijo, a tantos vislumbres, intuiciones y presentimientos vividos y almacenados en su corazón.

La Madre y el Hijo se reencontraron después de la larga ausencia. Lo que Jesús describe en la parábola del Hijo pródigo bien pudo haber ocurrido en aquel reencuentro: que la Madre “corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente”. Una vez más, como Madre que era, María debió asomarse, con respeto, pero también con una ansiosa curiosidad, a los ojos de Jesús, y a través de ellos, a sus regiones interiores; pero, una vez más, no encontró allí otra cosa que mundos desconocidos, y ahora más desconocidos que nunca. Tampoco debieron faltar en esta oportunidad comentarios, suposiciones, interpretaciones malévolas por parte de sus parientes, que, con motivo de su larga ausencia, no dejarían de disparar dardos envenenados contra el Pobre.

* * *

El evangelista Juan coloca la escena de las bodas de Caná al comienzo de la vida pública. Juan escribe siempre con una intencionalidad; detrás de cada suceso narrado por él hay un significado, una teología. ¿Cuál ha-

bría sido ese significado en el relato de las bodas de Caná?

Había quedado atrás el desierto con sus soledades calcáreas y su misterio. Había quedado atrás el Dios ultrajado y ofendido que, con amenazas, reclamaba expiación. Llegaron los días de la fiesta y de la boda, entre estallidos de risa: los pecadores ya no quedan excluidos de la fiesta, sino que se sientan a la mesa del banquete, comiendo de los primeros frutos de la cosecha. A la sombra de los cedros milenarios florece el Amor. Todo es distinto. Es el reino nuevo que llega. Llegó el día de la siega y de la vendimia, el día de la fiesta y de la danza. Un Padre amoroso ha extendido de extremo a extremo de la sala un blanco lienzo, en el que se puede leer: alegría, amor, tiempo de bodas. Comienza el regocijo.

Y comenzó la fiesta. El esposo, coronado y rodeado “de sus amigos”, se ha dirigido a la casa de la esposa. Y desde ella, en un cortejo nupcial en el que participa todo el pueblo, entre cánticos, allelulias y hurras, condujo hasta su casa a la novia, coronada también y engalanada con collares y brazaletes.

Y comienza el banquete en medio de una gran algarrabía. Se escancian las copas una tras otra. La vida del pueblo, a lo largo del año, era dura, austera, sometida a innumerables privaciones. Para oportunidades como ésta, sin embargo, se reservaban con ilusión los mejores vinos, quesos de cabra, aceitunas, nueces, higos secos, dátiles, miel silvestre, redondos panecillos recién horneados... Y todo el mundo daba rienda suelta a sus apetitos, comían y bebían sin moderación. Suenan brindis espontáneos, se improvisan discursos de congratulación con votos de felicidad para los nuevos esposos. Se canta, se vocifera, se baila. Van pasando las horas sin sentirlo.

Jesús se siente feliz, en medio de un pueblo feliz. Después de tantas jornadas de áspera soledad y riguroso ayuno, le parecía estar en el banquete del reino.

* * *

En medio de la euforia y enajenación generalizadas, había una persona que, ajena a todo ese barullo, estaba

muy atenta a todos los detalles de la fiesta. Era la Madre. Solícita, vigilante, previsor, había seguido atentamente el desarrollo del banquete; y ya sobre el final, cuando todos los comensales estaban satisfechos y danzaban alegremente, la Madre se percató, no sin sobresalto, que faltaba el vino. Para aquellos aldeanos esta falla era casi una tragedia.

Entendemos que en esta escena está plenamente reflejada la personalidad de la Madre; y, a partir de este momento, el personaje central, para nosotros, es Ella.

Ya la conocemos: es una mujer silenciosa, interiorizada, pero de ninguna manera introvertida ni ajena a todo lo que sucede en su derredor; sino que, muy por el contrario, y en un contraste de personalidad, es como un radar sensible que detecta cuanto se mueve a su alrededor. Mientras los demás comen, beben y danzan despreocupados, ella está atenta y preocupada de que todo termine satisfactoriamente.

Y así, la Madre observa una grave falla, podríamos decir: una terrible noticia; pero, en lugar de asustarse y ponerse nerviosa, permanece en un discreto silencio. A un mujer sin una madurez excepcional en situaciones como ésta, le traicionan los nervios, se deja arrastrar por la emotividad, se desahoga, comenta, se desborda. Si en una situación tan comprometida para ella misma, la Madre es capaz de controlarse y permanecer en silencio, es señal de que estamos ante una real señora de sí misma.

Por otro lado, delicadeza extrema la suya: lo lógico hubiera sido comunicar la noticia al responsable de la fiesta; pero prefirió ahorrarle un mal momento, no comunicándole la mala noticia, y tomando ella misma la iniciativa, y por una vía directa y audaz, tratar de solucionar silenciosamente el problema.

Había prisa. Era necesario proceder con rapidez. En un instante, el tiempo de un relámpago, caravanas de impresiones y contrastes cabalgaron por su interior. Se oían voces que venían desde lejos, dulces, serenas, eternas: "Será grande, será llamado Hijo del Altísimo". Al mismo tiempo, superponiéndose, ascendían otras voces desde las profundidades: "No tentarás al Señor, tu Dios".

Por un lado, emergía, como una ventolera, un impulso imperioso por solucionar la falla; por el otro, la duda y una sensación de temeridad, arreciando en confuso tropel.

Encaramándose por encima de tantos vientos contrarios, la Madre, con un admirable control de sus nervios, avanzó serenamente hacia su Hijo, y tocándole suavemente en el hombro, con la mayor naturalidad le susurró suavemente al oído: "No tienen vino". Se trataba simplemente de una información, concisa, humilde, sin afectación, sin pretensiones. Pero en el fondo último de esa información latía, humildísima, una petición: soluciona este problema, por favor.

El Hijo lo entendió muy bien. Pero su reacción pareció extraña y lejana, como una salida de tono: "¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora" (Jn 2,4). Por mucho que se quiera paliar, la dureza de la respuesta es insoslayable, según los mejores intérpretes. No obstante, si el episodio hubiera sido poco edificante, el evangelista no lo habría consignado. Nosotros sabemos que no hubo aquí conflicto relacional, sino una particular pedagogía, por parte de Jesús, que encierra una profunda enseñanza, y que no podemos entrar a detallar aquí. Si nos interesa, en cambio, seguir contemplando a la Madre, que adquiere en este relato alturas estelares. Veamos.

En el contexto que acabamos de describir, ante aquellas ásperas palabras, cualquier mujer hubiera reaccionado con un estallido de palabras, con una explosión de llanto, a causa del amor propio herido. Hubiera sido una reacción normal. Pero no fue ésa la reacción de la Madre. También podría haber quedado dolorida, pero en silencio, un silencio resentido. No fue así. Igualmente, una mujer humilde podría haber permanecido callada, pero sin amargura, retirándose silenciosamente del escenario pidiendo disculpas. Habría sido una reacción gloriosa. Pero tampoco fue así.

¿Qué fue, pues? Si el evangelista no nos lo dijera, no lo hubiéramos podido imaginar. Fue una reacción increíblemente positiva: como si nada hubiera sucedido,

como si acabaran de entregarle un ramo de rosas, permaneció serenamente en el escenario, llamó a los empleados que servían las mesas, les habló maravillas de aquel Hijo que acababa de hacerle tal desplante, les rogó que estuvieran atentos a él para cumplir de inmediato sus órdenes... Sencillamente, el corazón de esta mujer estaba muerto al amor propio; era como un leño seco que permanece insensible, inmutable, a los golpes de hacha. No había en el mundo emergencias dolorosas o situaciones imprevisibles que pudieran desmoronar la estabilidad psíquica de un Pobre de Dios como María. Una Pobre de Dios es invencible.

El Hijo debió quedar profundamente conmovido por el calado insondable de la humildad del corazón de la Pobre de Nazaret; y realizó su primer “signo”, motivado, sin duda, por la humildad y la firmeza de la fe de su Madre. Y los comensales pudieron solazarse, al final del banquete, con el “mejor vino”.

Una entrevista nocturna

Al día siguiente, o algunos días después, Jesús, acompañado de su Madre y de los discípulos, bajó a Kafarnaún (Jn 2,12). Parece una mudanza de domicilio; parece, y lo fue. Mateo nos dice que, cuando el Bautista, con un sorpresivo golpe de mano, fue capturado y encerrado en la fortaleza de Maqueronte, Jesús “se retiró a Galilea, y, dejando Nazaret, vino a residir a Kafarnaún” (Mt 4,13). Más tarde, el mismo Mateo, refiriéndose a Kafarnaún, la llama “su ciudad” (de Jesús). ¿Por qué este cambio de residencia? ¿Por la hostilidad de sus parientes? ¿Por la ubicación céntrica de la ciudad para los efectos de sus correrías apostólicas? ¿Por qué los discípulos le facilitaron allí un domicilio?

Afirma Juan que, en esta ocasión, el Maestro permaneció pocos días en Kafarnaún. Se acercaba la Pascua; Jesús había decidido peregrinar a Jerusalén en esta Pascua, y se puso en camino.

El cuarto Evangelio nos asegura que, al llegar a la

ciudad santa, lo primero que hizo Jesús fue purificar el templo y expulsar del mismo a los mercaderes. Los tres sinópticos, sin embargo, colocan este episodio en las últimas semanas de su vida, considerándolo como un acontecimiento que precipitó el desenlace final y fatal de la vida del Pobre de Nazaret.

Al parecer, en esta estadía en Jerusalén, Jesús se prodigó en portentos y curaciones, dedicándose también intensamente al ministerio de la palabra, como era su costumbre, en el área exterior del templo; sin embargo, el evangelista no nos detalla los pormenores de estas intervenciones de Jesús: “Durante su estancia en Jerusalén muchos creyeron en él, viendo los milagros que hacía” (Jn 2,23). El mismo cuarto Evangelio nos entrega este significativo testimonio: “Los galileos le dieron un buen recibimiento, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén, pues también ellos habían ido a la fiesta” (Jn 4,45). Tuvo, pues, actuaciones públicas y llamativas en esa ciudad.

La presencia de Jesús en Jerusalén y su actuación pública fueron inmediatamente advertidas por los guardias de seguridad y la policía secreta del Sanhedrín; y éstos pasaron rápidamente el aviso a las autoridades. Cundió la alarma. La sombra del Bautizador hizo su aparición. El “stablishment” delegó a varios judíos expertos en la ley para someterlo a un interrogatorio. Los enviados le pidieron a Jesús que legitimara su actuación, y que respondiera con qué autoridad procedía así.

Jesús contestó con respuestas más bien evasivas, que ellos difícilmente podían entender. La mayor parte de los integrantes del Sanhedrín sintieron, desde el primer momento, disgusto, recelo, hostilidad frente a la libertad y franqueza con que Jesús hablaba y actuaba. Ellos se sentían los depositarios absolutos de todo el poder y toda la autoridad; y distribuían (¿vendían?) algunas migajas de esa autoridad, delegándolas cuando querían, como querían y a quien querían. ¡Y que ahora venga un ignorante del País del Norte arrogándose sin ningún escrúpulo toda la autoridad era más de lo que se podía tolerar, una usurpación, un hurto!

A Dios mismo lo tenían controlado, apresado, aherrado entre las cadenas de preceptos y leyes inventadas por ellos mismos, prohibiciones y sistemas jurídicos. A Dios mismo lo administraban a su gusto, medida y conveniencia. ¡Y que ahora venga un cualquiera, audaz y sacrílego, soltando y dejando en libertad a un Dios que ellos tenían bien encerrado en su jaula de prescripciones morales y doctrinas, era demasiado! Sí, su mismo trono, todo su sistema religioso, estaba en peligro, y amenazaba derrumbarse. Por eso lo cuestionan desde el primer momento: ¿Con qué autoridad haces esto? El Pobre respondió siempre con evasivas. Era totalmente ajeno a las preocupaciones artificiosas de los integrantes del Sanhedrín.

Volveremos más de una vez sobre este tema, que anticipamos aquí como un vislumbre más para explicarnos el enigma del Evangelio, que no es otro que éste: ¿Cómo es posible que el Pobre de Nazaret concitara las iras de las autoridades religiosas de Israel, hasta el punto de acabar con él en tan poco tiempo? Y la respuesta está, sin duda, en la temeraria libertad de Jesús frente al Sanhedrín, que vio, de pronto, seriamente amenazados su poder, su *status* y sus privilegios. Un hombre sin miedo como Jesús, por ser libre es temerario. Un pobre nunca se siente amenazado, porque a quien nada tiene y nada quiere tener, ¿qué le puede turbar? Personalidades así son indestructibles, porque no hay amenaza que los pueda doblegar. La única salida es hacerlos desaparecer, eliminarlos físicamente.

A estas alturas, y refiriéndose a quienes habían creído en él, el evangelista Juan entreabre delicadamente las puertas del corazón del Pobre, y pudo distinguir allí ciertos resplandores trágicos: “Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía muy bien” (Jn 2,24). ¿Desilusionado? ¿Entristecido? ¿Decepcionado? ¿Y tan pronto? Nunca se hizo ilusiones, sabía lo que había adentro. Tampoco podía quejarse; era un Pobre y había aceptado esa condición; y como pobre no tenía derecho a esperar gratificaciones: reconocimiento público, lealtad del corazón, palabras de agradecimiento. Así pues, no le quedaba otro camino

que aceptar, con silencio y paz, la realidad humana, decepcionante y precaria como es, y como tal, querida por el Padre.

* * *

¿De dónde le había venido a Nicodemo la información y la estima por Jesús de Nazaret, teniendo en cuenta que éste estaba apenas iniciando su actividad pública? Tal vez estuviera entre aquel reducido número de fariseos que, con rectitud de corazón, acudían a escuchar la predicación de Juan. Es posible que hubiera estado presente durante el bautismo de Jesús, siendo testigo de aquella teofanía que lo acompañó, y escuchando el testimonio de Juan en favor de Jesús. También pudo haber integrado la comisión investigadora enviada por el Sanhedrín para interrogar a Juan. Y, de todas maneras, a partir de entonces el nombre de Jesús era familiar en los corrillos del Sanhedrín. Finalmente, puede tratarse de una transposición cronológica, como lo creen algunos autores, en cuyo caso esta entrevista nocturna habría tenido lugar en los últimos meses de la vida de Jesús.

Nicodemo era un maestro de la ley y un fariseo eminente, un hombre a quien ni la ciencia ni la eminencia le habían cerrado al espíritu; en suma, un corazón sincero y abierto. Sin embargo, pertenecía a la estructura jerárquica, lo que le obligaba a proceder con cautela, ya que Jesús estaba en entredicho. No obstante —no sabemos por qué—, sentía una profunda admiración por Jesús y deseaba ardientemente entrevistarse con él. Por lo que, como hombre precavido, fue a verlo de noche, clandestinamente. Jesús lo recibió cordialmente, y, sentados los dos a la indecisa luz de una lámpara, comenzó a decir Nicodemo:

—Los ecos del Jordán han rebotado en nuestros muros, Maestro de Nazaret. Estamos informados de que el dedo de Dios ha marcado una señal en tu frente. He seguido tus pasos, y he podido observar de cerca el poder de tu brazo y la claridad de tu mente.

—Maestro de la Ley —respondió Jesús—, el amor

convierte el viento en canción, a condición de que la flauta esté vacía. A los que dan con alegría, se les dará la alegría como premio, a condición de que el corazón esté vacío de sí. Estoy entonando una canción para vosotros, pero no habéis danzado, porque sois demasiado viejos y tenéis los huesos endurecidos: hay que nacer de nuevo, Maestro de la Ley. Os he invitado a ascender a lo más alto de la montaña para poder contemplar desde allí la belleza del mundo, pero me habéis respondido: Vivimos en el valle y dormimos en las grutas. En verdad, en verdad os digo: si no dejáis las grutas, si no salís de nuevo del seno materno a la luz, no tendréis idea del Reino. Es necesario nacer de nuevo, Maestro de la Ley.

—Los viejos —replicó Nicodemo— descienden a la tierra con los huesos duros y descalcificados. Nunca se ha visto una carne envejecida transformarse en rosada carne de bebé. ¿Acaso es posible regresar al seno materno para volver a nacer?

—¿Has visto alguna vez el viento, Maestro de la Ley? —preguntó Jesús—. Suena, aúlla arrastrando hojas amarillas, mueve las aspas de los molinos, pero no sabes de dónde viene y adónde va. Entre las piedras del desierto, donde menos se piensa, nace una flor silvestre, humilde, graciosa. Así de imprevisible es el espíritu. De una almendra brota un almendro; de una bellota, un roble; de la mora, la zarzamora; de la carne nace la carne, y del espíritu, el espíritu. Pero la cuestión es ésta: hay que nacer de nuevo. He visto asomar a tus ojos la extrañeza, porque te dije: Hay que nacer de nuevo. Cae la noche, nace el día. Se muere a la carne, se nace al espíritu. En verdad, en verdad te digo: si no te haces diminuto como una semilla, no podrás volver a nacer. Sólo entrarán por la puerta del Reino los vacíos de sí mismos, los despojados, los insignificantes.

—¿Cómo puede ser así, Maestro de Nazaret? —agregó Nicodemo—. No entiendo una palabra de lo que estás diciendo.

—Sólo se sabe aquello que se vive —respondió Jesús—. Antiguamente se dijo: Dios es fuego. Yo te digo: Dios es Amor. Yo hablo tan sólo de lo que he visto y oído

desde el principio. Dios no está hecho de sílice, sino de fibras vivas. Yo he experimentado corrientes de ternura emanadas del corazón del Padre; y doy testimonio de lo que he visto y oído; pero vosotros cerráis los ojos a mi testimonio.

—De manera alguna —respondió Nicodemo—. Mi alma está abierta a tu palabra, como una flor al sol.

—Vosotros sólo entendéis de cálculos humanos —dijo Jesús—: tanto te doy, tanto me das; tanto se paga, cuanto se gana; a tal causa, tal efecto; a tal mérito, tal premio; a tal pecado, tal castigo. En verdad te digo: son leyes que pertenecen a la era terrena. He venido a inaugurar la era celestial. Aquel que camina sobre la vía láctea miró a este mundo y no vio otra cosa que piedras, ortigas y zarzas. Desde el fondo de sus entrañas sintió ascender una llama viva de amor: era su propio Hijo. Entonces, un vendaval azotó las costas del océano del Padre: era la compasión. A continuación, un fuerte viento golpeó sus puertas: era la misericordia. Finalmente, una suave brisa se paseó por su corazón: era la ternura. Entonces el Padre decidió enviar a su Hijo único, el amadísimo, no para condenar, sino salvar al mundo. Desde entonces nada se merece, todo se recibe. Ésta es la era celestial, la de la gratitud, la del amor.

—Moisés, nuestro conductor —replicó Nicodemo—, fundió el bronce e hizo fabricar una serpiente, y la levantó sobre un mástil. Todo el que miraba a la serpiente se curaba de las mordeduras.

—Ahí es justamente donde se consuma el misterio: en la altura —respondió Jesús—. Así como las aguas del diluvio alcanzaron las cumbres más elevadas, cuando el Hijo del Amor sea levantado sobre el mástil más alto, otro diluvio lo llenará todo. No cabe mayor amor. Pero la tragedia está a las puertas: el Hijo, vestido de luz, ya vino, está en medio del pueblo; pero el delito consiste en que los ojos se han llenado de niebla, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz.

Habían sido días muy agitados. Por primera vez el Pobre había sentido el asalto del poder; lo sintió como una mano de hierro sobre su carne. Nunca le había visitado el miedo, pero tenía una gran sensibilidad, y la hostilidad le dejaba huellas. Necesitaba sanar sus heridas, necesitaba soledad. Saliendo de la explanada del templo, fue descendiendo por la vía que baja a Siloé, y desde allí, al valle de Josafat, para internarse, finalmente, en el Monte de los Olivos.

Durante el trayecto iba pensando: —Tengo que entrar en una casa para saquearla; pero el dueño es un hombre muy fuerte. Así pues, para poder lograr mi objetivo, primero tengo que echar mano del hombre fuerte, sujetarlo bien y atarlo. En el desierto ya quedó amarrado a una roca el propietario de la casa. Ahora tengo que apoderarme de su reino, pues para eso vine a este mundo. Hay dos caminos que conducen a esa conquista: primero, estar atento a cada indicación que venga de la boca de Dios, que hablará por las piedras del camino; segundo, descansar humildemente la cabeza y depositar la confianza en las manos del Padre, sin exigir comprobantes.

Con estos pensamientos llegó el Pobre a las laderas del Monte de los Olivos, se sentó sobre una piedra y respiró profundamente. Sus ojos se fijaron en la muralla occidental del templo, encuadrada en el amplio y hermoso panorama que se ofrecía a su vista. Apoyó su cabeza en el hueco de sus manos, y, después de un prolongado silencio, oró de esta manera: —Una mirada, Padre mío; no necesitas tocar las heridas para sanarlas, basta una mirada tuya y sanarán. No dejes de mirarme mientras las espadas están en alto. Siguiendo la bandera de tu voluntad, acabo de ingresar en un campo áspero y pedregoso; todas las noches, cuando comiencen a brillar las estrellas, te buscaré para que viertas el aceite de la consolación sobre mis heridas, a fin de que, sano y fuerte, pueda regresar al campo de batalla a la mañana siguiente.

Se levantó y siguió ascendiendo lentamente; a medida

que lo hacía, se le iban dilatando los horizontes, y Jerusalén entera se ofrecía, deslumbrante, a su mirada. Se detuvo nuevamente, y pudo contemplar a lo lejos una constelación innumerable de montañas. El gozo invadió su corazón, como una corriente de aire fresco. Se sentó y se entregó serenamente a la meditación, buscando los indicadores del Padre.

—El bautismo —reflexionaba— no es parte de mi programa. Lo he seguido administrando hasta el día de hoy, más bien por insistencia de mis discípulos, que lo fueron primero de Juan, como también por fidelidad al mismo Juan. Muchos me consideran un colaborador suyo, y aun su lugarteniente. No faltará quien ve en mí un rival del Bautista. ¿Tiene algún valor el qué dirán? El Padre sabe que mi corazón no es ambicioso. Pero sigo esperando una señal, una señal clara e inequívoca que me diga: ¡Adelante, Hijo mío! Entretanto, sólo me queda esperar pacientemente.

Siguió descendiendo pausadamente hasta la quebrada del Cedrón. Estaba contento y sentía una gran paz; y ascendiendo por la pendiente, atravesó la Puerta Dorada, ingresó en el recinto amurallado y se mezcló entre la multitud.

Una cosa le había llamado la atención desde el primer momento: no había clima de fiesta; todo el mundo parecía abatido, preocupado, temeroso; se hablaban unos a otros en voz baja. Siguió avanzando, y pudo observar el mismo aire sombrío. Se aproximó a una anciana y le preguntó: —¿Qué es lo que está sucediendo, mujer de Dios? ¿Por qué todo el mundo está en sombras? La anciana le respondió: —Peregrino de Dios, han apagado la llama. Y la mujer rompió a llorar. —¿De qué llamas estás hablando?, preguntó Jesús. —Porque quebraba todas las cadenas, agregó la mujer entre sollozos, lo pusieron entre cadenas. Herodes, el reyezuelo del Norte, ha apresado y encerrado a Juan el Bautista en la fortaleza de Maqueronte.

Una nube de tristeza envolvió por completo al Pobre de Nazaret. Se le congelaron los pensamientos y las emociones; las energías se le inmovilizaron; era la parálisis.

Luego el temor tomó posesión de su alma por un instante, un temor oscuro, mientras decía en voz alta: ¡Es el destino del profeta! Y, súbitamente, un pensamiento tenebroso cruzó su espíritu como un relámpago de arriba a abajo: ¡Mi propio destino! Su sangre se encrespó, levantada en olas. Fue una sensación de horror. Y siguió caminando, mientras reflexionaba: Si mi Padre así lo dispone, que no se haga lo que yo quiero, sino lo que Él quiere. Y su alma comenzó a serenarse después de pronunciar estas palabras, mientras se encaminaba a la casa donde se hospedaba con sus discípulos. Y, de pronto, un nuevo relámpago cruzó su espíritu con inusitado fulgor, y se dijo a sí mismo: ¡La señal!, ¡he aquí la señal!

La misión del Precursor ha llegado a su término, el tiempo de la preparación se ha completado, ha llegado mi hora, el Reino de Dios está presente. Arroyos de fuerza anegaron sus comarcas. Aceleró el paso, y pronto se reunió con sus discípulos.

Ellos también estaban sombríos y temerosos. El Pobre los saludó con un grito: ¡Alleluia! Ha llegado mi hora; vamos a Galilea a anunciar buenas noticias.

* * *

En efecto, Herodes Antipas, con un audaz golpe de mano, había detenido a Juan y lo había encerrado en la fortaleza de Maqueronte, situada en la escarpada cima de una colina que desciende casi en vertical hacia el profundo cañón del Mar Muerto. Poco tiempo después, Juan sería degollado. Los sinópticos nos informan de que la causa de su detención y ejecución fue la denuncia pública y fogosa por parte de Juan de las irregulares relaciones matrimoniales del Tetrarca.

En cambio, para el historiador Flavio Josefo la causa fue otra: “Herodes estaba asustado de la influencia de Juan sobre el pueblo. Temía que ello pudiera dar lugar a algún alzamiento, ya que la gente parecía estar dispuesta a todo por su instigación. Pensó, pues, que era mejor prevenir cualquier acción subversiva que él pudiera emprender, y se deshizo de él”. Hay que tener siempre en

cuenta la crónica inestabilidad política y el clima de agitación y rebeldía anti-romanas que se respiraba en Judea y, sobre todo, en Galilea, y que constituyen el telón de fondo que nos permite entender la mayoría de los acontecimientos evangélicos. Ahora bien, si relacionamos y conjugamos la explicación de los sinópticos con la de Flavio Josefo, nos hallaríamos en posesión de la verdad completa para explicarnos la prisión y ajusticiamiento del Bautista. Ambas explicaciones son correctas y complementarias.

Pero, aun así, no todo está dicho; faltaría otro elemento: la complicidad indirecta del Sanhedrín. Ya hemos explicado por qué la presencia de Juan les resultaba molesta, por peligrosa, y cómo le enviaron una comisión investigadora para encontrar un pretexto legal y poder llevarlo a los tribunales. No habiéndolo encontrado, la acción emprendida por Herodes cumplía a cabalidad con sus secretas intenciones. Por lo demás, difícilmente podría haber procedido Herodes de esa manera si no contara con el consentimiento tácito del Sanhedrín.

Estamos abundando en estos detalles porque inciden directamente en el destino de Jesús y ayudan a entender la creciente hostilidad del Sanhedrín y, sobre todo, el violento final del Pobre de Nazaret. Hay dos textos significativos en este sentido: “Después que Juan fue encarcelado, vino Jesús a Galilea” (Mc 1,14). Jesús, pues, consideró la desaparición de Juan como la señal que el Padre le daba para iniciar su tarea evangelizadora.

Pero hay otro texto inquietante: “Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos (la noticia de) que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan —aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos— abandonó Judea y volvió a Galilea” (Jn 1). ¿Qué conclusiones emergen de este texto? Varias.

En primer lugar, que el Sanhedrín consideraba a Jesús muy vinculado y comprometido con Juan, y era lógico que imaginaran a los dos corriendo la misma suerte, y, en todo caso, su animadversión hacia Juan la transfirieron a Jesús desde el primer momento. En segundo lugar, Jesús presentía que su popularidad, mayor que la

de Juan para entonces (cosa difícil de explicar, por lo demás), lo iba a exponer a los celos, envidias y asechanzas de los fariseos; por lo tanto, mejor dirigirse cuanto antes hacia el Norte, a su tierra. Este alejamiento estuvo motivado, pues, por el temor y la prudencia. En tercer lugar, y según los sinópticos, este alejamiento se realizó apenas Jesús se informó de la prisión de Juan. Finalmente, en esta circunstancia dolorosa, Jesús pudo tomar conciencia de un hecho: ¡con qué facilidad puede troncharse una vida y un destino! Y no puede estar conforme con la voluntad de Dios exponer inútil y temerariamente la vida sin una razón proporcional. Por eso, a partir de estos hechos advertimos en Jesús una cierta cautela.

Una mujer junto al brocal del pozo

Tenían prisa. Abriéndose paso dificultosamente entre el hervidero de gente que transitaba por las calles de la ciudad, salieron por la puerta de Damasco y enfilaron hacia el macizo central, en dirección a la región montañosa de Samaría.

—Maestro —le dijo Pedro—, estamos siguiendo un camino equivocado. Tenemos que bajar por el camino que lleva a Jericó.

—Todos los caminos son buenos si conducen a la morada donde habita un alma necesitada —respondió Jesús.

En verdad, los peregrinos de Galilea, en su viaje de retorno, bajaban hasta Jericó, en un descenso de fuerte desnivel, y desde Jericó, siguiendo el curso del Jordán, avanzaban hacia el norte, remontando el río a lo largo de cien kilómetros. Había también otra ruta de retorno que pasaba por Samaría.

—Maestro —observó Pedro—, cuentan los pescadores de mi tierra que en la travesía de las montañas de Samaría hay muchos asaltos a mano armada; corren peligro nuestras vidas. Dicen también que, por el odio que nos tienen, los samaritanos rehúsan frecuentemente ofrecer

hospitalidad a los judíos cuando éstos se arriesgan a pasar por aquellas sierras.

—Y el viejo rabino de nuestra sinagoga —agregó Juan— nos dijo que los samaritanos son cismáticos, heréticos y pecadores, porque, desde los tiempos del regreso del exilio, los judíos de Samaría se mezclaron con los colonizadores asirios por medio del vínculo matrimonial; por lo que, desde entonces, son considerados como espúreos y paganos.

—Tomemos el atajo más corto para llegar al necesitado —respondió Jesús—. Sobre el polvo del camino, los ángeles de mi Padre han trazado para mí unos indicadores de su voluntad: notificar a los pobres que ellos ocupan el lugar más privilegiado en el corazón de mi Padre; romper las cadenas y anunciar a los cautivos que terminó el tiempo de la opresión; retirar el velo que cubre sus ojos, y encender dos luceros en la frente de los ciegos; repatriar a los prisioneros y comunicarles que la victoria será nuestra; y proclamar una amnistía general y un año completo de perdón y de amor.

—¿También para los samaritanos? —preguntó Pedro.

—En verdad, en verdad te digo, Pedro —respondió Jesús—: de ahora en adelante, los samaritanos y los asirios, los galileos y los babilonios, los judíos y los romanos, todos son hermanos entre sí, porque todos son hijos del mismo Padre. De nada valen ya las coordenadas genéticas; caducaron las leyes de la raza y la consanguinidad; cayeron para siempre las fronteras divisorias y las murellas de granito; y será reducido a cenizas el nombre sagrado de patria, y el viento esparcirá sus cenizas por todos los continentes. No se construirán ya más torres con los huesos de los vencidos.

—¿También será necesario renunciar a la patria, Maestro? —preguntó Pedro.

—También y sobre todo —respondió Jesús—. En nombre de la patria se han fomentado sistemáticamente los odios y venganzas más crueles entre los hermanos; en nombre de la patria se han levantado artificiales muros de separación entre pueblos y pueblos; en nombre de la patria se han justificado, organizado y llevado a cabo

guerras despiadadas de exterminio y crueles matanzas entre los hijos de Dios. La patria es el pretexto más fácil para sacralizar los instintos salvajes del corazón humano; la raza y la patria, no hay arietes más eficaces para fomentar toda clase de fanatismos y crueldades.

—Maestro, también en nombre de la religión se ha matado —agregó Pedro.

—Siento ganas de llorar al escucharte, Pedro; es el absurdo más flagrante: no fue mi Padre, fueron los hombres los que se justificaron poniendo en la boca de Dios sus instintos tenebrosos. Transferir los instintos salvajes del corazón al concepto de patria ya es una iniquidad, pero hacer esta transferencia con mi Padre es un sacrilegio, una profanación, una prostitución sacra. Me invade una tristeza mortal, Pedro, sin poder evitarlo.

—Entonces, ¿qué ganancia obtenemos con ser hijos de Abraham? —preguntó Juan.

—No he venido para los satisfechos de la Capital, sino para los proscritos de Samaría. Los que se creen elegidos serán olvidados, y los que se sienten marginados serán privilegiados. En el gran silencio descubriremos, no sin espanto, que los últimos disfrutarán de las primeras espigas; los demás, los satisfechos, son como quienes se empeñan en atrapar una tormenta con una red. ¿Acaso llamamos al médico para los que gozan de buena salud? Voy a convocar una primavera para atraer con silbos seductores a los alejados, sajar los tumores al sonido de la música, curar las heridas con aceite de compasión. ¿Acaso nos inquietamos por las noventa y nueve ovejas que están a buen recaudo y seguras en el aprisco? He venido por la oveja perdida y malherida: escalaré cumbres, avizoraré en los precipicios, no daré reposo a mis pies ni me entregaré al sueño hasta encontrar a la oveja descarriada. Y entonces la pondré sobre mis hombros con ternura, y regresaré al aprisco cantando y silbando, y pregonando que ella sola alegra más mi corazón que el resto del rebaño. Voy a salir en busca de los pájaros con las alas heridas y que la bandada dejó atrás. No descansaré hasta amontonar todas las tristezas, como hojas secas, para enterrarlas en el fondo del jardín. Pedro y Juan,

mis amigos, ¿cuál es el nombre de Dios? Yo mismo os responderé: Amor. En nombre del Amor vámonos en busca de los despreciados de Samaría.

* * *

Continuando su camino, se enfrentaron con una topografía entrecortada por montañas, valles y pequeños arroyos. Nos hallamos ante el paisaje típicamente campestre del macizo central, llamado *el camino de los Patriarcas* por estar lleno de recuerdos bíblicos: Abraham, Jacob, Samuel, Saúl, David, Salomón... Desde su conquista por Josué fue entregado este territorio a la tribu de Benjamín, y a lo largo de los siglos, y con el fin de incrementar la superficie cultivable, se organizó el terreno en forma de pequeñas terrazas artificiales, en las que se plantaban olivos, higueras y vides o se sembraba trigo y cebada...

Pasaron por Silo, lugar sagrado en la historia de Israel, que durante siglos fue como el centro de la nueva nación porque era sede del Tabernáculo de la Alianza.

Llegaron al valle fértil que se extiende a los pies de los montes Ebal y Garizin. Aquí Jacob había comprado tierras cultivables; cavó un pozo de agua para su familia y sus rebaños. En este pozo se detenían las caravanas desde tiempo inmemorial. Los discípulos se fueron a la ciudad de Sicar por un atajo para conseguir algunos víveres; y Jesús se quedó junto al pozo, que tenía unos 30 metros de profundidad.

Luego del regreso del exilio, cuando los judíos quisieron reconstruir el templo, los samaritanos les ofrecieron ayuda económica con ese fin, pero los judíos la rechazaron. Como reacción, los samaritanos erigieron en la cumbre del Garizin otro templo relativamente modesto, en torno al cual se desarrollaría su vida religiosa.

* * *

Era mediodía. Jesús estaba cubierto de polvo, cansado y sediento. Se sentó sobre el brocal del pozo, a la espera de que alguien se acercara para extraer agua.

De pronto pudo observar la figura de una mujer que se aproximaba con un cántaro en la cabeza. Una mujer, una samaritana, una flor pisoteada por los pies de los transeúntes. Si el pensamiento de Dios es un abismo, el corazón de aquella mujer era un precipicio. Todas las piedras arrojadas sobre su superficie por todos los fariseos no fueron capaces de alterar la pureza original de sus profundidades. Su vida agitada bajo las tormentas fue más digna que la de todos los miserables que no consiguieron enturbiar la transparencia de sus aguas. Había ecos de eternidad en aquel corazón ultrajado.

Jesús abrió el diálogo:

—Mujer, vengo de hacer un largo camino. El polvo y el sol me han dejado extenuado. Dame de beber, por favor.

—Ésta sí que es una novedad —respondió la mujer—. Allá, hace muchos siglos, nuestros antepasados se escindieron del reino de Judá, como una rama gruesa que se desgaja del árbol. Desde entonces, un odio ciego cayó sobre las cabezas de unos y otros como plomo derretido. ¿Cómo puedes pedirme agua para beber, tú, que eres judío, a mí, que soy samaritana, cuando los judíos nos han alimentado siempre con pan amargo?

Jesús, sin dejarse llevar al juego de la mujer, remontó el vuelo y trató de despertar en las hondonadas de su espíritu vislumbres de otros mundos.

—¡Si supieras el secreto del dolor y de la alegría; si me vieras inclinarme sobre la tierra desde el mirador de todos los aterdeceres; si supieras quién es el que está detrás de tus sueños y quién te pide de beber, al instante, tú misma, alborozada, te arrodillarías para pedirle un jarro de agua fresca. Estas montañas y estas llanuras son pozos dormidos de agua viva que producen una eterna juventud, y yo mismo guardo las llaves de esos pozos.

La mujer no entendió, o no quiso entender el juego por alto de su interlocutor, y, obstinada, permaneció a ras de tierra, sin la menor intención de rendirse.

—Nunca lo he medido —agregó la mujer—, pero dicen aquí los aldeanos que este pozo tiene no menos de treinta metros de profundidad; y, que, según la tradición,

fue abierto por nuestro Padre Jacob cuando pasaba de Asiria a Egipto, para servicio de su familia y de sus ganados. Por lo que veo, no tienes en tus manos recipiente alguno para extraer agua. ¿Cómo podrías darme de beber de esa prodigiosa agua? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro Padre Jacob?

Frente a la obstinación de la mujer, Jesús, no menos porfiado, le opuso su propia obstinación, incitándola a que levantara el vuelo a las alturas:

—Hija mía, para descubrir la verdad son necesarias dos personas: una que la dice y otra que la escucha. Algún lejano y ciego temor te cierra el paso a mi voz. ¿Cómo podrá abrirse tu corazón, a menos que se rompa? Viniste hoy a llenar tu cántaro de agua, pero mañana tendrás que regresar de nuevo, y así todos los días. Pero quien beba del agua que yo le doy no necesitará regresar más a este pozo: todos sus anhelos quedarán saciados para siempre. De mis fuentes brotarán torrentes de agua que saltarán de roca en roca. Mujer, soy la voz que asciende desde tu más secreta intimidad como un surtidor que salta hasta las alturas eternas.

La mujer, intrigada, pero no entregada, se encerró en un cerco de zarzas y espinos, como una rosa orgullosa, impidiéndole el paso a su interlocutor. Tenía razón. Una y otra vez había caído en las trampas de los miserables como en un crimen perfecto urdido por invisibles serpientes. Y no se fiaba de nadie. Sus propios recuerdos eran heridas abiertas que la mantenían a la defensiva; y, obstinada, no se dejaría seducir, a no ser que pudiera comprobar por sí misma que su interlocutor era diferente. ¿No sucedería así en este caso? Pero ella se mantenía a ras de tierra.

—Es largo el camino, estoy hastiada de tanto ir y venir; qué bueno sería poder saciarse de una buena vez con esa agua prodigiosa de que hablas, para no tener que venir todos los días a este pozo. Dame, pues, de esa agua.

No había nada que hacer. Había demasiados escombros en su vida. Le resultaba imposible levantar cabeza desde las profundidades de tanta ruina. Todos somos

reclusos de alguna prisión; aun así, algunas celdas tienen ventanas; la de esta mujer parecía no tenerlas. O, mejor, sus ventanas habían sido tapiadas por la acumulación de desechos. Además, si salía ahora, ¿cómo la verían los demás? Como una pura ruina. Era mejor permanecer encerrada en sí misma, arropada en su propia vergüenza.

Jesús, empeñado en salvarla de sí misma, viéndola tan irreductible, se decidió a abordarla y atacarla por su flanco más vulnerable; y, aun a sabiendas de que ponía la mano en la llaga más dolorosa, cambió bruscamente de tema y le dijo:

—Llama a tu marido.

El olvido es una forma de libertad. Pero cuando el olvido es asediado por un tropel de recuerdos, todos dolientes, la libertad se convierte en un guiñapo ensangrentado. Es como cuando se cubre con una sábana blanca un cadáver en descomposición: se levanta la sábana, y aparece el cadáver con todo su horror. No queda otra solución sino cubrirlo de nuevo con la sábana, la sábana del olvido. Es lo que hizo la samaritana: cerró los ojos instintiva y enérgicamente, echando arena y cubriendo con la losa del olvido sus propios recuerdos:

—No tengo marido.

Era un campo cubierto de zarzas, espinos y ortigas. Jesús lo sabía; pero sabía también que, para sanarlo, hay que alcanzar el tumor sin contemplaciones con el hierro candente. Así es que, a pesar de sentir tanta compasión hacia ella, Jesús, como un cazador divino, siguió a su presa por los terrenos de la ambigüedad a donde ella quería llevarlo.

—Es verdad, mujer, y no es verdad —respondió Jesús—. Cinco maridos has tenido, y el actual tampoco es tu marido legítimo. En todo caso, no he venido para levantar tribunales y dictar sentencias; no he venido a disparar guijarros con la honda sobre las ovejas enfermas. Hija mía, no levantaré contra ti el índice acusador. Al contrario, vengo a anunciarte la gozosa noticia de que el Padre te envolverá amorosamente con el manto de la misericordia y te sanará con mano de ternura. Mujer,

¿qué diferencia hay entre el carbón y el diamante? A lo largo de millones de años, un pedazo de carbón se transforma en un fúlgido diamante. Una mujer, al pasar por las manos de la misericordia, en un instante se convierte en una reina. Por lo demás, mujer samaritana, vengo a decirte en este mediodía que, siendo el corazón de la mujer un pozo infinito, ni cinco maridos, ni quinientos maridos, ni todos los amantes del mundo serán capaces de saciarlo. Sólo un infinito lo puede colmar. Si tú lo conocieras...

Una mujer así como esta samaritana, misterio insondable donde la fortaleza y la fragilidad se dan la mano, donde no hay tumbas, sino manzanos en flor, donde hay penumbras y luces inalcanzables para el ojo humano; una mujer así, cuando se ha convencido de que no hay nada que ocultar, que todo está patente a la mirada de su misterioso interlocutor, ya no siente rubor, sino gratitud, y se entrega incondicionalmente.

—Señor, veo que eres profeta.

Pero aun así, el tema que acababa de presentar la samaritana levantó en su memoria mareas y tempestades demasiado altas, y, a la desesperada, la mujer emprendió la fuga con un brusco cambio de tema:

—Cuando los judíos —agregó— rehusaron con gran desprecio nuestra colaboración económica para construir el templo de Jerusalén, nuestros Padres levantaron un templo en la cima más alta del Garizin, donde adoraron a Dios de generación en generación. Vosotros, en cambio, seguís insistiendo en que hay que subir a Jerusalén. ¿Dónde se ha de adorar a Dios?

—Créeme, mujer —respondió Jesús—, de nuevo nos reuniremos y nos daremos la mano judíos y samaritanos en un templo que no está en Garizin ni en el monte Sión. El anhelo infinito de la adoración mezclará otra vez el polvo y la espuma, no para levantar un templo de piedra, sino un templo de silencio en la última soledad del ser, en el último peldaño del silencio, en la más remota latitud del espíritu, en suma, en espíritu y en verdad. El espíritu no se puede atrapar entre las manos ni entre los muros de piedra de un templo. Los verdaderos adoradores ca-

minarán por las sendas del espíritu y de la interioridad, estén donde estén, sea en la desembocadura de un río, en la ensenada donde despierta la aurora, bajo los cedros milenarios, en las grutas donde duermen los vientos o en el punto exacto donde luchan la luz y la oscuridad. El Padre busca esta clase de adoradores, porque Dios es espíritu. Vuestro corazón se muere de sed; pero el manantial brota en el hondón mismo de vuestro espíritu.

Las cortinas se descorrieron. La mujer samaritana se había enfrentado en su vida con los vientos enfurecidos de tantos desdichados que sólo buscaban saciar sus instintos. Había abierto muchas jaulas, y sabía que en el corazón del hombre no hay más que fieras enjauladas. Pero es evidente que el hombre con el que ahora se enfrentaba no era como los demás. En este momento, la samaritana parecía despertar en la aurora de un mundo lejano y distinto, y sentía deseos de hacer música y danza en el centro de ese mundo que se le revelaba de pronto.

Aquella mujer, que de tan larga experiencia había extraído tanta sabiduría, intuyó en el misterioso interlocutor de este mediodía, ¿qué es lo que intuyo?, algo como un vislumbre de eternidad, certidumbres divinas, una diafanidad que se extendía de horizonte a horizonte, una pureza de misterio... Nunca se había encontrado con un hombre como éste. Sintió por él reverencia, seducción, un impulso de caer de rodillas. Por los rumores que había oído desde su infancia sobre el Mesías, se había formado una imagen concreta de él: un hombre por encima de todo hombre. Tal le pareció este profeta, y para cerciorarse sacó a relucir el tema:

—Sé que el Mesías está por llegar —dijo la mujer.

—Ya llegó: soy yo mismo, el que te habla —respondió Jesús.

En realidad, la mujer no necesitaba argumentos para convencerse. Pero la explícita afirmación de Jesús acabó derrumbando todas las murallas.

¡Gran misterio! Una mujer calificada por la opinión pública como pecadora y considerada por las autoridades religiosas como despreciable y maldita..., es la primera persona a la que Jesús, con términos inequívocos, re-

vela su identidad. Ya lo sabemos: es el Mesías de los pobres, venido preferentemente para los últimos y despreciados, los oprimidos y destrozados.

Antorcha azul

La mujer samaritana se quedó asombrada al escuchar de su interlocutor la solemne declaración de su identidad mesiánica: la noticia era demasiado sorprendente para continuar el diálogo o hacer nuevas preguntas. La mujer dejó su cántaro junto al pozo, se alejó presurosamente, y al llegar a la ciudad comenzó a pregonar a grandes voces que había encontrado al Mesías.

Cuando Jesús intercambiaba con ella las últimas palabras llegaron los discípulos con las provisiones, y se quedaron sorprendidos al ver a su Maestro conversando a solas con una mujer: era una novedad para ellos, porque no era costumbre de los rabinos entablar conversación públicamente con una mujer, ni siquiera con su propia esposa. Respetuosamente se quedaron a una prudente distancia, hasta que la mujer se ausentó.

Entonces se acercaron a Jesús, pero nadie le formuló ninguna pregunta, sino que le ofrecieron los alimentos que habían adquirido, diciéndole: —Maestro, come. La batalla que Jesús había sostenido con aquella mujer había sido intensa, y el Pobre de Nazaret estaba demasiado sensibilizado a los temas del espíritu como para que tuviera hambre.

Su diálogo con la mujer había estado matizado de alegorías y metáforas, y continuando en ese mismo tono, les contestó: —Tengo otro alimento que vosotros no podéis imaginar: la voluntad de mi Padre; he ahí la delicia de mi alma, el pan y el vino que reconfortan mi cuerpo y mi espíritu...

Jesús estaba fuertemente sensibilizado, y continuó: —Soy el Pobre de Dios, el Siervo de mi Padre. No tengo nada, y por no tener nada, ni siquiera tengo voluntad propia. Les contaré una historia: Las voces de la noche ascendían dulces, serenas, eternas. Nazaret dormía aún,

y soñaba; caravanas de estrellas recorrían el firmamento. Una antorcha azul abrió, de repente, una hendidura en el firmamento, dejando tras de sí un río de luz blanca y azul. Era el Hijo de Dios, mejor, el Pobre de Dios. La antorcha azul se irguió como un estandarte en la roca más alta de la cima más alta del mundo, dobló las rodillas, extendió los brazos y lanzó un grito que llegó a los bordes del mundo. El grito decía: “Heme aquí que vengo, oh mi Dios, para cumplir tu voluntad”. Y el eco fue rebotando de montaña en montaña. Al primer eco, el invierno contestó: La primavera está en mi corazón; al segundo eco, la muerte contestó: La resurrección está en mi corazón; al tercer eco, el vacío agregó: El Reino de Dios está en mi corazón.

Jesús estaba como tomado por una viva inspiración, y continuó como definiendo su propia identidad personal: —No soy un sembrador que esparce la semilla al viento; no he venido para rescatar a los muertos de las garras de la muerte; no he venido para esparcir flores sobre los tullidos o para limpiar a los leprosos de sus llagas. He venido para dar cabal cumplimiento a la voluntad de mi Padre. No preguntaré, no cuestionaré, no me resistiré, no me quejaré. No soy un profeta, ni un mensajero, ni siquiera un redentor. Soy un Pobre de Dios, sumiso y obediente, atento a lo que mi Padre desea. Por eso el Padre me quiere tanto, porque cumplo su voluntad. Éste es mi destino, para eso he venido. Soy simplemente eso: el Pobre de Nazaret.

A lo lejos se perfiló una masa de samaritanos que, capitaneados por la mujer, se aproximaba hacia el pozo de agua. Jesús aprovechó ese momento para agregar todavía unas palabras: —Cuatro meses más y estamos en el tiempo de la cosecha. Este proverbio, sin embargo, no entra en nuestros cálculos. Mi Padre es imprevisible y capaz de echar por la borda los cálculos de probabilidad. El viento sopla, las velas están hinchadas, y llegó la hora de la partida; el mediodía brilla en todo su esplendor y enormes campos de mies nos esperan. Ayer sembraron, hoy la mies amarillea, y vosotros estáis llamados a ser los segadores, porque, como se dice, unos siembran y otros

siegan. Y tomad el laúd en bandolera, porque de la siega regresaremos cantando. Ahí tenéis la nueva mies, dijo, señalando a los samaritanos que se acercaban.

Efectivamente, entre asustados y emocionados, llegó un numeroso grupo de samaritanos. Jesús, consciente de la eterna rivalidad entre ellos y los judíos, los acogió con una cordialidad especial. Les habló largamente. Ellos quedaron absolutamente subyugados, y decían a la mujer: —No es por tus palabras, nosotros mismos hemos comprobado que éste es el Enviado; y le invitaron a quedarse unos días con ellos. Y él, que había venido a este mundo en busca de los últimos, consecuente consigo mismo y con su misión, se quedó dos días con ellos.

El camino hacia el lago

A partir de allí se internaron en el estrecho paso que se abre entre los montes Ebal y Garizin, distantes el uno del otro como unos cien metros, montes legendarios cuyos nombres se remontaban a los primeros años de la instalación de Israel en la tierra de Canaán. A Jesús se le veía animoso, alegre, como quien se enfrenta con una segura victoria.

Pasaron por Datán, lugar de evocaciones trágicas, donde se consumó el ignominioso crimen de la venta de José por parte de sus hermanos (Gén 37,17ss). Se detuvieron para descansar. Al evocar este suceso bíblico, una corriente de tristeza se apoderó del corazón del Pobre. A causa de su gran sensibilidad, estas evocaciones le hacían daño, y no pudo evitar un desahogo. Les dijo: —Le llamaban soñador; pero no era más que la hierba amarilla y venenosa de la envidia. Era José, hijo de la ancianidad, y, por eso mismo, el preferido de su padre, que le había comprado una túnica de mangas largas; pero sus hermanos no podían soportar esta predilección. En una oportunidad —continuó Jesús—, estando los hermanos pastoreando en una región muy apartada de la casa, urdieron un complot para asesinarlo; en última instancia, lo vendieron por veinte piezas de plata a una caravana de is-

maelitas que iba a Egipto; y éstos se lo llevaron consigo a aquel país. Sin embargo, mi Padre juega con los proyectos de los hombres y sabe sacar bienes de los males: el crimen de los hermanos dio origen, con el tiempo, al nacimiento del pueblo elegido.

Se levantaron y continuaron el camino en silencio, conmovidos. Al evocar tan dramática historia, Jesús aprovechó la oportunidad para entregarles una lección: “Oís-teis que fue dicho a nuestros antepasados: no matarás; y aquel que mate será reo ante un tribunal. Pero yo os digo: todo aquel que se encolerice contra el hermano será también reo ante el tribunal”. He venido a encender entre los hermanos una hoguera de amor. He venido a este mundo a levantar y extender puentes entre los hermanos, y de las ovejas dispersadas por la tempestad a hacer un solo rebaño. Desde ahora esparciré a los cuatro vientos palabras de amor, pero mis palabras naufragarán en el corazón de vosotros si el egoísmo agita las aguas de sus lagos. Reptiles venenosos levantan la cabeza desde las oscuras guaridas para escupir su veneno, el veneno de las envidias, sentimientos de vinagre, hiel amarga, aversión y antipatías de hermanos contra hermanos. ¿Qué hacer para cercenar las cabezas de los áspides? ¿Cómo arrancar de cuajo los espinos, las cizañas y las ortigas, para que florezca en el campo tan sólo la planta del amor? Amaos unos a otros. Derribad las altas murallas que las rivalidades levantaron entre hermanos y hermanos.

* * *

Continuaron atravesando las blancas tierras samaritanas, dejando atrás paulatinamente las serranías y altozanos cada vez más bajos, hasta llegar a la ciudad bíblica de Enganem. En este poblado, las fuentes, las piedras, las casas resplandecían y reían felices. Muy pronto se internaron en la hermosa planicie de Jezreel, flanqueada por los bíblicos montes Gélboe, y todo estaba perfumado de hierbas aromáticas, mirto y albahaca.

De nuevo, el espíritu de Jesús se pobló de golondrinas,

y una estimulante alegría se apoderó de su alma. Les dijo: —Lavantad los ojos y contemplad el valle espléndido. Galilea es un trigal dorado. La mies es abundante. Llegó la hora de la cosecha, preparad los graneros para el trigo, jarras para las aceitunas, toneles para el vino nuevo. Bienaventurados los pies de los que caminan por los montes anunciando un reino de paz. Ya llegamos, Galilea, ya llegamos a tus umbrales con el anuncio del nuevo reino. Queremos caminar junto a los que caminan, no queremos quedarnos a la vera del camino para mirar el cortejo que pasa.

Se le veía radiante al Pobre. Estaba en vísperas de iniciar una gloriosa campaña de evangelización en torno al lago de Genezaret. Estaban todavía a varias leguas del lago, y quiso aprovechar el trayecto para dar rienda suelta al gozo de su corazón: —No podemos permanecer sentados —les dijo— a la sombra de la tranquilidad. Amor que no está dándose continuamente está muriéndose lentamente. Hay cizaña en el campo, rojas amapolas levantan su cabeza sobre el trigal. Ésta es mi angustia, éste es mi problema: ¿Cómo hacer desaparecer de la tierra la mentira y la injusticia sin hacer desaparecer a los mentirosos e injustos? Éste es mi problema. Velaremos para que las plantas crezcan sanas y fuertes frente a los embates de los espíritus oscuros. Los melancólicos gozan lamentándose, los oprimidos con la conmisericación; nosotros no iremos ni con lo uno ni con lo otro, sino con la misericordia, que quiere decir: sentir con el corazón y ayudar con las manos. A veces siento un golpe en el corazón que me dice que todo podría terminar en una tragedia sin música, como en el Maqueronte.

Pero con un gesto de su cabeza el Pobre ahuyentó tan sombrío pensamiento, y dejó que la alegría lo inundara de nuevo. Habían llegado a la orilla del lago, y la opepeya comenzaba.

Fases de la vida pública

Una recomposición de la vida pública de Jesús es imposible. Ningún evangelista ha pretendido clasificar los recuerdos sobre Jesús por medio de un esquema cronológico. En cambio, si parece posible determinar las distintas fases generales de su actuación.

Un *despliegue espectacular*, mediante la predicación y las obras de misericordia, en Galilea, durante dos años aproximadamente, actuando al aire libre, en plazas y mercados, en la sinagoga. El pueblo se adhiere masiva y apasionadamente a la persona y al mensaje de Jesús. Se tiene la impresión de que el pueblo entero va a “entrar en el Reino”. Se proclama el Sermón del Monte, como una síntesis de todo su mensaje. Jesús asocia a su obra a un grupo de discípulos, a los que, con instrucciones prácticas, envía a las primeras campañas apostólicas. Fue la fase gloriosa y gozosa.

Crisis. El éxito disminuye sensiblemente. Se advierte cansancio. Crece manifiestamente la hostilidad de las autoridades religiosas, que someten a Jesús a continuos interrogatorios. El Maestro cambia de método: comienza a hablarles en parábolas y parábolas apocalípticas, cuyo contenido, un tanto misterioso, sólo los iniciados pueden comprender cabalmente. En el trasfondo de estas parábolas se puede advertir que existe una fase trágica en la construcción del Reino, y en la lejanía, entre brumas, ya se vislumbra la silueta de la cruz. La gente, un tanto decepcionada, se va retirando.

Formación de los doce. Jesús rehúye visiblemente las grandes manifestaciones. Lo vemos desalentado, incluso un tanto desorientado e indeciso, no sabiendo exactamente cómo continuar su obra, qué iniciativas tomar. Se ausenta del país para reflexionar y dedicarse a la formación intensiva de sus discípulos. Anuncia la pasión. Sube a Jerusalén. En lugar de rehuir, enfrenta la batalla, aun previendo el desenlace fatal.

Desastre final del profeta. Envuelto en una atmósfera tensa, en medio de una fragorosa polémica con las autoridades superiores y ya en un choque frontal con ellas,

lanza Jesús una apelación profética a su pueblo, que está perdiendo su última oportunidad para cumplir con su vocación y destino. Maldición de la higuera, sermón escatológico. Se organiza una conspiración sincronizada entre las autoridades religiosas y civiles, y el profeta desaparece en la pira de un desastre, traicionado, abandonado, solo.

Capítulo 5

El Pobre entre los pobres

La vía que va de la pobreza al amor

COMENCEMOS por desplegar ante los ojos del lector dos enormes lienzos que, como llamas altísimas, darán resplandor a toda la actuación, dichos y hechos, de Jesús en este primer período:

“Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Su fama llegó a toda Siria; y le traían todos los pacientes aquejados de enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los sanó. Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalem y Judea, y del otro lado del Jordán” (Mt 4,23-25).

* * *

“Venid a mí todos,
todos los que estéis fatigados y agobiados,
y os aliviaré.
Tomad sobre vosotros mi yugo,
y aprended de mí,

que soy manso y humilde de corazón,
y hallaréis descanso para vuestras almas.
Porque mi yugo es ligero
y mi carga liviana” (Mt 11,28-30).

¿Hay una palabra mágica que pueda sintetizar estos dos magníficos frescos? ¿Amor? Aquí está, en todo caso, latente y palpitante, el misterio viviente del Pobre de Nazaret: *la vía que va de la pobreza al amor*. Con ello, ¿no habremos tocado la zona más profunda de Jesús?

Todo comienza por un “corazón pobre y humilde”. Jesús tenía una música secreta que sonaba en su corazón como una melodía de fondo, y que volvía a resonar incesantemente como un *cantus firmus*. Tenía una idea clara de vocación, como si tuviera fijada en su mente su propia imagen, que correspondía a la figura y destino de una persona, no necesariamente histórica, imagen contemplada y asumida desde los días de su juventud: la figura y destino del *Ebed-Jahvé*, el Siervo de Jahvé.

Ahora bien, un Pobre de Dios es un *hombre libre*. El que nada tiene y nada quiere tener nada puede temer, porque el temor es un haz de energías desencadenadas para la defensa de las propiedades y apropiaciones cuando el propietario las siente amenazadas. Pero a un Pobre como Jesús, que no ha hecho otra cosa que barrer hasta con los vestigios de su sombra, y que se ha dedicado a extirpar afanes protagónicos, sueños de grandeza, sutiles apropiaciones..., a este Pobre, ¿qué le puede turbar? Por eso vemos a Jesús como el profeta incorruptible, el testigo insobornable, absolutamente libre frente a los poderes políticos y autoridades religiosas, frente a los amigos, seguidores y familiares, frente a los resultados de su propio ministerio, incluso frente a la ley y la religión oficial.

Ahora bien, de un hombre libre nace un *hombre disponible*, porque gracias a ciertos mecanismos misteriosos se hacen presentes en nosotros ciertas constantes, como, por ejemplo: de la negación nace la afirmación; del desprendimiento, la donación; de la pobreza, el amor; de la muerte, la vida. En suma, las energías connaturales encadenadas a la argolla del egoísmo, una vez desengan-

chadas y libres, quedan disponibles para el servicio de los demás.

Y así nace el *Servidor*: si el profeta no comienza por desprenderse, despojarse, desapropiarse, esto es, hacerse pobre, no puede servir a nadie; por el contrario, sutil y camufladamente, se sirve de todo y de todos. Por ejemplo, un profeta puede desvivirse por el pueblo, pero eventualmente, y sin advertirlo, podría estar transformando al pueblo en una plataforma para autoproyectarse y sentirse él mismo realizado: parecía que servía al pueblo, se servía del pueblo.

¿Conclusión? Sólo un hombre puro, sólo un Pobre puede servir a los pobres. ¿Cuál es, pues, el misterio final y viviente del Pobre de Nazaret? *La vía que va de la pobreza al amor*. En otras palabras, ¿quién es Jesús de Nazaret? Alguien pobre-libre-disponible-servidor, que ha recorrido el camino de la pobreza al Amor.

* * *

¿Con quién ejerció Jesús su misericordia y su servicio? Con los pobres, preferentemente. Pero la palabra *pobre* era una expresión ambigua en aquella época, y en cualquier época; y entonces, ahora y siempre evoca un mosaico enorme y multicolor que incluye a todos los carentes de categorías personales.

Pobres eran los perseguidos, los leprosos, los agobiados por toda clase de necesidades y problemas cotidianos, las multitudes errantes y hambrientas, los ignorantes en materia de la Ley. Pobres eran los enfermos, ciegos, lisiados, inválidos, cojos, paráliticos. Pobres eran los pecadores, las mujeres de vida dudosa, los recaudadores de impuestos, los poseídos de espíritus inmundos. Pobres eran los pequeños, los insignificantes, las mujeres en general, los niños. Ésta fue la ancha plataforma sobre la que Jesús extendió sus brazos de misericordia y derramó a manos llenas salud y pan.

La primera reacción del Pobre ante los sufrimientos de los pobres era la de la compasión; y la compasión —término equívoco también— es un movimiento vital,

estremecido, que se origina y sube desde las profundidades, desde los intestinos y el vientre: algo visceral, que afecta a todo el sistema neuro-vegetativo, como un río que fluye por las entrañas y, en general, se refleja en todas las zonas somáticas donde existen grandes acumulaciones de fibras nerviosas, como el corazón, el estómago, los pulmones, los intestinos.

La compasión puede ser también fruto de una determinada manera de ser. Bien sabemos que Jesús era sensible por temperamento, hasta derramar lágrimas. El ser humano, sin embargo, puede llorar también por sí mismo, de autocompasión. Pero en la verdadera compasión se da esencialmente un olvido de sí, como en el caso de Jesús, que, cuando se estremecía, y en ocasiones lloraba, lo hacía siempre por los demás. Necesitaríamos muchas páginas para comprobar que, pobre como era, Jesús era incapaz de autocompasión, y no se preocupaba para nada de sí mismo, como en los acontecimientos de la Pasión. En suma, la compasión es una pasión despertada por el dolor ajeno, una reacción de simpatía de un corazón salido de sí y vuelto hacia el otro, una emoción que deriva del hecho de sentir y sufrir con el pobre.

Véase de qué manera estas características se reflejan en los textos siguientes: Mt 14,14; 9,36; Mc 6,34; Lc 7,13; Mc 1,41; Mt 20,34; Mc 8,2.

La compasión, por otra parte, no es sólo un sentimiento; es, sobre todo, el motor que impulsaba a Jesús a dar pasos concretos y prácticos hacia la solidaridad y misericordia: utilizaba en su poder, mediante intervenciones extraordinarias, para eliminar o solucionar aquel mal que tanto le apenaba, transformándose de esta manera en un liberador de todo sufrimiento, en un redentor de todo dolor.

De aldea en aldea

Aquella mañana los discípulos volvieron a sus hogares, pues llevaban muchos días lejos de sus familiares. Jesús, solo, se puso en camino con el propósito de visitar

algunas aldeas y esparcir al viento la semilla de las buenas noticias. Se habían abierto las fronteras del espíritu, y brillaba una nueva aurora. Era una mañana especialmente calurosa; así y todo, Jesús lucía muy animoso.

Después de avanzar algunas leguas, extendió su mirada y un círculo de montañas onduladas y verdes se ofreció a sus ojos. El espectáculo acreció el gozo de su alma. Allá arriba, sobre una colina, resplandecía al sol la aldea que habría de permanecer irreductible al mensaje de Jesús: Corozain. Al otro lado, en la parte opuesta del lago y recostada sobre sus aguas, podía distinguirse claramente Geraza. Más adelante, también arrimada al lago y entre brumas, se podía divisar Betsaida. Al fondo, Kafarnaún. De este lado, Magdala. También a la orilla del lago, Herodes Antipas acababa de erigir la moderna y suntuosa ciudad de Tiberíades, en honor del emperador Tiberio, pero no hay constancia en los Evangelios de que Jesús hubiera pisado el empedrado de sus calles.

En torno de este lago deambuló Jesús, peregrino e itinerante, de aldea en aldea, durante dos años aproximadamente, sin dejar de hacerse presente también en otros poblados de Galilea. Se cree que estas primeras correrías apostólicas las realizó Jesús sin la compañía de sus discípulos.

Continuó el Pobre caminando entre olivos, higueras, almendros y palmeras. Abundaban también por aquellos parajes los pinos de poca alzada. Y de pronto, erecto como una espada, emergía algún ciprés, que parecía incrustarse en el azul. De cuando en cuando, en la mañana calurosa, Jesús descansaba a la sombra de un árbol.

Muchos habitantes de estas aldeas habían subido, en peregrinación, a Jerusalén con ocasión de la fiesta de Pascua, y acababan de regresar. En la capital habían tenido la oportunidad de observar, no sin cierto orgullo, cómo un coterráneo suyo, ante el estupor del país entero, había realizado un gran despliegue de poder en hechos y palabras; y esta noticia había volado de boca en boca; por lo que los galileos no podían menos de estar sumamente orgullosos de su compatriota. Se puede decir que, al hacer Jesús sus primeras apariciones en las aldeas de

Galilea, el escenario estaba ya preparado, y encontró una recepción muy favorable (Jn 4,45). Este hecho explica, en parte, el entusiasmo que sus primeras actuaciones despertaron en el pueblo.

* * *

Al entrar en Magdala, los vecinos lo reconocieron de inmediato; corrió la voz, alzaron los brazos gritando la noticia, y muchos aldeanos se fueron reuniendo espontáneamente en la plaza. Se encaramó Jesús sobre una piedra, y, recordando el estilo y las insistencias del Bautista, comenzó a hablarles.

—Se ha cumplido el tiempo —les dijo—. He llegado hasta vosotros con unas llaves en la mano; son las llaves del Reino. Desde hoy sus puertas están abiertas, y vengo a invitaros a que ingreséis a su recinto. ¿Qué hacéis vosotros con un vestido gastado por el uso y deteriorado por los remiendos? Naturalmente, lo cambiáis por otro vestido. Lo mismo sucede con los pensamientos. ¿Qué hacéis vosotros si la sal pierde su sabor? La arrojáis al estercolero, ¿verdad? Asimismo, los pensamientos viejos, gastados y carcomidos por la polilla, no sirven para nada; arrojadlos, pues, a la basura y sustituidlos por otros pensamientos nuevos.

He llegado hasta vosotros —continuó— con un saco de novedades, pero no las vendo, sino que las suelto al viento: bienaventurados los que las atrapen y guarden. ¿Saben qué hizo un loco? Encendió una lámpara y la escondió debajo de la mesa. Si vosotros construís una ciudad en lo alto del Tabor, en verdad os digo que desde todas las aldeas diseminadas por la planicie de Esdrelón la contemplarán y admirarán. Vosotros sois la luz del mundo; si ponéis su luz sobre un candelabro de oro, en verdad os digo que toda la estancia y los que en ella estén resplandecerán como el oro. Dios es padre de todos vosotros, y todos vosotros sois hermanos. Si los hombres que provienen de un mismo seno materno se llaman hermanos y se aman, cuánto más los que nacieron de un mismo espíritu. Renunciad a los hábitos viejos y acoged

las nuevas noticias e ingresad resueltamente en el Reino, porque sus puertas están abiertas de par en par.

Los vecinos de Magdala no sabían qué decir ni a dónde mirar: el asombro los dejó mudos, pero sus propios rostros reflejaban la fascinación que les había producido este joven predicador. La noticia de la aparición del nuevo profeta fue rebotando rápidamente de aldea en aldea, en torno al lago, como una onda expansiva.

En las primeras semanas, la actuación del Maestro tenía lugar preferentemente en las sinagogas.

Esta institución —la sinagoga— tenía orígenes lejanos y sorprendentes. Antes del exilio, el único lugar de encuentro del pueblo de Dios para escuchar la palabra era el templo de Jerusalén. Una vez en el exilio, lejos de Jerusalén y su templo, los judíos se reunían nostálgicamente bajo los sauces de los ríos de Babilonia; en los comienzos, simplemente para encontrarse y evocar su patria. Poco a poco, en estas reuniones o asambleas (que eso quiere decir *sinagoga*), para mitigar su nostalgia, comenzaron a cantar canciones de su tierra lejana. Muy pronto, en lugar de reunirse bajo los sauces llorones comenzarían a congregarse en edificios construidos con ese fin. Más tarde, con el correr de los años, fueron introduciéndose la lectura y el comentario de la palabra, hasta que, finalmente, la asamblea (*sinagoga*) se transformó en un lugar de catequesis y oración.

En los días de Jesús, toda aldea, por muy insignificante que fuera, disponía de una pequeña sinagoga. En términos arquitectónicos, se trataba de un recinto rectangular, orientado hacia Jerusalén, capital sagrada del Reino. Las sinagogas, por lo general, permanecían siempre cerradas, salvo los sábados y días festivos. Por lo cual, Jesús comenzó a sembrar las felices noticias allí donde, de manera espontánea, se reunía un grupo de personas: en las plazas y mercados vecinales, en los prados, en los pequeños altozanos, a la orilla del lago donde faenaban los pescadores. Al principio eran pequeños grupos de agricultores, artesanos y pescadores; no asistían todavía sacerdotes o doctores. Como ya lo dijimos, en esta pri-

mera etapa probablemente no lo acompañaban a Jesús sus discípulos, a no ser esporádicamente.

En la sinagoga

El sábado siguiente se presentó Jesús en la sinagoga de Kafarnaún y se sentó entre los hombres, la mayoría de ellos pescadores. Era costumbre que los hombres se situaran a un lado y las mujeres a otro, separados ambos grupos por una hilera de columnas. Según las normas tradicionales, después de haber leído un fragmento bíblico, el archisinagogo ofrecía la palabra a los hombres para hacer comentarios y, eventualmente, esclarecimientos, y dar respuesta a las preguntas del público. Para Jesús era ésta una magnífica oportunidad de ofrecer sus novedades, pues el grupo que componía la asamblea era gente abierta y sin complicaciones. Se levantó, pues, Jesús y se instaló en el ambón ante la expectación general. Para la mayoría de los asistentes era un desconocido, por lo que fue recibido con particular curiosidad. Unos pocos, sin embargo, lo reconocieron porque lo habían visto actuar en Jerusalén. En suma, había un clima de gran expectación y apertura, en el que Jesús se sintió muy cómodo y habló con libertad.

—Se han abierto las puertas —dijo— y vengo a invitaros a ingresar en el Reino. En el otoño, vosotros entregáis a la tierra los granos de trigo; en los meses siguientes, mientras vosotros coméis, dormís y reís, el trigo, nadie sabe cómo, va escalando silenciosamente las alturas hasta transformarse en una espiga dorada. Entonces, vosotros tomáis la hoz y decís: ha llegado el tiempo de la siega. Lo mismo sucede con la palabra: alguien la siembra, pero otro Alguien silenciosamente la va transformando en el corazón del hombre en una obra buena, en un testimonio de luz.

¿Qué hacen esos individuos —agregó— bien plantados en medio de la plaza y con los brazos erguidos? Rezan ostentadamente, para que los vean. En verdad os digo: su propia vanidad satisfecha será su única recom-

pensa. Vosotros no hagáis así. Cuando oréis, meteos en el rincón más oscuro de vuestro cuarto; el Padre está allí mismo, escondido, escuchándoos. Los que no conocen al Padre gesticulan, gritan y sueltan ríos de palabras. No así vosotros. El Padre, atento y maternal, está observándoos y sabe vuestras necesidades. ¿Hay aquí algún carpintero? También yo soy hijo de carpintero, y nosotros sabemos muchas historias; por ejemplo, tomamos un sólido madero de cedro y lo colocamos como viga maestra de una edificación. Al cabo del tiempo advertimos con horror que el soporte cruje y amenaza con quebrarse. ¿Qué había sucedido? Mientras dormíamos, la polilla lo había roído por dentro. Y, por su parte, los ladrones son capaces de perforar un muro de mampostería para robar. ¿Conclusión? Si tenéis algún tesoro, guardadlo allá arriba, donde no hay polilla ni ladrones. ¿Habéis visto alguna vez que un individuo doble sus rodillas ahora ante su señor y enseguida lo haga ante un enemigo de ese señor? No es posible. Pero, aunque humanamente fuera eso posible, en verdad os digo: no es posible servir a Dios y a su enemigo, el dinero, porque donde está tu tesoro allá está tu corazón.

* * *

La gente salió admirada de la sinagoga. Aquel día no hubo otra conversación en Kafarnaún que la intervención del profeta de Nazaret en la sinagoga. Los hombres más conspicuos de la ciudad se preguntaban unos a otros: —¿Quién es este hombre?; ¿de dónde ha salido tan inesperadamente?; ¿qué diferente de nuestros doctores y escribas! Este hombre habla con autoridad. ¿De qué misterioso cofre saca vestiduras tan distintas y nuevas? Las verdades eternas, al pasar por su boca, suenan como si las estuviéramos oyendo por primera vez. Otro dijo: —Hoy he descubierto una nueva región de mi alma. Y un tercero, censurando a los escribas, dijo: —Nuestros escribas no hacen otra cosa que repetir textos, apoyarse en la autoridad de los otros doctores o en la tradición antigua. Éste, en cambio, se apoya en sí mismo, tiene

seguridad interior y categoría moral, es la voz de sí mismo. ¡Por fin ha aparecido el esperado profeta! ¡Alleluia!

* * *

Pero no sólo fue eso. Aquel día sucedieron otras cosas memorables en Kafarnaún. Marcos (1,23-26) nos cuenta que, viviendo en el vecindario de la sinagoga, había un hombre en quien el Maligno había instalado sus reales. En una suerte de desdoblamiento de personalidad, el Maligno se comportaba con aquel hombre como un propietario que ejerce su tiranía en su propio territorio, de tal manera que aquel hombre había perdido totalmente su autonomía y hacía lo que no quería: era una situación desgarradora.

En cuanto aquel poseso vio a Jesús, sin poder evitarlo, se puso a gritar desesperadamente: —Jesús de Nazaret, ¿qué tiene que ver el día con la noche, las tinieblas con la luz? Y ¿qué tienes que ver tú con nosotros? Ya sé cuáles son tus pretensiones, atormentador de nuestra raza: has venido para sembrar ruinas y cenizas en nuestros dominios. ¡Vana ilusión! No levantarás tu Reino sobre nuestras calaveras; pondremos en tus manos un cetro de caña. ¡Impostor!, has logrado disimular lo que hay dentro de ti, has engañado a todos: en Nazaret te creen un pobre hombre, un medio hombre, solterón ridículo y anormal, vacilante... ¡Mentira! Todo es mentira. “Yo sé quién eres: el Santo de Dios” (Mc 1,24).

Hasta ese momento, Jesús había escuchado paciente, pero al llegar a esa horrible confesión de Satanás, se sintió invadido por un súbito terror, y también bramó con toda su voz: “Cállate, y sal de este hombre”. Lo que sucedió a continuación fue monstruoso, espeluznante: aquel pobre hombre fue sacudido por un seísmo de máxima intensidad, y en medio de gritos, alaridos y convulsiones, el demonio lo dejó, quedándose el hombre tranquilo y en paz.

Quienes presenciaron la escena quedaron pasmados, sobrecogidos. En voz baja, y con cierto aire de temor, se preguntaban unos a otros: “¿Qué es esto? ¡Una nueva

doctrina expuesta con autoridad! Manda a los espíritus inmundos, y éstos le obedecen” (Mc 1,27).

Ajeno a las exclamaciones admirativas, Jesús se alejó, dirigiéndose a la casa de Pedro, cuya suegra yacía postrada en cama aquejada de una altísima fiebre. El que arrojó de manera tan espectacular al príncipe de este mundo, ¿no podría expulsar la fiebre de esta enferma? “Le rogaron por ella”, es decir, le insinuaron una intervención especial. Con sumo cariño, se inclinó Jesús sobre la enferma (Lc 4,39) y, después de expulsar a la fiebre, la tomó de la mano y la levantó sana. Tanto fue así que ella misma preparó el refrigerio y servía a la mesa a tan singular huésped.

No había otra noticia ni otro comentario en la ciudad que la liberación del endemoniado, cuando, por añadidura, llegaba ahora la nueva de la sanación de la suegra de Pedro. ¡Qué es esto! ¿Un profeta dotado de todos los poderes divinos entre nosotros? Sería ingratitud y falta de consideración no aprovechar esta oportunidad de oro: ¡cuántos encadenados al lecho en nuestra ciudad, cuántos ojos sin luz, cuántos brazos que parecen leños secos! Con un soplo de este profeta, hasta los huesos calcinados comenzarían a danzar. Pero era sábado. Esperemos hasta la puesta del sol, en que cesa el descanso sabático.

En efecto, al anochecer, todos los ciegos, sordos, tullidos, cojos e inválidos de la ciudad, acompañados de sus familiares, se agolpaban a las puertas de la casa de Pedro. “Toda la ciudad se había reunido junto a la puerta” (Mc 1,33).

Ante aquel espectáculo, una profunda compasión, surgida desde las entrañas, subió irremediamente hasta la garganta de Jesús. Ahora bien, una fuerza compasiva, caudalosa y potente, junto con una fe que traslada montañas, es capaz de levantar muertos y de transformar las piedras en personas. Así pues, con infinita piedad, fue Jesús imponiendo las manos sobre cada enfermo, y de aquellas manos emanaba una energía irresistible de vida, salud y resurrección.

El entusiasmo de la gente fue indescriptible: un ven-

daval de delirio arrasó con la emoción y las lágrimas de la ciudad.

Pero hubo un hecho que le inquietó visiblemente a Jesús: “Y de muchos (posesos) salían los demonios gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él les conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Mesías” (Lc 4,40-45).

En este punto el Pobre de Nazaret fue intransigente. Sabía perfectamente de la sensible epidermis de su pueblo, de la obsesión casi enfermiza que se respiraba casi en todas partes por el Mesías político y liberador. Bastaba un fósforo para que allí hubiera un gran incendio.

Por lo demás, ya lo hemos señalado más arriba, Jesús consideró siempre como “su” tentación específica la concepción política del Mesías, y, ante todo, él mismo debía estar alerta sobre sí mismo para no sucumbir a la tentación, siempre seductora y gratificante, de un mesianismo temporal. Durante toda su aventura evangelizadora tuvo que estar cerrando el paso, con zarzas y espinos, a la seducción de un mesianismo triunfal. No fue nada fácil para él ser el Pobre de Nazaret en la línea del Siervo humilde.

Por otra parte, bastaba que Jesús, en un momento de delirio popular, consintiera en el menor desahogo de mesianismo insurreccional para que, al día siguiente, la noticia estuviera en conocimiento del Procurador romano y del Tetrarca. Todavía tenía en carne viva en su corazón la herida abierta por la suerte trágica de su amigo Juan.

Marcos acaba notificándonos que, a partir de estos sucesos, “su fama se extendió por todas partes, por toda la región de Galilea” (Mc 1,28).

Los secretos más íntimos

Después de estos sucesos, la gente quedó profundamente sensibilizada; el pueblo en masa estaba dispuesto a seguir la sombra del profeta hasta el extremo del mundo. ¡Qué oportunidad —pensó Jesús— para una gran siembra! Por las aldeas diseminadas a la orilla del lago

corrió la voz de que, en un determinado día de la semana, el profeta de Nazaret iba a actuar en la pradera que se extiende detrás del primer altozano, a la salida de Kafarnaún.

Cuando llegó el día, y al ver Jesús a tanta gente reunida, sintió como si un vino añejo levantara olas en su corazón. No podía disimular su alegría. Había jardines en flor en sus ojos. Les mostraré —pensaba— las laderas más secretas de mi corazón, donde está escrito el nombre de mi Padre; les revelaré los secretos más recónditos de mi alma.

Comenzó a hablarles lentamente, con un cierto aire de suspenso mágico. —Hoy pueden suceder cosas nunca vistas —les dijo—: levantad una piedra cualquiera y os vais a encontrar con el Padre. ¿Habéis visto alguna vez danzar al sol? Hoy lo podéis ver en las hojas de aquel limonero. Mirad allá, a lo lejos, el lago. ¿No veis allí la risa de la luz? Hoy puede haber sorpresas: desde los rincones del olvido pueden venir a visitaros los sueños y anhelos más escondidos de vuestra vida. Andad con cuidado, porque desde debajo de la ceniza puede saltar una chispa capaz de incendiar el mundo. Dios cambió de nombre: ya no se llama Jahvé, se llama *Padre*. Y de Él estamos hablando esta mañana. El Padre descansa a la sombra de los álamos y en el mar profundo de sus pensamientos. Nosotros no podemos ofrecerle más que lamentos y lágrimas, pero Él nos bañará en el mar de la ternura, y otra vez nos reiremos y seremos felices.

Parecía arte de encantamiento. La enorme multitud se mantenía inmóvil, absorta, prendida de la boca del Maestro. Continuó: —¿Hay aquí algún padre —preguntó— que haya depositado una piedra en las manos de su hijo hambriento cuando éste le pedía un pedazo de pan? Entre vosotros, con frecuencia, vuelan las piedras contra el tejado del vecino. Pero con sus hijos es otra cosa. Si un niño os pide un pedazo de pescado, ¿hay alguien aquí que sea capaz de poner en sus manos una serpiente, para que lo muerda, lo envenene y lo mate? Yo los he visto matarse unos a otros con el veneno de la difamación. Los he visto morderse unos a otros como canes rabiosos.

También he visto puñales afilados, escondidos bajo el manto, listos para el asesinato de la calumnia. Unos con otros son capaces de cualquier cosa. Pero ¿con sus hijos? ¡Ah!, con sus hijos son, sin excepción, pura solicitud y cariño.

Y continuó: —¿Habéis visto alguna vez una flor que por perfumar pida un aplauso, o una estrella que por brillar reclame un premio, o un padre que por amar pida reconocimiento? Aman sin esperar recompensa, porque Dios depositó en el corazón de los padres una chispa de su fuego. Ahora bien, si vosotros, cuyo corazón no está amasado de buena levadura, sino de arcilla quebradiza; si vosotros sois capaces de comportaros de esa manera con vuestros hijos, ¿no pensasteis cómo será aquel Padre? Si lo pensarais, dormiríais seguros, despertaríais felices, y nunca los lobos rondarían vuestra morada. El Padre hace levantarse todas las mañanas al sol para daros a vosotros calor y luz, y hace salir las estrellas por la noche para ahuyentar del corazón el miedo; ha hecho los montes altos y verdes, y los jardines muy coloridos para que vuestro corazón esté alegre y contento.

El Pobre de Nazaret estaba arrebatado por la inspiración. Era su día, el día del diluvio, el diluvio del amor. De hecho, fue uno de los días más dichosos de su vida. Y continuó:

—Como las plantas necesitan del sol, vosotros necesitáis de su amor. He visto con frecuencia una cicatriz en la frente de vosotros: es el lenguaje de la angustia, que dice: ¿qué comeremos, cómo nos vestiremos, dónde dormiremos? Escuchad, son necesidades primarias, y hay que trabajar. Así que, ¡manos a la obra! Y empuñemos la sierra, la garlopa, el cepillo, las mazas, los martillos, las hoces, las azadas, las redes, y vámonos al embate del pan de cada día. Lucha, sí; pero lucha con paz. Trabajo, sí; pero trabajo con alegría. Las espinas negras de la zozobra y de la inquietud arrancároslas del corazón como clavos oxidados y arrojadlas en las manos del Padre. Antes de que vosotros salgáis al encuentro de Él, ya salió Él al encuentro de vosotros. Antes de que abráis vosotros la boca para pedir algo, Él ya está inquieto por lo que vos-

otros necesitáis. Aunque siempre hayáis oído hablar de un Dios vestido de relámpagos, hoy vais a sentir que el vasto mar de su Amor os llama eternamente a su seno; y en noches de tempestad tendremos tertulias familiares en el hogar, junto al fogón, y de nuevo nos reiremos y seremos felices.

* * *

—No sé por qué —continuó diciendo el Pobre de Nazaret— a los niños les gustan los nidos de los pájaros. Cuando yo era niño me sentía feliz observando las costumbres de las golondrinas. La ternura inundaba mi sangre al ver las cabecitas implumes de las pequeñas aves en el nido, con el pico bien abierto, y al ver la solicitud con que sus padres les daban de comer todo el día. Si así se comportan las aves, ¿no pensasteis qué no hará nuestro Padre del cielo con sus hijos? ¿No valéis vosotros más que una golondrina? Mirad un pedazo de pan: para poder comerlo, antes hemos tenido que sembrar el trigo, escardar, segar, trillar, moler, amasar y cocer. ¡Cuánto trabajo para obtener un pedazo de pan! Mirad ahora esos gorriónes: no siembran ni siegan, y ¿quién los alimenta? El Padre. ¿No valéis vosotros más que un gorrión? Otro tanto sucede con las águilas que planean solitariamente en las alturas y con aquellas otras poderosas aves que cruzan los océanos como veloces navíos. A todos los alimenta el Padre.

Y continuó: —Aquí hay personas de elevada, mediana o baja estatura. A veces se piensa que ser pequeño de estatura es como ser pequeño en todo, y se siente vergüenza por eso, y se hacen esfuerzos inauditos para crecer siquiera un dedo. ¿Lo consiguen? Ya veis que no. El hombre libre es aquel que sabe sobrellevar con paciencia sus cadenas. ¿Entendieron la lección? Si el pequeño aceptara su estatura, se sentiría regio como un príncipe. La felicidad no está en tener o no tener, sino en aceptarlo todo con paz. El Padre distribuye entre sus hijos los regalos y las contrariedades, y, a veces, éstas son señal de un mayor cariño, porque la contrariedad, sobrellevada con

paz, es una callada tempestad que quiebra y desgaja las ramas muertas.

Levantad los ojos —continuó Jesús— y observad detenidamente cuanto alcanza vuestra vista: advertid cómo el mirto de los cerros impregna de fragancia el viento, así como también los árboles frutales de vuestros huertos. ¿Quién podría enumerar las florecillas que gozosamente lucen en este prado? Además de ser bonitas, nos regalan su perfume. ¿Lo pensasteis alguna vez? Y esos árboles parecen poemas escritos por la tierra en el cielo. ¿Sabéis cómo se llamó el rey de las elegancias? Se llamó Salomón. Os garantizo que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, pudo vestirse tan primorosamente como las felices flores de esta pradera. Las mujeres que trabajan día y noche en su telar doméstico saben cuánto cuesta terminar un vestido. Me acuerdo de mi Madre. Pero estas flores no trabajan, no hilan, ¿quién las viste? El Padre mismo las viste primorosamente todas las mañanas. Ahora bien, si a una flor, que no vive los años de una araucaria, sino que a la mañana brilla y a la tarde muere, así la viste el Padre, ¿qué no hará con vosotros, hijos inmortales de un Padre inmortal? Vosotros no envejeceréis ni moriréis como las flores, los cedros, los vestidos, las noticias, sino que brillaréis como las estrellas eternas en la casa de mi Padre; y Él ya tiene preparada una estancia para cada uno, y de nuevo reiremos y seremos felices.

* * *

El Pobre de Nazaret era como un pastor que, con una flauta mágica, encantaba y convocaba a los corderos, serpientes, chacales, cabritos y lobos para formar la gran familia de Dios. Los aldeanos no se cansaban, bastaba mirar sus ojos. Tampoco Jesús se fatigaba; al contrario, lucía dichoso y se sentía inspirado.

—Había una vez —continuó— una anciana que, con todos los ahorros y esfuerzos de la vida, había atesorado una decena de monedas de oro. Sin saber cómo ni dónde, perdió una de ellas. Estrujado su corazón por la pena, se metió debajo de las mesas y las camas en busca de la

moneda..., y nada. Tomó una escoba, barrió todas las habitaciones, y ¡encontró su moneda! Fue tanta su alegría, que salió corriendo a la calle, gritando: Amigas, vecinas, encontré la moneda perdida. ¡Felicitadme! Dadme un abrazo, venid a mi casa y hagamos una fiesta porque se me rompe el pecho de alegría. El Padre es así mismo: cuando una hija, perdida en todas las diversiones y distracciones del mundo, se decide a regresar a la casa paterna, y vuelve, y toca a la puerta, y sale el Padre, y, en lugar de pedirle cuentas de sus pasos bajo la música de sermones y amenazas..., igual que aquella anciana, se le entenece el corazón, se le humedecen los ojos y se lanza a los vastos espacios del paraíso gritando: ¡Felicitadme! Venid a mi casa y hagamos una fiesta memorable, porque la hija regresó a la casa... No sé de qué otra manera decíroslo, el Padre es así.

Y continuó Jesús: —¿Ojo por ojo y diente por diente? Caducó esa ley carnal. ¿Qué gracia tiene amar al amable y aborrecer al desagradable? Así reaccionan los gentiles. Lo monstruoso es que nuestros legisladores transportaron esa ley salvaje al corazón de nuestro Padre. Y así, siempre han pintado a Dios con ojos cargados de cólera y granizo, disparando rayos para reducir a ceniza a los pobres pecadores. ¡No es así! Muy por el contrario: el Padre se desentiende del rebaño entero para caminar por sendas bordeadas de precipicios, se asoma a los abismos, sube a los riscos más escarpados para ir en busca de la oveja perdida, y, cuando la encuentra, no la somete a cuarenta azotes menos uno, sino que la toma a hombros con ternura infinita y vuelve feliz a su casa cantando y diciendo que aquella alma le daba más alegría que el mundo entero. En lugar de rechazar y condenar, el Padre corre y busca ansiosamente precisamente a las ovejas heridas, enfermas, acosadas por el lobo... No sé de qué otra manera decíroslo, el Padre es así.

Las primicias del banquete —continuó— están reservadas para los últimos y extraviados. Los que ocupaban el último lugar de la fila serán invitados a la cabecera de la mesa. En fin de cuentas, ¿qué cosa es una perla sino un templo construido en torno a un granito de arena? Si

el Padre amara tan sólo a los hijos buenos, no sería padre, porque el amor no necesita motivos para amar. Mirad ese sol: ¿Creéis vosotros que ese sol beneficia sólo a los campos de los justos? Esa bola de fuego da vida y esplendor también a los campos de los traidores, mentirosos, blasfemos. Los hombres no hacen otra cosa que disparar flechas envenenadas contra el Padre; y Él, a cambio, les regala un sol de oro. Mirad esa lluvia: ¿Creéis que hay aquí discriminación y que esa lluvia caerá mansamente tan sólo sobre los campos de los sibaritas, vividores y granujas? Y, a veces, el Padre tiene reservado un paquete de regalos precisamente para los alejados de la casa paterna, porque dice que un cofre de cariño es más eficaz que una sarta de amenazas. ¡Oh, si conocierais al Padre...!

* * *

El Pobre de Nazaret, satisfecho de haber comunicado sus convicciones más profundas e íntimas, fue derivando hacia las últimas conclusiones:

—No seáis como niños que andan disparándose piedras unos a otros —agregó—. Ésta es la regla de oro que resume la ley y los profetas: tratad a los demás como os gustaría que los demás os trataran a vosotros. No juzguéis, no entréis en el templo sagrado de las intenciones del prójimo. No hay mayor pecado que el estar pensando en las faltas de los demás. ¡Qué cosa rara: estás advirtiendo una brizna en el ojo ajeno, mientras el tuyo está atravesado por una gruesa viga! Sed como nuestro Padre, que devuelve bien por mal: si alguien quiere sustraerte el manto, ofrécele también la túnica. Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen y calumnian. La mitad de la hogaza pertenece al otro, pero, aun así, es conveniente que sobre algo por si un huésped llegara inesperadamente. Todos vosotros sois hermanos.

Y acabó diciéndoles: —Se me olvidaba deciros algo: no calculéis la potencia del mar por su espuma: a pesar de su ternura infinita, el Padre posee el poder total, no lo olvidéis; pero, aun así, prevalece la ternura. Rompamos los candados, barrotes y cadenas, soltemos los pájaros y

fieras enjauladas, y surja sobre el mundo el milagro de una inmensa familia bajo la mirada del Padre. Como las semillas bajo la nieve sueñan en la primavera, los pobres y los últimos están soñando en el advenimiento del Reino del Amor, lleno de regalos. Ya llega. Está llegando: el Padre ya camina en las nubes, desciende en la lluvia, sonríe en las flores, duerme en el corazón de las madres, juega con los niños, vela junto a los que duermen, vigoriza a los débiles, acompaña a los desolados. ¡Llegó el Reino de Dios, alleluia!

* * *

¡Alleluia!, rugió toda la multitud. Era realmente el diluvio. Estaba acostumbrado el pueblo a escuchar, hasta el hastío, a sus doctores y sacerdotes sobre mandatos, prohibiciones, reglas, preceptos, obligaciones..., era la muerte. En contraste, esto era primavera y vida.

Y no sólo en este día. Durante todo el año se fue Jesús por los mercados y plazas como un rapsoda popular, inventando parábolas, contando sueños, para decirles, en suma, que Dios es Padre y que nosotros somos hermanos. La multitud siempre acababa diciendo: “Jamás se vio cosa igual en Israel” (Mt 9,33).

Sin tiempo para comer

Lucas nos dice que Jesús “viajaba por ciudades y pueblos, predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios” (Lc 8,1). Fue la época dorada y feliz para Jesús, aproximadamente un semestre, sin que ningún nublado se asomara a su horizonte. No había comenzado todavía el cerco fiscalizador y amenazante de los sacerdotes y doctores en torno al Pobre de Nazaret. En fin de cuentas, en la opinión de ellos, Jesús no era más que un pobre laico que no disponía de diplomas teológicos o de credenciales de ninguna clase. De todas formas, en este primer período lo dejaron en paz. Aprovechando esta situación, Jesús sometió su vida a un ritmo vertiginoso,

hasta no tener, en ocasiones, tiempo para descansar ni para comer (Mc 3,7).

Era un espectáculo ver al Mesías de los pobres rodeado de enfermos y olvidados, deambulando de comarca en comarca, acercándose a los más necesitados, hablando a pequeños grupos, dirigiéndose a grandes masas, derramando misericordia y compasión, siempre al aire libre o en el interior de las sinagogas o de los domicilios particulares, confirmando su mensaje con intervenciones milagrosas. Analizando los documentos evangélicos, podemos afirmar que el despliegue apostólico de Jesús en este período alcanzó un éxito notable, si por éxito se entiende amplios auditorios, renombre y notoriedad y compactos grupos de seguidores incondicionales. El hecho es que, en este período, al Pobre de Nazaret lo sentimos contento, por no decir radiante.

* * *

Caminaba el Maestro por las orillas del lago, rodeado y seguido, como de costumbre, por un grupo de personas, a quienes, aprovechando el viaje, las instruía durante el camino, cuando, súbitamente, emergió de entre la gente un leproso que, con cierta precipitación, se puso delante de Jesús y se postró a sus pies, con horror de los circunstantes. Era un acto ilegal. Según las rigurosas instrucciones del Levítico, los leprosos estaban obligados a permanecer a veinte metros más allá de las vías públicas y no podían beber en las fuentes ni bañarse en los ríos. Y si alguien se les aproximaba inadvertidamente, los leprosos estaban obligados a dar alguna señal de su presencia, dando fuertes voces o haciendo sonar sus sonajeras. Carecían de todos los derechos, y para las leyes divinas y humanas eran *malditos*, personificación de la impureza misma.

Sintiéndose menos que el polvo, en el anonadamiento de una humildad ultrajada, el “impuro” ni siquiera se atrevía a levantar la vista, y menos todavía a elevar una súplica. Era un expatriado de todos los derechos; de manera que, con una sumisión abatida, no manifestó ningún

deseo; simplemente se limitó a expresar su pensamiento: “Si quieres, puedes limpiarme” (Mc 1,40). Una cálida compasión (Mc 1,41) agitó las entrañas del Mesías de los pobres, y tanta fue su piedad que eclipsó el horror de tocar al intocable y, con infinita misericordia, le extendió la mano, diciéndole: —Eres un noble que perteneces a la realeza de mi Padre. Allá en el palacio de mi Padre serás una columna de jaspe con incrustaciones de oro. En el nombre del Amor, “quiero que quedes limpio ahora mismo”. Y quedó limpio. Otra vez fue incontrolable la explosión admirativa de los circunstantes, y otra vez la daga del temor atravesó la garganta de Jesús, el temor del frenesí mesiánico, un mesianismo contrario al que el Padre le había señalado en el Jordán. Tenía que hacer abortar, antes de que naciera, cualquier brote de entusiasmo de liberación nacional; y, con palabras tajantes y severas, le conminó: “Mira, no le digas nada a nadie” (Mc 1,44).

Otro temor se asomaba también al alma de Jesús, como más tarde lo podría comprobar él mismo dolorosamente: el que estuviera fermentando en la gente un egoísmo enmascarado por el que, en el futuro, las multitudes lo buscaran tan sólo por el interés de las curaciones milagrosas y no por su palabra, ni siquiera por su amor, y mucho menos por el esplendor del Padre reflejado en su rostro. De ahí la terminante prohibición.

* * *

Jesús abrigaba el propósito de llegar aquella tarde a Kafarnaún para pernoctar allí. Habían caminado durante varias horas, pero todavía quedaban un par de leguas de camino. Se sentaron todos para descansar, y Jesús aprovechó la oportunidad para seguir sembrando.

—Vosotros os parecéis— les dijo— a aquellas golosas abejas que comieron miel hasta cebarse, pero hundieron en ella sus alas y ya no pudieron levantar el vuelo. Capitaneando los mejores ímpetus, los hijos de Israel, y sobre todo de Galilea, han perseguido agitadamente un sueño: el Reino de Dios; pero se han embadurnado las alas en la miel del sueño, ¡y qué difícil se les hace remontar el vuelo!

¿Sabéis cuál es el sueño? El siguiente: un comandante en jefe, dotado de poderes casi divinos y poniéndose al frente de indomables combatientes, avanzó de victoria en victoria hasta aniquilar a todas las legiones de la tierra e implantar el imperio sagrado de nuestro Dios por medio del imperio sagrado de Israel. Ése es el sueño. Hijos míos, podéis untar vuestras alas en esas dulzuras fantásticas, y luego ¡qué difícil os resultará poder levantar la vista al verdadero Reino de Dios!

Había una vez —continuó— un hombre sagaz que, cargando pico y pala a hombros, escaló lomas, cerros y montañas. Hizo muchos intentos para encontrar un tesoro horadando rocas, roturando terrenos endurecidos, y no encontró nada. Finalmente, en el risco más inverosímil encontró unas vetas profundas de amatista y ágata de primera calidad. Sin decir nada a nadie, se fue a casa, vendió campos y rebaños y con el importe de esa venta compró aquel terreno de piedras preciosas. Así es el Reino de Dios. Había una vez una mujer —continuó— que, en una larga noche, amasó varios quintales de harina. Tomó después un puñado de levadura y la mezcló con aquella gran masa, hasta que todo quedó fermentado. ¿Habéis entendido la lección? Así es el Reino: un pequeño grupo, selecto y convencido, va iluminando paso a paso a esta inmensa, dispersa y oscura humanidad con las buenas noticias del amor de nuestro Padre y con las exigencias fraternas, hasta que la transforma en una gran familia.

* * *

—¡Jesús de Nazaret, fuerza y ternura de Dios! —gritaba un hombre mientras se aproximaba corriendo precipitadamente. Tenía una flor en mi jardín —dijo—, acaba de abatirse sobre ella la tempestad y está a punto de estrangularla entre sus garras.

Jesús se levantó algo sobresaltado, viendo cómo aquel hombre completamente sumido en la angustia caía a sus pies, diciendo: —Mi hija, Maestro, mi hija, lo que más quiero en el mundo, se me está muriendo. Yo sé que no

hay muerte ni fuerzas del abismo que puedan resistirte, poder de Dios; corre, ven pronto, extiende tu mano sobre ella y de tu brazo emanará un poder irresistible de vida y resurrección. El que así hablaba era un hombre notable entre los judíos y presidente de la sinagoga de Kafarnaún.

—¡Vámonos allá!, dijo resueltamente Jesús. Y, con paso rápido, emprendieron la ruta de Kafarnaún. Era un tropel agitado de gentes en torno a Jesús: mientras caminaban, unos le empujaban, otros le preguntaban o le suplicaban, otros le abrían paso. En esta turbamulta nerviosa, una humilde mujer que sufría una hemorragia incurable desde hacía doce años y había gastado todos sus haberes en médicos, e inútilmente, llena de una desesperada esperanza, agarrándose a la última tabla de salvación y diciéndose a sí misma: “si consigo tocar la franja de su vestido quedaré sana”, extendió la mano temblorosa y alcanzó a rozar la orla que todo israelita llevaba a cada ángulo de su manto, y al instante quedó sana.

Jesús sintió, ¿qué sintió? Sintió sobre sí la presión de los esfuerzos mutilados, de las esperanzas desangradas, del canto amargo de las ilusiones deshechas, no sólo de aquella mujer, sino de la humanidad entera. Y, en una reacción compasiva, le afloraron todas las energías de vida y salud.

Jesús percibió que un efluvio de salud había brotado desde su interior, y preguntó quién le había tocado. Aquella mujer, emocionada, y un tanto azorada también, se arrodilló a los pies del Maestro, le explicó la historia de su vida y lo que le acababa de suceder, y Jesús, dirigiéndose a los circunstantes, les dijo: —La fe, hijos míos, la fe ha curado a esta hija de Dios. Si tuvierais fe, aunque sólo fuera del tamaño de un granito de mostaza, diríais a esa higuera: desarráigate y plántate en el mar, y la higuera obedecería humildemente. Si tuvierais fe, con vuestros ojos pasmados veríais portentos nunca vistos: esos cerros volarían como pájaros, los muertos descompuestos en la sepultura volverían a la vida, los infantes jugarían en el nido de las víboras, los lobos, y los corderos, y los chaca-

les, y los conejos formarían una misma manada. Si tuvierais fe... Hija, tu fe te ha devuelto la salud; vete en paz.

Estaba Jesús diciendo estas últimas palabras cuando llegaban a toda prisa de la ciudad unos emisarios para comunicarle al presidente de la sinagoga la desventurada noticia de que la niña acababa de fallecer. Jesús, como si no hubiera oído la noticia y como continuando con el discurso de la fe, dijo al hombre: —No ha pasado nada; si crees, todo tiene solución, no te preocupes; sólo una cosa te hace falta: creer; lo demás vendrá por añadidura.

Por fin, llegaron a Kafarnaún. Jesús entró en la casa, sereno, seguro, como dueño de la vida y de la muerte, lleno de fe. El interior de la casa ya estaba colmado de los flautistas de turno y las plañideras de ritual, que ofrecían un espectáculo grotesco entre alaridos, lamentos y gritos. Aquel espectáculo le produjo a Jesús un especial desagrado, y les echó en cara lo irracional de aquella escena, diciéndoles: —¡A qué vienen tantos mugidos y aullidos, como si fueran alimañas sin fe ni razón; la niña no está muerta, vive!

Las palabras de Jesús sonaron en los oídos de aquella gente como una broma macabra, y le contraatacaron con escarnios.

Jesús, sin dar oídos a las burlas, después que desalojaron la casa, entró en la cámara mortuoria acompañado de los padres de la niña y tres de sus discípulos. Momento sobrecogedor. En medio de la zozobra infinita de los cinco asistentes, Jesús, nadando entre las olas de la compasión y de la certidumbre, concentrado en sus abismos y convocando a las potencias de la vida, tomó de la mano a la niña, y sólo dos palabras pronunció: —*Talita cumi* (muchacha, levántate). Y la niña se levantó. Jesús les dijo que le dieran algo de comer. Una vez más, también en esta oportunidad les ordenó severamente que no contarán a nadie lo sucedido, ya sabemos por qué motivos.

Entre la decepción y el desaliento

Las semanas se sucedían una tras otra. Jesús peregrino seguía derramando consolación con intervenciones

milagrosas; los Evangelios nos transmiten numerosos testimonios de curaciones llevadas a cabo con ciegos, endemoniados, leprosos.

Como ya lo hemos dicho, desde el comienzo Jesús fue tomado por un temor concreto, el temor de la popularidad, entreviendo los peligros que desde su sombra podrían acecharle. Por eso rehuía sistemáticamente todo lo que se asemejara a popularidad; y no había actuación llamativa que no acabara con una severa conminación, exigiendo reserva. A tanto llegó su temor, que durante una época “ya no se presentaba en público en ninguna ciudad, sino que quedaba en las afueras, en lugares solitarios” (Mc 1,45). Se escondía de la gente, diríamos nosotros. Para estas alturas de su vida en que nos hallamos, los motivos de su temor no eran lejanas nubes en el horizonte, sino piedras vivas y frías en la mano.

Ahora bien, ¿qué temor y por qué motivos? Interpretaciones erradas y equívocos peligrosos sobre la persona y la función de Jesús comenzaron a soplar como vientos alisios y a recorrer las comarcas evangelizadoras sin que nadie pudiera detenerlos. No lograba Jesús ser interpretado correctamente.

Para el pueblo sencillo, Jesús era un hombre poderoso en obras y palabras, pero, ante todo, era un “milagrero”, como un mago sagrado, y el pueblo lo buscaba y seguía procurando luz para sus ciegos, movimiento para sus paráliticos, resurrección para sus difuntos, sanación para sus leprosos..., y lo demás poco les importaba. En la brillante polvareda de milagros y curaciones, el pueblo no conseguía distinguir, o no le interesaba, el mensaje y misterio profundo de Jesús. ¿No estarían ensombreciendo los milagros ese misterio?

Jesús era la palabra del padre, no sólo en el sentido de que traía un ramillete de novedades de salvación que iba sembrando infatigablemente; mucho más: él mismo era la concretización manifiesta de Dios Amor; es decir, Jesús, como persona y testimonio de vida, era un argumento vivo de que Dios es amor. Con otras palabras: Dios Amor se traslucía, se proyectaba y se derramaba a

través de este “*vacío de sí*” cuyo nombre es Jesús de Nazaret.

Jesús, ante todo, amaba: ¡ha llegado el Reino de Dios Amor! Amaba a los que nadie ama, porque en el mundo sólo se ama a los agradables y no a los desagradables.

No es suficiente, sin embargo, con el amor-compasión. Hay que pasar a los hechos y aterrizar en soluciones concretas. Era entonces cuando Jesús echaba mano de sus poderes para desequilibrar las fuerzas de la naturaleza y obtener sanaciones y resultados de excepción. Pero estas actuaciones excepcionales eran los últimos ecos de aquella compasión.

En un mundo desvalorizado en que sólo se buscaban realizaciones tangibles, los conceptos *amor, mensaje, misterio* poco les decían, sin embargo, y menos les interesaban a aquellas gentes. Jesús fue comprobando una y otra vez, y con desaliento, que los aldeanos lo buscaban no, sobre todo, como mensajero de Dios, sino como “*milagrero*” de Dios. Y, sin poder evitarlo, esto le causaba profunda tristeza, como en aquella oportunidad en que les dijo abiertamente: “Si no ven señales y prodigios, no creen” (Jn 4,48). ¿Qué hacer? De todas maneras, era el Mesías de los pobres, y, sin duda, ésta era la manifestación más radical de la pobreza de aquella gente.

Expatriado

Vemos, pues, que comienzan a asomar al paisaje de Jesús nieblas de decepción que, con el paso del tiempo, se tornarán en nubes oscuras de desaliento. Poco le duró, pues, al Pobre de Nazaret la gloria y el gozo de un día azul. ¿Qué hacer? No podía sustraerse a su función y destino de Mesías doliente, en el que, por voluntad del Padre, estaba ya sumergiéndose.

A pesar de que los Evangelios nos presentan el mensaje y la presencia de Jesús como un día de bodas, como un concierto de flautas en la plaza (Mt 11,16-18), hay también, no obstante, en las páginas evangélicas destellos y claroscuros por los que sospechamos que el Maestro estaba familiarizado con el sufrimiento.

La escena de la expulsión de Nazaret parece el prelude de aquel otro aciago día en que Jesús, expulsado de la patria y de la vida, sale de la ciudad, traicionado y solo, para ser crucificado. Podemos afirmar que, en esta escena de Nazaret, el Pobre comienza su descenso en las aguas del dolor; y, por lo demás, este episodio señala su alejamiento definitivo, desengañado, de su propia tierra, ¿Señal roja y anticipo del rechazo final de toda la nación?

Llegó, pues, Jesús a Nazaret. ¿Cuál podría ser la secreta intención de este regreso? No se le escapaba que, precisamente entre sus parientes, tan arrogantes, y en general en la aldea, todavía se vendimiaba el vino rojo del rencor y se mantenían aún las espadas en alto. Sabía también que, entre álamos de hojas amarillas, crecían todavía los matorrales de sentimientos bastardos por haber abandonado Jesús la aldea, despreciándola, según ellos, y dando preferencia, ahora que era famoso, a Kafarnaún. Como se ve, sentimientos rastreros de gente ruin. Regresar a Nazaret era meterse en un avispero, él lo sabía.

¿Qué es lo que pretendía, entonces? ¿Un asedio pertinaz pero amoroso, inundando la aldea con una marea de bondad, buscando su rendición incondicional, una conversión masiva, cortando las cabezas de las víboras y sepultando rencores? En todo caso, Jesús corría un alto riesgo. Sólo un Pobre que no tiene nada que perder puede meterse en tales aventuras.

Llegó Jesús a la casa de su Madre. Llevaba aproximadamente un año de ausencia. El reencuentro fue un largo abrazo envuelto en un gran silencio. Madre e Hijo se sentaron bajo el granado florecido del huerto. La Madre dijo: —He navegado por el mar de tus sueños, Hijo mío. Tengo bien guardados tus martillos, garlopas y sierras. Noche a noche he velado tu sueño, y día a día tus pasos y mis pasos han ido a un mismo compás, mientras los olivos, las viñas y los trigales han dado su fruto. He derramado a tu paso perfume de tomillo y laurel; y sé que, a tu paso, el mundo se ha apaciguado, y has abierto sementeras que van de horizonte a horizonte, y por todas

partes se ven segadores preparados para la faena. En tus ojos veo intimidación y dulzura. Estoy contenta, bienvenido seas, Hijo mío.

El Hijo respondió: —También yo he navegado en el mar de tu silenciosa presencia, Madre. Hay en mi exilio una consoladora soledad, y en mi soledad te he visto siempre en pie, desvelada; y, bajo la luna extraña y gozosa, he escuchado tus melodías en mis silencios. He visto florecer a mi paso árboles desnudos, las espigas maduraron, la higuera estéril dio dulces frutos, el barranco se ha poblado de cipreses y laureles. Los pobres son reyes, a los tullidos les nacieron alas, muchas lágrimas se han secado y le he doblado la mano a la muerte. Estoy contento, Madre: he dado cabal cumplimiento a lo que mi Padre quería.

Se cree que Jesús habría estado en la casa de su Madre dos o tres días. Había venido buscando una oportunidad para lanzar en su ciudad una urgente apelación. Llegó, pues, el día sábado: era la oportunidad. Madre e Hijo fueron juntos a la sinagoga, igual que entonces, cuando él era un niño y ella una madre joven. Jesús parecía un álamo enhiesto, sin miedo a los vientos. Las grandes noticias sobre sus actuaciones en Kafarnaún habían golpeado fuertemente, como una ventolera, en Nazaret. Algunos estaban entusiasmados y sinceramente deseosos de escucharle. La mayoría, sin embargo, se mantenía irreductible, hostil y cerrada.

Llegados a la sinagoga, la Madre se situó entre el grupo de las mujeres y el Hijo en el de los hombres. Por encima de las cabezas de los asistentes se sentían cargas eléctricas de alta tensión. Bastaba una chispa para que aquello ardiera. Después de las oraciones rituales, al llegar al servicio de la Palabra, Jesús se levantó y avanzó hacia el ambón para hacer la lectura que precedía al comentario. Desenvolvió el rollo y miró serenamente el auditorio. El espectáculo era francamente impresionante: en medio de un silencio tan denso que se podría cortar con una espada, todos los ojos sin excepción estaban abiertos, expectantes, fijos en el Pobre de Nazaret.

Jesús sabía que quería y a dónde se encaminaba. Bus-

có, pues, directamente el texto que le interesaba. El texto hacía explícita referencia al Mesías de los pobres, el servidor manso y humilde, constituido en instrumento de misericordia en favor de todos los desvalidos de la humanidad. En suma, era una referencia explícita a aquel mesianismo que el Padre le había señalado en la declaración del Jordán.

“El Espíritu del Señor sobre mí,
porque me ha unguido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres
la Buena Nueva,
a proclamar la liberación de los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor”
(Lc 4,18-19).

En medio de la expectación general, Jesús enrolló pausadamente el volumen y se lo entregó al maestro. Todos los ojos eran espadas clavadas e inmóviles en el rostro de Jesús. Comenzó a hablar lentamente, diciendo:

—Aún Nazaret dormía en el sueño de la inexistencia cuando el profeta contempló mis días y escribió estas palabras que hoy acaban de cumplirse cabalmente en mí: saltaron los candados de las prisiones, los pobres han adquirido títulos de nobleza, los expatriados regresan cantando canciones de la patria, los desposeídos han cosechado donde no habían sembrado, el sol luce en la frente de los ciegos, las lágrimas se han trocado en perlas, la muerte ya no tiene la última palabra. Se ha cumplido el tiempo, llegó el Reino de Dios.

Su voz era vibrante, como el sonido de un fuerte viento, pero, al mismo tiempo, aterciopelada como la voz de una flauta. Todos estaban pasmados, no podían dar crédito a lo que estaban viendo y oyendo; mientras, entre aspavientos y en voz baja, se decían unos a otros: —¿Qué es esto?, ¿estamos viendo visiones? ¡Parece cosa de magia! Lo conocemos desde niño, no ha estudiado en parte alguna, ¿de dónde le viene esa sabiduría? No entendemos

nada. Estas exclamaciones procedían de aquel grupo de personas que no alimentaban una animadversión especial hacia él.

Pero los que le eran hostiles le contraatacaron arrogantemente y de manera frontal y grosera, diciendo: —¡Médico, cúrate a ti mismo! El viento ha esparcido por toda Galilea los prodigios que hiciste en Kafarnaún. Si fueras un hombre bien nacido, harías primeramente tus milagros en favor de tu propio pueblo, de tus parientes y amigos. ¿Acaso no hay aquí paralíticos encadenados a sus lechos, ciegos sin luz en sus ojos, dementes con confusión en la cabeza? ¡Hijo desagradecido y desnaturalizado de este pueblo que te alimentó y te crió! Si así desdeñas a tu pueblo, ¿cómo esperas que éste acepte tu mensaje?

Aquella carga de hostilidad se abatió sobre Jesús como una granizada. Sintió tristeza y desaliento. Dudó un instante sobre el sesgo que debería dar a aquel diálogo, que se había tornado, casi de entrada, en una ríspida polémica. Con tono más bien moderado comenzó a explicarles que la familiaridad resta aprecio y aun respeto, y que allí donde el profeta es conocido, como en la propia familia o vecindario, se acaba desconfiando y descreyendo de él, precisamente a causa de la excesiva familiaridad y confianza.

Pero al contemplar aquellos rostros herméticos y ásperos de sus contrincantes, a Jesús se le vinieron en un instante al suelo todas las esperanzas; y pensó que había llegado la hora de la confrontación total, la hora del todo o nada; y mirándoles directamente a la cara, añadió:

—A los hijos de la casa se les quitará el pan para dárselo al forastero; si en el propio pueblo se recibe al Enviado con brazadas de ortigas y piedras, lo que le corresponde hacer al profeta es sacudir el polvo de sus sandalias y partir para otro lado. Caducaron para siempre las leyes de la consanguinidad y de la patria: los vecinos de Nazaret, Kafarnaún y Caná son, todos por igual, hijos de un mismo Padre y forman todos una sola familia. Recuerden: en tiempo de Elías, en aquella terrible sequía, el profeta fue enviado al territorio de Sidón,

fuera de Israel, a la viuda de Sarepta. Muchos leprosos había en tiempo de Eliseo, y ninguno de ellos fue curado, sino un extranjero de Siria, Naamán. Ya no hay patria, nacionales o extranjeros; todos vosotros sois hermanos.

Al oír esto estalló, incontenible, la ira de los oponentes de Jesús, mientras le decían: —¿Qué te has creído, hijo del carpintero, insolente, traidor? Algunos de los allí presentes se levantaron; y bastó que un descontrolado emergiera del grupo, lanzándose sobre Jesús con intención de golpearlo o lincharlo, para que los demás, en una típica reacción instintiva de masas, avanzaran también sobre él con el propósito de asesinarlo.

Jesús, al darse cuenta de sus aviesas intenciones, salió apresuradamente del recinto sagrado, en medio de una barahúnda desenfundada de agitación, odio y terror. Mientras se alejaba atropelladamente, tomó el rumbo del cerro más próximo, acosado de cerca por aquellos nazaretanos enfurecidos, con piedras en las manos, que le gritaban una y otra vez: ¡Traidor!, ¡blasfemo!

En medio de la desenfundada carrera, a alguno de los perseguidores de Jesús le cruzó por la mente la genial ocurrencia de encaminarlo, en la confusión del acoso persecutorio, hacia el despeñadero que se abría al borde del cerro, para, desde allí, empujarlo y precipitarlo al vacío. Sería la ejecución más rápida y eficaz. En una turba de cuarenta o cincuenta hombres, siempre hay jóvenes más veloces; éstos fueron cercando a Jesús y lo forzaron a dirigirse hacia el precipicio, mientras él recibía piedras e insultos.

Así estaban las cosas cuando, de pronto, Jesús detuvo su marcha; sus perseguidores también lo hicieron. Fue un espectáculo increíble: con una serenidad imperturbable, Jesús se dio media vuelta, y los miró fijamente: nadie se atrevió a arrojarle una piedra más ni a lanzarle un insulto. Y, con total dominio interior, comenzó a caminar, pasando tranquilamente en medio de ellos; ahí se quedaron los furiosos asesinos, con la boca cerrada y las piedras en las manos. ¿Qué tenía este hombre? Lo que tenía es que no tenía nada, porque aquel que nada tiene y nada quiere tener, ¿qué puede temer? Lo que tenía era

la típica serenidad y seguridad de los pobres de Dios, que acabó por desconcertar y desarmar a aquella horda asesina.

Sobran los comentarios. Es un texto extremadamente fuerte (Lc 4,14-30; Mc 6,1-6). Aunque el episodio tuvo un desenlace feliz, se asemeja notablemente, en su génesis y desarrollo, como ya lo hemos dicho, al final trágico del Pobre de Nazaret: “Tomaron a Jesús, y él, cargando con su cruz, salió hacia un lugar llamado Calvario, donde lo crucificaron” (Jn 19,17). A pesar de su final feliz, se trata, pues, de una escena trágica de la que emergen resplandores rojizos que preanuncian el Calvario. Es una miniatura que contiene todos los componentes de su final violento: la última visitación, ardiente apelación, rechazo brutal, intento de eliminación del profeta.

El Pobre, sin entrar en Nazaret, se alejó para siempre de su ciudad. No nos consta por los Evangelios que hubiera regresado en otra oportunidad. Fue su última visita. Se alejó solo. Tomó la ruta que pasaba por Caná en dirección del lago. Nubes oscuras con ráfagas de luz que presagiaban tormenta cubrían el cielo de Jesús. Era como el soldado que ha salido herido del campo de batalla. Estaba dolorido, y se sentía solitario, triste. Necesitaba consolación. Decidió pasar la noche en un cerro, para hablar con el Padre. Y cuando caía la noche oró de esta manera:

—Padre Santo y querido: estoy debatiéndome a solas con mis sombras. Las heridas están abiertas, y necesito al aceite de tu consolación, Padre mío. Sé que no puedo llegar al alba sino por el sendero de la noche, pero dame la mano para la travesía. Cántame, Padre, una honda canción, quizás una canción de cuna, y la alegría volverá desde tierras lejanas. Envíame un fuerte viento de popa: de nuevo levaré anclas, soltaré las amarras y partiré hacia alta mar. ¿Será que el viento dispersará las semillas sobre estepas estériles? Yo iré por delante sembrando; tú vendrás por detrás tocándolo todo con tu mano mágica, y hasta las ortigas y los espinos florecerán. En mi camino de piedras planta tú, Padre mío, hierbas aromáticas, tomillo, albahaca y menta. Aguas frescas manarán esta

noche, y mañana habrá nieve sobre el Hermón, y aliento en mi alma; y, alegre, partiré de nuevo hacia el lago.

Las dudas del Bautista

Efectivamente, al despuntar la aurora se dirigió el Maestro a su centro de operaciones: el lago y las aldeas circundantes. Mientras caminaba, se encontró con dos discípulos de Juan, que lo buscaban desde hacía varios días para hacerle, de parte de Juan, esta pregunta: “¿Eres tú el que esperamos o debemos esperar a otro?” Los Evangelios nos entregan aquí el capítulo final —y misterioso— de las relaciones entre ambos profetas.

En las mazmorras de la fortaleza Maqueronte, el profeta del desierto se consumía de impaciencia. En la pantalla de su mente llevaba grabados a fuego el sentido y destino de su vida: preceder al Libertador, señalarlo con el dedo, prepararle el camino y retirarse. Este destino había sido la columna de fuego clavada en el vértice de sus días, a la que había subordinado, como prioridad absoluta y única, sus esfuerzos y desvelos; en suma, había sido la pasión de su vida, la razón de su existir.

No se le escapaba a Juan que un tirano sin escrúpulos podía tronchar su vida en cualquier momento, de manera brutal y arbitraria, dejando inconclusa su tarea y abortado su destino. Esta eventualidad lo colmaba de angustia, y, día a día, la serpiente de la ansiedad se enroscaba a su cuello y lo asfixiaba. Antes de morir deseaba coronar su obra proclamando públicamente ante todo el pueblo, como en una investidura solemne, al Esperado; y después retirarse, satisfecho de haber dado cabal cumplimiento a la voluntad de Dios. Mientras no culminara esa tarea vivía en ascuas, en permanente y tensa expectación.

Estaba informado de que Jesús de Nazaret arrastraba a las multitudes y realizaba obras que estaban marcadas por el dedo de Dios. Le habían informado también de que al ejecutar esas hazañas prodigiosas, en lugar de elevarse sobre el estrado de sus propias obras para auto-proclamarse como el Mesías de Dios, Jesús reaccionaba

a la inversa, reprimiendo el entusiasmo del pueblo, prohibiendo la divulgación de las noticias y obligando a todos al más severo silencio.

Ante estas noticias, el Bautista iba entrando en el círculo de la duda y de la confusión, y tomó la resolución de enviar a dos de sus más competentes discípulos para someter a Jesús a un interrogatorio que contenía una sola pregunta, la misma que la comisión investigadora de Jerusalén le había formulado a él un año atrás: “¿Eres tú el que esperamos o debemos esperar a otro?”

Detrás de estos hechos palpitan, latentes, una serie de incertidumbres y preguntas: ¿Qué había sido de la teofanía del Jordán, que, al parecer, fue la señal de lo alto dada también para Juan? Por aquellos días, el Bautista tenía la certeza, manifestada y proclamada en varias oportunidades, de que el Esperado era Jesús. ¿Cómo nació, y de dónde le venía ahora esta duda? ¿También Juan compartiría, al menos parcialmente, la concepción gloriosa y triunfal del mesianismo, que era la versión popular y oficial de Israel? ¿Tendría razón Flavio Josefo cuando nos informa que Juan fue arrestado y ejecutado porque las autoridades, en particular Herodes Antipas, vieron, en torno a su persona y actuación, un peligro inminente de efervescencia insurreccional y revolucionaria? “El que ha de venir” era una referencia explícitamente inequívoca al Mesías, y esta palabra (Mesías) significaba (¿también para Juan?) un conductor político-religioso. ¿No estaría aquí, en esta desinteligencia, o mejor, en esta divergencia de concepciones la razón de la “ruptura” de ambos profetas y de la pregunta inquisitiva de los dos discípulos?

Si estos interrogantes tienen alguna verosimilitud, la pregunta formulada por los dos discípulos de Juan constituiría una larvada provocación, una nueva y velada “tentación”, similar a la del desierto; y la respuesta de Jesús sería una nueva afirmación, confirmación y opción por el Mesías de los pobres.

Jesús no dio una respuesta explícita, ni positiva ni negativa, como lo deseaba Juan (Lc 7,21-23). Tenemos la impresión de que Jesús tuviera terror hasta de la palabra

Mesías. Sabía la carga de dinamita que encerraba esa palabra, y, por otra parte, el mesianismo político fue la *tentación particular* de su vida, como dijimos.

Así pues, dejó que respondieran por él sus obras: y otra vez, por enésima vez, optó por el Mesías de los pobres, ciegos, inválidos y pecadores, tal como el Padre se lo había manifestado en el Jordán; y haciendo referencia al espectáculo que cualquiera podía observar a diario, respondió a los dos discípulos: regresen a Maqueronte y notifiquen a Juan cuanto han visto y oído: los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios y los pobres son atendidos preferentemente.

No les dijo más, pero la conclusión era obvia: si los pobres son atendidos preferentemente es señal de que el Mesías ha llegado ya, pues Isaías predijo que en los tiempos mesiánicos los ciegos verían, los sordos oírían y a los pobres se le anunciarían las buenas noticias (Is 61,1). La respuesta estaba implícita, pero era evidente: si Jesús, con sus obras, confirmaba las promesas mesiánicas, esas obras hablaban por sí mismas y proclamaban a Jesús como el Mesías de los pobres.

La respuesta fue transmitida al Bautista, pero no sabemos si ella le satisfizo o no. Probablemente, el profeta del desierto hubiera preferido una respuesta más directa y categórica. Digamos de paso que, en el trasfondo del escenario, parecería percibirse una cierta reticencia de los discípulos de Juan respecto de Jesús, sin que logremos adivinar si se trataba de una velada suspicacia por su estilo de vida e ideas o de ciertos brotes de rivalidad y celos por los éxitos de Jesús.

Un día, estos discípulos de Juan se unieron a un grupo de fariseos para aproximarse a Jesús y cuestionarlo con una objeción: —¿Cómo es que los discípulos de Juan y los fariseos ayunan rigurosamente, y, en cambio, en tu discipulado se come y se bebe despreocupadamente? Jesús les contestó: —¿Os parece bonito, será posible que los amigos del esposo estén tristes y abatidos mientras el esposo está con ellos? No estamos en la hora del velorio, sino de la boda. Con mi venida se inaugura la fiesta, la era de la alegría. Ya llegará la hora en que les será arre-

batado el esposo, y sonará la señal de la orfandad, el luto, la soledad y el ayuno.

Una vez que se ausentaron los dos emisarios, Jesús hizo un altísimo elogio de Juan. Dijo: —Cuando pisaron las arenas del desierto, ¿qué buscaban? ¿Una caña cimbreándose al viento? ¿Un profeta? Yo les aseguro: mucho más que un profeta. Les digo más: entre los nacidos de mujer nadie tiene la estatura de Juan el Bautista. Lo que sucede es que, mientras los publicanos y pecadores corren alegremente y se agolpan a las puertas del Reino, los doctores y fariseos se quedan, empedernidos, fuera de las murallas, frustrando así el plan de Dios.

Y continuó: —¿Cómo os lo diré? ¿Con quién los compararé? Se parecen a los chiquillos que, sentados en la plaza, se gritan unos a otros: “La flauta tocamos y no bailaron; endechas cantamos y no lloraron”. Vino el Bautizador en áspero ayuno y abstinencia, y dicen: demonio tiene. Viene el Hijo del hombre comiendo y bebiendo en la alegría del banquete, y dicen: aquí tienen un glotón y borracho. Juan se viste de soledad y silencio, y los pecadores acuden a sus pies para derramar lágrimas y lavarse en el baño sagrado, pero los doctores permanecen fuera de las aguas. El Hijo del hombre abandona la soledad y se sienta a la mesa con los pecadores y los agasaja, y dicen: he aquí un amigo de publicanos y pecadores.

En verdad os digo —siguió diciendo Jesús—, he venido para inaugurar, no el juicio sobre el mundo, sino la salvación por medio de la palabra y de la acción. Las promesas las voy transformando, mediante signos de liberación y de alegría, en realidades doradas como las manzanas de otoño. He destronado a Satanás, y su trono lo ocupa ahora mi Padre. Dios se acerca para atender y salvar a los carentes de derechos y a los arrinconados contra la pared, para convivir con los pecadores, sentándose con ellos a la mesa y participando en sus fiestas y banquetes, aunque asome el escándalo al rostro de la gente formal. Buscaré ansiosamente a los enfermos, endemoniados, leprosos y a todos los que fueron arrojados fuera de las puertas. Misericordia quiero. Ha llegado el Reino.

Amó mucho porque se le perdonó mucho

Caminaba un día Jesús hacia Kafarnaún rodeado, como de costumbre, por un grupo de personas, no pocos de ellos maltratados por la vida. Al entrar en la aldea se le acercó ceremoniosamente un renombrado fariseo invitándolo a comer en su casa.

Por lo que luego sucedería, cabe suponer que Jesús no era el único invitado ni el más importante, y que se trataba no tanto de una invitación deferente como de una convocatoria para poder observar y examinar al famoso profeta, ya que Simón, que éste era el nombre del fariseo, no cumplió con él los habituales protocolos que se realizaban con convidados importantes, como el lavado de los pies y otros ritos. Entró, pues, el Maestro en la casa del fariseo y se sentó a la mesa.

Había en la aldea “una mujer que era pecadora pública” (Lc 7,27) y que había asistido, sin duda, a aquellas predicaciones al aire libre en que Jesús recorrió las cortinas del Reino. Aquella mujer había escuchado de los labios de Jesús mensajes de fronteras abiertas, voces que venían desde más allá del tiempo, todo expresado con palabras simples y alegorías populares. Aquella mujer lo había visto inclinarse para soplar el rescoldo hasta que de allí brotara una llama viva. Lo había visto tomar amorosamente entre sus manos una caña cascada por los pies de los transeúntes y, tratándola con infinita delicadez, transformarla en una caña consistente. Lo había visto cargar en sus hombros a la oveja perdida y herida, y abrazar al hijo pródigo a su regreso a la casa paterna.

¿Se conocían, se habían tratado anteriormente aquella mujer y Jesús? Hay que suponer que sí. Aquella mujer había surcado mares y explorado ríos; había sido arrastrada por las olas, que, finalmente, la habían arrojado a la costa como un desperdicio. Habían caído sobre ella los rayos del desprecio y la condenación, y puñales cruzados le había cerrado el paso una y otra vez a la misericordia.

Sólo Jesús le había abierto las puertas del perdón y del amor; y no a la manera del Bautista, que exigía penitencia antes del perdón, sino gratuitamente, incondicio-

nalmente. Ella había sido una nave sin mástil ni timón a merced de las olas, y Jesús le proporcionó un velamen y una brújula. Y así, paso a paso, aquella mujer comenzó a recorrer las sendas de la rectitud, y llegó a amar de tal manera que le parecía despertar cada mañana en la aurora de un mundo distante y distinto.

* * *

El banquete estaba en su mejor momento cuando, sorpresivamente y mezclada entre los sirvientes, entró también en la sala aquella mujer y, sin dirigir la palabra a nadie, se encaminó derechamente al diván de Jesús. Y allí tuvo lugar una escena que dejó en suspenso a todos los comensales. La mujer, ante la estupefacción de todos los presentes, se arrodilló a los pies de Jesús, rompió a llorar desconsoladamente y con sus lágrimas comenzó a bañar los pies de Jesús. Para que los pies del Maestro no quedaran húmedos, y como todo había sido improvisado y ella no disponía de un lienzo para enjugárselos, se le ocurrió en el acto la idea dramática y sublime de soltar las trenzas de sus abundantes y pecadores cabellos y frotar con ellos los pies de Jesús hasta que estuvieron completamente secos, mientras no se cansaba de besarlos una y otra vez. Durante el tiempo que duró esta tensa y emocionada escena, la mujer no profirió ni una sola palabra, lo que agregaba un aire dramático al episodio. Pero no se conformó con eso, sino que, quebrando un frasco de alabastro que contenía exquisitos perfumes, ungió con ellos la cabeza y los pies del Maestro.

Mientras se desarrollaba esta escena, tan extraña y sobrecogedora, Jesús no exteriorizó ningún signo de extrañeza, desaprobación o molestia; ni pronunció palabra alguna. Se mantuvo enteramente tranquilo, revestido de una gran naturalidad. También los circunstantes se mantuvieron expectantes y mudos.

Sólo al final se oyó la voz del anfitrión desaprobando la actitud de la mujer con un comentario en voz baja y en tono menor, que sonaba de esta manera: La mirada del profeta taladra los muros y distingue lo que hay de-

trás de ellos; si este hombre fuera profeta sabría qué hay en el interior de esta mujer: sólo prevaricación y pecado.

La tristeza envolvió, como una niebla, el alma de Jesús, no porque le afectara el comentario de Simón en lo que a él se refería, sino por el desprecio de la mujer. Y, mirando a los comensales, habló con un acento dolorido: —Simón, miras a esta mujer y no ves la rosa que hay en ella, sino las espinas; yo, en cambio, veo la rosa y no las espinas; y ahí está la diferencia. Han escanciado en su garganta un vino embravecido de condenación; yo, en cambio, le he enseñado a extraer un vino dulce de las uvas ácidas. Con amenazas y anatemas han transformado sus campiñas en eriazos; yo, en cambio, he regado sus desiertos con el agua de la misericordia, y estallaron por doquier las primaveras. Vosotros la desechasteis como objeto de desprecio, y ella reaccionó con el endurecimiento y la impenitencia; yo, en cambio, la he acogido y amado, y ella respondió con amor. ¡Ay de aquellos que se creen puros, y reparten etiquetas y descalificaciones a diestra y siniestra; en verdad os digo que son como las piedras del río, que están rodeadas de agua, pero el agua nunca logró penetrar en su interior!

Simón —continuó Jesús—, mira a esta mujer. Hoy es una hija predilecta de Dios: si muestra tanto amor es porque se le han perdonado sus muchos pecados. Y porque ella experimentó el amor, respondió amando de una manera tan exquisitamente femenina: con lágrimas, cabellos y perfumes. Al entrar yo aquí no hubo ninguna demostración de aprecio, ni agua para lavar mis pies, ni ósculos, ni unción, ni perfumes. Ella, en cambio, no ha cesado de agasajarme con manifestaciones de efecto. Se le amó mucho porque se le perdonó mucho —porque no existe modo más sublime de amor que el perdón—; y por eso, ella se ha derramado en perfumes exquisitos de amor.

Hija —dijo Jesús, dirigiéndose a la mujer—, en verdad te digo que a los ojos de mi Padre eres como una virgen cantando entre la era y el lagar. Haya paz en tus fronteras y alegría entre tus muros, pues se te ha perdonado mucho, tanto cuanto has amado. Mi Padre te contempla

como una serena montaña asentada en la planicie: que nunca se ponga entre tus cumbres el sol del amor.

* * *

Acabado el banquete, Jesús se despidió de los demás convidados y salió de la casa de Simón. El grupo de seguidores, que lo esperó pacientemente, lo rodeó de nuevo y todos juntos reemprendieron el camino. Sensible como era, Jesús no estaba tranquilo, sino más bien dolorido. En ocasiones, él mismo se expresó con términos vehementes y hasta ásperos, pero nunca con menosprecio. Y el desprecio hacia los humildes, como en el caso de la mujer pecadora, le hacía daño, y una tristeza que no podía disimular se le derramaba por sus valles interiores, como si un ejército de hormigas se le hubiera derramado por su cuerpo causándole una molestia indefinible. Necesitaba desahogarse y liberarse de las hormigas.

Le causaban rechazo, casi náusea, “aquellos que se sentían justos y despreciaban a los demás” (Lc 18,9), justamente porque sabía lo que hay dentro del hombre: buena voluntad y mucha fragilidad. Necesitaba desahogarse. Se sentó, pues, al borde del camino, y en torno de él se acomodaron los humildes que le venían siguiendo. Les dijo:

—Nadie puede levantar su dedo índice delante de Dios, diciéndole: Señor, he jugado limpio; en el juego pusiste tus condiciones; las he cumplido, aquí están los testimonios que avalan mi lealtad. Ahora bien, al mérito corresponde el premio; vengo, pues, a reclamar la recompensa que en justicia me pertenece. Así piensan los fariseos. Hijos míos, ¡qué lejos de Dios están aquellos que se sienten seguros de Dios!

Un día —continuó diciendo— subió al templo un fariseo. Toda su vida se había considerado privilegiado miembro del *verdadero* Israel, poniendo estrictamente en práctica la ley escrita y las interpretaciones orales donde, suponía, estaba consignada la voluntad de Dios. Pero, más que preocuparse por la verdadera voluntad de Dios, daba a la observación literal de la ley una impor-

tancia casi exclusiva y vivía quisquillosamente preocupado por el cumplimiento puntual y formal de innumerables preceptos y prohibiciones, pensando que, obrando así, acumulaba tal altura de mérito que, de todas maneras, superarían el cúmulo de las pequeñas deficiencias. De aquí emanaba su seguridad.

Y así —continuó Jesús—, apoyado en sus méritos y seguro de sí mismo, el fariseo, luciendo sus flamantes filacterias, se plantó en el centro del templo con la cabeza erguida y los ojos en alto. Parecía una montaña altiva en medio del valle. Comenzó a orar de esta manera: Señor, gracias te doy porque no soy como los demás hombres, que son pillos, granujas, embusteros, maleantes, impostores y vagabundos: su rostro está hundido en la tiniebla y sus ojos están poblados de noche; todos ellos son hienas, chacales y lobos. Yo, en cambio, ayuno y doy cabal cumplimiento a toda la ley. Y así, en virtud de mis méritos y, por consiguiente, de mis derechos, ante ti he obtenido tu beneplácido y mi propia salvación. Por todo lo cual, te doy gracias.

Jesús estaba tocando una de las ideas más originales y predilectas de su corazón: la absoluta gratuidad del Reino y de la Salvación, auténtica novedad dentro de la teología de Israel: nada se merece, nada se conquista, todo se recibe. Al explicarla, la emoción le dominaba.

Al mismo tiempo —continuó—, se presentó también en el templo un recaudador de impuestos, un pecador, que, con los ojos en el suelo, se refugió, avergonzado, en la penumbra de la última columna del templo. Y decía: Señor, ten misericordia de mí, que soy un pecador. El gran silencio me envuelve, me robaron el secreto de la alegría, he llegado a tu casa buscando asilo, porque los mastines me persiguen a muerte. No soy más que un espectro caminando en un mundo de fantasmas. No hay cuentas positivas en mi libro, no hay méritos en mi haber. Para poder levantar mis ojos ante ti tendría que restituir la vida a los que fueron segados por mi guadaña y devolver los doblones de oro que robé a mano armada. Mis abismos son como el mar y mis iniquidades tocan las nubes. En la inmensa oscuridad que me envuelve por

dentro y por fuera sólo alcanzo a distinguir una estrella: tu misericordia. Señor, Señor, ten misericordia de mí.

En el fondo de su ser, Jesús simpatizaba con aquel pobre publicano, y al describirlo, sus ojos se le humedecieron. Hizo una breve pausa, y, respirando fuerte, alzó la voz para preguntar a sus oyentes: —¿Quién de los dos se llevó las simpatías de Dios? —El publicano, respondieron todos a coro.

—En verdad os digo —concluyó Jesús—, Dios no concede su benevolencia a quien cree merecerla, sino al que se siente indigno de ella, con tal de que, a pesar de todo, siga confiando en su misericordia gratuita. Mi Padre no actúa según la justicia humana y las leyes de la proporcionalidad: a tanto trabajo, tanto salario; a tal mérito, tal premio. En verdad os digo que en el Reino de mi Padre nada se paga, porque nada se merece. Más aún, para desconcierto de nuestras pretensiones, a veces el Padre invierte escandalosamente las leyes de la proporción, y a los que menos merecen, según los cálculos de los fariseos, los coloca a la cabecera de la mesa en el banquete del Reino, haciendo que los últimos sean los primeros; y, en ocasiones, mi Padre es capaz de dar el mismo salario a los que trabajaron una hora que a los que aguantaron el calor y el peso del día, y nadie puede cuestionarlo por eso.

Los oyentes de Jesús comentaban gozosamente entre sí estas novedades; les resultaba divertido que ellos, tan insignificantes y despreciados, pudieran preceder a los fariseos en el Reino anunciado por Jesús.

* * *

En medio de aquel grupo tan abigarrado había también niños, tomados de la mano de sus madres; y éstas se empeñaban en acercar a sus pequeños a Jesús para que los tocara y bendijera.

Pero algunos se esforzaban por impedir este acercamiento, para permitir a Jesús que continuara con su predicación y a los oyentes seguir escuchándolo.

Jesús les dijo: —No pongáis barreras a los niños. No

hay en medio de los cerros corrientes de agua más transparentes que los ojos de un niño. ¿Habéis visto alguna vez que una persona de edad avanzada regrese a los cinco años? Nunca, ¿verdad? Pues os aseguro que esta regresión es imprescindible para ingresar en el Reino. En verdad os digo que si no os hacéis insignificantes como un niño de ojos limpios no veréis las maravillas del Reino. Los sabios y doctores nada saben: ellos no pueden recibir el Reino porque son incapaces de hacer un lugar para la palabra; y es que su alma está repleta hasta el borde de preconceptos y sueños de grandeza.

Sólo un niño de tres años —concluyó— puede ver al Padre alimentando todos los días a los gorriones del patio o vistiendo todas las mañanas a las margaritas del campo.

Discipulado

Remontémonos a los breves y escasos días en que Jesús integró el discipulado del Bautista. Por aquellos días, una vez que Jesús fue declarado como el Enviado, varios discípulos de Juan, concretamente cinco, se adhirieron fervorosamente a Jesús para iniciar la formación del nuevo discipulado. Ésta es una noticia exclusiva del cuarto Evangelio.

Hemos visto también que, probablemente, la idea misma del discipulado la tomó Jesús del programa del Precursor. En efecto, Jesús observó personalmente que en torno a Juan hervían grandes masas, pero que algunos se le adhirieron con un compromiso de vida más estable y estructurado.

No se le escapaba a Jesús que también los profetas como Elías y Jeremías habían tenido discípulos; incluso en torno a Isaías se había formado un discipulado. Otra cosa era, sin embargo, el caso presente, en que los discípulos prolongarían, como multiplicadores, el mensaje y la obra de Juan. Siguiendo estas etapas evolutivas y culminándolas, Jesús avanzaría más audazmente todavía, hasta exigir a sus discípulos el desarraigo total de sus

familias, de manera que pudieran disponer de una libertad omnímoda para recorrer el mundo implantando la obra del Maestro. A pesar de contar Jesús desde el primer momento con cinco adherentes, si bien muy novatos aún, sin embargo, los primeros pasos de su aventura apostólica los dio solitariamente, sin la compañía de sus discípulos, salvo en contadas ocasiones.

En la época en que nos hallamos, aproximadamente en el segundo semestre del primer año, el Padre colocó sobre los horizontes del Hijo unas señales rojas, que le hicieron a éste acelerar la elección, formación y entrenamiento de sus discípulos. Las señales de alarma fueron las siguientes: en primer lugar, Jesús ya comenzaba a sentir en su garganta la presión del cerco inquisitorial que las autoridades comenzaban a tenderle y que presagiaba cualquier desenlace fatal.

En segundo lugar, se calcula que para este momento ya había tenido lugar la bárbara ejecución del Bautista. Era un aviso de la más alta urgencia: la vida y obra de Jesús corrían también peligro de muerte. No le importaba tanto su vida como su obra. Bien sabía Jesús dónde se levantaba el cadalso del profeta y cómo y cuándo podrían cortarle el hilo. Pero, aun así, los discípulos podrían salvarlo y perpetuar su obra. Lo importante era la obra. A partir de estas circunstancias, Jesús dio la máxima prioridad a la formación de su discipulado.

Habitualmente era muy compacto el tropel de gentes que rodeaba a Jesús, unos de manera permanente, otros esporádicamente. Hay que suponer que de entre este grupo de adictos, unos más que otros, se seleccionaron los discípulos. Pero la selección no se hizo de una vez, como quien señala con el dedo a algunas personas dentro de un gran conglomerado, sino que se fue realizando en numerosas oportunidades y diversas circunstancias, luego de que Jesús los fue conociendo de cerca, de haber convivido con ellos en un franco relacionamiento y después de haber medido el calado de su fidelidad, la fortaleza de sus convicciones, rasgos de personalidad y, sobre todo, la profundidad de su fe.

Lo cierto es que, en un momento determinado, Jesús

les formuló a cada uno de ellos, expresa y claramente, un llamamiento. Antes de esta llamada hubo una opción: entre la apretada multitud de sus seguidores, Jesús optó por unos pocos. No nos dan a entender los Evangelios qué criterios de selección siguió el Maestro, pero lo cierto es que hubo una llamada urgente, casi inapelable: fue una intervención personal de Jesús en sus vidas. Lo que, ante todo, personifica e individualiza, pues, al discípulo entre la informe muchedumbre de seguidores fue el llamamiento personal de Jesús.

De los discípulos, algunos fueron sorprendidos en su cotidianidad, inmersos y absorbidos en sus faenas comunes. No se habla de procesos evolutivos de su iniciación, de los posibles motivos de la llamada o del seguimiento, o de la estructura de personalidad de los elegidos. Les exigía dejarlo todo, renunciar a cuanto tenían, venderlo y distribuirlo entre los pobres; y esto no por consideraciones o exigencias ascéticas, sino por la independencia y autonomía que necesitaban, como requisito indispensable para estar disponibles para el servicio del Reino.

La formación de los discípulos se concretizó y se llevó a efecto durante los días apostólicos, mientras vagaban de un lado para otro, caminando juntos durante el día, durmiendo de noche bajo las estrellas, compartiendo el pan, la fatiga y las emergencias inherentes a la misión; en suma, el discipulado era un hogar itinerante, una familia en camino; ésta fue su escuela de formación.

En cuanto a la condición social o preparación cultural, pertenecían, en general, al grupo social que estaba por debajo de la clase media de pequeños propietarios —en el contexto del judaísmo de la época— y algo por encima de la clase de verdaderos pobres o menesterosos. Entre ellos había pescadores, artesanos, campesinos, publicanos, algún que otro activista político y, de todas formas, ningún elemento originario de las clases dirigentes.

Los Evangelios nos transmiten algunos rasgos aislados de carácter biográfico, ciertos toques esporádicos de los que podríamos deducir que la estatura humana de los elegidos no era muy esbelta en cuanto a cultura y

educación: no se entienden, discuten entre sí, buscan lugares honoríficos, todos abandonan a Jesús en el momento de la prueba; en suma, hombres comunes que fluctúan entre la fidelidad y la deserción, el entusiasmo y la mediocridad.

La mujer y el discipulado

De las indicaciones ocasionales de los Evangelios se deduce que, al lado del núcleo cualificado y representativo de “los Doce”, hubo otro círculo más amplio de “discípulos”, en el sentido amplio de la palabra, simpatizantes que se mantenían vinculados de una manera más o menos permanente al Maestro y le prestaban múltiples y variados servicios en relación con el Reino de Dios.

Por ejemplo, Lucas nos dice que, en una etapa de plena expansión apostólica, el Maestro designó a setenta y dos personas para que fueran delante de él a las ciudades que se proponía evangelizar, para que prepararan el camino, como precursores espirituales.

Entre estos “discípulos”, la tradición evangélica señala a un grupo de mujeres.

Lucas (8,1-3) nos entrega este notable texto: “A continuación iba (Jesús) por ciudades y pueblos proclamando y anunciando el Reino de Dios; le acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que le servían con sus bienes”. Como se ve, el texto evangélico constata de manera inequívoca que, junto a “los Doce”, y en un pie de igualdad en cuanto a compañía y servicio, le acompañaban “algunas mujeres”.

Mateo (27,55) nos entrega este otro testimonio explícito: “Había allí (en el Calvario) muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle”. Está claro: desde los días de Galilea, “muchas mujeres” habían estado junto a Jesús, acompañándolo con sus servicios, y, por si fuera poco, también

le habían acompañado (procedentes de Galilea) en los dramáticos días de Jerusalén, e inclusive —en una actitud de alta fidelidad— en la tragedia del Calvario, en circunstancias en que los apóstoles “todos, abandonándole, huyeron” (Mc 15,50; Mt 26,56).

En referencia a este texto, Marcos (15,40) nos entrega una ampliación mucho más explícita de esta noticia: “Había también unas mujeres mirando desde lejos..., que le seguían y le servían cuando estaba en Galilea, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén”. Otro tanto se nos dice en Hechos 1,14.

Son textos notables, explícitos, significativos; no hace falta manipularlos para forzar conclusiones, hablan por sí mismos: el Maestro no sólo estuvo rodeado de mujeres, sino que las incorporó al servicio del Evangelio, manteniendo ellas una fidelidad heroica hacia su Señor en el supremo derrumbamiento, justamente en el momento en que todos le abandonaron. Son textos, por lo demás, poco conocidos, en el sentido de que son escasamente citados en los manuales de estudio, en los documentos doctrinales o en la predicación. Habría que preguntarse por qué.

Esta presencia femenina, tan copiosa y constante, en torno al profeta de Nazaret es un hecho insólito en las costumbres de los profetas de Israel, sin paralelismos en los ambientes judaicos; y, por eso mismo, se trata de uno de los datos evangélicos que dan más originalidad a las opciones de Jesús, de donde emana su trascendencia.

Es imposible hacer una descripción siquiera sucinta de la situación social de la mujer en el contexto jurídico-cultural de aquel tiempo para, por contraste, resaltar la originalidad y novedad de Jesús en relación con la mujer. En aquel tiempo la mujer no participaba, en ningún sentido, en la actividad pública; era mal visto conversar en público con una mujer; por lo que se refiere a los derechos del hogar, al igual que en la legislación sobre herencias y compraventas, se la equiparaba con el niño; en el templo y en la sinagoga tenían reservado un lugar secundario. Religiosa y jurídicamente discriminada, la mujer era un ser marginado en el pleno sentido de la palabra.

Ahora bien, en este contexto, el Pobre de Nazaret se deja rodear permanentemente y acepta ser acompañado por un numeroso grupo de mujeres, incorporándolas como colaboradoras y servidoras en la batalla del espíritu. Este solo hecho encierra una gran trascendencia, le confiere a Jesús una extraordinaria originalidad.

Por otra parte, esta acogida de las mujeres en el grupo de los “discípulos” está resaltando de una manera notable el señorío de Dios, que irrumpe en la historia humana para asumir a uno de los grupos que, por aquel tiempo, eran considerados como “pequeños” e incluso despreciables, para conferirles dignidad, categoría y libertad.

Los dichosos

Durante una semana el Maestro fue recorriendo las ciudades y aldeas de Magdala, Betsaida, Corozáin y Gerasa, además de Kafarnaún. Como en un día de vendimia, Jesús había ido escanciando el mejor vino, y los pies de los habitantes de todas aquellas ciudades comenzaban a moverse rítmicamente como en una danza.

—No es todavía la hora de la danza —les dijo Jesús—. La próxima semana sonará la música en la colina más alta, redonda y verde, la que se levanta frente al lago, entre Magdala y Kafarnaún. Allá será la boda y la fiesta de los pobres de todos los tiempos. He venido a extenderos la invitación al banquete de bodas, y vosotros, a su vez, extendedla también a todos los presidiarios, calumniados, desprestigiados, desconsolados y hambrientos, así como a los tullidos, cojos, ciegos, sordos e inválidos; y decidles que ya llegó el día de la redención. Nos encontraremos en la orilla del lago, y desde allí ascenderemos a la colina en jubilosa romería. Entre tanto, seguiré siendo para vosotros como un lago entre montañas, y no dejaré de caminar día y noche por sus sendas.

En el día señalado, como atraídos por un imán, desde todas partes afluían las multitudes, unos arrastrándose, otros llevados a hombros, otros en camillas, algunos montados en jumentos... El corazón del Pobre palpitaba como

el corazón del mar. No era alegría. Era una nave arbolada, envuelta por la espuma del delirio, como si estuviera anclado en el mismísimo centro de la vida. ¿El día más feliz de su vida? Ésa era la sensación que dejaba traslucir. Sonreía dichoso a cada persona o grupo que llegaba.

Allí estaban, todavía con las marcas de los grilletes en sus pies y manos, los presidiarios que habían envejecido en las cárceles porque la prepotencia de los poderosos los había entregado a las cadenas. Allí estaban los recaudadores de impuestos, que se habían aprovechado de su cargo para esquilmar al pueblo. Allí estaban, todavía con las heridas abiertas, los que habían sido víctimas de la infamia de los miserables. Estaban también las mujeres de vida dudosa, los sordomudos y ciegos de nacimiento, los explotados por la codicia de los ricos, muchas madres con sus pequeños en los brazos, incontables enfermos, menesterosos, mendigos...

Jesús se encaramó a una roca. Los pobres no despe-gaban sus ojos de su blanca figura. Habían olvidado su hambre y la crueldad de la vida. El Pobre también los miraba con simpatía. Un anciano le gritó:

—Eres pobre como nosotros, Maestro; no esperamos que nos sacies con pan; buscamos otra cosa: líbranos de las cadenas que nos oprimen.

—Espero que no seáis vosotros —le contestó Jesús— como aquellos esclavos que se consideran libres porque sus grillos oxidados fueron reemplazados por otros más relucientes.

—Te hemos seguido hasta aquí —dijo otro— porque dices que ha llegado el día de la redención.

—Hoy —respondió Jesús— le recortaremos sus alas negras al Maligno y aserraremos el escabel a los poderosos que se creen que el sol sale sólo para ellos. Vosotros habéis espigado en sus rastrojos y vendimiado los racimos olvidados de sus viñas, pero puedo ver que las bolsas vuestras están vacías. Hoy las colmaremos, hoy se trocará la suerte de los hombres.

Y en ese momento el Pobre de Nazaret agitó sus brazos como dos potentes alas y gritó a la muchedumbre: —Hijos predilectos de Dios, en el nombre del Señor, ¡en

marcha! Y se encaminó monte arriba, seguido por una turba de menesterosos, alegres y bullangueros, como arrebatados por una onda salvaje de euforia en la mañana primaveral. ¡Qué espectáculo! Era como un ejército abigarrado y multicolor en el día de la victoria. Como el tornado, cuando asciende, arrollador, desde el mar.

Llegaron a la cumbre. Jesús subió a un altozano desde donde dominaba a toda la concurrencia. El pueblo de los olvidados fue acomodándose y tomando asiento, mientras contemplaban anhelantes al Pobre de Nazaret.

Jesús había ansiado este momento desde hacía largos años. Pero al contemplar ahora, con un solo golpe de vista, la miseria humana con sus mil rostros, se le congeló la inspiración. Había sufrido como sufren los elegidos para dar cima a la razón de su elección.

En pocos años había vivido mucho tiempo: era joven, pero su poder de captación era tal que sus archivos estaban repletos de recuerdos como los de un anciano. Pero ¿qué decirles? Como relámpagos cruzaban por su mente mil recuerdos con sus mil lecciones de vida: pastores, pescadores, labradores, artesanos y carpinteros; había visto a los humanos trabajar encorvados en el campo, en los viñedos, en el telar, en la cantera, en el aserradero. Estaba acostumbrado a escuchar el silencio, y en el silencio había oído los himnos de los siglos y las voces no pronunciadas todavía por lengua humana. Pero ¿qué palabras transmitir a esta muchedumbre hambrienta? Francamente, no sabía qué decirles: la emoción le cegaba todas las fuentes.

—Maestro, hemos subido a esta cumbre para escucharte —oyó que le decía una mujer con un bebé en sus brazos—. Abre tu boca, suelta tus manantiales y sacia nuestra sed.

—Quiero abrir manantiales de consolación —le respondió Jesús—, porque he visto manantiales de sangre. He visto la infamia devorando a la inocencia, he visto la calumnia desgarrando a la honradez, he visto cadenas oxidadas por el sudor humano, y caravanas detenidas, y camellos famélicos por el suelo. ¿Cómo podría consolar a los demás si mi alma está desconsolada?

—¡Jesús de Nazaret! —le gritó enérgicamente un hombre corpulento sentado a horcajadas sobre una gran piedra—, eres nuestra última esperanza. Sólo tú puedes consolar a los inconsolables; si tú nos fallas, ¿a quién acudirémos?

Estas palabras lo conmovieron a Jesús en sus más remotas profundidades: de un golpe se abrieron sus fuentes cegadas y se sintió repentinamente alegre, decidido, inspirado. Y abarcando a la muchedumbre con su mirada, comenzó a hablarles:

—No muy lejos de aquí —dijo— vivía en otro tiempo un rico hacendado que era dueño de una extensa región. El interior de su palacio estaba revestido de sándalo y otros materiales preciosos. Y sus vestiduras eran de púrpura y lino, recubiertas de amatistas. Nadie podría imaginar la opulencia de sus banquetes, a los que invitaba a reyes y magnates. Por los mismos días vivía un mendigo, lleno de andrajos, que andaba siempre merodeando por la mansión del rico, soñando en alimentarse con las migajas que caían de su mesa. Un día se atrevió a llamar tímidamente a su puerta. El pobre le dijo: Me muero de hambre, dame algo de comer, por amor de Dios. El rico, sin decir una palabra, soltó los mastines bravos, que estuvieron a punto de despedazar al pobre. Pero los perritos humildes de la aldea venían y lamían piadosamente sus llagas con su lengua. En cierta ocasión, mientras caminaba por el descampado, el pobre murió a consecuencia de las mordeduras de los feroces mastines. Vinieron las aves de carroña y lo devoraron. Pero al mismo tiempo bajó un resplandeciente ejército celestial, tomaron su alma entre alleluias y se la llevaron procesionalmente al seno de Abraham. Murió también el rico, y mientras se hacía un regio funeral a sus despojos, su alma fue sepultada en el infierno.

El rico Epulón, que éste era su nombre, hundido en los valles profundos de aquella mansión de horror, entre altísimas llamas de azufre, levantó los ojos, y a lo lejos vio a Abraham, y en su seno a Lázaro, así se llamaba el pobre, y le gritó: —Padre Abraham, ¡misericordia! Estas llamas me calcinan noche y día, por dentro y por fuera,

pero no me consumen. Envía, por favor, a Lázaro para que con la punta de su dedo mojada en agua refresque mi lengua. Respondió Abraham: —Se han trocado las suertes: en el mundo tú eras opulencia, y Lázaro miseria; ahora tú eres tormento, y Lázaro consolación; además de que entre tú y nosotros se abre un abismo infranqueable.

* * *

Jesús se detuvo un momento para respirar, pues él mismo estaba emocionado por la narración. Con inmensa simpatía reflejada en sus ojos, fue mirando detenidamente a cada uno de sus oyentes, y levantando sus brazos y su mirada hacia lo alto, exclamó:

—¡Bienaventurados todos los pobres del mundo, porque de vosotros es el Reino de Dios! Ya que vosotros carecéis de todo, Dios mismo será su *Todo*. Vosotros no tenéis libertad, porque estáis en la cárcel; estáis muertos de hambre y frío, a la intemperie, porque carecéis de pan y de techo; no tenéis prestigio, porque estáis difamados...; en suma, no tenéis nada, pero ¿tenéis a Dios? ¡Lo tenéis todo! ¡Bienaventurados!, porque quien a Dios tiene, nada le falta. Dios mismo será el huerto vuestro, el calor de fogón, la vestidura de su gloria, la ternura maternal, la fiesta perpetua. Seréis los verdaderos ricos en el Reino de mi Padre.

¡Bienaventurados vosotros, los pobres —continuó—, que abristeis las jaulas y liberasteis las fieras del corazón! En verdad os digo que la paz será una sombra azul que cubrirá vuestros sueños y vuestros desvelos, y nunca los lobos rondarán vuestra noche: os acostaréis sosegados, dormiréis sin sobresaltos, despertaréis venturosos. Seréis como los navegantes que cada día descubren un nuevo país. La vida vuestra no será una residencia distante de otra residencia, como sucede entre los ricos, porque vuestra propia pobreza os aproximará a otros pobres, y un arroyo de calor enlazará a todos los pobres del mundo.

¡Bienaventurados vosotros, los pobres —agregó Jesús—, porque en vuestra desnudez oiréis las divinas pa-

labras que la tierra susurra al espacio, y el murmullo de las ramas en la arboleda: es imposible escuchar la canción de la tierra en el rumor de los palacios. Mi Padre os enviará cada mañana a sus ángeles para escardar vuestro huerto de toda mala hierba de rencor o resentimiento, que os podría robar la única riqueza que vosotros poseéis: la paz. Os aseguro que en las puertas del paraíso he mandado poner un rótulo que dice: Los que pretendan entrar aquí dejen afuera sus riquezas, aquí sólo entran los que nada tienen. Por eso el funeral de un pobre es una fiesta de bodas entre los ángeles de mi Padre.

—Maestro, nuestro interés está a qué abajo —le interrumpió bruscamente la voz ronca de un hombre llamado Judas, apoyado en un añoso y retorcido olivo—. Nos interesa la tierra. ¿Qué nos dices de los ricos? Ellos banquetean, engordan con el sudor de los pobres, y cuando mueren los sepultan con honores. ¡Ése es el verdadero paraíso!

—¡Desdichados de vosotros, los ricos —respondió Jesús—, que os parecéis a los ceñudos ancianos que se pasan la vida mesándose la barba y pensando sólo en sí mismos! Os aseguro que en nada os diferenciáis vosotros de esos mulos que eternamente giran y giran en torno a la noria de sus tesoros. ¿Cabe mayor desgracia? Su cerebro es un puñado de barro y su corazón una onza de oro. Es inútil enfrentar a los vientos con la frente ceñida de laurel; rodarán las coronas y el viento pondrá al descubierto la desnudez de sus cabezas. No tendrán paz en su corazón mientras haya tesoros en sus cofres, porque donde está tu tesoro allá está tu corazón.

¡Desdichados de vosotros, los ricos —continuó—, que sois como los sordos que tan sólo oyen sus propias palabras, las voces del metal! Dios naufragará en el mar de sus riquezas, se fundirá con ellas, y, a final, sus riquezas serán para vosotros el único Dios. ¿Visteis alguna vez que un camello pase por el orificio de una aguja? Imposible, ¿verdad? Pues en verdad os digo, que es más difícil que un rico entre en el Reino de Dios. Las piedras con las que están construidas las casas de los ricos se desplomarán para aplastar a sus amos, y su vida será como el

crepitar de la llama que devora la hojarasca. Sus propias riquezas les cantarán la canción final, amarga y monótona, con voces cascadas y aflautadas. No importa cuánto tiempo resistan los tiranos; al final, todos caerán.

* * *

—Maestro —le dijo una mujer que estaba muy cerca de él, con un niño llorando en sus brazos—, este niño es un puro llanto día y noche; y yo, su madre, al verlo llorar así, no lo puedo remediar: soy también una fuente de lágrimas.

—Un día —respondió Jesús—, Dios, nuestro Padre, tomó en sus manos su propio corazón, extrajo la fibra más delicada y la injertó en el corazón de la madre, de todas las madres. Desde entonces, lo más parecido a Dios que existe en esta tierra son las madres. Su corazón tiene poderes casi divinos. Al dar la mano a una madre hemos tocado el corazón de la eternidad.

—Es inútil seguir hablando, Maestro—, dijo un anciano de barba blanca—. A veces pienso que las aguas del mar no son otra cosa que lágrimas acumuladas, y por eso son saladas. Tuve dos hijos y dos hijas. A una de ellas, la más bella, la guadaña la tronchó a sus quince años; a otro lo crucificaron en Séforis, en la revuelta de Judas, el Galileo. A otra le dieron el libelo de repudio, cosa que resultó peor castigo que la muerte. Yo soy viejo, y estoy casi ciego de tanto llorar: las esperanzas ruedan desangradas por los suelos, las ilusiones son flores pisoteadas, la serpiente de la infamia levanta por doquier su cabeza silbante... ¿Para qué vivir?

Jesús sintió que una aguda pena atravesaba, como una daga, lo más sensible de su corazón. Le pareció cruel expresar con palabras lo que tenía en su mente; pero, después de una larga pausa, tomando aliento, con los ojos humedecidos y levantando sus brazos en alto, dijo:

—¡Bienaventurados los que lloran, porque Dios, nuestro Padre, los pondrá sobre sus rodillas como a niños heridos y una por una les secará todas las lágrimas; y no habrá madre en el mundo capaz de acallar el llanto de su criatura con tanta ternura como lo hará nuestro Padre

con los hijos acongojados. Sé muy bien que las colinas de nuestro país están sumergidas en lagos de lágrimas, pero conozco otro país donde no se conocen las lágrimas ni el luto. Llegará el día en que el mar borraré las huellas del dolor, el viento evaporará las lágrimas, el amor y la muerte se darán el abrazo y una dulcísima consolación arrasará con vehemencia los valles y las hondonadas, y sobre los espacios infinitos no quedará otra cosa que un eterno reír. ¡Bienaventurados!

—Tuve seis hijos, Maestro —dijo una mujer avejentada y surcada de arrugas—. En los años de la gran sequía, todos ellos fueron consumiéndose como raquíticos tallos, y en diferentes lunas se fueron apagando de hambre uno tras otro en mis propios brazos. Hay en este mundo muchas escenas tristes, pero ninguna como la de una madre que ve morir de hambre en sus brazos a sus pequeños. Y rompí a llorar.

—Aunque parezca cruel —dijo Jesús—, ¡bienaventurados los que pasan hambre y sed aquí abajo, porque ni la mente puede imaginar ni la lengua expresar los festines que les aguardan! Ningún hambriento quedará insatisfecho. Un sueño enarboló nuestras vidas y un sueño enarbolará el festín de la saciedad eterna. Os espero a todos bajo el dintel de la casa de mi Padre con la mesa preparada y adornada con flores de manzano; os reconoceré, y de nuevo nos daremos la mano, y nos sentaremos, y el festín no tendrá término; y, por fin, sabréis dónde está el secreto de la alegría.

—¿Y los satisfechos, y los sibaritas, y los vividores, y los que ríen, y los que banquetean? —rugió de nuevo la voz ronca de Judas.

—Para ellos —respondió Jesús— reservaremos los restos de la vendimia, las espigas de los rastrojos y las migajas que caen de la mesa de los pobres.

* * *

El Maestro calló. Con una mirada mezclada de ternura y simpatía fue observando lentamente, uno por uno, a todos los participantes de aquella singular concurrencia. Rebosantes de dicha, una dicha que se reflejaba en sus

ojos, los menesterosos permanecieron inmóviles con la mirada fija en la blanca figura de Jesús.

—Eres ciego o eres niño, Maestro de Nazaret —irrumpió nuevamente Judas—; en cualquier caso, no ves nada. Cuando cruzas el lago o recorres Galilea, ¿no ves a tu lado embusteros y ladrones? ¿Crees que estos andrajosos que te miran embobados son unos corderitos? También ellos asesinan, roban, adulteran, maldicen.

—Recibieron piedras frías —respondió Jesús—, y ¿qué otra cosa pueden hacer sino disparar con piedras frías? Si la vida los hubiera acogido en el hueco caliente de la mano, estos harapientos que ves a mis pies serían hoy bienhechoras caravanas repartiendo regalos por el mundo. Se entrega lo que se recibe. Bienaventurados los que son tratados con misericordia, porque irradiarán misericordia por los valles. Si amasan el pan con frialdad hornearán un pan amargo.

—Todas las luchas del hombre son parodia, Maestro —dijo un anciano—; eso me enseñó la vida.

—¡Bienaventurados los que van al río —respondió Jesús— y allí recogen piedras puntiagudas y redondas, y luego las colocan una sobre otra en el muro de la construcción. En verdad os digo que la paz es una edificación levantada piedra sobre piedra. Quien traiga una piedra para este edificio recibirá una bienaventuranza. Sobre el frontis de la entrada principal del edificio, mi Padre colocará un título nobiliario dedicado a todos los constructores: *Hijos de Dios*.

—Por la ruta en llamas que he recorrido hasta hoy, Maestro de Nazaret —insistió Judas—, he visto a los humildes levantar torres contra los que pretenden edificar sobre nuestros huesos, he visto romper lanzas a favor de los humillados, levantar la voz en el nombre de los silenciados, fundir los metales de los aherrojados... ¿Qué lugar reservas, Jesús de Nazaret, a esas legiones que libran la batalla por la justicia?

—Cada lanza rota a favor de los humillados —respondió Jesús— se convertirá en un cetro de gloria. Con las lágrimas y la gratitud de los maltratados se entretejerá una diadema con la que se ceñirá la sien de los luchado-

res. ¡Bienaventurados los que son perseguidos por la justicia, porque ésa es la ruta recorrida por los profetas y enviados de Dios! Al caer la tarde me sentaré bajo el arco de la eternidad, en el umbral mismo de la puerta, y les diré: Luchadores por los derechos de mis pobres, pasad y tomad asiento en la cabecera de la mesa, saciaros y brillad por siempre como manantiales de luz. Los explotadores, en cambio, serán como la espuma del mar, que ante el soplo del viento se desvanecerán como si nunca hubieran existido.

—¿Y qué bienaventuranza habrá para estos pequeños? —preguntó una madre joven, señalando a dos de sus hijos.

Jesús sintió, en este momento, una conmoción especial, respiró profundamente y con acentos de una particular inspiración dijo:

—Bienaventurados los que son transparentes como estos niños, porque ellos verán visiones mágicas. Verán cómo en un amanecer Dios se acerca a un almendro, lo toca con su dedo y el almendro revienta en una explosión de llamas rosadas. Ellos verán cómo Dios enciende todas las noches las estrellas y todas las mañanas la hoguera gigantesca del sol. Ellos verán sonreír a Dios en las flores, danzar con las olas, vestir las margaritas del campo, alimentar a los gorriones, velar el sueño de los niños, derramar aceite en las heridas. Ellos verán abrazarse la llama y la nieve, el mar y el viento, el crepúsculo y el amanecer. Ellos verán cómo Dios saca los ríos de los manantiales, riega los montes, reparte la comida al ganado, a las fieras del bosque y a los peces del mar, a cada uno a su tiempo... Bienaventurados los que son puros como un niño, porque ellos caminarán de prodigio en prodigio y verán a Dios en cada esquina.

* * *

La concurrencia estalló en una exclamación general de admiración, entre gritos de alleluias y hosannas. Aquella gente nunca se había sentido tan dichosa, tan exultante. Flautas y oboes resonaban en sus corazones, levantaban los brazos, se sonreían unos a otros, hacían comen-

tarios entre sí. Era como si acabaran de salir de un presidio, como si se les hubieran deshecho las cadenas de todas las esclavitudes. Jesús se sentía profundamente satisfecho. Siempre consideró que su misión en este mundo era comunicar las buenas noticias a los pobres y consolar a los inconsolables. Lo había logrado en este día y la dicha lo colmaba. Pero quería completar su mensaje, y agregó:

—Todos vosotros, los “cansados y agobiados” por los problemas y fracasos de la vida, que, además, tenéis que soportar el desprecio de los satisfechos, y que, por añadidura, os dicen que estáis excluidos de la salvación, venid a mí, porque yo he venido para vosotros; yo os invito al banquete del Reino, y no sólo os ofrezco el consuelo para después de la muerte, sino que ya desde ahora se inaugura el tiempo de salvación y tienen ya participación en el Reino de Dios. Ésta es la buena nueva.

Me sentaré a vuestra mesa —continuó— y, como comensal, os ofreceré la paz, la confianza, la fraternidad y el perdón. Y esta comunión de mesa significará comunión de vida, el Reino de Dios y su amor. Sí, me sentaré a vuestra mesa y estaré en medio de vosotros como anuncio y señal anticipada del banquete del Reino de mi Padre. ¡Ha llegado el Reino para los pobres!

A las ovejas perdidas las buscaré, a las heridas las curaré, a las hambrientas las llevaré a los pastos abundantes. Cuando el hijo ingrato y prófugo regrese a casa, no le pediré cuentas de sus pasos ni le daré cuarenta azotes, sino que me echaré a su cuello para abrazarlo y besarlo.

...Y la sala del banquete —concluyó— se llenó de hambrientos y vagabundos, menesterosos y pecadores, mientras los fariseos y los que se consideraban justos se quedaron fuera de la sala. ¡Ha llegado el Reino para los pobres, alleluia!

¡Alleluia!, respondió al unísono la gran concurrencia, poniéndose en pie y alzando los brazos. Después de la sesión de las curaciones, Jesús se mezcló entre aquel mundo de lisiados y menesterosos. Y fueron descendiendo lentamente del cerro, felices, mientras caía la tarde.

Capítulo 6

Confrontación

La revolución de la gratuidad

AQUÍ COMIENZA el descenso de Jesús. Como habitante de un país lejano se hizo presente en nuestra aldea. Breves fueron sus días, pero largas sus palabras. Ahora, paso a paso, comienza a descender por las aguas solitarias hasta el abismo final.

El anuncio de la buena nueva llenó de visiones el sueño de los pobres, pero, por esos misteriosos resortes del corazón humano, desencadenó también un estallido de indignación en los custodios de la sana doctrina, que constituían la autoridad central del Sanhedrín; y éstos sometieron al Pobre a un asedio pertinaz de espionaje y fiscalización, hasta hacerlo rodar por la pendiente de la muerte.

De entre los conductores religiosos, fueron los fariseos quienes con mayor ferocidad se opusieron a la novedad de Jesús y quienes dispararon contra él los más hirientes calificativos. Fueron también ellos los que acuñaron ciertos estribillos y los hicieron correr de boca en boca: “comilón y borracho”, “amigo de publicanos y pecadores”. Ellos fueron, en fin, los que en diversas oportunidades comentaban entre indignados y escandalizados: “Éste acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc 15,2).

“Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador” (Lc 19,7).

Desde su punto de vista, tenían motivos para indignarse, y no era para menos. Lo que Jesús enseñaba, de hecho, arruinaba las normas primarias de la religiosidad popular, de las que la primera pauta era el alejamiento escrupuloso de toda comunicación con los pecadores; porque, según los fariseos, cualquier trato con los impuros era un atentado contra la santidad, porque los convertía en impuros; fuera de que la santidad, en su raíz, incluía un sentido de reserva o separación del mundo.

Bien sabían las autoridades de Israel, como, por lo demás, se lo recordaba sin cesar el Toráh, que Dios es clemente y misericordioso. Pero esta benevolencia divina, según entendían ellos, estaba reservada para los justos. Si los pecadores querían hacerse merecedores de la liberalidad divina, debían antes dejar de ser pecadores. Sólo cuando abandonaran sus desvíos y emprendieran el camino de la rectitud, sólo entonces serían objeto de la benevolencia de Dios, porque la gracia es un regalo que sólo se da al justo.

En contraste con estos principios, el amor del Padre, según las novedades anunciadas por Jesús, se ofrecía sin previas condiciones, precisamente a los desviados y pecadores. Esta novedad, como es obvio, dejaba las cosas como si el comportamiento moral no importara gran cosa a los ojos de Dios; y esto, para ellos, era extremadamente grave.

En toda religión, máxime en la teología judaica, la conducta moral calificaba de tal manera la relación del hombre con Dios que invalidaba o convalidaba la autenticidad de esa relación. Al no ser así en la religión de Jesús, quedaban invalidados los cimientos de toda religión, y, por añadidura, la novedad de Jesús, que en nuestro lenguaje llamaríamos *gratuidad absoluta* de la iniciativa divina, atentaba, en cierta manera, contra la ética y la moral.

Los fariseos no advertían que, poniendo condiciones al amor de Dios (si queréis recibir la benevolencia divina, convertíos primero), de hecho estaban negando el amor

de Dios, porque el amor que se mueve por intereses o pone condiciones, por principio no es amor. El pensamiento de Jesús es diametralmente opuesto: si los pecadores comienzan por experimentar la misericordia de Dios mientras están alejados, pronto sentirán, como efecto de aquella experiencia, un fuerte deseo de volver a Dios. Pero el amor verdadero (de Dios) ni siquiera se propone, al amar, la mira lejana de la conversión. Dios ama porque Él “es” Amor. A esto lo llamamos *gratuidad*: no tiene objetivos o motivos, no pone condiciones, no busca interés o utilidad. Y esta gratuidad es la verdadera *vuelta completa* o revolución del Evangelio y, en su tiempo, fue el motivo central y profundo de las fricciones entre Jesús y las autoridades judaicas.

De esta novedad evangélica, expuesta con claridad e insistentemente en las parábolas, en el sentido de que Dios está interesado precisamente por los pecadores, y que éstos están tan cerca o más de Dios que los justos, de esta doctrina era inevitable que emergiera, como reacción, el escándalo, la indignación y la confrontación integral por parte de los custodios de la ortodoxia.

A los ojos de las autoridades religiosas judías, particularmente de los fariseos, Jesús aparecía —era de prever— como hereje, y en cierta manera como blasfemo y hasta como corruptor. Nada tiene, pues, de extraño el cerco inquisitorial que desde este momento van a tender al Pobre de Nazaret.

* * *

Jesús justificará su buena nueva con comparaciones humanas de sentido común, evidentes a primera vista. ¿Acaso la gente sana busca al médico? El médico existe, la razón de ser de su profesión es el enfermo; y, como es obvio, va en procura, no de los sanos, sino de los enfermos. El pastor no sufre ansiedad ni desvelo por las noventa y nueve ovejas que están en el aprisco bien seguras y resguardadas, sino por una sola que anda entre breñas y abismos; se desentiende del rebaño entero y se lanza en busca de la extraviada. No ha venido para prodigar

cuidados a los justos, que, por cierto, no los necesitan, sino a los pecadores.

No sólo eso: Jesús invoca y recuerda de una manera insistente, como si se tratara de la esencia misma de Dios, la bondad incondicional del Padre (Lc 15,19; 18,1-8; 8,9-14) por medio de comparaciones y alegorías. Mucho más, Jesús apoya y fundamenta su propia conducta en la "conducta" del Padre. La actuación de Jesús con los últimos y despreciados es una reiteración casi fotográfica de la "mentalidad" y comportamiento del Padre. ¿Resultado? Las atenciones y desvelos de Jesús por los alejados son un signo, una manera de anunciar, mediante los hechos, que Dios es amor; es decir, en los dichos y hechos de Jesús se actualiza el amor de Dios para con los necesitados. Jesús tiene, pues, suficientes motivos para presentarse ante el pueblo como representante de Dios.

Pero hay mucho más todavía: la motivación profunda del bloqueo inquisitorial con que van a cercar a Jesús desde este momento es su predilección por el pobre en el amplio sentido de la palabras: como la riqueza, en el contexto de la teología de Israel, era signo de la benevolencia divina, y la pobreza signo de reprobación, un hombre era pobre porque era pecador, así como, a la inversa, un hombre justo era rico; era rico porque era justo.

En este juego de conceptos y actitudes, Jesús estableció una revolución copernicana: un hombre, justamente por ser pobre (pecador...), tenía garantizada la predilección divina. Esto, naturalmente, debió sonar como un estampido en los oídos de los saduceos y altos jerarcas del Sanhedrín, que controlaban la riqueza de Israel. ¿Conclusión? En el fondo de la tremenda confrontación que vamos a presenciar, y en la que Jesús acabará siendo aniquilado, se agita la cuestión del *pobre* en el sentido amplio de esta palabra. En suma, Jesús fue eliminado por haber optado por el *pobre*.

Espías

Juan había desaparecido de una manera casi macabra. De esta manera, el Sanhedrín, sin apenas mover un

dado, se había desembarazado de un personaje molesto. Pero he aquí que ahora aparece otro sujeto tanto o más comprometedor que su precursor, que, por las noticias recibidas, asestaba golpes demoledores contra instituciones sacrosantas como el Templo, el Sábado, la Ley, y, peor que eso, no cesaba de soltar granizadas contra la esencia misma de la teología de Israel; y, por añadidura, ostentaba poderes taumatúrgicos excepcionales, e inmensas muchedumbres lo seguían ciegamente por todas partes.

Las altas autoridades de Jerusalén, profesionales en el arte de la conspiración, organizaron una red de espionaje en torno al nuevo rebelde. Para montar esta conspiración se apoyaron, en primer lugar, en los fariseos y escribas residentes en la misma Galilea, particularmente en las ciudades más populosas, como Tiberíades, Kafarnaún, Séforis. Estos grupos clericales fueron los primeros que, por instigación y encargo del Gran Sanhedrín, comenzaron a rondar en torno a Jesús, aproximadamente a mediados del segundo semestre del primer año. Más tarde, de la misma Capital bajarían *ex profeso* especialistas en materia de la Ley para someter a Jesús a interrogatorios más complicados y capciosos.

Así pues, los espías locales establecieron un correo diligente con el centro de comunicaciones de la Capital. Los pasos y andanzas de Jesús, lo que hacía y decía, las reacciones de las multitudes, todo se transmitía punto por punto y minuciosamente consignado al alto mando de los archivos de la Capital. Los espías se mezclaban entre las multitudes, al principio cautelosamente, por la popularidad de Jesús; fiscalizaban la doctrina y costumbres del nuevo profeta, y todo lo que, según su criterio, estuviera errado lo remitían al centro político-religioso de Jerusalén.

Eran profesionales en el arte de la polémica, sobre todo los inquisidores que bajaban de la Capital. Desde hacía siglos, la casta sacerdotal no había hecho otra cosa que buscar agujas en los pajares de leyes, prohibiciones y sutiles disquisiciones. Eran atletas extraordinarios en las lides dialécticas, artistas consumados en poner zan-

cadillas y colocar trampas; vivían obsesionados por la ortodoxia, por las herejías; en una palabra, eran expertos manipuladores de palabras, eternamente enzarzados en discusiones por sutilezas sin sentido.

Con esta clase de gentes tuvo que habérselas el Pobre de Nazaret. Por suerte, Jesús no sólo disponía de una privilegiada inteligencia, sino que poseía también una excepcional capacidad dialéctica, como lo demostró en estas lides. No entraba en su programa el capítulo de la controversia, pero los celosos guardianes de la doctrina lo arrastraron a ese eriazó estéril e inútil, y así, desgraciadamente, largos capítulos evangélicos están ocupados por una actividad tan poco evangélica como la controversia.

El poder y el Perdón

Por aquellos días, debido al asedio de las multitudes y un tanto entristecido también por el interés rastrero de las curaciones con que muchos lo buscaban, andaba Jesús ocultándose de la gente y buscando lugares solitarios para orar. “Pero él se retiraba a lugares solitarios, donde oraba” (Lc 5,15). “Se retiraba”: el tiempo verbal denota, gramaticalmente, hábito, costumbre: después de prodigarse hasta el límite en la atención a los necesitados, se despedía de la gente y buscaba lugares solitarios para pasar la noche en oración. Ésa era su costumbre por esa época.

Pero en aquella oportunidad Jesús arrastraba el peso y el calor de un día particularmente agotador y se sentía pesado como un saco de arena. Al caer de la tarde salió de la ciudad y se dirigió, escalando cerros, rumbo a Corozáin. La noche ya había borrado los perfiles de las cosas y cubierto la tierra; y, navegando por el firmamento, avanzaba la luna, a la que Jesús sentía casi como una presencia humana y sonriente. Se sentó y, apoyado en un viejo olivo, respiró profundamente el perfume del tomillo y la resina.

Luego comenzó a orar, diciendo lentamente: —Ado-

nai, mi Señor, las voces de la noche ascienden hasta mi corazón, pero la voz de mi corazón asciende hacia ti. Padre mío, esta noche me siento rendido como un humilde jumento. Mañana quiero regresar a la batalla del espíritu, erecto como una torre y sonriente como el alba. Envíame cada alborada un ángel piadoso para que arranque de mi corazón los cardos y las ortigas, por si durante la noche el enemigo los hubiera plantado. Padre Santo, estoy metido en el punto exacto donde se cruzan las corrientes; no sueltes tu mano de mi mano ni te olvides cada noche de cantarme la canción de cuna, y que nunca me falte tu mirada.

Al día siguiente, muy temprano, descendió de la montaña, descansado y feliz, hacia Kafarnaún, y se dirigió a casa de un amigo donde acostumbraba hospedarse y donde, salvo los sábados, acostumbraba también evangelizar. En esta oportunidad, además del grupo general que abarrotaba la casa, estaban también “sentados fariseos y doctores de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea, Judea y de Jerusalén” (Lc 5,17). ¡Nótese bien: fariseos y doctores venidos de Jerusalén!

Jesús les dijo: —La Ley y los Profetas culminaron en Juan; el Bautista es la coronación de la primera etapa; ahora comienza la era de la buena nueva. No es un paseo, es una marcha forzada en que todos en tropel sostienen una pugna ardorosa para alcanzar la puerta de entrada; pero, ¡cuidado!, no os equivoquéis de puerta: no es la puerta ancha —ésta conduce a la perdición—, sino la puerta estrecha.

Mientras así comenzaba el Maestro su discurso, unos hombres, portando a un paralítico en su camilla, trataban de abrirse paso, forcejeando, entre la apiñada multitud que se agolpaba a la entrada de la casa. Hubo protestas y codazos. Ante la imposibilidad de cumplir con su propósito, aquellos hombres no cejaron en su empeño, sino que, haciendo gala de su creatividad, apelaron a un expediente original: consiguieron una escalera, la apoyaron sobre la pared lateral de la casa y, no sin gran dificultad, subieron al paralítico en su yacija hasta el techo; y haciendo verdaderas piruetas y acrobacias descolgaron la

camilla del parálítico, sujeta con gruesas cuerdas, hasta depositarla delante de Jesús, ante la estupefacción de los presentes.

También Jesús quedó sorprendido, como los demás, en un primer momento; pero pronto la sorpresa se trocó en admiración, no exenta de emoción, al comprobar cómo la potencia de la fe es capaz de hacer saltar todos los obstáculos. Mirando al enfermo, que yacía en el piso de la habitación, le dijo afectuosamente: “Hombre, tus pecados te son perdonados”. Al parecer, fallaba aquí la lógica: el parálítico no se esperaba esta “salida” de Jesús ni le interesaba, buscaba su salud. Sin embargo, según la teología judaica, un mal grave como la lepra o la parálisis, eran fruto del pecado; al remover la causa, se diría que el efecto quedaba, sin más, removido. Había, pues, una lógica.

Apenas pronunciadas por Jesús las palabras del perdón de los pecados, los fariseos reaccionaron sobresaltados; y, rasgándose las vestiduras, comentaban entre sí con voz altanera, diciendo: —¡Blasfemia! “¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?” (Lc 5,21).

Este comentario le dolió en el alma a Jesús: ser tachado de blasfemo un profeta cuya vida no tenía otro sentido ni otra pasión que soltar al viento el nombre de Dios y sus intereses..., francamente era demasiado. Y levantando los ojos, los miró fijamente, y los enfrentó, diciéndoles: —Sólo los topos andan bajo la tierra. Los escombros cubren totalmente vuestros ojos y vuestros oídos; y, aunque dispongáis de todos los sentidos, nunca oiréis la canción del hortelano ni veréis los surcos del arado, porque vosotros sois como los ciegos y sordos que caminan entre enigmas. Respondedme, si sois capaces: ¿Qué es más fácil decir: tus pecados son perdonados, o decir: levántate y anda?

Un largo silencio fue la respuesta. En realidad, no había respuesta posible, porque si perdonar era privilegio exclusivo de Dios, igualmente lo era hacer andar a un parálítico. El Pobre de Nazaret tomó en sus manos la brasa ardiente de aquel desafío, y los fariseos optaron

por el silencio, temiendo que este hombre fuera capaz de transformar un tronco seco en una persona.

Y ante el pasmo universal y sin dejar de mirarlos a la cara, dijo: “Pues para que vean que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar pecados (dijo al parálítico): Yo te lo mando, toma tu camilla y vuelve a casa”. Y ante el asombro de todos, en el mismo instante el hombre se levantó, tomó la camilla a hombros y regresó a su casa. La gente, conmovida, sólo tenía un comentario: “Hemos visto cosas increíbles” (Lc 5,26).

¿Y los fariseos? Tenían motivos para caer rendidos ante la evidencia. Pero era inútil: eran como casas sin puertas ni ventanas: nadie podía entrar, nadie podía salir: corazones tapiados. Ellos hubieran preferido entrar en una sutil disquisición teológica; en todo caso, no le respondieron ni le dieron la razón. Al contrario, estaban felices, porque ahora ya tenían entre manos un chisme de grueso calibre para transmitirlo a sus colegas de Jerusalén: una blasfemia.

Las espigas de un trigal

Salió Jesús de la casa de su anfitrión rodeado de gente —y entre ellos, también sus inquisidores—, y al salir de la ciudad pasó frente a la mesa de un recaudador de impuestos, que recibía los diezmos y primicias y entregaba recibos. Era Leví, un hombre fogueado en medio de temporales de granizo, y por eso mismo impermeable a las piedras y a las flores. En efecto, como los publicanos eran blanco del desprecio popular, acababan adquiriendo una psicología particular, caracterizada por la insensibilidad y una especie de cinismo: nada les importaba.

El Maestro se detuvo delante de la mesa del publicano, lo miró, no sabemos con qué expresión, y le ordenó perentoriamente: “Sígueme”. Y “dejando todas las cosas se levantó y lo siguió” (Lc 5,28).

¿Cómo se explica esta instantánea reacción? ¿Que tenía el Maestro? ¿Un magnetismo, un no sé qué que seducía a primera vista de manera irresistible? ¿Se cono-

cían ambos de antemano? El publicano, perdido en el grupo de los despreciados y rechazados, ¿habría oído a Jesús explicar las parábolas de la oveja perdida, del hijo pródigo, el programa de las bienaventuranzas, y habría quedado conmovido, convertido? ¿Habrían tenido ambos de antemano un encuentro personal?

Sea como fuere, el seguimiento de Leví fue una resolución decisiva, y, como prueba de ello, organizó un banquete de despedida para sus amigos y colegas, al cual invitó también a Jesús y sus discípulos.

Con excepción de éstos, aquello parecía una congregación de pecadores, si nos atenemos a Lucas 5,29-32 y Marcos 2,15. No se hizo esperar la reacción de los fariseos: aquella fiesta les pareció una profanación, un banquete sacrilego, un festín blasfemo. Pero había algo peor: llegaron a la conclusión de que Jesús, además de blasfemo, era un corruptor, que estaba arrastrando a sus inocentes discípulos a reuniones impías; y dedujeron que este hombre, Jesús, era un elemento altamente peligroso para la seguridad nacional y para la sagrada religión de Israel.

Así pues, ya no era necesario esperar más tiempo para plantear una acusación formal en los tribunales para descalificarlo y condenarlo; había que proceder con rapidez y acabar con el foco de infección. En consecuencia, plantándose ostentosamente a la puerta de la casa donde se celebraba el banquete comenzaron a llamar aparte a los discípulos, advirtiéndoles: —¿Cómo os rebajáis a comer con los pecadores? ¿No sabéis que el que se mezcla con los impuros es impuro? Vuestro Maestro os está arrastrando a la perdición; despertad a tiempo.

Se trataba, pues, de un intento de provocar una deserción general en el grupo. Uno de los discípulos se acercó a Jesús, que ya había entrado, y le informó de lo que estaban diciendo y haciendo los fariseos a la entrada de la casa. Dolorido, una vez más, salió Jesús resueltamente a la puerta y les gritó:

—Misericordia quiero. Es una playa desolada vuestro corazón, sólo poblado de tradiciones rabínicas y juegos de palabras. Encerrados en el laberinto de vuestras for-

malidades, aventáis el espíritu como ceniza, y las ideas de vuestras cabezas no son sino espectros. El paraíso está detrás de vuestra puerta, pero habéis perdido la llave; y así, ni vosotros entráis en el Reino ni dejáis entrar a otros. Y la llave de la puerta se llama misericordia. Os parecéis vosotros a aquellos médicos que andan detrás de las personas sanas. ¿Qué necesidad de médico tienen los sanos? Sois vosotros como las lechuzas, que en pleno mediodía se sienten perdidas, incapaces de descubrir el misterio de la luz. No me preocupan los que caminan por los surcos de las formalidades, sino los que andan descarriados entre las breñas.

* * *

La mies había alcanzado la altura de un hombre. Las aguas de abril y el sol de mayo habían engordado las espigas, que amarilleaban al sol. Un día sábado caminaba Jesús con el grupo de sus discípulos junto a un trigal. Algunos de sus discípulos sintieron hambre y, acercándose al trigal, comenzaron a desgranar espigas y comían los granos de trigo. Al parecer, era algo que hacían de una manera un tanto subrepticia. Pero los fariseos, que estaban al acecho siempre, los sorprendieron *in fraganti*, y les faltó tiempo para ir con el cuento a Jesús: —Maestro, mira lo que están haciendo éstos: robando, y, además, en sábado.

—En cuanto a lo primero —respondió Jesús—, ¿os habéis olvidado de lo que hizo David cuando sintió hambre: cómo entró en la casa de Dios y comió tranquilamente los panes consagrados que sólo a los sacerdotes les era lícito comer? Nuestros padres supieron distinguir entre el espíritu y la forma, mientras que vosotros seguís confundiendo la corteza y el meollo; por eso seguís combatiendo la sabiduría de nuestros padres con los sofismas de sus academias rabínicas. Vosotros sois como aquellos que pretenden reconocer el sabor del vino por el color de la jarra, y sois incapaces de escuchar el canto del arroyo porque vuestros oídos están taponados por el parloteo de vuestras propias palabras.

Y en cuanto al sábado —concluyó—, os digo que si consiguierais empinaros un codo por encima de vuestros míopes preconceptos, veríais al Hijo del Hombre cabalgando a caballo del sábado como su dueño y señor absoluto.

No nos dicen los Evangelios cuál fue la reacción de los fariseos ante este feroz —a su entender— asalto al intocable y sacrosanto castillo del sábado, que valía tanto como reducirlo a escombros. Hubiésemos esperado de su parte una terrible explosión de ira, con un desgarramiento de vestidura. Pero nada de eso sucedió. En el fondo, no les interesaba aclarar, ni siquiera confrontar, ideas. Lo único que pretendían era arrinconar a Jesús contra las cuerdas y ponerlo en tal aprieto dialéctico que, en el apuro, él se viera obligado a contestar con despropósitos de tan grueso calibre —a su modo de entender— que pudieran transmitírseles puntualmente a los altos mandos de Jerusalén. Esto es lo que sucedió, y ellos estaban felices con los resultados.

* * *

Era otro sábado. Jesús, como de costumbre, se dirigió a la sinagoga de Kafarnaún. Pero lo que iba a suceder este día, en el contexto de Lucas (6,6-11) y Marcos (3,1-6), tenía las características propias de un complot. Había en la sinagoga un hombre que tenía un brazo paralizado. Marcos nos dice significativamente que los doctores y escribas “estaban al acecho a ver si lo curaba en sábado, para poder acusarlo”. Este texto está indicando, por un lado, la alta tensión de la escena y, por otro, que las hostilidades habían alcanzado alturas irreconciliables. Más aún, el contexto del episodio nos descubre dos nuevos aspectos: que el hombre del brazo tullido, con toda probabilidad, había sido llevado expresamente por ellos, como la pieza clave del complot; y que Jesús tenía conciencia clara de sus intenciones y de lo que se traían entre manos.

El amor y la misericordia estaban para Jesús por encima de todos los prenotandos y apriorismos. Por otra

parte, tenía la clara percepción —y no se equivocaba— de que en esta ocasión lo que pretendían sus enemigos era enredarlo en sus miserables juegos de sofismas, cuya clave era la letra que mata, y, por añadidura, disponer de un nuevo argumento para acusarlo. Percibía claramente que todo lo que él significaba (en una palabra, la misericordia del Padre) quedaba desventuradamente arruinado en nombre de la casuística.

Por todo lo cual, y sin poder evitarlo, sintió un profundo malestar y que un desconocido sentimiento de indignación se hacía presente en su alma; y, sin esperar a que ellos lo provocaran, él mismo tomó la iniciativa para descalificarlos; y en primer lugar se dirigió al enfermo, ordenándole: “Levántate y ponte aquí en medio”. El hombre se levantó y se puso en medio, entre Jesús y el público. Después, mirando fijamente a sus contradictores y desafiándolos, les preguntó: “¿Es lícito en sábado salvar una vida en vez de destruirla?”

Con esta pregunta, Jesús los metía en un callejón sin salida y quedaban atrapados, como conejos, en su propia trampa. En el fondo de la pregunta —Jesús y sus adversarios lo sabían— se encerraba el siguiente razonamiento: ¿Quién había instituido el sagrado precepto del sábado? Dios, evidentemente. Y esta otra pregunta: ¿Quién había establecido y, por consiguiente, quién era el dueño de las leyes del universo? Dios, sin duda, ¿Quién puede abolir una ley natural? Sólo Aquel que la dictó: Dios. ¿Conclusión? Si una ley natural es neutralizada en un momento dado, esa suspensión es obra exclusiva de Dios, y, por consiguiente, el que es dueño de las leyes naturales es también el dueño del sábado.

Esta lógica férrea sostiene el entramado de la contienda dialéctica entre Jesús y sus adversarios. Éstos, era obvio, no tenían en donde agarrarse, estaban perdidos, y no les quedaba otra salida que la evasión por el atajo del silencio.

“Pero ellos se callaron”.

Fue un silencio tenso, compacto, comprometedor. En medio de este silencio, tan breve y tan largo, una borrasca anegó el alma de Jesús. En su misericordia, literal-

mente infinita, se le derretían las entrañas tanto por un gusano como por una pecadora pública. Lo que le resultaba imposible de digerir era la autosuficiencia, la hipocresía y el orgullo de los que se decían representantes de Dios. En este instante, pues, sentimientos ignotos se desataron en su corazón como tempestad en alta mar. Y Marcos nos entrega este terrible versículo:

“Entonces, mirándolos con ira y dolorido por la dureza de su corazón...”

Expresión desusadamente fuerte. Arterias reventadas y válvulas rotas esparcidas por todas partes se podían advertir en las planicies de Jesús. Una bandada de cuervos levantó el vuelo graznando rabiosamente. Jesús fue, en ese momento, un valle incendiado en donde sólo quedaron, como residuos, piedras, rocas de sílice y zarzas. Fue la primera y única vez que el Evangelio divisa en los ojos de Jesús sentimientos de ira. ¡Cómo le dolían las maquinaciones orgullosas que pretendían neutralizar su programa de salvación!

“... Dijo al hombre: Extiende tu mano. Él la extendió, y quedó restablecida su mano. En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos en contra de él para tramar cómo eliminarlo” (Mc 3,6).

Es la primera vez que aparece explícitamente en el Evangelio la intención premeditada de asesinar a Jesús. Fue la lucha de la luz contra las sombras en el tenebroso desfiladero de la sierra. Fue la típica reacción de los miserables: al sentirse derrotados en el terreno de los hechos y de la dialéctica, en lugar de abrir los ojos y reconocer la verdad, intentar la eliminación física.

El odio ha desbordado los cauces. Nubes negras, preñadas de granizo, asoman a los horizontes. La descarga será cuestión de tiempo. La cruz está a la vista, los días de Jesús están contados.

Adúltera

Puede romperse la rueda del molino, pero la corriente de agua sigue su curso hacia el mar: había sido ruda la

batalla, pero el combate continuaba; los volcanes habían reventado, los ríos se habían desbordado; el Pobre estaba agitado, malherido: necesitaba sanación, consolación.

Como de costumbre, al anoecer salió Jesús de la ciudad y de nuevo tomó el rumbo de Corozáin. Fue ascendiendo por aquellas lomas que parecían sucederse unas a otras en forma escalonada, y con las primeras estrellas llegó a aquella altura desde la que, en noches de luna, se podía divisar el lago y la ciudad. Se sentó, apoyándose en un viejo olivo. Respiró largamente, se tranquilizó, pasó por su mente la película del día, un día particularmente perturbador, y oró.

—Padre —se desahogó—, cómo me gustaría escuchar en este momento una melodía de caramillo. Estoy tan dolorido... y hasta triste. Y me invade una sensación de miedo. Me enviaste a este mundo como joven primavera en marcha hacia nuevas fronteras, pero quieren cortarme el camino, y puedo terminar como una primavera abortada por el cierzo invernal. Tengo miedo, Padre, sé que las flores perecen, pero las semillas permanecen como el eterno secreto de la vida. Pero ignoro en dónde y cuándo acabará mi sendero. Si no cae al suelo una hoja de sicómoro sin tu voluntad, mis senderos están marcados en la palma de tu mano. En estas manos he depositado mis días y mis pasos; inclino mi cabeza sobre tu corazón. Dormiré en paz y lucharé con alegría hasta cuando Tú lo dispongas.

* * *

Admirablemente descansado y muy feliz, a la mañana siguiente descendió por la cadena de cerros y lomas y, ya avanzado el día, llegó a la pequeña ciudad. Allí le esperaba el grupo de los discípulos y rápidamente se congregaron en torno a él las gentes. Muy alegre e inspirado, comenzó a hablarles.

Apenas había pronunciado algunas palabras cuando la gente comenzó a agitarse. ¿Qué sucedía? Un grupo de escribas y fariseos, seguidos de numerosas personas, irrumpieron en la concurrencia, abriéndose paso a em-

pellones. Detrás de ellos venían dos o tres hombres arrastrando no se sabía qué. Pronto se pudo comprobar que lo que arrastraban era una mujer, que se resistía cuanto podía; y con un último empujón, aquellos hombres arrojaron violentamente a la mujer a los pies de Jesús, como si fuera un saco de arena.

Pero, en realidad, era mucho menos que eso, era un saco de escoria ultrajada. Hecha un ovillo en el suelo, curvada sobre sí misma, sollozante, escondía la cara entre sus manos... Jesús comprendió al instante de qué se trataba. Un diluvio hecho de misericordia, compasión, humanidad y ternura se apoderó de él en un momento, y lo anegó enteramente de los pies a la cabeza, y le dominó un ímpetu de gritar que apenas pudo contener: hasta las prostitutas os van a preceder a vosotros en el Reino de los cielos. Pero no era razonable proceder de esa manera, debía escuchar primero; y, no sin repugnancia, se dispuso a hacerlo.

—Maestro —le dijeron—, como sabes, Moisés dejó ordenado en la ley que toda mujer casada sorprendida en flagrante adulterio fuera llevada a la plaza pública y allí lapidada. Ahora bien, aquí tienes a una de éstas. Esta mujer, casada según nuestra ley, fue sorprendida en amores prohibidos. Moisés manda que sea lapidada. Tú, ¿qué mandas?

Es un ardid infalible, pensaban ellos, no tiene salida. Si dice que sea lapidada se hará impopular, por la crueldad de la sentencia. Si ordena lo contrario es un subversivo que pretende abolir la ley de Moisés.

Jesús guardó silencio. Negros corceles cabalgaron por su alma, arrastrando el carro de un drama, y en su pantalla divina hizo su aparición otro drama, el de la mujer. El Maestro levantó la voz y habló así:

—La verdad de esta mujer —dijo— no es la historia de un adulterio, sino la de un engaño. Un día sus manos atraparon un sueño, pero el sueño resultó una amarga sombra. Breves fueron sus risas, largo su llanto. Le prometieron flores, pero recibió guijarros. Le apagaron la lámpara, le quebraron el cántaro, hicieron de su telar un presidio y de su hogar una tumba fría. Todos

fueron con ella sordos y duros como huesos calcinados, y cayeron granizadas sobre la rosa de Sharon. Y la pobre hija de Dios fue rodando de barranco en barranco hasta una soledad poblada de ortigas. Desde el fondo del barranco la sacaron con nuevas promesas, que, a la postre, resultaron la peor de las trampas. Y aquí la tienen...

Hubo un largo silencio, en medio de una gran conmoción. Jesús levantó sus ojos y, mirando a los escribas y fariseos que habían acusado a la mujer, les dijo: —Y vosotros, oídme. Como en un paseo triunfal habéis arrastrado por la ciudad a esta mujer, recibiendo vosotros aplausos como campeones de la moral y custodios de la ley. Y así, sobre la dignidad ultrajada y la sangre derramada de esta pobre hija de Dios habéis erigido vuestras estatuas de hombres incorruptibles. En verdad, en verdad os digo que sobre los escombros de vuestras estatuas se levantará esta hija de Dios como una columna de luz en el día de mi Padre. Y todo será obra de la misericordia.

—¡Puras evasiones, Maestro; subterfugios infantiles! —le gritaron los fariseos—. Te hemos propuesto un caso concreto y grave de moral, y tú te escapas por los cerros. ¿La apedreamos o no?

El Pobre de Nazaret bajó sus ojos y calló; pero su silencio era un campo de batalla. Sintió ascender desde el fondo de sus entrañas un navío cargado de inspiración. Miró largamente a la mujer, que arreciaba en su llanto; miró también a los asistentes y, de una manera más insistente, a los doctores de la ley. Se concentró en su interioridad. E inclinándose lentamente hasta el suelo, con la punta de su dedo comenzó a trazar en el polvo del camino palabras y signos. La expectación era tensa, el silencio sobrecogedor, sólo perturbado por los sollozos de la mujer. Esta situación se prolongó por unos minutos, pero a los asistentes les pareció una eternidad.

¿Qué escribía o dibujaba Jesús sobre el polvo? Sin duda, las infamias de aquellos farsantes. Pero todo resultaba desconcertante en aquel singular momento: no se sabía exactamente si Jesús estaba haciendo tiempo, evadiéndose o tal vez poniendo al descubierto la conciencia

de los doctores. El hecho es que éstos se impacientaron y le interpellaron diciendo:

—Maestro, se dice que eres delicado hasta con las hormigas que se deslizan por el suelo. ¿Cómo es posible que a nosotros nos trates con tanto desprecio? ¡Respondenos! ¿Recogemos piedras para lapidar a esta mujer o la perdonamos?

Jesús continuaba trazando signos y símbolos en el suelo. Ante la renovada expectación de la concurrencia, de pronto se incorporó lentamente, y luego de recorrer con su mirada a toda la concurrencia, fijó sus ojos en los doctores de la ley, todavía sin decir una palabra. Después, levantando su brazo derecho y señalando un punto determinado con su dedo índice, les dijo: —Ahí tienen abundantes piedras. Aquel de vosotros que se sienta sin pecado, tome la primera piedra y arrójela contra esta mujer.

Y se inclinó de nuevo para continuar escribiendo en el polvo. El más anciano de los doctores, que tenía aspecto de comandar aquel complot, se dio media vuelta y, sin decir una palabra, se fue. Lo mismo hizo otro. Luego otro... y así se fueron todos, sin decir palabra.

Jesús se incorporó. Con simpatía reflejada en sus ojos, miró a la mujer; también ella levantó por primera vez los ojos y miró a Jesús, emocionada y agradecida. El Maestro le preguntó:

—Mujer, ¿dónde están los que te acusaban?

—Todos se fueron —respondió la mujer.

—De manera que ¿nadie te condenó? —preguntó Jesús.

—Nadie, Señor —contestó ella.

—Yo tampoco. Hija mía, vete en paz y no peques más. La justicia ha sido trascendida y sublimada por la misericordia. Habías caído en las emboscadas de los hombres porque no conocías el amor. Ahora que lo conoces, huye de los brazos de la muerte. Asómate a la aurora de nuevos mundos, y ya no habrá ardides con los que puedan atraparte los miserables. Siempre encontrarás asilo bajo mi sombra cuando la tentación quiera tenderte una trampa. Velaré sobre tus días para que tus nardos crezcan erectos frente a los embates de los espíritus oscuros; y

todas las mañanas convocaré a la primavera para despertar las mejores energías de tu corazón; y el mar y el viento harán de ti un navío veloz cargado de oro, plata, marfil y ébano, en busca de playas distantes y eternas. ¡Shalom!

Se estrecha el cerco

Dicen que el agua, cayendo gota a gota, acaba por horadar el granito. La historia ha demostrado que, en los gobiernos tiránicos, ciertas “verdades”, por muy inverosímiles que parezcan a primera vista, a fuerza de repetirlas a través de los medios de difusión se transforman en postulados nacionales.

Hay que suponer que ésta fue la táctica llevada a cabo por los doctores y fariseos, residentes en Galilea o procedentes de Judea: socavar el prestigio de Jesús por medio de una propaganda negativa, sistemática y obstinada.

A ellos, que gozaban de un indiscutible ascendiente y autoridad moral ante el pueblo —sobre todo los fariseos—, no les resultó difícil organizar una publicidad difamatoria, haciendo correr de aldea en aldea y de boca en boca ciertas frases y calificaciones que a nosotros nos resultan familiares: transgresor de la ley, blasfemo, corruptor, amigo de publicanos y pecadores. No hay pueblo que resista semejante asedio. No cabe duda de que una letanía de este talante era una artillería pesada para la gente sencilla, que recibe, sin capacidad crítica, cuanto le dicen sus venerables magistrados.

Naturalmente, una propaganda difamatoria de este estilo acaba por formar opinión pública; y era inevitable que el prestigio de Jesús rodara por los suelos, como así sucedió efectivamente. De hecho, vamos a constatar cómo desde ahora descende, y sensiblemente, la curva de su popularidad, y se da un fenómeno parecido a la *deserción de masas*: el pueblo se va alejando progresivamente hasta tal punto que Jesús no sabrá qué hacer o cómo continuar su misión.

* * *

El hecho sucedió en una de aquellas aldeas que el Evangelio no especifica. Coincidiendo con el día sábado, entró Jesús en una sinagoga. Allí estaban (¡cómo no!) los de siempre, alerta para sorprender a Jesús en algún delito contra la sana doctrina.

Una vez más, todo parecía estar preparado, y el ardid giraba en torno a la dichosa cuestión del sábado. Allí, ante sus ojos, tenía a un hombre con la mano paralizada. Esta vez fueron ellos los que tomaron la iniciativa, formulando al Maestro una pregunta explícita: ¿Es lícito curar en día sábado?

Jesús les respondió amablemente: —Supongamos que uno de vosotros tiene una sola oveja como única riqueza, y que ella cae en una hondonada serrana, ¿quién de vosotros será capaz de dejarla que se muera allí, en consideración de que es sábado? Todo lo contrario: con gran dificultad, y buscando la ayuda de otras personas si es necesario, desciende hasta el hoyo y rescata a la oveja con sumo cuidado por si estuviera fracturada. Ahora bien, si así se procede con una oveja, ¿qué no se hará con un hijo de Dios?

E inmediatamente dijo al enfermo: Extiende tu mano. Y el enfermo extendió su mano completamente restablecida. “Pero los fariseos salieron y se confabularon contra él para ver cómo eliminarlo” (Mt 12,14). ¡Otra vez! El cerco se estrechaba. La actitud general de los fariseos tiene todos los visos de una conspiración que se va fraguando paso a paso, pero aceleradamente; y su intención final es, sin duda, el asesinato o ajusticiamiento de Jesús.

* * *

Una de las escenas de más alta tensión que vivió Jesús en la confrontación con sus enemigos está ampliamente descrita en Lucas 11,14ss, Mateo 12,22ss, y Marcos 3,22ss.

Los escribas y doctores habían bajado de Jerusalén (Mc 3,22) para acecharlo cada vez más de cerca, y, al parecer, una vez más todo estaba preparado de antemano: le presentaron a un hombre poseído del demonio y

mudo. Ellos, inquisidores oficiales llegados *ad hoc* desde la Capital, estaban vigilantes y atentos a cada detalle. Jesús expulsó al demonio, y el mudo comenzó a hablar expeditamente.

Hubo dos reacciones: el pueblo, asombrado, se preguntaba: “¿No será éste el Hijo de David?” Los inquisidores, a su vez, dieron, seguros y fríos, su veredicto: es un ministro de Satanás, asociado a sus intereses, y actúa con el dedo de Beelzebul; y algo peor, está poseído del demonio (Mc 3,22; 3,30). Nuevo título para Jesús: ¡un endemoniado!; si Jesús manda a los demonios y éstos le obedecen, es por ser amigo del capitán general de la horda diabólica y actúa en su nombre.

Mayor ultraje no se le podía hacer. Aquello olía a ciudad incendiada. No obstante, colocado Jesús en la cima de la infamia, le nació una inesperada dulzura y se dispuso a responderles no con piedras quemantes, sino con mansedumbre y paciencia. Les explicó amablemente que el reino de Satanás era un reino jerárquico y cohesionado, y que si se dividía acabaría en la ruina. ¿Cómo podría yo expulsar a Satanás en nombre de Satanás? Si, pues, yo expulso a los demonios en nombre de Dios, es señal refulgente de que el Reino de Dios ha llegado ya.

Y a continuación, sin levantar la voz, Jesús extendió una gran sombra sobre las cabezas de todos ellos. Desde el fratricidio de Caín —les dijo— hasta que expire el último mortal, se dirán horrendas blasfemias, se cometerán crímenes repulsivos, sacrilegios, imposturas, infamias...; todo se perdonará sin dificultad. Pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará jamás, será reo de pecado eterno. ¡Ay de los que nunca dudan, ay de los que resisten a la luz de la evidencia, ay de los que no ven porque no quieren ver! Pueden hacer resonar tambores a sus puertas, todo es inútil, sus oídos están taponados. Sus ojos están llenos de niebla, y todo lo que ven es niebla. Jamás conocerán los secretos de la luz ni los misterios de la oscuridad, porque cierran obstinadamente sus ojos a la luz, y, en consecuencia, permanecerán en la noche perpetua.

* * *

¡Un endemoniado! Probablemente fue éste el dardo más venenoso que los doctores clavaron en el corazón del Maestro, en el que se abrió una herida ancha y profunda, acaso incurable, por la que a partir de ahora frecuentemente respirará Jesús, comenzando por los episodios siguientes. Tenemos la impresión de que las ilusiones y esperanzas de Jesús por la salvación del Israel jerárquico crujen en esta escena y se quiebran por la mitad. En adelante, todo será diferente.

Entre tantas diatribas como habría de lanzar Jesús, como verdadero profeta que era, contra los intelectuales de la religión, la invectiva más terrible, sombría y desesperanzada fue esta afirmación sobre el pecado contra el Espíritu Santo, que fue dirigida expresamente a los fariseos. Al parecer, Jesús llegó en este día a la convicción de que todo estaba irremediablemente perdido; como si la esperanza hubiera muerto. La obstinación, el orgullo y la contumacia de las autoridades religiosas de Israel, que le estaban arruinando su proyecto de salvación, lo hundieron en una decepción casi definitiva y lo hicieron adoptar un papel de profeta agresivo, para ver si por el temor reaccionaban.

Significativamente, esta larga disertación de Jesús sobre el reino de Satanás y el pecado contra el Espíritu Santo la concluye Marcos poniendo, por segunda vez, en boca de sus enemigos, como un estribillo: “Está endemoniado” (Mc 3,30), prueba de su obcecación.

* * *

Entre los doctores había algunos que no eran tan cerrados; incluso estaban dispuestos a reconocer en Jesús algún grado de profetismo o de misión divina, pero exigían pruebas. No se conformaban o no les satisfacían las actuaciones, aunque extraordinarias, operadas anteriormente por Jesús.

Querían un prodigio espectacular, incuestionable, a ser posible de carácter cósmico: que el sol danzara, que repentinamente atravesara el cielo un cometa de larguísima cola, que en un instante se oscureciera el cielo, o

cayera una copiosa nevada en pleno verano..., y todo esto sin preparación previa, en el momento en que ellos dieran la señal. ¡Éste sí que sería un signo que convencería absolutamente a todo el pueblo de Israel y le haría doblar las rodillas!

Cuando Jesús se enteró de esta pretensión de los intelectuales rabínicos, un viento de repugnancia cruzó de parte a parte su alma. Le pareció una pretensión abyecta, un intento de manipular de una manera rastrera e indigna la grandeza de Dios. Sintió asco y tristeza; y Marcos nos entrega este notable texto: “Jesús dio un profundo suspiro, y dijo: ¡Cómo!, esta clase de gente ¿busca una señal? Os aseguro que a esta clase de gente no les daré señal alguna. Los dejó. Se embarcó de nuevo y se fue a la orilla de enfrente” (Mc 8,12-13). La esperanza, estrangulada, ¿había sido ya sepultada? Al parecer, muchas cosas han cambiado, y se ha iniciado otra estrategia en el plan de salvación.

* * *

Aquel día Jesús distinguió entre sus oyentes a un numeroso grupo de doctores y sacerdotes; y, enseñando al pueblo, desplegó ante ellos una parábola que, en realidad, era una alegoría que se refería a la clase dirigente.

—Había una vez —les dijo— un acaudalado terrateniente que plantó en su propiedad una hermosa viña, la rodeó de una cerca de espinos, levantó una torre de defensa, entregó la viña al cuidado de unos labradores y se marchó a tierras lejanas. Al llegar la época de la vendimia, el hacendado envió a unos jornaleros para recoger la cosecha; pero los viñadores los capturaron y los mataron. De nuevo el terrateniente envió a otros servidores con la misma finalidad; pero los labradores, con azadas y piedras, los eliminaron. Finalmente, envió a su propio hijo, pensando: al menos a mi hijo lo respetarán. Pero sucedió lo contrario: al ver al hijo del dueño, hicieron el siguiente cálculo: éste es el heredero, acabemos con él y la viña será nuestra. Así que lo sacaron fuera de la viña, lo torturaron, lo destrozaron con sus instrumentos de labranza y lo sepultaron allí mismo.

Quando regrese el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? —les preguntó—. Ellos le respondieron: “A esos miserables les dará una muerte miserable, y arrendará la viña a otros labradores que le paguen los frutos a su tiempo” (Mt 21,33ss). El propietario es Dios —agregó Jesús—; la viña, el pueblo elegido; los siervos, los profetas; los viñadores asesinos, los judíos contumaces; el hijo, éste que os habla. “Por eso os digo —concluyó—: se les quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos” (Mt 21,43).

El Evangelista acaba la narración con este elocuente apéndice: “Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que se estaba refiriendo a ellos, y trataron de detenerlo, pero tuvieron miedo a la gente, porque le tenían por profeta” (Mt 21,45). Es la primera vez que aparece, no ya un pensamiento de eliminarlo, sino un intento de echar mano de él ahí mismo. ¿Para lincharlo? ¿Para arrastrarlo a un tribunal?

La confrontación había tocado fondo. El odio y el rechazo de la clase dirigente hacia Jesús era total. El Maestro, por su parte, al ver que la buena nueva era palabra vacía y nociva para ellos, ha entrado resueltamente en la fase de la denuncia profética. Era una situación irreversible. Jesús comienza a vislumbrar un trágico final.

Una vez que se ausentaron los doctores y sacerdotes, Jesús dirigió la palabra a la multitud, cada vez más mermada, y en especial a sus discípulos, diciéndoles: —Id con cuidado, la cátedra de Moisés ha sido ocupada por los intelectuales. Cumplid sus enseñanzas, pero no imitéis sus ejemplos, porque ellos no practican lo que enseñan. Echan sobre los hombros de los demás cargas insoportables, pero ellos no las tocan ni con la punta del dedo. Una sola cosa les interesa: ser vistos. Ahí los veréis con las filacterias bien anchas, atadas a su frente o colgadas del brazo, y grandes borlas amarradas a las puntas del manto. Y es cosa que causa risa, por lo ridículo, verlos peleándose por ocupar los primeros puestos en los banquetes y adueñarse de los lugares más relevantes en la sinagoga, y por colocarse bien erguidos en el centro de las

plazas para recibir el saludo de las gentes y el título de “rabbi”.

Vosotros —concluyó— no seáis así: el que quiera ser el más importante, póngase a lavar los pies de los huéspedes y a servirles a la mesa. El que busca encumbrarse sobre el pedestal será bajado, y el que se abaja será encumbrado (Mt 23,1-12).

¡Ay de vosotros!

Por este tiempo, un fariseo invitó a Jesús a comer en su casa. ¿Era uno de aquellos pocos que miraban con simpatía a Jesús, o le ofrecía una ocasión para tenderle una celada? Por los otros comensales que también habían sido invitados pensaríamos que la intención secreta de la invitación era, por lo que después sucedió, complcarlo con enredos e insidias.

En todo caso, Jesús aceptó la invitación, aun a sabiendas de que se metía en un nido de víboras. Como de costumbre, no movió un dedo para agradar y quedar bien ante el anfitrión y los comensales; muy por el contrario, con un cierto aire de desafío entró en la sala del banquete, se dirigió directamente al diván y se sentó, pasando por alto las leyes de los lavatorios rituales, sagradas para los fariseos.

El fariseo anfitrión, sintiéndose desairado, comenzó a comentar con los otros invitados, sin duda fariseos también, diciendo: —Acaba de llegar del polvo del camino y del contacto con el pueblo sucio de los pobres; necesitaba más que nadie de una completa ablución. Es un rústico que no tiene ninguna delicadeza, ni para con Dios ni para con los hombres.

Jesús acusó el golpe. En otros tiempos habría respondido en un tono moderado y habría dado una explicación razonable. Pero había caducado esa era. La experiencia le había enseñado que esa clase de gente confunde la bondad con debilidad y que cualquier intento por la vía de la bondad estaba inevitablemente destinado al fracaso. No obstante, empuñar el látigo y asumir el estilo y

métodos del profetismo agresivo violentaba las fibras más típicas de su personalidad.

Así y todo, la borrascosa escena en que había sido calificado como compañero y ministro de Beelzebul le había hecho entrar decididamente en la estrategia del choque frontal y violento, como último recurso para la lejana esperanza de que también la jerarquía religiosa entrara en la órbita de la salvación. Y, en una circunstancia tan inoportuna como un banquete, resolvió aprovechar la ocasión para descargar terribles mazazos y provocar así la crisis total.

—¡Ay de vosotros —les dijo—, escribas y fariseos farisantes, que andáis obsesionados y os ponéis quisquillosos por el brillo de los platos y copas, mientras el interior de vosotros está lleno de inmundicia. Si un día Dios desgarrara vuestro corazón, saldrían de él serpientes y escorpiones. Pagáis meticulosamente el diezmo de las hortalizas más insignificantes, al tiempo que pisoteáis sin ningún escrúpulo la misericordia y el amor. Por las calles de vuestra ciudad sigue corriendo la sangre de los profetas, mientras les levantáis mausoleos de mármol. Con los huesos de los muertos habéis codificado las leyes; y por eso no hay vida, sino muerte en vuestras cátedras; vuestras palabras son hojas dispersadas por el viento otoñal, y vuestras fortalezas serán heridas por el rayo, y pronto no habrá sino escombros y cenizas!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a esos monumentos funerarios hechos de mármol y otros materiales preciosos, cuyo esplendor deslumbraba a los espectadores, pero adentro no hay más que descomposición, hediondez y carroña. A los ojos del pueblo son monumentos vistosos de formalismo, pero en su interior no hay sino estrechez, fanatismo y contumacia. Las columnas orgullosas cederán y toda la estructura se resquebrajará. Vosotros miráis al cielo en espera de un halcón o de un rayo; nosotros esperamos una blanca nube; por eso, vuestro cielo, como el del Sinaí, está teñido de un rojo escarlata, pero el nuestro es azul!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos fanáticos, que re-

corréis el cielo, el mar y el aire en busca de un prosélito, y cuando lo habéis atrapado lo abrumáis con vuestras casuísticas rabínicas y lo convertís en un candidato ideal para la *geenna*. El viento dispersará vuestros fuegos artificiales por los campos inertes y no quedarán en pie más que las máscaras que cubren vuestros rostros vacíos! ¿Qué gracia tiene danzar ante un tullido o consolar-se pensando en los pecados de los demás? Donde hay espíritu no hay explicaciones, sino melodías; en lugar de tantas explicaciones, sería mejor tomar el laúd entre las manos. ¿Qué vientos queréis atrapar con tantas redes? Será mejor que dejéis libre al viento, para que mañana despertéis con un corazón alado.

Asistían también al banquete —suponemos que las invectivas sustituyeron a las viandas y que el festín fue rápidamente abortado y transformado en una turbulenta borrasca— doctores de la ley, que replicaron: —Maestro, con tantos ataques también a nosotros nos hieres y ofendes.

—¡Ay de vosotros —respondió Jesús—, doctores de la ley, que creéis tener entre manos el monopolio del espíritu de Moisés y creéis retener bien guardadas todas las llaves del castillo. En verdad os digo que vuestras llaves están oxidadas y llenas de herrumbre y no pueden abrir ninguna puerta de las moradas interiores, donde ni vosotros mismos entráis ni dejáis entrar a otros! ¡Hijos de serpientes y raza de víboras!, ¿cómo será posible sustraeros a las garras de la reprobación? Dice el Señor: Os enviaré mensajeros y profetas; pero a unos los trozaréis, a otros los crucificaréis, a otros los encerraréis en las sinagogas para azotarlos cruelmente; y a unos y a otros los corretearéis con piedras en las manos, de ciudad en ciudad. Y así, sobre vuestras cabezas caerá la sangre de todos los justos, derramada desde el principio del mundo.

* * *

Estas invectivas de Jesús, que suponemos habrían estado salpicadas de réplicas por parte de los asistentes,

produjeron, como era de prever, una extremada efervescencia de cólera: “Y cuando salió (Jesús) de allí, comenzaron los escribas y fariseos a acosarle implacablemente y hacerle hablar de muchas cosas, buscando con insidias cazar alguna palabra de su boca” (Lc 11,53-54).

Capítulo 7 Jerusalén

Fracaso y crisis

SI CONTEMPLAMOS la actuación de Jesús a través del prisma de los parámetros humanos, es difícil, si no imposible, evadirse de la sensación de fracaso. Hablamos de fracaso cuando un proyecto no alcanza sus objetivos, sino que se hace pedazos por el camino. ¿Qué proyecto? El proyecto de Jesús tenía varios componentes: revelar al Dios Amor mediante una existencia jalonada de misericordia; en este sentido no hubo fracaso, sino éxito; cambiar las mentes y las vidas, y así, mediante una conversión masiva, hacer de un pueblo un reino, el Reino de Dios. En suma, hacer de Israel un pueblo santo de convertidos.

En este sentido la estrategia de Jesús fue ineficaz, no dio los frutos esperados y deseados. ¿Cuáles podrían haber sido las causas de este fracaso?

En primer lugar, Jesús se dio cuenta muy pronto, como ya lo hemos explicado reiteradamente, de que lo que le interesaba al pueblo sencillo era la sanación de sus paralíticos, lunáticos, endemoniados, ciegos, cojos. Lo demás, poco o nada le conmovía. Las gentes, en lugar de amor, buscaban logros materiales. Frecuentemente, Jesús manifestó tristeza y decepción por esos intereses

espúreos del pueblo. Más de una vez, incluso, se ocultó de las miradas de los que lo buscaban a fin de no fomentar un egoísmo enmascarado, o rehusó frontalmente a realizar intervenciones excepcionales.

Lo cierto es que, en este terreno, Jesús estuvo siempre atrapado entre dos fuegos: por un lado, con sus milagros favorecía el interés egoísta de la gente y la consiguiente desvirtuación de su mensaje; y por otro lado, los milagros constituían la manera más tangible de patentizar la opción preferencial de Dios por los enfermos y necesitados. ¿Qué hacer, entonces? ¿Cómo deshacer ese malentendido? El hecho es que Jesús, en los últimos tiempos, fue disminuyendo sensiblemente sus intervenciones milagrosas, siendo éste uno de los motivos del enfriamiento del entusiasmo popular.

Por otra parte, las campañas de desprestigio —como ya lo hemos explicado también—, llevadas a cabo de una manera sistemática y sostenida por los escribas y fariseos contra Jesús en las sinagogas, de aldea en aldea y de boca en boca, acabaron arruinando su prestigio y horadando las bases de la adhesión popular. ¿Resultado? Fue enfriándose el entusiasmo, y las gentes, decepcionadas, se fueron alejando. Naturalmente, esto no sucedió de un día para otro, sino en el lapso de varios meses. Y no es que hubiera hostilidad en el pueblo en contra de Jesús, sino frialdad, una frialdad congelada por la decepción. ¿Por qué decepción?

El pueblo, en su simplicidad, depositaba en Jesús sus sueños mesiánicos de liberación nacional. Estos sueños estaban atizados por los zelotes, que constituían, más que un partido, una peculiar *fraternidad*, instalada de forma omnipresente en las aldeas de Galilea, particularmente entre el campesinado y entre los pescadores, distinguiéndose (los zelotes) por su celo político-religioso, y siendo su mentalidad muy semejante a la de los fariseos, quienes, por su condición social, eran populares, en contraste con los saduceos, que eran los potentados de turno.

Es verdad que la organización militar de los zelotes había sido aniquilada por Quintilio Varo. Pero, por el

momento, la *fraternidad* vivía en la clandestinidad y actuaba cautelosamente desde la penumbra. Se negaban a reconocer el Imperio Romano “porque tenían a Dios como único Gobernador y Señor”. No cabe duda de que había una gran semejanza en la radicalidad con la que tanto Jesús como los zelotes tomaban el absoluto de Dios, aunque con una diferencia esencial: Jesús buscaba el absoluto de Dios en sí mismo y los zelotes en referencia a los dominadores romanos.

El pueblo de Galilea, pues, concientizado y dominado por la mentalidad de los zelotes, buscaba una personalidad como la de Jesús, capaz de concitar un gran entusiasmo popular y de canalizar el descontento popular por cauces insurreccionales de rebeldía. Pero poco a poco, y sobre todo a partir del “asunto” de los panes, el pueblo se fue dando cuenta de que el Jesús verdadero era bien diferente del Jesús de sus sueños, y se produjo una deserción popular, masiva y definitiva, deserción también de gran parte de los discípulos, así como una peligrosa vacilación de los mismos apóstoles, hasta el punto de que se podría decir que, a partir de este momento, Jesús quedaba prácticamente solo y abandonado.

Prueba palpable de esta soledad son las lamentaciones de Jesús contra Corozáin, Betsaida y Kafarnaún: “¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho con vosotros, tiempo ha que, sentadas en sacos y cenizas, se habrían convertido!” (Lc 10,13-15). ¿Qué se esconde detrás de estas palabras? ¿Tristeza? ¿Decepción? ¿Soledad? ¿Tal vez alguna amargura? De todo. Las ciudades que habían recibido las máximas pruebas del poder y amor de Jesús se encierran en sí mismas, ingratas y egoístas, superficiales y volubles, olvidándose de Jesús, como si nunca lo hubieran conocido.

Y ¿qué decir de Kafarnaún? “¿Hasta el cielo has sido encumbrada? Hasta el infierno te hundirás” (Lc 10,15). De tal manera había sido la ciudad privilegiada, que Mateo la denomina “su ciudad”. Sus muros habían sido muchos testigos de los más altos portentos y mensajes del

Maestro. Por sus calles salía Jesús todas las mañanas para evangelizar a las aldeas ribereñas, y a sus aleros retornaba cada atardecer para descansar; una ciudad, pues, encumbrada por encima de todas las ciudades. ¿Qué sucedió después? Lo de siempre: paso a paso, todo se va desgastando, como los vestidos, y pierde novedad; la gente se cansa, y ya nada le llama la atención. Los pueblos se acostumbraron al Enviado; a causa de su familiaridad con él, fueron perdiendo el aprecio hacia él, hasta que lo abandonaron, y poco a poco lo olvidaron. He aquí el proceso. Es la condición humana. Por este camino, Jesús acabará quedándose solo y marginado.

Rechazado en Nazaret, abandonado en Kafarnaún, Betsaida y Corozain, convertido prácticamente en un apátrida, el interrogante salta a la vista: ¿Qué hacer ahora? Jesús entra en un período crucial de su vida.

El asunto de los panes

La multiplicación, o como dice Marcos, “el asunto” de los panes (Mc 6,52) es un acontecimiento clave de la mayor trascendencia en la misión de Jesús, uno de los más enigmáticos, por lo demás. De su importancia habla el hecho de que lo traen ampliamente narrado los cuatro evangelistas, y Mateo y Marcos con relatos duplicados. El episodio es mucho más complejo de lo que a primera vista aparece, ya que Marcos nos informa de que los apóstoles “no lo comprendieron” (6,52); y según Juan (6,66), hubo una deserción casi total del pueblo y de los discípulos. Semejante catástrofe no puede explicarse por unas doctrinas más o menos novedosas. Algo serio debió suceder en esta ocasión.

* * *

Un día envió Jesús a los Doce, dándoles las siguientes instrucciones: No visitéis países paganos, ni siquiera entréis en territorio samaritano; circunscribíos tan sólo a la tierra de Israel, y dedicaos exclusivamente a las ovejas heridas. Gritad desde las azoteas que el Reino está a las

puertas; sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios, dad gratis lo que gratis recibisteis. Nada de dinero en vuestros bolsillos, ni alforjas para el camino, ni siquiera ropa de repuesto.

Daos cuenta de que os envío como ovejas indefensas en medio de hambrientos lobos. Sed sagaces como serpientes e ingenuos como palomas. Preparaos, porque os encontraréis metidos en aventuras increíbles: os apresarán, seréis azotados en las sinagogas, os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre y tendréis oportunidad de dar testimonio de mí.

Si en una ciudad no os quieren escuchar u os rechazan, no entréis en pleitos; sacudid sobre ella el polvo de vuestras sandalias y marchad a otra parte con la bendición de Dios. Si a mí me llamaron ministro de Beelzebul, ¿qué no dirán de vosotros? No tengáis miedo a quienes, puñal en mano, matan el cuerpo; ni con la punta de una lanza lograrán rozar vuestra alma. He venido a traer al mundo la espada y la división a la familia. Quien os reciba a vosotros, a mí me recibe. Venid y gritad por todas partes que ha llegado el Reino.

* * *

Regresaron los discípulos, felices, pero cansados. El Maestro los fue acogiendo a cada uno de ellos con entrañable cordialidad; ellos le contaron las andanzas y peripecias de esta primera salida apostólica: todo cuanto habían hecho y enseñado.

Pero Jesús no estaba enteramente tranquilo. Aquellos discípulos eran todavía ingenuos novicios, incapaces de aguantar el primer embate de los expertos y veteranos doctores de la ley, viejos lobos en las lides dialécticas. Es probable, incluso, que, al evaluar los resultados de la primera salida, entre las peripecias narradas aludieran a algún lance desagradable, a algún aprieto en el que eventualmente podrían haberse visto envueltos por los doctores de la ley. En todo caso, Jesús se dio cuenta de la urgente necesidad de foguearlos con una preparación esmerada y un entrenamiento más intenso; y decidió

dedicarles más tiempo, lo que no quiere decir que Jesús hubiera abandonado la idea de un nuevo Israel como comunidad abierta, para quedarse con un pequeño resto, no; pero las circunstancias le estaban obligando a seguir líneas diferentes, dada la importancia de los discípulos en caso de la desaparición del Maestro.

Por otra parte, el asedio de quienes se movían en torno a Jesús y los discípulos era tan apretado, que estos últimos no tenían tiempo ni para comer (Mc 6,31). Por todo lo cual, Jesús pensó en la necesidad de una retirada profunda y prolongada, y les dijo: “Venid conmigo a un lugar solitario para descansar” (Mc 6,31).

Abordaron una barca y salieron rumbo a un lugar solitario, al otro lado del río, algunos kilómetros antes de la desembocadura del Jordán en el lago, amplia extensión deshabitada y solitaria, apta para el reposo, lugar, por otra parte, que se alcanzaba luego de una breve navegación. Mirándolos partir en la barca, los habitantes de Kafarnaún se dieron pronto cuenta hacia dónde se dirigían, y emprendieron rápidamente el camino por tierra, llegando al lugar antes que Jesús y sus discípulos.

Al ver el Maestro aquella multitud, que parecía un rebaño sin pastor dispersado por el temporal, no pudo evitar que una corriente de compasión lo dominara. Ahí mismo renunció al proyectado descanso y se dedicó el día entero a curar, a consolar y, sobre todo, a evangelizar. La multitud fue engrosando al paso de las horas, de tal manera que, al final, aquello parecía una manifestación pública.

Estaba Jesús inspirado como pocas veces, y sus palabras desencadenaban en el auditorio ondas de descanso y ecos de eternidad. Como en una embriaguez generalizada, como en una seducción mágica, la multitud parecía enajenada del calor, el cansancio, el hambre. Jesús dejó de hablar. Los discípulos se aproximaron al Maestro para sugerirle, con sentido práctico, que despidiera a la gente para que pudieran procurarse alimentos y albergue en las aldeas vecinas. La respuesta de Jesús fue tan inesperada como extraña: “Dadles vosotros mismos de comer”. Felipe le respondió: “Ni con doscientos denarios alcanza-

ríamos a comprar pan para tanta gente”. Jesús ordenó que la multitud se dispersara en grupos de cincuenta y cien personas, y que se acomodaran en la verde pradera que se extendía ante sus ojos.

Y, después de bendecirlos, repartió los cinco panes y los dos pescados de que disponían entre sus discípulos, mandándoles que ellos, a su vez, los distribuyeran a la multitud. Así lo hicieron, quedando todos saciados y sobrando todavía algunas canastas repletas de alimento.

Este fue el hecho. Aquella multitud, que había estado pendiente todo el día de la boca de Jesús, pudo comprobar cómo una jornada tan densa culminaba con un prodigio inaudito. Probablemente fue el último y ardiente llamamiento de Jesús a un cambio de ideas y de conducta dirigido a los galileos, y una invitación a “ingresar” en el Reino de Dios; pero todo resultó inútil. El intento final derivó en el revés final: se aferraron a sus obsesiones mesiánicas terrenas.

Volaron por los aires sin control todos sus sueños mesiánicos, como aves en desbandada. Ellos se imaginaban: un hombre con este poder de convocación, capaz de realizar semejantes portentos, con igual facilidad podría exterminar ejércitos extranjeros y, en cuestión de días, implantar el sagrado imperio de Dios. Jesús era, pues, el Mesías esperado. Comenzaron a gritar: Éste es el Mesías esperado que ha venido al mundo (Jn 6,14). El grito, rebotando de grupo en grupo, se transformó en un delirio colectivo incontenible.

A estas alturas, aquella tumultuosa efervescencia tenía todos los visos de un pronunciamiento popular, difícil de controlar, que se proponía forzar a Jesús a encabezar la revuelta y avanzar resueltamente hacia los cuarteles de las legiones romanas, enfrentándolas victoriosamente. “Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo” (Jn 6,15).

* * *

Algo serio debió ocurrir en este intento de rebeldía, mucho más de lo que nos informan los Evangelios, por-

que los efectos fueron desoladores. En primer lugar, una decepción total en el pueblo; decepción que, bien utilizada y azuzada por los zelotes y fariseos, derivó en una deserción generalizada y definitiva del pueblo, que podemos vislumbrar en Juan 6,26-64. Después de este episodio, los Evangelios no reseñan actividad apostólica alguna de cierta amplitud en Galilea por parte del Maestro. También él los abandonó definitivamente. En resumidas cuentas, los galileos no lo entendieron.

En segundo lugar, por lo que se refiere a los discípulos, aquellos que, aun no perteneciendo al grupo de los Doce le habían acompañado asiduamente en los días de Galilea, Juan nos entrega este expresivo comentario: “Desde entonces, muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban más con él” (Jn 6,66). Desencanto y deserción.

Iba, pues, Jesús quedándose solo. Le restaban “los Doce” ¿Qué quiere decir Marcos con el versículo “ellos no habían comprendido el asunto de los panes, sino que su mente estaba embotada” (Mc 6,52)? A partir de la reacción de Pedro ante el anuncio de la Pasión, que muy pronto tendría lugar, hay que calcular que la mente de los Doce estaba efectivamente embotada; es decir, participaban de los mismos sueños mesiánicos que el resto del pueblo. Ellos, los apóstoles, hubieran deseado ardentemente que, en el episodio descrito, Jesús hubiera encabezado aquella rebelión como un comandante en jefe, y no podían “comprender” cómo había desaprovechado aquella estupenda oportunidad.

Hay una carga indecible de desaliento, tristeza, soledad y temor en aquella pregunta dirigida por Jesús a los Doce: “¿También vosotros queréis abandonarme?” (Jn 6,67). Detrás de la pregunta se percibe, sin necesidad de teleobjetivos, una realidad abrumadora: en vista de que todos le están dando la espalda, también ellos, los Doce, están vacilantes, desconcertados, dudando si marcharse o quedarse. La crisis tocaba fondo.

El discipulado, pues, peligraba: podían contagiarse con aquel virus infeccioso, e incluso ya habían sido alcanzados por el desencanto generalizado. Así pues, para

aislarlos del contagio, les “obligó” (palabra muy expresiva que denota resistencia por parte de ellos) a embarcarse y atravesar el lago, precisamente al anochecer y cuando amenazaba tempestad; y él “huyó (verbo igualmente expresivo) al monte”, como escapando del fuego de la gran *tentación* de su vida.

Nuevo desierto

Había concluido un capítulo de su vida. ¿Qué hacer ahora? Jesús necesitaba detenerse para orar, meditar y discernir qué nueva orientación tomar, qué nuevos pasos dar para cumplir su misión. Las líneas generales de su proyecto habían quedado fijadas en el largo retiro del desierto de Judá; pero en los hechos concretos de cada día leía y determinaba qué clase de acción inmediata debía emprender y poner en práctica para dar cabal cumplimiento a su vocación. Los acontecimientos de Galilea le habían cerrado una puerta. Ahora, pues, necesitaba consultar con el Padre para decidir cuáles serían los pasos siguientes y en qué dirección caminar.

Y así, con los pocos seguidores que le quedaban, se dirigió más allá de las fronteras de Israel. Todos necesitaban respirar aire fresco, lejos del ambiente enrarecido de las sinagogas y de aquella atmósfera cargada de efervescencia nacionalista.

No podemos saber qué sucedía en la mente de estos pocos y vacilantes discípulos que optaron por seguirle. Ellos habían podido ver de qué manera la mayoría de los seguidores de Jesús lo habían abandonado y cómo la gente, por lo general, lo consideraba como un hombre poco práctico; y, por otra parte, ellos mismos habían visto quebradas sus expectativas mesiánicas.

Los apóstoles debían estar muy confundidos, quizás aturdidos: ¿no estarían siguiendo a un soñador?

No obstante, a pesar de sus perplejidades y sus dudas, lo siguieron. Nada les costaba desertar, si lo hubieran deseado, como lo hizo la mayoría. Pero había una buena dosis de nobleza en este pequeño grupo: no quisieron

abandonar a su Maestro sumergido en plena crisis. Viéndolo envuelto en su terrible soledad, ¿sintieron lástima de él, o percibieron en su rostro una seducción indefinible, una pureza y autenticidad que no parecían humanas?

Realmente había algo de enigmático y misterioso en este grupito de discípulos, arrastrando sus pies tras las huellas de su desolado Maestro, camino de un exilio voluntario, sin ilusión alguna, sin tener “dónde reclinar la cabeza”.

No sabemos qué rutas siguieron, qué tierras atravesaron en este deambular fuera de las fronteras de Israel. Al parecer, vagaron sin rumbo fijo, en una confusa peregrinación, símbolo doloroso de la incertidumbre que reinaba en sus mentes. Sólo sabemos que llegaron hasta la región de Tiro y Sidón, en Fenicia (Mc 7,24-31).

* * *

El Pobre de Nazaret, rodeado de su pequeño grupo de seguidores, caminaba lentamente, subiendo y bajando las blancas lomas de la desolada región de Fenicia, silenciosamente. Parecía un grupo de sonámbulos. El Hermón alzaba a lo lejos su cabellera de nieve, dominando los espacios abiertos. Una bandada de grullas navegaba por el azul en forma de delta hacia el sur; más abajo, innumerables golondrinas, dispersas y alegres, volaban raudamente en círculos.

Un oscuro combate se libraba en las serranías del Pobre. Arrastrado como por una ley de gravitación universal, todo su ser se volcaba irresistiblemente hacia el silencio y la soledad. ¡Cómo hubiera deseado retirarse otros cuarenta días, como antaño, a la soledad del desierto! Pero ¿qué sería de sus pobres discípulos, flébiles hojas de otoño, que al menor soplo del viento serían arrastradas a la quebrada?

En el vértice del alma del Pobre se fijó una nube escarlata: Judas...; lo tenía tan cerca, pero estaba tan lejos, fiera orgullosa, templo oscuro disputado por Dios y el demonio. Jesús lo observaba con un cuidado particular.

Con su turbulenta personalidad y su alma zelota, Judas podía confundir a los demás incautos compañeros. El Pobre lo vigilaba, lo cuidaba, porque lo amaba.

—Maestro, pareces navegar en un mar agitado —observó Judas.

—También yo soy polvo, con un poco de fuego —respondió Jesús.

—Tu silencio, Maestro —insistió Judas—, se parece a una túnica tejida con las voces de la noche; por eso nos desconcierta, casi nos asusta.

—Mi alma —agregó Jesús— está en la cumbre del desamparo, pero en su ápice mismo nace la esperanza. Necesito salir a escenarios más vastos para respirar y vislumbrar rumbos no recorridos. Se me ha cerrado una puerta; vengo a averiguar qué otra puerta me abre ahora el Padre. No podemos caminar como aquellos ancianos que miran siempre al suelo como si buscaran entre las piedras el tesoro de los años perdidos.

—Maestro —insistió Judas—, el día pasado, junto al lago, cerca de Betsaida, pusieron las multitudes en tus manos una ilusión, hermosa como una fragata impulsada por el viento. Pero te vimos huir monte arriba como un conejo perseguido por los cazadores. ¡Si supieras qué desventurados nos sentimos entonces...!

—Aquella ilusión —respondió Jesús— no era de piedra, sino de ensueño y vértigo. Un anhelo ha movido siempre mis pasos: cumplir la voluntad de mi Padre. Aunque las piedras del camino despidan humo, abrasadas por el fuego, siempre me han señalado su santa Voluntad. Pero en la ruta que he recorrido, siguiendo la Voz del río, me he encontrado con piedras ensangrentadas, y vengo a averiguar el significado oculto de esas piedras para saber qué debo hacer ahora.

—Maestro —dijo Juan—, hemos escuchado tu voz en las montañas; te fuiste por el lago como una nave, dejando tras de ti una estela de vida y amor. ¿Qué resta para la implantación del Reino?

—He venido a salvar el mundo, Juan —respondió Jesús—. Los barcos varados esperan la marea alta para hacerse a la mar, pero nosotros, con nuestros apuros, no

podemos anticipar las mareas. He extendido el brazo, y el lago se ha calmado. He convocado a la vida desde las profundidades de la muerte, y los muertos han retornado a la vida. He soltado al viento palabras de consolación, he acompañado el llanto de las madres, he dado la mano a los leprosos..., pero todo ha sido inútil, mi trabajo resultó estéril. No he logrado hacerme entender, no han ingresado en el Reino. Sin embargo, he venido a salvar el mundo; pero ignoro cómo hacerlo. Se lo preguntaré al Padre en la profundidad de estas noches.

* * *

Llegaron a la ciudad fenicia de Tiro. Un solo deseo ardía en el corazón del Pobre: retirarse por varios días a la soledad más completa.

Antes de rebasar las puertas de bronce de la ciudad amurallada, el Maestro invitó a los discípulos a salir a las afueras de la ciudad. Subieron con dificultad a un altozano desde donde se dominaba la ciudad. Se sentó el Pobre, y en torno suyo, lo hicieron los discípulos. Le costaba al Maestro separarse de ellos, temía dejarlos solos. Después de hablarles con gran calidez, acabó diciéndoles:

—Hijos míos, siguiendo la Voz del río, he sido el Mesías de los pobres; no hay tristeza que no haya consolado ni lágrimas que no haya enjugado. El amor del Padre se ha canalizado a través de mis pasos y mis obras; pero esta invasión de amor no ha conmovido a Israel; el pueblo no ha ingresado en el Reino, no he conseguido suscitar fe y arrepentimiento, y ahora no sé cuál es mi camino. Necesito varios días con sus noches para auscultar la voluntad de mi Padre y saber a qué atenerme. Siento alejarme de vosotros, porque tengo entrañas de madre.

—¿Por cuánto tiempo estarás separado de nosotros? —le preguntó Pedro.

—Una vez que mi Padre me haya manifestado su voluntad y conozca el camino que debo seguir y los pasos que debo dar, volveré presurosamente a vosotros. No serán muchos días.

* * *

Salió el Pobre caminando sin rumbo fijo. Un relámpago hendió el cielo y Jesús comenzó a caminar en esta dirección, pensando que bien podría tratarse de una señal que Dios le daba. A lo lejos, entre nubes negras, erguía su blanca testa el monte Hermón.

El Hermón —pensaba el Pobre— parece obstinado y orgulloso. Pero es pura solidez, como Dios mismo. Los profetas, aquellos hombres que se alimentaban de raíces de árboles, buscaban a Dios a su sombra. El monte es frontera natural entre el cielo y la tierra; acaba la tierra y comienza el cielo. Ante su imponencia —continuó pensando—, todo pierde consistencia y todo adquiere su verdadera estatura, la relativa.

—Vámonos, alma mía —se dijo a sí mismo en voz alta.

Al pronunciar estas palabras aceleró el paso y continuó subiendo y bajando los cada vez más abruptos contrafuertes. El alma del Pobre iba descendiendo lenta pero incensantemente, hacia las latitudes cada vez más hondas y dilatadas, hechas de música, música de otros mundos. La estructura del mundo comenzaba a resquebrajarse. Ante sus ojos se levantaba una cadena de cumbres que, reverentes y majestuosas, se elevaban hasta incrustarse en las nubes cargadas de nieve. Pero su alma se había sumergido ya en el seno del mar.

De pronto escuchó un alarido agudo y punzante, como de entrañas desgarradas. Y después escuchó estas palabras: —Jerusalén es una terrible fiera, pero una fiera enferma, enferma de lepra. El Pobre se sobresaltó, miró a su alrededor y no vio nada. ¿Qué había sido? ¿Un relámpago? ¿Un presagio? ¿Una nueva tentación de Satán? Sacudió enérgicamente su cabeza. —No es nada —dijo en voz alta, y siguió escalando altura tras altura.

Por fin, en el tramo supremo, el Pobre, ya casi exhausto, ascendió entre precipicios, y deteniéndose para descansar cada vez con más frecuencia, hasta la altura media del Hermón. Y allí donde levantan cabeza los últimos cedros y los cipreses sobreviven dificultosamente, allí decidió instalarse, diciendo: —No abandonaré este

lugar hasta que la voluntad de mi Padre resuene en mi alma como la voz del mar.

La noche fue ascendiendo lentamente desde el valle, borrando a su paso el contorno de las cosas. Sobre las copas más altas de los cedros pudo distinguir el Pobre las primeras luminarias. Pronto las grandes estrellas, en orden de batalla, como un ejército, ocuparon el firmamento oscuro. El tiempo se transformó en ruinas. El Universo entero se había hundido en un pozo profundo. ¿Qué era aquello? ¿Un sueño? ¿La nada? ¿La muerte? ¿Dios?

Cuando el tiempo y el movimiento alcanzaron el nivel cero y pareciera que el *ser* se hubiera retraído a la nada, entonces, desde las raíces del mundo resonó la Voz, una Voz que contenía la música del viento, la fuerza del mar, la dulzura de una flauta. Voz cuyas vibraciones henchían todos los espacios del universo. Y la Voz dijo: —Aquí estoy, contigo soy, Hijo mío.

Una bandada de mirlos levantó bulliciosamente el vuelo en las planicies de Jesús, sus arroyos cantaban melodías a la noche, sus granados florecieron..., y la Voz despertó todas las potencialidades del Hijo, convocando todas las energías de su ser. Y el Pobre gritó: —¡Oh Padre!

Después fue el silencio. Y en el silencio, el Padre y el Hijo, mutuamente entrelazados, recíprocamente presentes, en una corriente alterna y circular de dar y recibir, de amar y sentirse amado...

* * *

En el vasto firmamento, las estrellas continuaban quietas, silenciosas, frías. De vez en cuando un asteroide rasgaba el firmamento, dejando tras de sí un reguero de luz. El Pobre se puso de pie, extendió los brazos y habló así:

—Padre, soy una nave que, combatida por las olas, busca refugio en tu puerto. Soy tu Hijo, pero también soy tu Siervo. La vasija que guarda mi vino se fundió en tu horno. Una sola brújula ha guiado mi nave: cumplir tu voluntad. Pero se me ha extraviado la brújula, y confuso,

he llegado a tu puerto: oscuras brumas cubren mi horizonte y ya no sé en qué dirección navegar. Vengo a ti, Padre mío, para que otra vez hagas desaparecer las brumas y me indiques el rumbo exacto.

—Yo soy tu brújula y tu puerto —dijo la Voz.

—Un día —continuó el Pobre— sobre las aguas del río me señalaste la ruta y me dibujaste la figura, diciéndome: No se oirán gritos en el viento, ni clamores en las plazas, transitará por las calles al son de una música silenciosa; no pulverizará la caña cascada y no apagará con su soplo la llama de la lámpara mortecina. Y me agregaste: Tú eres mi Siervo, el elegido de mi corazón.

—Y te dije mucho más —replicó la Voz—: “Te envío a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación de los cautivos, dar la vista a los ciegos, liberar a los encarcelados y proclamar un año santo de gracia”. Te dije mucho más: “Te envío para vendar los corazones heridos, para consolar a los que lloran, para entregarles diademas en lugar de cenizas, aceite de gozo en vez de vestidos de luto, alabanza en vez de espíritu abatido”. Te dije más aún: “Serás llamado roble de justicia; edificarás las ruinas seculares, restaurarás ciudades en ruinas y lugares por siempre desolados”.

El Pobre apoyó la cabeza entre sus manos, y exclamó: ¡Adonai, mi Señor! Y guardó silencio.

—Todo se ha cumplido —agregó luego humildemente el Pobre—, pero no he logrado salvar al mundo ni transformar a Israel en un reino de convertidos. ¿Qué queda por hacer aún?

—El misterio se consuma en lo alto de un monte —continuó la Voz.

—Me enviaste a salvar al mundo —insistió el Pobre—, he seguido la ruta trazada y cumplido el programa señalado. He caminado silenciosamente por las calles, he velado el sueño de las madres y vertido aceite en las heridas. ¿Qué más debo hacer?

—Éste es el lugar señalado: Jerusalén, donde se consumará la salvación —agregó la Voz.

—He visitado —continuó reflexionando el Pobre— el alucinante valle donde habitan los leprosos de túnicas

amarillas y cabezas rapadas. Subí en su busca hasta las grutas, bajé a los barrancos oscuros donde se ocultan. Les di la mano, los abracé, los limpié.

—¡No basta! —respondió la Voz.

—Rompí las cadenas, descerrajé los candados, entoné canciones de la patria a los exiliados, de los pobres hice un linaje de alta alcurnia, los inválidos saltaron como cervatillos, hice posible lo imposible por obra del amor.

—¡No basta! —continuó la Voz.

—He despertado oleadas de ilusión en las playas de los abatidos, entregué a los presidiarios las llaves de sus calabozos, a las desconsoladas les entoné canciones de cuna y de las ruinas hice mansiones.

—¡No basta! —insistió la Voz.

—Caminé de aldea en aldea y de puerta en puerta recogiendo tristezas y desventuras, hice un ható con ellas y lo sepulté en lo profundo del lago. Subí a la montaña para proclamar a los cuatro vientos los derechos de los pobres; convoqué a la primavera para que cubriera de flores los naranjos de los huérfanos.

—¡No basta, no basta, Hijo mío! —respondió la Voz.

El Pobre guardó silencio. En sus valles interiores el pulso se detuvo y la luz se apagó. Se postró de bruces en el suelo con la cabeza entre sus manos. En esta posición permaneció largas horas, con la mente en blanco, detenidos los pulsos de la tierra.

Al fin, se levantó pausadamente, y en la noche profunda resonaron sus palabras: —Padre mío, me enviaste a salvar el mundo. Siguiendo tus indicaciones, he sido el Mesías de los pobres, cumpliendo en todo tu voluntad. Pero no he conseguido formar un pueblo de santos, un reino de convertidos. Dímelo Tú, en esta noche en que el misterio y la sangre se funden (Jesús levantó sus brazos en alto), dímelo Tú: ¿qué debo hacer en adelante?, ¿cuál es mi camino?, ¿dónde está tu voluntad?, ¿cómo puedo salvar al mundo?

La respuesta fue un largo silencio que se fundió con las piedras y las estrellas de la noche. ¿Qué será? Los cedros, las rocas, las constelaciones, el fuego detuvieron su aliento, la expectación alzó la cabeza. ¿Qué será? Esta

noche podría ser la primera o la última. ¿Qué será? Y de pronto resonó la Voz:

—“Creció como un retoño delante de nosotros, como raíz en tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta”.

Vibraron los cimientos de la tierra, pero el Pobre calló.

—“Él ha sido herido —continuó resonando la Voz— por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus llagas hemos sido curados. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan queda muda, tampoco él abrió la boca”.

Una estrella errante cruzó de lado a lado el firmamento dejando un río de luz, pero el Pobre no se inmutó.

—“Fue arrancado de la tierra de los vivos —acabó diciendo la Voz—. Por nuestras rebeldías fue entregado a la muerte y se puso su sepultura entre los malvados, por más que no hubo engaño en su boca. Plugo a Yahvé quebrantarle con dolencias. Indefenso, se entregó a la muerte, y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes”.

No hubo más. El tiempo se detuvo, como un viejo reloj averiado. También el silencio quedó varado entre las rocas del Hermón, y sólo podía percibirse flotando en el aire el aroma silvestre de la retama.

Un relámpago azul rasgó violentamente el firmamento del Pobre y un estertor como de agonía estremeció sus fibras. ¿Cómo penetrar en el mar profundo de sus pensamientos? Fue como si un ángel recorriera de pronto la cortina. Todo apareció transparente ante su alma: sometido a un simulacro de juicio y ejecutado, ceñido de ignominia y arrojado al lugar de los muertos, sin que a nadie le importe nada. El Mesías de los pobres —misión cumplida— deriva ahora en el Siervo Doliente que realiza su misión salvadora con su martirio: ha sido

triturado por los crímenes del pueblo, ha ocupado el lugar de los pecadores asumiendo el sufrimiento que, en justicia, debía recaer sobre ellos. De esta manera el Pobre realiza la salvación del mundo mediante su función sustitutoria y solidaria.

Frente a semejante perspectiva, la rebeldía, como una llama roja, levantó su cabeza en el alma de Jesús: —Es injusto, no hay lógica —pensó—. ¿Por qué tendría que saldar él deudas que no son tuyas y a tan alto precio? Levantó enérgicamente sus brazos, y preguntó:

—¿Este es el único medio de salvar al mundo? ¿No habrá otra manera?

—La muerte no tendrá la última palabra —respondió la Voz—. Y agregé: “Mi siervo será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera; se admirarán muchas naciones, ante él cerrarán los reyes la boca, verá mucha descendencia y se alargarán sus días. Le daré su parte entre los grandes y con los poderosos repartirá sus despojos”.

—¡Está bien! —respondió el Pobre—. Transformaré, pues, la iniquidad en salvación, y, de paso, arruinaré a la misma iniquidad. Pero ¿dónde está el cadalso de la iniquidad, Padre mío?

—Un solo lugar —respondió la Voz— ha sido fijado para la caída del profeta, y no puede haber otro: Jerusalén. Hacia allí se enderezarán tus pasos desde ahora.

—¡Todo será consumado! —acabó diciendo el Pobre.

Y doblando sus rodillas con cierta brusquedad, se inclinó hasta tocar con la frente en el suelo. El Hermón, con sus cedros y sus rocas, se hizo humo y desapareció. No se oía la respiración del mundo. Una sensación extraña, inquietante, ahogada, se apoderó del Pobre, como si dos océanos, con un empuje infinito, lo apretaran de uno y otro costado. El Pobre se sentía asfixiado, completamente bañado en sudor.

Luego se tendió en el suelo con los brazos extendidos en forma de cruz. El contacto con la tierra lo alivió. En esta posición permaneció largo tiempo, serenándose. Pero paulatinamente comenzó a experimentar una sensación difícil de describir, como si un suavísimo unguento se hubiera derramado sobre sus heridas, como si una

corriente inefablemente dulce invadiera sus arterias, raíces y células.

Pausadamente, con palabras entrecortadas, pronunciadas en voz alta, oró así: —Mi Señor, todo está bien, ¡hágase! Suelto en esta noche los remos y el timón y dejo librada mi nave al ímpetu de las corrientes: llévame a donde quieras y haz de mí lo que quieras. El “yo” que mora en el alto castillo se rinde en esta noche y entrega las armas: ocúpalo Tú, mi Señor, toma en tus manos las llaves y extiende tu dominio en mí de mar a mar. Haz de mí lo que quieras. Siervo tuyo soy.

Ultimos días en Galilea

Algo de lo dicho debió suceder en esta época. Por cierto, este período en tierra extranjera está cubierto de oscuridad. No existe certeza sobre el itinerario seguido, ni sabemos cuánto tiempo duró este autoexilio de Jesús en Fenicia y Transjordania. Sea como fuere, percibimos que en esta etapa de su vida se produjo una clarificación definitiva en la mente de Jesús. Por los episodios que sucedieron a continuación, por sus insistentes presagios sobre su trágico final, por los tópicos en que Jesús abundó en las semanas siguientes, deducimos que la etapa que acaba de transcurrir debió ser un tiempo de maduración y profundización sobre su destino como Salvador del mundo mediante su muerte vicaria o sustitutoria; y que el proceso de este esclarecimiento lo realizó mediante una asidua meditación del Cuarto Cántico del Siervo de Javhé.

Desde Tiro, Jesús se dirigió hacia el Norte, hasta Sión. Después, siguiendo probablemente un camino zigzagueante, pasó con sus discípulos a Transjordania; visitaron algunas ciudades de la Decápolis, y desde allí retornaron a las proximidades del Mar de Galilea. Suponemos que el Maestro aprovechó el largo receso para intensificar y profundizar la formación de los discípulos.

Jesús comenzó a sentir cierto apremio por preparar el camino de la redención colocando los jalones pre-

anunciados por los profetas: la revelación de su identidad mesiánica (Mc 8,27-30), el carácter doliente de su mesianismo (Mc 9,30-33).

Como expresión de esta urgencia, Lucas (12,49-50) nos ha transmitido un par de versículos eminentes en el contexto de esta época:

“He venido a traer fuego sobre la tierra, y cuánto desearía que ya estuviera encendido”. Por cierto, no se trata de una situación de guerra espiritual que Jesús hubiera venido a anunciar. Se trata de un fuego hecho de sangre y dolor que arde y alumbraba desde lo alto de la cruz.

“Con un bautismo tengo que ser bautizado, y qué angustiado estoy hasta que se cumpla” (Lc 12,50). Son expresiones altas, alegorías vigorosas que están indicando hasta qué punto el alma del Pobre estaba sumergida en las aguas del Siervo Doliente. Tengo que ser sumergido en un baño de dolor, y en este mar se bañarán las naciones. Cuando sobre el horizonte rojo se levante el cadalso del profeta, rodarán las piedras y el profeta morirá en silencio, sin que nadie lo lamente; y así, la tragedia se consumará sin música en el monte, el monte de la redención. Mientras el drama no cumpla su ciclo, vivo en ascuas, me muero de ansiedad.

* * *

Por aquellos días se le acercaron cautelosamente unos fariseos con un dato confidencial: “Sal y vete de aquí porque Herodes busca matarte” (Lc 13,31). No sabemos si este dato se lo transmitieron los fariseos como un gesto de buena voluntad o trataban de someterlo a una guerra de nervios. Cabría también otra hipótesis: que Herodes, sabedor de que la personalidad de Jesús despertaba sueños mesiánicos, pretendiera alejarlo de la región utilizando esta estratagema por intermedio de algunos fariseos, amigos suyos.

Herodes Antipas, al parecer, había quedado traumatizado (quién sabe si también agobiado por el enorme peso de la culpa) por la ejecución frívola y salvaje del

Bautista. Por las noticias que se difundían acerca de Jesús, Herodes había llegado a la convicción de que se trataba del mismísimo Bautista surgido de la tumba para vengar en él su muerte. La sombra del Bautizador, pues, lo perseguía; y un fantasma de ultratumba debía tener para él un carácter fatal y omnipotente; había que eliminarlo, pues. Lo que el Tetrarca ignoraba es que no se puede asesinar a un fantasma, y que no hay en este mundo amenaza más terrible que la que proviene desde adentro.

Sea como fuere, no nos interesan tanto aquí los entretelones de la maquinación herodiana como la reacción de Jesús, con el fin de intuir, a través de su respuesta, los sentimientos que por este tiempo se agitaban en el corazón del Maestro.

La manera como lo califica (“ese zorro”) es inaudita en boca de Jesús; es la única vez que oímos a Jesús una expresión tan despectiva. Ya hemos explicado anteriormente que Jesús debió sentir una repulsión particular, tal vez única, por Herodes, no sabemos por qué razones específicas.

En la terrible respuesta de Jesús aparece vigorosamente —y es esto lo que nos interesa recalcar— la nueva convicción sobre su destino como Mesías Sufriente: “Id a decir a ese zorro: yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén” (Lc 13,32-33). En los dos versículos consecutivos aparece una idéntica expresión (“hoy y mañana”), indicando un lapso de tiempo relativamente corto. Jesús, pues, a estas alturas presentía que, sea por una inspiración interior o sea por una evaluación personal de la magnitud del conflicto con los fariseos, su sacrificio estaba muy cercano: “Al tercer día soy consumado”. En este contexto la expresión “tercer día” indica inminencia. “Soy consumado” es una expresión densa de significados: por su sufrimiento y muerte, Jesús no sólo completa su función mesiánica, sino que da cabal cumplimiento, llevándolo a su perfección, a su destino sustitutorio como el Mesías

que salva, e instala el Reino a través del sufrimiento y la muerte.

* * *

Muy poco tiempo permaneció Jesús en las cercanías del Mar de Galilea, encaminándose luego hacia el Norte. Allí donde nace el Jordán, cuyas aguas emergen notablemente claras y frescas, en este lugar umbroso y solitario el Tetrarca Herodes había levantado la ciudad de Cesarea de Filipo, en honor de Augusto, con un magnífico templo de mármol, edificado bajo una gran roca, que subsiste hasta hoy.

En esta región, en gran parte pagana, pasó algunos días el Maestro con sus discípulos, lejos del asedio de los fanáticos y de las intrigas de los doctores. Estos cortos días fueron, de alguna manera, una continuación en el adoctrinamiento de los discípulos. A fin de cuentas, el resultado más tangible de su aventura apostólica era este grupito de hombres, principiantes, sí, pero nobles y generosos y sinceramente afectos al Maestro.

Pero había algo más que hacer que completar la formación de los Doce. Se trataba también, y sobre todo, de dar unos pasos concretos hacia la revelación de su identidad personal y de la preparación animica frente al golpe final que se avecinaba. Y el Maestro creyó llegada la hora y maduro el ambiente para encarar el delicado asunto de su mesianismo.

También los discípulos, seguramente, al igual que el resto del pueblo, se habrían preguntado una y otra vez sobre la identidad personal de su admirado Maestro: ¿Mesías? ¿Hijo de Dios? Pero ¿qué alcance y contenido tenían esos títulos en su mente? ¿Acaso eran sinónimos? Ellos habían podido comprobar una y otra vez que Jesús no permitía que ni siquiera se pronunciaran esos títulos. Sin duda, ellos no entendían la razón de esa reticencia tan escrupulosa, casi obsesiva. Debieron sentir frente a la personalidad de Jesús una impresión similar a la que se siente ante un panorama misterioso.

A pesar de sus aprensiones, lo habían seguido fiel-

mente, atraídos, sin duda, por una especie de seducción especial que emanaba del Maestro, seducción que, sin duda, también constituiría otro enigma para ellos. Habían sido entrenados por él durante varias semanas dedicadas a su formación, estaban no poco familiarizados con él, lo admiraban, lo amaban. Estaban, pues, en condiciones de abordar un tema que ni Jesús ni ellos se habían atrevido todavía a poner sobre el tapete: su mesianismo, y, sobre todo, los alcances de ese mesianismo.

* * *

Sentados sobre la alfombra de pasto verde, junto al nacedero del río Jordán con sus surtidores de agua limpiísima, y frente a la imponente roca a cuya sombra se levantaba el templo marmóreo, en un clima de confianza total y en un arrebató de súbita espontaneidad, Jesús lanzó al aire una inesperada pregunta: “¿Qué dicen las gentes que soy yo?” No se trataba, claro está, de ninguna preocupación narcisista, sino de una táctica pedagógica, de un planteamiento exploratorio para llegar de una forma escalonada a la cuestión final y decisiva. Ante lo inesperado de la interrogación, las respuestas surgieron vacilantes, confusas: “Dicen que Elías, Jeremías...”, “algún profeta”, “he oído que...”

Realizado el planteamiento, la pregunta siguiente era obvia: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Los discípulos quedaron cortados, mudos, mirándose unos a otros. Parecería como si hubiera un tácito convenio de no tocar ese “tabú”, y ahora, repentinamente y a quemarropa, se encontraban ante tan comprometedor pregunta. Después de un prolongado y embarazoso silencio, Pedro, impetuoso, contestó muy resuelto: “Tú eres el Mesías” (Mc 29). Según Mateo, Jesús les contestó con aquellas solemnes declaraciones: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo, a mi vez, te digo que eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los

cielos, y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra será desatado en los cielos” (Mt 16,17-20).

Marcos, a pesar de ser Pedro la fuente de su información, no trae estas palabras. Es evidente que la preocupación pedagógica de Jesús en este momento iba en otra dirección: Marcos, significativamente, continúa con la cuestión candente: “Y les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de él” (Mc 8,30). Palabras semejantes nos transmite Mateo (16,20).

Bien, el panorama está claro: Jesús era el Mesías, confesado como tal por Pedro y con la aceptación del Maestro. Pero ¿qué clase de Mesías? A pesar del adoctrinamiento y del proceso de purificación mental a los que los había sometido, era difícil, por no decir imposible, que los discípulos se hubieran liberado de sus prejuicios triunfalistas sobre el Mesías.

Ahora, pues, había que encarar la segunda fase, la más estremecedora: Jesús tendría que provocar una verdadera catarsis, despojar a la figura del Mesías, tal como se perfilaba en las mentes de los discípulos, de sus vistosas vestiduras y cubrirla de harapos, para que, llegado el momento de la prueba, la realidad no fuera tan decepcionante. Probablemente, éste fue para Jesús uno de los momentos más difíciles de su vida. ¿Cómo explicarles, no ya que era el Mesías de los pobres (eso ya lo habían podido percibir con mayor o menor claridad), sino que sería despedazado, y así salvaría al mundo, y cómo evitar que este anuncio desencadenara una deserción total?

* * *

Inmediatamente después de la escena de la confesión de Pedro, Mateo nos transmite estas significativas palabras: “Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los sumos sacerdotes y ser condenado a muerte” (Mt 16,21).

Marcos (10,32-33), con un lenguaje todavía más gráfico, nos entrega unas pinceladas expresivas de matices

dramáticos: “Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos, y los que los seguían tenían miedo”. Al parecer, esta escena hay que situarla después de la transfiguración.

La descripción no puede ser más vívida y expresiva: el Maestro va delante, él solo, como abriendo la marcha y como llevando a remolque a los renuentes discípulos, que, remolones, siguen dificultosamente sus pasos.

No sólo eso. El texto viene a indicar que ellos estarían asustados, no pudiendo creer lo que estaban viendo. ¿Qué estaban viendo? Que el Maestro sabía que caminaba hacia el patíbulo y, no obstante, había en su paso tanta firmeza y resolución que aquello les parecía una locura suicida. Ellos, por su parte, según el texto, temblaban de miedo.

El hecho es que, a pesar de las explicaciones perentorias que el Maestro les había dado, los discípulos no podían creer lo que veían. Ante su reticente escepticismo, Jesús vio que era necesario descorrer nuevamente la cortina y mostrar ante sus ojos, con pinceladas rojas, la figura asustadora del Siervo Doliente, como si, asustándolos, quisiera quitarles el susto que tenían: “El Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará” (Mc 10,33).

Ante esta reiteración, Mateo nos informa que los discípulos “quedaron muy asustados” (Mt 17,22). La nueva imagen que se les presentaba era tan diametralmente contraria a los viejos preconceptos, que no había manera de derribar su antigua estatua; y Lucas nos entrega este texto, más significativo todavía: “No comprendían esta palabra, y temían interrogarle sobre este asunto” (Lc 9,45). Está claro: les parecía tan disparatada la imagen que se les presentaba, que era imposible conjugarla con sus esquemas mentales. Esto por un lado. Por otro, les resultaba tan aterrador el panorama anunciado, que preferían cerrar los ojos y no saber nada: no se atrevían a hacerle preguntas.

Bajó Jesús del monte de la transfiguración, junto con los discípulos, y abordó la calzada que, pasando por Samaría, conduce a Jerusalén. En el alma de los discípulos palpataba una persistente tensión que no había podido ser del todo despejada por las explicaciones del Maestro. Por eso una niebla baja y cerrada oprimía los valles y hacía pesados los pies de los discípulos, mientras que la resolución ponía alas a los pies del Maestro, hasta el punto de que parecía tener prisa por acercarse a la Capital teocrática.

Al entrar en la zona montañosa de Samaría, Pedro le preguntó a Jesús:

—Maestro, dicen que los puñales brillan en las callejas oscuras de la Capital. ¿Por qué arriesgarnos inútilmente?

—Es posible que Jerusalén sea un nido de víboras —respondió Jesús—; es posible que en su seno se estén fraguando tormentas, pero también es el monte en que la luz lucha con las sombras; y es en Jerusalén donde se levanta el trono de Jahvé nimbado de un santo resplandor. Y un profeta no tiene ascendiente mientras no haya alzado su voz desde sus azoteas.

—Pero ¿qué podemos hacer en Jerusalén, Maestro? Es el reducto de los doctores de la ley —insistió Pedro.

—Antes de que oscurezca el día —agregó Jesús— necesito desatar una tempestad en la Capital, símbolo y centro de nuestra nación. Será una apelación ardiente y definitiva dirigida a todo el pueblo, para obligarlo a rendirse y, como un solo rebaño, entrar en el Reino. Así tendremos un pueblo santo de convertidos, el Pueblo de Dios.

—Maestro —replicó Tomás—, la palabra que esparciste en Galilea se la llevó el viento y se la comieron los gorriones: nada quedó. Otro tanto, y aun peor, puede ocurrir en Jerusalén.

—Es difícil que una higuera estéril, al borde del precipicio, reverdezca y dé frutos —respondió Jesús—. Es posible que mis apelaciones, golpeadas y trituradas por la contumacia, sean esparcidas por el vendaval entre pie-

dras y zarzas. Mucho más: ¿no habéis visto cómo en las grandes marejadas del plenilunio las olas avanzan amenazadoramente hasta reventar contra los acantilados, transformándose en una montaña de espuma? Es posible que mi apelación a todo el pueblo de Israel reviente también, en una crisis total, contra las rocas del fanatismo y la ceguera, y sólo quede también aquí una montaña de espuma.

—¿Y si, duros y sordos como los huesos —insistió Pedro—, todos te rechazan, y estalla la crisis, y las olas te arrastran a las playas de la muerte?

—No será como cuando los lobos hambrientos caen sobre un indefenso rebaño de corderos —respondió Jesús—; no será como las nubes negras que se desatan en granizo y piedra sobre el trigal dorado. No será la fatalidad inexorable de la historia que avanza como un torrente, arrastrando inevitablemente cuanto encuentra a su paso. Mi Padre, que no permite que caigan las hojas del otoño o que muera un gorrión sin su beneplácito, no permitirá que los rayos de la fatalidad caigan sobre su Hijo. Cualquier cosa que suceda será permisión amorosa de mi Padre.

—Maestro —dijo Judas—, a cada paso que des sobre el empedrado de las calles de Jerusalén tropezarás con la hostilidad y la muerte.

—Así se consumará la misión del Siervo —respondió Jesús—. Tengo que subir a Jerusalén para morir allí, si ésa es la voluntad de mi Padre. Mi vida ya está perdida, y poco importa lo que puedan hacer de mí los que ya han levantado el muro y el cadalso.

—Maestro —preguntó Juan—, si el Mesías va a terminar en un patíbulo, ¿dónde quedan las esperanzas que habías suscitado con el anuncio del Reino?

—Sólo los que están hundidos pueden ser rescatados —respondió el Maestro—; sólo los humillados pueden ser ensalzados. La muerte del Siervo no será un espectáculo de infamia, sino de gloria, la revelación suprema del amor. De la misma fuente de donde brota el dolor brota también la alegría, y de la fuente de la ignominia brotará la gloria. Dios entregará a su Siervo en manos de los

pecadores como señal de amor y prenda de perdón; y con su muerte alcanzará el pueblo la felicidad eterna. La muerte no es el final, sino la meta y coronación de la actividad terrena del Siervo. En suma, la palabra anunciada por el profeta, cuyos labios han sido rozados por las brasas y por la miel, tienen que pasar por las llamas del sufrimiento para entrar en la gloria.

—En todas las regiones de Israel —insistió Juan— se erigen en nuestros días numerosos mausoleos en memoria de los profetas para expiar su muerte. El martirio en Jerusalén es, pues, el fin del camino de todos los que ejercen el ministerio profético.

—La historia de la salvación —explicó Jesús— es una cadena ininterrumpida de martirios de profetas y siervos de Dios, desde Abel hasta Zacarías, hijo de Yoyada. El último eslabón de esa cadena fue el Bautista. ¿Qué destino espera a este definitivo enviado de Dios que les habla? Ser discutido, rechazado y ejecutado por los mismos destinatarios de su misión.

—Sería un final atroz e incomprensible —exclamó Pedro.

—Breves fueron mis días entre vosotros —respondió Jesús—. Si mi voz llega debilitada a vuestros oídos y mis palabras se desvanecen en la memoria, mi muerte perdurará como un pilar enhiesto en vuestro recuerdo y se levantará como un memorial en las alturas de edad en edad. En Jerusalén terminaré. Pero de nuevo volveré del gran silencio como vuelve la pleamar. Y de nuevo nos reuniremos y nos daremos la mano, y nos sentaremos a la mesa. A Jerusalén debo ir; allí culminará el día y se apagará la lámpara.

Nadie ha hablado como este hombre

Caminaba Jesús por el espinazo del macizo central, entre los últimos contrafuertes de la serranía. A pesar de que iba rodeado de discípulos, el Pobre estaba solo; nadie podía acompañarlo a los abismos dolorosos y últimos de su misterio. En esos momentos soplaban por sus comar-

cas interiores no se sabe qué vientos de urgencia, envueltos en una indefinible niebla de aprensión. Por otra parte, todas las explicaciones habían sido incapaces de aventar el miedo del alma de sus discípulos. A pesar de que caminaban juntos Maestro y discípulos, una inmensa distancia los separaba. Jesús temía por ellos.

La soledad del Pobre estaba agravada, además, por otros factores: “Los judíos lo buscaban para matarlo” (Jn 7,1). Mal se siente el ser humano cuando no es amado; mucho peor cuando es rechazado. ¿Cómo se habrá de sentir cuando es odiado, cuando se lo busca para asesinarlo?

Casualmente, en este mismo viaje Jesús se encontró con sus parientes: “Ni siquiera sus hermanos creían en él”, dice Juan (7,5). Le argumentaban: Has fracasado en Galilea; los distinguiste con tantas palabras y milagros, y ya ves los resultados: todos te han abandonado. ¿Por qué no vas a Judea? Tal vez allá tengas mejor suerte (Jn 7,3-9).

En suma, odiado por los judíos, despreciado por sus familiares, solo aun en compañía de sus discípulos..., ¡qué pascua la suya!, ¡qué travesía dolorosa a través de las aguas saladas! El Pobre respondió a sus familiares: El mundo os deja en paz a vosotros porque vosotros le pertenecéis. Pero a mí me odia porque soy un espejo que, por reflejo y contraste, testimonia y certifica que sus obras son perversas.

* * *

Llegó la fiesta de los Tabernáculos o de las Cabañas, que se celebraba entre fines de septiembre y principios de octubre. Se llamaba *fiesta de los Tabernáculos* porque Jerusalén se inundaba de innumerables cabañas construidas con diversidad de materiales; y todo en recuerdo del Tabernáculo de la Alianza que acompañó a los israelitas en la travesía del desierto. Por otra parte, la festividad coincidía con el fin de la vendimia y de las cosechas, por lo que su celebración poseía un carácter especialmente bullicioso y popular.

En esta oportunidad, antes de iniciarse la festividad ya habían llegado numerosos peregrinos procedentes de Galilea con un manojo de ramas de mirto y de sauce en sus manos, según la costumbre. Se distinguía a los galileos por su acento peculiar.

Al ver al grupo, y dándose cuenta de que eran galileos, los judíos de Jerusalén y de la Dispersión les lanzaron esta curiosa pregunta: “¿Dónde está aquél?” Esta manera de preguntar, tan incisiva y original, está indicando a las claras el grado de popularidad del Maestro de Nazaret y que el nombre de Jesús tenía ya una resonancia nacional. ¿De dónde le venía tal popularidad? ¿Era el eco de sus poderosas actuaciones en Galilea? ¿Había actuado también en la Capital, como lo testifica el Cuarto Evangelio, con ocasión de las festividades pascales anuales?

Juan nos transmite estos significativos versículos: “Entre la gente se oían muchos comentarios acerca de él. Algunos decían: ‘Es bueno’. Otros decían: ‘No, engaña al pueblo’. Pero nadie hablaba de él abiertamente por miedo a los judíos” (Jn 7,12).

El panorama está claro: no sólo su popularidad era inmensa. Mucho más: a nadie lo dejaba indiferente, despertaba un vivísimo interés, siendo su nombre objeto de apasionada controversia: para unos era un hombre cabal y auténtico; para otros, un embaucador, lo que demuestra hasta qué punto las autoridades habían logrado desacreditar el nombre de Jesús. La opinión pública, pues, hervía apasionada por Jesús, unos a favor, otros en contra, pero todos hablaban en voz baja por miedo de las autoridades religiosas, que habían puesto su nombre en entredicho. Incluso nos informa Juan que en los primeros días de la festividad el Maestro vivía en la clandestinidad: “no manifiestamente, sino de incógnito” (Jn 7,10). De alguna manera, Jesús estaba proscrito.

* * * .

Promediada la fiesta, salió Jesús de su anonimato, se hizo presente en el atrio exterior del templo y se puso a enseñarles. La masa de peregrinos, al enterarse de que el

profeta de Galilea estaba hablando, se arremolinó en torno a él. Sus palabras eran directas, incisivas, interpeladoras. Los judíos, tanto los admiradores como los detractores, asombrados, exclamaban: ¿Qué es esto? Este hombre no ha estudiado en ningún *Bet Ha-Midrash*, ¿cómo sabe tanto? ¿De dónde le viene esta sabiduría? Otros decían: ¡Cuidado! No tiene autorización para predicar, porque no ha cursado estudios ni ha obtenido diploma alguno; es un entrometido.

Jesús les respondió: —Yo no sé nada. No he estudiado en ninguna escuela superior, ni me he sentado a los pies de los grandes Maestros, ni tengo grados académicos. Sólo sé una cosa: que cumplo la voluntad de mi Padre; y este solo hecho me transforma en vidrio transparente que deja pasar nítidamente la doctrina de mi Padre. De tal manera que mis palabras no son mías: yo no hablo por mi cuenta, por eso no soy ningún impostor. Impostor es aquel que habla por su cuenta buscando su gloria. Pero no es ése mi caso, porque a mí sólo me interesa la gloria de mi Padre y no mi propio prestigio (Jn 7,16-18).

¿Os acordáis —continuó el Maestro— de lo que sucedió en los tiempos antiguos? Bajando del monte, Moisés entregó al pueblo la Ley grabada en la piedra. Pero todos vosotros no habéis hecho otra cosa que pasearos por encima de la Ley, intentando asesinar me una y otra vez. ¿Se puede saber por qué queréis matarme?

—¡Estás loco! —le respondió la gente—, tienes demonio. ¿Quién es, dónde está el que quiere matarte?

—Vosotros andáis diciendo por ahí —respondió Jesús— que soy un blasfemo, porque he restituido la salud a un pobre enfermo en sábado, y que por eso tengo que morir bajo las piedras. En realidad, sois vosotros los que no cesáis de apedrear la misericordia y el amor en la plaza pública de la ciudad, y por defender la letra pisoteáis el espíritu.

Algunos judíos de la Capital, muy metidos en los entretelones del Sanhedrín, se decían unos a otros: —¿Qué está pasando aquí? Pero ¿no es éste aquel a quien los sumos Sacerdotes querían prender y ejecutar? ¡Ahí está hablando tranquilamente con la mayor libertad, y nadie

le dice nada! ¿Será que las autoridades, al comprobar la potencia de sus hechos y palabras, habrán reconocido por fin que éste es el Enviado? Pero ¡no puede ser! Todos sabemos de dónde viene éste: del País del Norte. Pero cuando llegue el Mesías, ¿alguien podrá descifrar el enigma de sus orígenes?

—Vosotros presumís conocerme, ¿verdad? —les respondió Jesús— Os equivocáis... No vengo del País del Norte, ni del gran círculo de la luz, ni de las islas remotas. Vengo de una patria profunda, alta y distante. Mi Padre es mi patria. Y no he venido, he sido amorosamente enviado. Por eso en mi exilio se respira una consoladora soledad, y en mi soledad resuenan, día y noche, las canciones y palabras de mi Padre; y por eso mis palabras naufragan una y otra vez en vuestras corrientes interiores, porque vosotros no conocéis al que me envió, y, por consiguiente, tampoco me conocéis a mí.

Al escuchar estas palabras, ellos entendieron que Jesús se consideraba Enviado e Hijo de Dios. Como consecuencia se produjo ahí mismo una agitación tumultuosa. En realidad, el auditorio se dividió entre admiradores y detractores. Estos últimos quisieron avalanzarse sobre Jesús para prenderlo, pero los partidarios se lo impidieron, mientras les gritaban: Cuando venga el Mesías, ¿creéis vosotros que hará más prodigios que éste?

La policía secreta del templo, que estaba presente entre la gente, al escuchar estos comentarios de los simpatizantes de Jesús, se alarmó, y apresuradamente, se presentaron a los sumos Sacerdotes para informarles sobre lo sucedido. De inmediato, los sanhedritas enviaron oficialmente un fuerte destacamento de guardias armados con la orden perentoria de apoderarse por la fuerza de Jesús y, fuertemente amarrado, conducirlo ante el tribunal del Sanhedrín. Llegaron, pues, los guardias a las proximidades del lugar donde Jesús estaba actuando y dispersándose entre la multitud lo observaban todo atentamente.

* * *

Entonces Jesús elevó enérgicamente la voz y dijo: —Poco tiempo me tendréis entre vosotros, pues pronto regresaré al Hogar de mi Padre. En mi exilio he manejado el arado y la fragua, el martillo y el laúd y he jugado con vuestros hijos. Pero ahora soplan vientos de muerte que me arrastrarán hasta el Umbral. Pasada la frontera, estaré de regreso en el Hogar de mi Padre. He voceado en las montañas, he velado el sueño de vuestros niños y he soltado los pájaros enjaulados. Pero llega la hora, mi hora. Me voy, y vosotros no podéis seguir mis pasos, como la brisa no puede seguir las huellas de la tempestad. A donde yo voy vosotros no podéis venir, y moriréis en vuestra contumacia. Vuestros pies se arrastran por el suelo, pero mis alas se remontan a los espacios, porque soy de arriba; pero vosotros sois de aquí abajo. Me buscaréis, pero no me encontraréis (Jn 7,33-38; 8,21-24).

Los judíos, tanto los partidarios como los adversarios, comentaban entre sí: —¿Qué está diciendo? ¿Que va a retirarse a algún lugar donde no podremos encontrarlo? ¿Se irá, acaso, a la Dispersión para evangelizar a los griegos? ¿O se retirará a la clandestinidad? No entendemos nada.

Nuevamente Jesús levantó fuertemente la voz y dijo: —Todos los sedientos del mundo que estáis buscando agua fresca, venid a mí. Yo soy la fuente que brota, fresca, entre los cerros; mis aguas van rodando de roca en roca hasta transformarse en el seno de quienes me beben en corrientes que saltan, como surtidores, hasta las alturas eternas. Como el arroyo cuenta sus secretos al mar, yo entregaré los secretos de mi Padre a quien se acerque a abrevarse con mis aguas; y los que me beban serán como los arroyuelos que caminan, contando los secretos de mi Padre a los huertos y trigales en su ruta hacia el mar.

Muchos de sus oyentes, al escuchar estas palabras, decían: “Éste es, sin duda, el profeta”. Otros decían: “Éste es el Mesías”. E inmediatamente, como de costumbre, los contrincantes se enzarzaron en una complicada discusión: ¿Acaso el Mesías viene de Galilea? ¿Qué dice la Escritura sobre el lugar de origen del Mesías? “Se origi-

naron, pues, discusiones entre la gente a causa de él. Algunos querían detenerle, pero nadie le echó mano” (Jn 7,43).

¿Y qué fue del piquete de guardias destacado por el Sanhedrín? Habían llegado con el mandato expreso de capturar a Jesús y llevárselo ante el tribunal. Ésta era la táctica que debían seguir: se mezclarían entre la multitud mientras Jesús hablaba. Una vez que el Maestro hubiera concluido su actuación y la muchedumbre se hubiera dispersado, en un movimiento envolvente caerían sobre el profeta, lo prenderían y se lo llevarían. Entre tanto, debían esperar. Pero la espera se tornó en curiosidad: ¿Quién es éste en el que tanto se interesa todo el Sanhedrín? Y la curiosidad derivó rápidamente en admiración: “Nunca hemos oído hablar de semejante manera”. Y la admiración acabó en una completa seducción. Decidieron no capturarlo, no por miedo a la gente, sino simplemente porque el profeta les había inspirado un profundo respeto. ¿Qué tenía este hombre?

Allí estaban los sumos Sacerdotes, impacientes, esperando que de un momento a otro apareciera la patrulla conduciendo a Jesús. Y, efectivamente, pronto regresaron los guardias, pero sin el profeta de Galilea. Los sanhedritas se llevaron una gran decepción, que se tradujo en esta amarga pregunta: ¿Tampoco vosotros lo pudisteis detener? Los guardias contestaron con aquellas palabras que revelan el impacto que habían experimentado al ver y oír al Maestro: “Jamás un hombre ha hablado como este hombre”.

Ante esta respuesta, los sanhedritas se enfurecieron y comenzaron a descargar todo su despecho contra los guardias, reprochándoles: ¿Qué? ¿También vosotros os dejasteis embaucar por ese farsante de Galilea? ¿Acaso ha creído en él algún intelectual, algún sacerdote, algún doctor o fariseo? Sólo esos “malditos” (Jn 7,49), esa chusma plebeya, sólo esos ignorantes se van detrás de ese embaucador.

—¡Un momento, compañeros del Sanhedrín! —interrumpió Nicodemo—. ¿Acaso nuestra ley condena a un

hombre sin haberle oído antes y sin tomar conocimiento de lo que realmente hace?

—¿Qué? —le replicaron, furiosos, los sanhedritas a coro—: Estudia las Escrituras y verás que de Galilea no puede salir ningún profeta (Jn 7,25-53).

Así pues, la tormenta estaba a punto de estallar. Jesús era un signo rojo de contradicción y las espadas relumbraban en lo alto.

El Padre y yo somos una misma cosa

Al anoecer de aquel día, el Pobre de Nazaret, fatigado y bastante tenso, se retiró, él solo, al Huerto de los Olivos. Siempre que actuaba en Jerusalén pernoctaba en Getsemaní (Lc 22,39); ésta era su costumbre. Había allí un roquerío que conformaba una concavidad a manera de una gruta natural. Allí se refugiaba para pasar las noches, amparándose así del frío nocturno. Desde esta oquedad el Pobre podía divisar, entre cipreses y olivos, una franja de hermoso cielo estrellado. Era un lugar ideal para orar y descansar.

Esta noche necesitaba serenarse y consolarse. Había sido una jornada en exceso agitada y áspera: había aún fisuras en su alma, surcos abiertos por los relámpagos del día. Al llegar a la gruta, dobló las rodillas, tomó su cabeza entre ambas manos y apoyó sus codos en un saliente de roca. En esta posición permaneció por largo tiempo, mientras se serenaba. Tenía la sensación de estar descansando en la roca del Padre. Luego comenzó a orar intensamente concentrado, con frases lentas, entrecortadas:

—Adonai, mi Señor y Padre. Una vez más vengo en busca de aquel aceite que destila consolación y comunica vigor, sanando las heridas. Siempre me he esforzado por captar el lenguaje de los hechos, que guardan escondida, y como cifrada, tu voluntad. Mi alma no puede descansar sino en el regazo de tu Voluntad. Y esta noche, una vez más, y hoy más que nunca, vengo a poner mis llaves en tus manos: donde quieras, como quieras, cuando quieras.

Sobre las cenizas muertas de mi voluntad enciende Tú la llama viva de la redención. Ya quebré mi arco y destruí mi aljaba: ya no soy un combatiente, ahora soy un simple y pasivo campo de batalla. Sobre el escenario de mis días extiende Tú el mapa de la estrategia de la salvación. Siervo tuyo soy: lo que Tú quieras, quiero yo. Y esta certidumbre inunda de alegría mi yo último. Por muchas que sean las naves que surquen mis costas y las embarcaciones que toquen mis playas, un solo timón guía mi nave por los altos mares: tu Santa Voluntad. Suelta, pues, tus vientos, agita tus corrientes y llévame a donde quieras.

* * *

A la mañana siguiente regresó feliz a la ciudad. Lucía descansado y animoso. Convocó a sus discípulos y les dijo: —He podido comprobar que vosotros no os sentís bien en este ambiente de la Capital. Somos provincianos del país del Norte. Los capitalinos nos distinguen por nuestra manera de hablar y nuestras costumbres les resultan extrañas. Esta noche he pedido alas para poder volar por los rumbos que nos señalen los indicadores del Padre. ¡En marcha, pues!

Salieron de la ciudad y fueron descendiendo por la vereda que corría junto a la muralla occidental del templo. Abordaron después la ruta que transita junto al torrente Cedrón, hasta que conectaron con la calzada romana que descendía, en un desnivel muy pronunciado, hacia la ciudad de las palmeras: Jericó. Caminaban pausadamente, deteniéndose con frecuencia a descansar a la sombra de los espinos y los álamos.

—Maestro —observó Pedro—, el ansia acopló alas a tus pies para subir a Jerusalén, y ahora parece que estuviéramos huyendo de la ciudad.

—Nos esperan pruebas fuertes y situaciones difíciles —contestó Jesús—. Necesitamos endurecer la piel y adiestrar las manos en la soledad para el combate que se avecina. Entre la bruma del crepúsculo y las rosas del amanecer se desatará la tempestad, y debemos estar preparados para no naufragar en medio del oleaje.

—¿Y cuándo vas a lanzar aquella ardiente apelación a todo el país? —preguntó Juan.

—Acabamos de iniciar el prelude de la gran tragedia —respondió Jesús—, pero no ha llegado aún el gran momento, mi hora. Conviene que la apelación tenga un escenario adecuado, porque el requerimiento se hará de manera manifiesta. Cuando los almendros y los manzanos estén en flor, cuando se avecine la Gran Pascua, los caminos y los habitantes de la nación convergerán sobre Jerusalén. Esa fecha, que recuerda el nacimiento de nuestra nación y la liberación de toda esclavitud, será mi hora para el renacimiento del verdadero y nuevo pueblo de Israel.

—¿Y el bautismo con el que vas a ser bautizado? —insistió Juan.

—El cordero —respondió Jesús— puede ser devorado por los lobos en la oscuridad de la noche, pero su sangre teñirá las piedras del camino, que delatarán el crimen, hasta que la aurora revele todo el misterio. Llegará el momento en que el dolor se transfigurará en amor, a condición de que haya un bautismo de dolor, un sumergirse en el valle de la oscuridad. Pero no importa: volveré, volveré ataviado con vestiduras de gloria.

* * *

Es tarea absolutamente imposible reconstruir el itinerario de Jesús en los últimos meses de su vida en el territorio de Judá. Los evangelistas se hallan aquí, más que nunca, en constante y completa contradicción. No hay manera de poner un mínimo de orden en la topografía y cronología seguidas por Jesús. Así y todo, una aproximación relativa podría ser la siguiente:

Después de la festividad de los Tabernáculos, Jesús permaneció algunos días, se supone, en la Capital. Luego se encaminó hacia el Jordán, concretamente a Bethabara, aquel vado del río donde Juan había actuado, unos kilómetros al norte del Mar Muerto.

Regresó apresuradamente a Betania, aldea muy próxima a Jerusalén, por razón de la enfermedad de Lázaro.

La cronología de este hecho coincidiría con la festividad de la Dedicación, en el mes de diciembre, época en que encontramos a Jesús actuando en Jerusalén.

Algo más tarde se habría retirado a una ciudad llamada Efraín, al borde del desierto y cercana al Jordán, al noroeste de Jerusalén. Desde Efraín habría subido lentamente a Jerusalén, pasando por Jericó y Betania, para la entrada triunfal y los acontecimientos decisivos de la semana de Pascua.

* * *

Jesús y los suyos continuaron el viaje. A medida que avanzaban, descendiendo, la vegetación era más rala y el calor más intenso. Pasaron por Jericó, atravesaron el río Jordán (aproximadamente por donde otrora atravesara Josué con su pueblo) y llegaron a la comarca donde tiempo atrás había actuado el Bautizador. Desde allí debió salir el Maestro en múltiples excursiones apostólicas.

En una de estas andanzas, un doctor de la Ley, que al parecer estimaba verdaderamente a Jesús, quiso comprobar por sí mismo si el Maestro tenía tanta categoría como fama. Se le aproximó y con mucha sencillez le preguntó: —Maestro, ¿qué tengo que hacer para granjearme la benevolencia del Señor?

No se sabe qué evocaciones suscitaba en Jesús una pregunta como ésa, que sus fibras más sensibles entraban en vibración. Le encantó la pregunta y, gustosamente, se dispuso a internarse en las entrañas cálidas del tema.

—Tú eres perito en la materia —respondió Jesús—, debes saberlo, sin duda. ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees allí?

—Es verdad, Maestro —respondió el doctor—, allí está escrito claramente que ante todo, por encima de todo y después de todo está Dios. Después, el prójimo: tanto interés, tanta preocupación por el prójimo como por ti mismo.

Brisas suaves de satisfacción inundaron el alma de Jesús. Quedó encantado: ¡Muy bien! ¡Correcto! Cumple

con eso y habrá para ti vida y alegría sin fronteras, pondrás en pie ciudades en ruinas y el Resplandor te precederá y seguirá.

Había sonado la palabra *prójimo*, palabra equívoca para un israelita. ¿Quién es realmente el prójimo? ¿Un pariente? ¿Un compatriota? ¿Un correligionario? El doctor, para quedar bien, le preguntó: —Pero ¿quién es mi prójimo? Jesús le respondió con una parábola:

—Una vez bajaba un hombre por ese camino solitario, de pronunciado desnivel, que desciende de Jerusalén a Jericó. Y al pasar por la zona más abrupta emergieron, nadie sabe de dónde, unos ladrones que, como langostas, cayeron sobre él. Le expoliaron de cuanto llevaba, incluso de la ropa. Lo golpearon salvajemente a golpes y puntapiés y lo dejaron medio muerto a la vera del camino. El desdichado ni siquiera podía moverse. Poco después pasó por el mismo camino un sacerdote, lo miró, pero siguió de largo. Igualmente pasó un levita, y la misma cosa: lo miró y siguió su camino.

Finalmente —continuó el Maestro—, pasó también un hombre de Samaría, que, al contemplar aquel espectáculo de horror, se detuvo, miró detenidamente al herido y una corriente de compasión se apoderó de sus entrañas; se le acercó, se inclinó sobre el malherido, vertió aceite y vino sobre sus heridas, lo vendó cuidadosamente, con infinita delicadeza lo subió a su jumento y, sosteniéndolo como mejor pudo durante el trayecto, lo condujo a una posada. Allí lo cuidó personalmente durante toda la noche. A la mañana siguiente, debiendo ausentarse, entregó al posadero un par de denarios de plata y le dijo: Mira, por favor, cuídamelo con mucha diligencia, todos los gastos corren por mi cuenta, y a mi regreso todo te lo abonaré puntualmente.

Al acabar la narración, Jesús estaba transido de emoción. La parábola era perfecta. Fue una magistral exposición didáctica para entender, sin necesidad de definiciones, quién es el prójimo.

Por lo demás, la narración encerraba una indisimulada ironía (¿antipatía?) hacia la religión oficial y una ma-

nifiesta simpatía por los despreciados herejes-cismáticos de aquel tiempo: los samaritanos.

* * *

Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación, que recordaba el siguiente evento histórico: después de las sucesivas y brillantes victorias de Judas Macabeo, este caudillo tuvo la feliz idea de reconsagrar el templo, que había sido profanado una y otra vez por los seléucidas. La fiesta de la Dedicación hacía, pues, referencia a este hecho histórico y se celebraba con gran fervor nacionalista.

Jesús, interrumpiendo su errática peregrinación por toda Judea, se hizo presente en la Capital para continuar con su apelación nacional. Era invierno. Ésta es época de abundantes lluvias y nieve en Jerusalén. Por lo que Jesús, en lugar de actuar en el área exterior del templo, como era su costumbre, se ubicó en esta ocasión en el Pórtico de Salomón. Las altas autoridades no habían perdido de vista ni por un instante al Maestro de Galilea en sus giras apostólicas por las comarcas de Judea; y su presencia en la Capital fue inmediatamente detectada por la policía del templo.

Así pues, apenas Jesús pronunció las primeras palabras, los judíos lo acosaron a preguntas: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Suelta de una vez la verdad verdadera: ¿eres o no el Mesías esperado? (Jn 10,24). Al parecer, se trataba de una preocupación obsesiva por parte de los sanhedritas, como si trataran de liberarse en esta ansiedad; y parecían sinceros. En los repliegues de ese interrogatorio había, sin embargo, serpientes venenosas: si Jesús respondía francamente, tal como ellos deseaban, ya tenían un precioso argumento para acusarlo como agitador político ante los tribunales romanos.

Jesús captó al vuelo el carácter insidioso de la pregunta, y se dispuso a contestarles evasivamente.

—¡Cuántas veces os lo tengo que decir! En realidad, sois vosotros ciegos y sordos que deambuláis en un país

de sombras. ¿Para qué os voy a contestar? Ya os lo he dicho, pero vosotros no me creéis, no queréis creerme.

El silencio —prosiguió— es más fuerte que el fragor de la tempestad; y allí donde nada se oye, allí está la verdad, más alta que las palabras. Vosotros nunca sabréis lo que las olas susurran a las playas o la brisa a los campos. En cambio, mis ovejas oyen mi voz y me entienden; y aunque ellas estén pastando sobre las rocas grises y elevadas, reconocen perfectamente no sólo mi voz, sino mis silbos. ¿Saben por qué? Porque son mías, y las conozco por su nombre, y ellas me siguen, y yo les doy vida eterna; y, aunque soplen las furias por encima de las planicies, nadie las arrebatará de mi mano, porque el Padre me las dio. Y en las profundidades de la eternidad, mi Padre y yo somos unidad augusta: el Padre y yo somos una misma cosa.

Apenas escucharon esta última afirmación, “los judíos cogieron piedras para apedrearlo” (Jn 10,31).

—¡No hay remedio! —agregó Jesús—. Vuestras tumbas permanecerán cubiertas por la nieve. El resplandor del Padre ha soplado a través de mis huesos y ha dejado sobre el camino señales y marcas, pruebas y obras. ¿Por cuál de ellas me apedreáis?

—No queremos apedrearte —le respondieron ellos— por ninguna obra buena, sino por la blasfemia que acabas de pronunciar: arcilla quebradiza como eres, te equiparas a Dios.

—Los que me sigan —insistió Jesús— no conocerán la tierra del olvido y del vacío; antes bien, cavarán su tumba al pie de un roble secular y sus almas descansarán en las playas eternas. El árbol de mi corazón está cargado de frutos: vengan todos los hambrientos, coman y sáciense. Mis palabras son como las semillas del pasado arrojadas en los surcos del futuro. En cuanto a mis obras, os digo: las huellas han quedado grabadas sobre las calzadas y las señales resplandecen en el aire, ¿no las veis? Los hechos son más elocuentes que las palabras y las obras llevan grabada la efigie del Padre, y ellas dan testimonio de mí. Y las obras y el viento esparcirán, noche

y día, la noticia de que el Padre está en mí y yo en el Padre.

Cuando escucharon estas últimas palabras “querían prenderlo, pero se les fue de las manos” (Jn 10,39). ¡Una fuga! Grotesca escena: Jesús corriendo entre la multitud, como un delincuente, perseguido por decenas de fanáticos, casi a punto de ser atrapado por las manos asesinas (“se les fue de las manos”), se les escabulló, quién sabe si dejando jirones de su manto entre sus manos..., símbolo trágico del profeta perseguido por su pueblo.

* * *

Bajó el Pobre por la calzada descendente que conduce de Jerusalén a Jericó entre cerros resecaos y rojizos. El Pobre parecía una sombra solitaria. Su alma navegaba en las aguas saladas y sentía sus entrañas atenazadas por el sobresalto. Durante todo su trayecto fue desgranando uno tras otro los salmos del tiempo de persecución. Ahora más que nunca sentía a su Padre como roca de refugio, fortaleza y consolación.

—Misericordia, Dios mío, que mi alma se refugia en ti. Me cobijo a la sombra de tus alas mientras pasa la calamidad. Se me retuercen dentro las entrañas. Me asalta el temor. Veo en la ciudad violencia y discordia. Estoy echado entre leones devoradores de hombres, sus dientes son lanzas y flechas, su lengua es una espada afilada. Han tendido una red a mis pasos para que sucumbiera. Me han cavado delante una fosa. Misericordia, Dios mío; mi alma se refugia en ti. Mi oración se dirige hacia ti; que tu fidelidad me sostenga. Alabaré tu nombre con cantos, proclamaré tu grandeza por todas las naciones (salmos 55.57.69).

Jesús “se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado antes bautizando, y se quedó allí. Y muchos allí creyeron en él” (Jn 10,40-42).

“Muera uno solo por el pueblo”

La hora se acerca. El desenlace está a las puertas. Los actores de la tragedia estudian sus papeles. El protago-

nista también se prepara. La escena es como una grandiosa *cantata* para la que, por un lado, ensayan los instrumentos de la orquesta y, por otro, las voces del coro.

Por este tiempo —últimas semanas de la vida del Maestro— el Sanhedrín, nos informa el Cuarto Evangelio, abrumado por tanta controversia en torno a Jesús y a causa asimismo del ingente cúmulo de informes, en su mayor parte negativos, que habían llegado a sus manos y de la expectación general y la popularidad despertada por el profeta de Galilea, decidió tomar cartas en el asunto de una manera definitiva y oficial.

El Consejo Supremo convocó a una sesión ampliada (Jn 11,45-54), a la que asistieron numerosos fariseos, asiduos oyentes del Maestro, conmocionados últimamente por la resurrección de Lázaro, y otros muchos testigos, entre los que no faltaban algunos simpatizantes de Jesús. Una sola pregunta, con carácter casi obsesivo, estuvo presente a lo largo de la sesión: “¿Qué hacemos con este hombre?” Tenían motivos para no rozar al Maestro ni con el pétalo de una rosa, porque estaba cercado de altas llamas de popularidad. Pero también tenían motivos para intentar expulsarlo de la patria de los vivientes. ¿Qué hacemos?

—“Este hombre realiza muchas señales” —concordaban todos—. En efecto, sus poderosas actuaciones, en hechos y palabras, estaban a la vista, evidentes e impactantes; tanto para sus partidarios como para sus opositores era algo imposible de negar. Por ese lado, mejor dejar las cosas como estaban.

—Pero ¿qué puede suceder? —preguntó un connotado fariseo—. Si no le cerramos el paso, si no sembramos de espinos y ortigas su ruta, la bandera de este hombre avanzará, como un ciclón, por toda la nación; los humildes lo recibirán con los brazos abiertos, el pueblo en masa se sumará a su movimiento, ese Reino que preconiza, y nadie será capaz de detener la marea.

—¿Y cuáles podrían ser las consecuencias políticas? —preguntó otro prominente miembro del Consejo—. No esperéis que el fuego venga de arriba. Aquí abajo, de las mentes enfebrecidas de los fanáticos saltará la llama in-

contenible de la insurrección. ¿Y qué sucederá? Ya estoy escuchando el sordo ruido hecho de estrépito de caballos de las cohortes romanas, de trompetas y cuernos: todo saltará por los aires hecho añicos; cargarán sin misericordia contra nuestras sagradas instituciones; de la Ciudad Santa harán un campo arado y las lechuzas anidarán en el entramado del templo. El país entero será pasto de las llamas devoradoras.

—¡Acordaos de Séforis —gritó un saduceo— cuando el delegado imperial de Siria la redujo a escombros, hace dos décadas, a causa de la insania enfebrecida de unos locos galileos! Desconfiad de los galileos, y con mayor razón de ese iluminado de Nazaret. Llegó la hora de cortarles las alas.

Y en medio de tantos alegatos y testimonios contradictorios, de pronto irrumpió intempestivamente en la sala el sumo sacerdote Caifás. Cortó por lo sano el coro de comentarios y, con un tono autoritario, los increpó: ¿A qué vienen tantas discusiones? ¡Vosotros no sabéis nada! Sería absurdo que una nación entera desapareciera por causa de un hombre. Lo lógico es que un hombre muera por el país entero (Jn 11,50).

El Maestro de Galilea, venía a decir Caifás, podrá ser un hombre de Dios, de brazo potente y brillante palabra, incluso un idealista ajeno a cualquier intento insurreccional, ¿qué más da? Lo cierto es que, sacrificando a este hombre, la nación entera se librará de la ruina: razón suficiente para que muera.

“Desde este día decidieron darle muerte” (Jn 11,53). Palabras de piedra. Sólo se ve el desierto donde apenas se divisa un cuervo. Imprevistos incendios llenaron la tierra y columnas de humo cubrieron el cielo. Por más que el profeta de Galilea resucite muertos o inunde la tierra de certezas divinas y palabras sagradas y aunque el lucero matutino resplandezca sobre su frente, la sentencia está dictada: ¡que el Nazareno sea expulsado de la tierra de los vivientes!

“Los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que si alguno sabía dónde estaba lo notificara, para detenerlo” (Jn 11,57). Como serpientes invisibles,

los espías se ocultaron debajo de las piedras, en los recovecos de las murallas, despiertos en la noche, vigilantes desde la oscuridad. ¡Jesús de Nazareth! ¿De qué sirve el lamento de un profeta distante? Sólo el amor y la muerte transfiguran la faz de la tierra. Una muerte violenta bajo la tormenta es más gloriosa que la dulce muerte en los brazos de la senilidad. Morirás en silencio. No se oirán protestas, pero el viento dispersará tus palabras y la vida retornará como retorna la primavera.

* * *

Cabe suponer que, mientras duraba su errante peregrinación por las comarcas de Judea, Jesús no estuvo desconectado de sus simpatizantes y amigos de la Capital, y que éstos, como es obvio pensar, habrían transmitido al Maestro la noticia de la sentencia a muerte y la orden de arresto dictadas por el Sanhedrín contra él.

Cuando Jesús se enteró de la noticia restarían dos semanas para la Pascua. El Maestro, en lugar de enfrentarse de inmediato a las autoridades y salir, a cara descubierta, en busca de la muerte, optó por retirarse: “Por eso Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que se retiró de allí a la región cercana, al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y se quedó allí con sus discípulos” (Jn 11,54).

¿Qué significado podría tener esta retirada? ¿Una fuga? ¿El paso a la clandestinidad? ¿Una preparación espiritual para la muerte redentora? No olvidemos que era costumbre de Jesús retirarse a lugares solitarios antes de acontecimientos importantes para su misión. ¿O quiso forzar los acontecimientos de tal manera que la interpelación final y el martirio coincidieran con la Pascua, aniversario del nacimiento de Israel como nación?

Sembrar y morir

Salió el Maestro, rodeado de los suyos, a las proximidades de Efraín. Quería dedicar un día completo al adoc-

trinamiento de sus discípulos. Se dirigieron a un cerro vecino, y en el camino Juan exteriorizó así su preocupación:

—Maestro, no lo podemos evitar: una marejada de tristeza nos ha inundado al enterarnos de la sentencia del Sanhedrín contra ti. Estamos confundidos: ¿qué será de tu misión en este mundo?

—Breve como un día de invierno y simple como una caña recta será mi vida: sembrar y morir. Como el destino de los meteoros es perderse en los espacios oscuros, mi peregrinación acabará en el santuario de la muerte. No veré germinar ni crecer el trigo. Después de lanzar la semilla sólo me resta prepararme para morir. He sembrado sin fatiga, he derramado a mi paso salud y bondad; no tendré, sin embargo, la satisfacción de comprobar los resultados.

—Pero, Maestro, con tu muerte todo acabará —insistió Juan.

—Todo comenzará —respondió el Pobre—. La condición que el Padre me pide es mi sacrificio. Una vez consumada mi inmersión en las aguas de la muerte, en el mismo instante la planta levantará cabeza y comenzará a escalar alturas. ¿Recordáis cuántas veces os hablé del grano de trigo? Si no cae en tierra, permanece estéril; si muere, da mucho fruto. Mi vida como sembrador ha sido precaria. La siembra ha terminado, ahora me corresponde desaparecer.

—Maestro —protestó Pedro—, bien podrías haber evitado entrar en conflicto con las autoridades.

—En la hora de mayor peligro —agregó Juan— pude haber salido del círculo de fuego y haberte alejado a las alturas de Golán o perderte en los montes Gelboe.

—Una vez que los indicadores del Padre —respondió Jesús— me advirtieron que el centro de gravedad de mi misión sería mi propio martirio y una vez que la advertencia se convirtió en convicción, mi impaciencia pone alas a mis pies. ¡Con un bautismo tengo que ser bautizado! ¡Y cómo me siento impaciente y cuánto ansío que se precipite el desenlace final! Dentro de pocos días subiremos a Jerusalén, y en el momento señalado se encenderá

la pira del martirio. Ya está sembrada la semilla, ¿para qué esperar más?

Y acabó diciendo el Pobre: —Tengo ganas de depositar mi vida en las manos del Padre, como una ofrenda máxima de amor y como precio de rescate. A veces me parece no entender nada, pero aun así sólo sé una cosa: mi Padre guía la nave y en sus manos me dejaré llevar a donde quiera, como quiera, cuando quiera. Con los ojos cerrados, y abandonado, entraré en el túnel oscuro y misterioso, aunque no vea ninguna luz hasta el final. Será la obra de mi vida. El drama lo he de cumplir hasta su consumación. El resto lo hará el Padre.

Entrevista con Judas

Al caer la tarde, el Maestro invitó a los discípulos a regresar a Efraín para pernoctar, notificándoles al mismo tiempo su intención de pasar la noche solo en la montaña. En efecto, los discípulos fueron descendiendo lentamente por las lomas onduladas, levantando a su paso una densa polvareda que, encendida por el sol poniente, semejava una dorada nube que los envolvía, ocultándolos. Mientras descendían, sólo Pedro pronunció algunas palabras, sin mucha lógica, como intentando romper el denso silencio que los envolvía a todos, mientras rumiaban los negros presagios que habían escuchado aquel día y temerosos de quién sabe qué terribles fantasmas.

Por momentos parecía un tropel derrotado y abatido. Otras veces diríase que era un grupo de conspiradores.

Allá arriba el Pobre se sumergió en las aguas más hondas de sus abismos, en las que los dos, el Padre y el Hijo, se encontraron en un abrazo en que cada uno lo recibía todo y todo lo daba, y todo se lo comunicaban en un inefable silencio. Desde el valle del Jordán, la noche iba ascendiendo como una nube oscura, borrando a su paso los perfiles de los huertos y los cerros. De pronto comenzó a escuchar Jesús el sordo y lejano rodar de piedras por la pendiente del cerro en cuya cumbre se hallaba. Alguien subía. ¿Quién sería? Era Judas. Encor-

vado sobre sí mismo, ascendía dificultosamente los últimos tramos de la pendiente. El Pobre, en un primer momento, sintió una cierta contrariedad, porque quería descansar esa noche en el seno del Padre. Pero muy pronto reaccionó, sustituyendo la contrariedad por una cálida cordialidad que extrajo desde los misteriosos cofres del corazón. Y esa cordialidad, hecha de simpatía y ternura, no le abandonó mientras duró la memorable entrevista nocturna.

* * *

Ardiente como el odio, frío como la muerte, bronco como un temporal, pero noble como un roble, llegó Judas hasta la presencia del Maestro, diciéndole:

—¡Shalom, Rabí! Te pido disculpas por interrumpir tu intimidad.

—El amor —respondió el Pobre— me tomó en sus alas y me condujo al monte. Y mis brazos son, en esta noche, dos llamas de amor para acogerte en el fondo de mi ser, hermano Judas. ¡Bienvenido seas!

—Enormes peñascos, altos y grises —agregó Judas—, se levantan en mi alma: son los conflictos, las contradicciones e interrogantes que arden, día y noche, en mis abismos y no me dejan en paz. Hay batallas encendidas en mis campos, Rabí.

—Un día —respondió el Pobre—, calmé el mar encrespado, ¿recuerdas? ¡Quién sabe si esta noche no podré apaciguar también tus embravecidas olas! En tiempos pasados, torres altivas erigidas por la audacia fueron demolidas por el miedo. Espero que los vientos de tu alma puedan ser conjurados esta noche por la magia del amor. Habla, hermano Judas.

—Maestro —preguntó Judas—, ¿dónde quedó el antiguo orgullo de Isarel, cuando los Macabeos vencieron a los odiados seléucidas? El pueblo está indefenso, sin armas, la ciudad aterrada. No se oye siquiera un grito de protesta. Hace unos meses subimos contigo a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Dedicación. ¿Qué sentido tiene celebrar una fiesta de liberación cuando estamos sojuzgados por los romanos?

—Nuestra liberación —respondió el Pobre— no está tan lejos, hermano Judas. Organizar y adiestrar un ejército para enfrentar las legiones romanas es tarea relativamente fácil. No he venido para aniquilar a los seléucidas ni a los romanos. He venido a traer otra liberación: a sujetar a los demonios del corazón, a transformar el odio en amor y la venganza en perdón, a poner en desbandada las legiones del egoísmo, a devolver bien por mal y amar al enemigo, a conquistar los imposibles y alcanzar una estrella con la mano. Cuando se haya culminado esta liberación ya no será posible en el mundo la dominación de los unos sobre los otros.

—Tú has dicho —insistió Judas— que no has venido a traer la paz, sino la espada.

—Pero no la espada de los Macabeos —respondió Jesús—, sino aquella otra que cercena la cerviz de los áspides, las serpientes que se esconden en los repliegues del alma.

—¿De qué sirve preocuparse del alma? —interrumpió bruscamente Judas—. ¿Qué significa amar al enemigo cuando los romanos nos tienen con el puñal al cuello?

—Con el puñal al cuello —respondió el Pobre— se puede volar como águilas por los espacios de la libertad. Podrá rodar la cabeza al golpe de la espada, pero no hay temporal que pueda apagar esa antorcha encendida por Dios que es el espíritu del hombre.

—Mi destino —insistió tercamente Judas— es liberar a mi pueblo; y esto es lo único importante.

—Si no comienzas por liberar tu alma —respondió Jesús—, me temo que no hagas más que sustituir una tiranía por otra. Y en cuanto a lo demás, sólo hay una cosa importante: la voluntad del Padre; todo lo demás es relativo. Cuando una nación es libre puede suceder que las demás lo sean menos; y con frecuencia se conquista una libertad a costa de otras libertades.

—Digas lo que digas —replicó enérgicamente Judas, poniéndose en pie—, no descansaré hasta que Roma haya doblado sus rodillas ante el Caudillo de Israel.

—En la familia de mi Padre —replicó Jesús—, ¿acaso hay diferencia entre judío y romano? El viento pasa junto

a nosotros cantando, sollozando, lamentándose; lo sentimos, pero no lo vemos; percibimos su aliento, pero no distinguimos su forma. Así es el espíritu del Padre: es el espíritu de libertad, y ese espíritu es uno solo y sopla en Alejandría, en Babilonia, en Roma o en Jerusalén: todos somos hermanos e hijos de un mismo Padre. Lo demás es copa de amargura, fruto de dolor. En vano intentan soplar sobre las cenizas muertas. Sobre el escenario del tiempo, al final, sólo queda una familia. Para percibir esta verdad necesitamos una vibración mágica que nos saque del mundo de pesos y medidas, razas y colores.

—¡No puede ser! —replicó Judas, impaciente, casi encolerizado, pasando a la ofensiva—. Con esos pensamientos el fuego reducirá a cenizas nuestra religión, nuestra historia y nuestra nación, y el viento esparcirá sus despojos sobre el Valle del Gehenna. Conoces todos los senderos de nuestras montañas, Maestro. Te he visto resucitar muertos y hacer brotar primaveras en los páramos. ¿Qué te costaría, por qué no vuelcas todo tu poder en la liberación de tu pueblo? ¿Por qué no te comprometes de una vez por todas con nuestra causa?

—Un recuerdo —replicó Jesús— me asalta en este momento: cuando yo tenía unos quince años recuerdo muy bien cómo Judas el Galileo y sus compañeros acabaron en la cruz junto al camino que va de Nazaret a Séforis. Yo no tengo miedo a la cruz. Por lo demás, ya estoy comprometido, hermano Judas. Mi vida no me pertenece. Nadie me la arrebató violentamente, porque ya la entregué voluntariamente en manos de mi Padre para que Él haga de mí lo que quiera, cuando quiera y como quiera. No tengo nada que perder, o mejor, mi vida ya está perdida. Estoy comprometido con mi pueblo, hermano Judas, porque no hay mayor compromiso que dar la vida por los amigos. Faltan tres semanas, y mi vida se consumará en el holocausto de la Gran Pascua de Liberación. Nacido en la cuna del dolor, extranjero en mi propia patria, profeta perseguido por mi pueblo, no me corresponde ahora sino ser arrojado de la vida, exiliado de todos los derechos, hecho Pobre Absoluto en el amor absoluto.

—¡Jesús de Nazaret! —gritó Judas, exasperado, poniéndose de nuevo bruscamente de pie, en medio de la oscuridad de la noche—, eres irreductible como el sílice. Siempre he oído decir que el amor y el odio son dos caras de la misma moneda, así como también la fidelidad y la traición. No sé si el arcángel Gabriel o el mismísimo Satanás, pero alguien me está inspirando en las últimas noches, me está insinuando que lleve a cabo un vasto crimen de profundidades eternas...

—Te escucho, querido hermano Judas —dijo Jesús mansamente.

—Te voy a entregar —dijo Judas, asustado de su propia confesión y con palabras entrecortadas— en manos de los romanos. Será la prueba para comprobar si eres el verdadero Mesías o sólo un embaucador...

—Haz como quieras —dijo el Pobre con una dulcísima modulación—, pero hazlo pronto.

—Una vez en manos de los romanos —continuó Judas—, te verás obligado a poner en juego todos tus poderes. Será una oportunidad única para partir a la conquista del mundo, hollando las águilas romanas, haciendo polvo las legiones invencibles. ¡Qué gloria para Israel y su Dios!

Ahora... si, en lugar de esta reacción triunfal, decides permanecer quieto como un manso cordero y te dejas crucificar y morir en la cruz, en ese caso... —Judas hizo aquí una larga pausa, continuando luego en voz apenas perceptible—, en ese caso, al día siguiente mismo me postraré en tu presencia en el paraíso y, con las manos juntas, te pediré perdón. Y yo sé que me perdonarás.

* * *

No se oyeron más voces aquella noche en la cumbre desnuda. Judas se alejó sin decir una palabra. Caminó lentamente un centenar de metros y se recostó sobre la arena. No pudo dormir, ni siquiera lo intentó, porque su alma seguía vagando perdida entre borrascosas tormentas, mientras, por contraste, el firmamento permanecía infinitamente sereno y deslumbrante.

¿Y el Pobre de Nazaret? Tampoco durmió. Después de escuchar las últimas palabras de Judas se sumergió en el silencio de sus abismos y se perdió en los vastos horizontes del Padre. Las doradas arenas de sus playas y las piedras preciosas de sus montañas brillaban al sol. Por los espinosos senderos del valle, el Amor, con alas renacidas, regresaba alegremente a casa, entre cipreses y cedros. En los campos florecían las rosas y los lirios, y los arbustos desnudos, encorvados hasta hace poco bajo el peso de la nieve, comenzaban a cubrirse de verdes botones. ¡Alleluia! Ha llegado la Pascua eterna.

Última subida

En la alborada siguiente, cuando la luz ganaba la batalla a las tinieblas, Jesús se levantó, se fue en busca de Judas, lo tomó del brazo y ambos descendieron por las onduladas lomas. Mientras descendían, Jesús fue diciéndole palabras extraordinariamente alentadoras, mientras el discípulo rebelde se mantenía encerrado en un mutismo total. ¿Y quién hubiera podido adivinar el significado de aquel silencio? ¿Contumacia, vergüenza? En todo caso, en su interior se libraba una oscura batalla.

Se acercaba la Pascua. Por la calzada principal que unía la Alta Galilea con la Ciudad Sagrada, y que avanzaba bordeando el río Jordán, transitaban ya los primeros grupos de peregrinos, cantando salmos y gritando alleluias.

Estamos en los primeros días del mes de Nisán. El Maestro convocó a los suyos para una hora determinada, en un recodo del camino, para desde allí emprender juntos el viaje. Con palabras ardientes les infundió aliento y calor, y todos juntos emprendieron por última vez la subida a la Ciudad Santa. Siguieron la ruta más larga, la que, bordeando el río, pasaba por Jericó, ciudad embellecida suntuosamente en los últimos tiempos por Herodes y su hijo Arquelao.

Al parecer, la escena que narra Marcos (1,58) deberíamos colocarla en este momento. La situación presa-

giaba tragedia: enterados como estaban los discípulos de la sentencia de muerte y la orden de arresto dictadas por el Sanhedrín contra Jesús, habiendo oído cómo el mismo Maestro daba por inminente su final, quedaba claro el panorama para ellos. En este contexto, subir a Jerusalén era suicidio y locura. Pese a que se esforzó en infundirles ánimo con sus palabras, los discípulos no podían menos de sentirse renuentes, temerosos y asustados, y no era para menos.

Durante el trayecto, el grupo de Jesús probablemente se habría incorporado a alguna de las caravanas de peregrinos de Galilea que, sin duda, conocían y apreciaban al profeta de Nazaret y su movimiento. Siguiendo la narración que nos transmite Marcos (11,57), a la cabeza de la comitiva marchaba Jesús, adelantado y solitario, resuelto y animoso. Detrás, perdidos en la comitiva, frenados por el miedo, “asombrados” y casi sin dar crédito a la resolución del Maestro, que sabía que caminaba a una muerte segura..., los discípulos caminaban casi literalmente arrasados. Jesús, en los días de Efraín y ahora en el camino, no habría dejado de animarlos, pero sin dejar tampoco de recordarles que su misión mesiánica como salvador del mundo iba a consumarse mediante un inicuo ajusticiamiento. Pero ellos jamás consiguieron aceptar estos anuncios, antes por el contrario, le opusieron la resistencia mental más tenaz y absoluta.

* * *

Entró Jesús en la ciudad de las palmeras, Jericó. Al pasar por los primeros arrabales del poblado, curó a dos ciegos, los cuales fueron pregonando el milagro a voz en grito por toda la ciudad. Una vez más, como en los mejores tiempos, una polvareda de entusiasmo popular envolvió de nuevo al profeta de Nazaret. Todo el mundo quería verlo y tocarlo: se arremolinaban en torno a él las multitudes, bulliciosas y abigarradas, y, entre grandes dificultades, apenas conseguía el Maestro avanzar por las calles de la ciudad. Había en la ciudad un hombre adinerado y famoso, publicano de profesión, cuyo nom-

bre era Zaqueo. Las riquezas, sin embargo, no habían llegado a asfixiar las vertientes más sensibles de su alma y su hambre de trascendencia. Había oído hablar del profeta de Nazaret y desde hacía tiempo sentía un fuerte deseo de verlo y, si fuera posible, tratarlo.

Llegó, pues, la ocasión. Pero era tan compacta la aglomeración de gente que rodeaba a Jesús, y él, Zaqueo, tan pequeño de estatura, que la empresa de cumplir con sus deseos parecía poco menos que una utopía.

¿Qué hacer? ¿Renunciar a la ilusión? De ninguna manera. Se adelantó, avanzando raudamente por la misma calle por la que Jesús pasaba, se fijó en un sicómoro, árbol de pequeña estatura, amplia copa y cuyo tronco está en su base rodeado de gruesas raíces, y trepó a él sin dificultad. Jesús se acercaba al sicómoro al que Zaqueo se había encaramado. Como personalidad renombrada que era Zaqueo en la ciudad, probablemente la gente que rodeaba a Jesús lo señaló con el dedo, y así Jesús lo descubrió también en lo alto del árbol. Quienes rodeaban a Jesús le informaron sobre la personalidad de Zaqueo, y así se enteró Jesús de la identidad de aquel hombrecito encaramado en el sicómoro.

Le bastó con esos datos. Lo restante lo pudo adivinar fácilmente el Maestro: sabía qué sentido tenía la palabra *publicano* para la opinión pública. Ahora bien, el hecho de que un publicano hubiera desplegado tales esfuerzos acrobáticos para poder ver siquiera al Pobre de Nazaret, ese sólo hecho removió las fibras más sensibles de su corazón, y pensó que valía la pena distinguir con un gesto de particular predilección a tan singular personaje. Y, acercándose al sicómoro, le dijo: “Zaqueo, baja, porque hoy quiero hospedarme en tu casa”. ¡Nada menos!

Ni corto ni perezoso, Zaqueo, no pudiendo dar crédito a lo que acababa de escuchar, bajó rápidamente del árbol; y el Maestro, desprendiéndose de la gente que lo rodeaba, lo acompañó hasta su casa. Como era de prever, no faltó quien interpretara este hecho con asomos de malignidad: “Todos murmuraban”, nos advierte el evangelista. Pero lo novedoso es que no eran ya los fariseos los que, como de costumbre, murmuraban, sino aquel

mismo pueblo que tan fervorosamente lo había acompañado hasta ahora. ¿Envidia? ¿Escándalo farisaico?

Si un hombre impuro transforma una casa en morada impura, ¿por qué no concluir que la presencia de un hombre puro la transforma en una morada pura? Si el contacto con un impuro hace al hombre impuro, ¿por qué un hombre puro no hará puros a los que entren en contacto con él? Al fin de cuentas, ¿qué es más fuerte: la pureza o la impureza? De todas maneras, en el caso presente, el Hombre puro lo revistió todo de pueza.

Zaqueo quiso hacer un homenaje al Mesías de los pobres entregando a los pobres la mitad de sus bienes. Jesús quedó inmensamente feliz, sin poder disimularlo, por la transformación de aquel corazón y porque los beneficiarios de aquella conversión fueron los pobres: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham; pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

Satisfecho con lo ocurrido, al día siguiente reemprendió Jesús la subida a Jerusalén. En esta ascensión tenía que cruzar obligadamente por Betania. Juan (12,1) nos informa que, en efecto, el Maestro arribó a Betania “seis días antes de la Pascua”, es decir, en sábado. No obstante, el trayecto de Jericó a Betania era excesivamente largo para ser recorrido en sábado, cosa que no estaba permitida por la Ley. Hay que suponer, entonces, que viajó el viernes, arribando a Betania antes de ponerse el sol, hora en que comenzaba oficialmente el sábado.

Capítulo 8

Consumación

La entrada mesiánica

EL SÁBADO, durante todo el día, permaneció el Maestro en Betania, preparándose para las últimas escenas del drama. Su alma era un valle dilatado, recorrido por la brisa de la serenidad. Allá lejos, sin embargo, sobre el horizonte, asomaban de vez en cuando nubes oscuras de temor, y por doquier se levantaban de improviso leves ráfagas de impaciencia. Así estaba su alma. Como un pastor que congrega sus ovejas, el Pobre había convocado todas sus potencias en las praderas del Padre y, a la sombra de su mirada, descansó durante el día y la noche, en una atmósfera de dulzura y calidez.

Los peregrinos de Galilea que habían llegado por la ruta de Jericó y que durante el trayecto se habían encontrado con el profeta de Nazaret, hicieron correr por las calles de la Capital la noticia de que Jesús ya estaba alojado en Betania. La noticia causó impacto en la ciudad y muchos simpatizantes capitalinos, además de no pocos curiosos, se desplazaron a Betania para ver a Jesús y también a Lázaro. Estos simpatizantes debieron contarse, sin duda, entre los primeros que contribuyeron a engrosar la muchedumbre de la entrada mesiánica.

Con la nueva de la resurrección de Lázaro se había suscitado en Jerusalén una gran conmoción; muchos se

habían rendido a la evidencia y confesaban a Jesús, no sin ostentación, como enviado de Dios; todo lo cual llegó rápidamente a oídos de los Sumos Sacerdotes, los cuales, además de confirmarse en su decisión de acabar con Jesús, resolvieron eliminar también al mismo tiempo a Lázaro (Jn 12,10).

* * *

Era el día 9 del mes de Nisán, día de la entrada mesiánica del Nazareno bajo los arcos de la Capital. ¿Quién entiende a Jesús? A lo largo de los días de la evangelización, el Pobre parecía sentir casi pánico a la sola mención de la palabra *Mesías*. Había sofocado de manera sistemática cualquier brote de efervescencia popular que se propusiera proclamarlo como Mesías. Había llamado enérgicamente al silencio a los sordos y ciegos que, una vez curados, querían confesarlo a gritos como Hijo de David, título mesiánico.

Y ahora, precisamente ahora, cuando sabía que el Sanhedrín había dictado contra él sentencia de muerte y orden de arresto; ahora que los espías y sumos sacerdotes estaban al acecho, buscando cualquier pretexto para acusarlo ante los romanos; ahora, precisamente cuando la nación entera estaba congregada para la Pascua, delante de las autoridades religiosas y militares, promueve, o al menos permite, esta gran manifestación mesiánica.

¿Qué pretendía el Pobre con esta solemne entrada en Jerusalén? ¿Era un gesto simbólico? ¿El cumplimiento literal de los vaticinios proféticos? ¿Una *parábola en acción* mediante la cual se proponía transmitir una enseñanza? ¿Quería precipitar los acontecimientos? Al saber que todo estaba perdido, ¿quería lanzar una tremenda apelación nacional con hechos y palabras, con signos y portentos, con el fin de provocar una conversión masiva, una reacción nacional, forzando al país entero a ingresar en el Reino que anunciaba? Sabiendo que su martirio era un hecho y su vida “perdida” y “ganada”, ¿quería ordenar los acontecimientos de tal manera que el martirio redentor tuviera lugar, como una solemne *puesta en*

escena, en una fecha significativa, ante la nación entera y en presencia de las autoridades?

La entrada triunfal, ¿fue una reacción completamente espontánea de las multitudes? El Cuarto Evangelio viene a indicar que la escena mesiánica fue espontánea, improvisada: “Encontró un asno y montó en él” (Jn 12,14). El mismo Cuarto Evangelio nos informa también de que los discípulos no comprendieron, no vieron en lo sucedido ningún cumplimiento de profecía alguna (Jn 12,16). Los sinópticos, en cambio, traen una narración más elaborada: por lo visto, a la entrada de Betfagé fue dejado en la calle un asno, atado a la entrada de una casa, para ser entregado a quienes dieran esta contraseña: “El Maestro lo necesita”. Como hemos visto, por este tiempo Jesús se movía en una semi-clandestinidad, y por eso habría utilizado una contraseña en el caso presente; y aun es probable que Jesús hubiera estado preparando la escena y el itinerario desde la fiesta de la Dedicación.

Si aceptamos esta hipótesis, habría habido mucho más: Jesús no habría dejado nada librado a la improvisación, sino que lo habría preparado todo calculada y silenciosamente. Y así habría dispuesto y organizado los acontecimientos de tal manera que la entrada mesiánica, la purificación del templo, la interpelación a la nación entera, la confrontación total y la caída del profeta coincidieran con la solemne Pascua y con la congregación nacional.

* * *

A una hora determinada de la mañana salió Jesús de Betania, rodeado de los suyos. Al darse cuenta de que el Maestro caminaba en dirección de la Capital, se le agregó aquel “gran número de judíos” (Jn 12,9) que habían bajado de la Capital para ver a Jesús y Lázaro.

Aquella aglomeración tenía ya para este momento el aire típico de una peregrinación: ambiente festivo, cánticos, gritos, salmos. Después de un breve recorrido por caminos ascendentes y pedregosos, empalmaron con la calzada romana que subía de Jericó a Jerusalén, ruta por donde ascendían numerosos contingentes de galileos que

venían a la fiesta. Hay que suponer que la mayoría de estos galileos conocían a Jesús; muchos de ellos seguramente lo habían escuchado y es probable que algunos hubieran sido sanados por él. Al verlo, no sólo se alegraron, sino que, con los brazos erguidos, lanzaron al aire gritos de saludo. La multitud era ya compacta, y el entusiasmo había prendido en los corazones de todos como llamaradas incontrollables, con las primeras alusiones al “rey de Israel”.

En este momento, la nutrida comitiva cruzó por Betfagé. Los discípulos le trajeron el asno, sobre el que colocaron, a modo de jaeces, mantas y túnicas, y sobre el que el Maestro se sentó humildemente. El delirio se apoderó de la masa, en medio de una confusión típicamente oriental, casi irracional, descontrolada: las gentes corrían como enajenadas, unos delante, otros detrás de Jesús, extasiadas, arrebatadas por un ímpetu desconocido, alfombrando el camino con mantos y túnicas, adelantándose algunos para cortar ramas de olivo y palmeras, y enarbolándolas como estandartes, no cesaban de gritar: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el que viene de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!”

¿Quién podrá entrar en el santuario del Pobre en su última morada? ¿Qué sentía, cómo se sentía en este momento? ¿Quién podría barruntar sus pensamientos e intenciones? Hacía mucho tiempo (¿un año quizás?) que no sentía el calor de las multitudes como hoy. Sabía muy bien que la fiesta de hoy no era más que un pequeño refrigerio, una leve gratificación antes de entrar en la ruda escena de la tragedia final. No debieron faltar nubes oscuras en su cielo.

El Cuarto Evangelio atestigua que “la numerosa muchedumbre que había llegado a la fiesta, al enterarse de que Jesús subía a Jerusalén”, salió al encuentro de la vibrante procesión; cortaban, también ellos, ramas de palmera y, contagiados del entusiasmo general, gritaban: “¡Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel.” Palabras ciertamente peligrosas, que tenían resonancias de un nacionalismo militante.

Al bajar del Monte de los Olivos, la multitud debió ser muy numerosa, levantando una espesa polvareda a su paso, entre gritos y batir de palmas. Después de atravesar el torrente Cedrón, ascendió la bulliciosa procesión por la pendiente que conducía a la Puerta Dorada, la cual, a su vez, se abría directamente a la explanada del templo.

* * *

Antes de naufragar en el colapso final, el Padre, su Padre, le dio a gustar al Hijo como un anticipo fugaz de su futuro Reino, universal y eterno. Los distintivos de su realeza mesiánica no serán batallones de caballos enjaezados ni diademas de oro, sino un asno y unos ramos de olivo.

La realeza mesiánica de Jesús, tan obstinadamente encubierta por él durante tanto tiempo, revelada a sus amigos con muchas precauciones y no pocas rectificaciones, debía ser manifestada, al menos una vez, solemne y públicamente, ante la nación entera.

Esta manifestación fue tan humilde como calurosa. Los habitantes de Jerusalén le dieron una recepción clamorosa, incluso cordial, sobre todo aquellos que estaban informados y conmovidos por lo sucedido con Lázaro. También los discípulos debieron sentirse felices, aunque es posible que su entusiasmo no fuera muy profundo; más bien debió tratarse de una especie de contagio colectivo debido a la exaltación del pueblo. En suma, el día debió resultar para Jesús una jornada bella y gratificante.

En medio del delirio general hubo también —no podía ser menos— una nota discordante: los fariseos, carcomidos, como de costumbre, por la envidia, no aguantaron la espontánea apoteosis del Nazareno; y no atreviéndose a enfrentarse con las muchedumbres enfervorizadas, se dirigieron al mismo Jesús, diciéndole: —Maestro, ¿no te das cuenta de los despropósitos que profieren estos ignorantes, hiriendo nuestros oídos y profanando el nombre de Dios? Hazlos callar, por favor.

—Vosotros no sabéis lo que estáis reclamando —res-

pondió Jesús—. ¿Os acordáis del diluvio? Aquel día el agua anegó la tierra. Pues bien, hoy es el día del clamor universal: irremediablemente, la voz y el grito anegarán la tierra como una repentina marea. Si en virtud de una prohibición estos discípulos callaran, en verdad os digo que las piedras que pavimentan esta calle y esas otras que sostienen los muros del templo abrirían la boca para gritar.

La multitudinaria proclamación de Jesús como el Mesías de Dios, el desbordado fervor con que el pueblo levantó en triunfo al Nazareno, acabó anonadando por completo a los sumos sacerdotes. “Es inútil —comentaban entre sí—, ya véis que nada conseguimos; el mundo entero se va detrás de él” (Jn 12,19). Detrás de estas palabras, que a primera vista suenan a capitulación, se respira una renovada y enconada hostilidad, que espera una mejor oportunidad para quitar de en medio a Jesús. En todo caso, el Sanhedrín debió quedar desconcertado, sin poder entender los motivos de Jesús, que hasta ahora se comportaba como un fugitivo y ahora entraba con semejante boato mesiánico en la mismísima Capital de la teocracia, sin temor alguno. El hombre de Nazaret los traía de sorpresa en sorpresa.

Al caer la tarde, tomó el Maestro a sus discípulos y emprendieron el regreso a Betania, para pernoctar allí. Mientras los discípulos comentaban gozosamente los pormenores de la jornada, Jesús fue distanciándose de ellos, como lo hacía frecuentemente, y caminaba solo, como marcando el paso y la ruta.

A medida que descendían por la senda que corría junto al muro occidental del templo, el alma de Jesús comenzó a oscurecerse y la niebla, una niebla fría, fue borrando de su espíritu el brillo de la jornada. Con su mirada interior veía a Jerusalén como una raquílica higuera al borde del precipicio y le llegaba desde ella un hedor como de ciudad chamuscada. Era la tristeza, una tristeza que descendía del Olivete como un oscuro nublado y amenazaba con tomar posesión del alma de Jesús. Peor todavía, había algo peor: planeando como un águila solitaria, vagando como un león inquieto, le ron-

daba la sensación oprimente de la *inutilidad*, la sospecha de que la marea acabaría borrando sus huellas, el viento se llevaría las últimas semillas y la Capital teocrática continuaría enredada en el juego estéril de las palabras vacías, como si nada hubiera sucedido, como si él, Jesús, nunca hubiera pasado por este mundo. Sólo la muerte podría alterar el curso de las cosas.

Luego de atravesar el torrente Cedrón, comenzaron a ascender las primeras vertientes del monte Olivete; y a medida que ascendían fue apareciendo ante su vista la ciudad coronada por el templo. Escalando las sucesivas pendientes llegaron a una altura desde la que la ciudad ofrecía un panorama inenarrable. En el conjunto de la deslumbrante visión sobresalía el macizo del templo, reconstruido treinta años atrás por Herodes el Grande, con incrustaciones de láminas de oro macizo y mármol blanco, circundado y protegido por una alta muralla. Más allá descollaba el cuartel general de la guarnición romana, un sólido cuadrilátero denominado Torre Antonia. En fin, aquí y allí emergían edificios suntuosos de la época herodiana. Y todo el conjunto, embestido por el oro del sol poniente, semejava una llamarada de resplandor y belleza.

Para este momento el Maestro estaba ya sumergido en las aguas agitadas de una crisis que no tardaría en estallar.

Valía la pena detenerse a contemplar semejante esplendor, y todos los discípulos se sentaron en torno al Maestro. Luego de una larga y silenciosa contemplación, los discípulos, uno tras otro, comenzaron a ponderar la magnificencia de la ciudad.

Jesús se mantuvo en silencio. Miraba sin ver; mejor dicho, todo lo estaba contemplando desde dentro: la ciudad, la historia, la humanidad.

Y no pudo más: rompió a llorar, primero como un sollozo, después con un fuerte llanto. Los discípulos se asustaron mucho, mirándose unos a otros en silencio, sin atreverse a hacer ningún comentario, y menos a formular preguntas al Maestro. Realmente, la reacción de

Jesús frente al espléndido panorama que estaban contemplando parecía incomprensible.

Una tras otra, las olas se estrellaban contra los acantilados. Nuevamente la inutilidad y la gratuidad, tomadas de la mano, habían erigido su trono sobre las cenizas del amor. ¿Hasta el fin del mundo habría de avanzar la procesión fúnebre, entonando canciones de cuna al son de una lira rota? Se elevaron columnas de humo en los ángulos de la tierra y los vientos arrastraban nubes cargadas de granizo. ¿Será Jerusalén un símbolo de la humanidad? ¿Quién puede torcerle el brazo a la libertad? ¿Habrà perdido el amor su última batalla? ¿Tendrá la muerte la última palabra? ¿Valió la pena haber renunciado a las ventajas de ser Dios para someterse a las desventajas de ser hombre? Al final, ¿serán el silencio, la inutilidad, el fracaso las únicas monedas, los últimos valores, las últimas fuentes de vida?

Era aquél un silencio comprometido, molesto. Pedro, como queriendo quebrar aquella atmósfera pesada, exclamó: —Maestro, mira qué espectáculo, qué maravillas de mármol y de piedra, cuántos palacios...

El Pobre seguía todavía conmovido. Levantó con dificultad sus ojos, miró largamente la espléndida ciudad y, lentamente, fue desgranando palabras sombrías:

—No quedará piedra sobre piedra entre tus muros, ciudad ingrata y obstinada. Mis lágrimas no llegarán a tu corazón, pero han disipado mi oscuridad y aliviado mi congoja. ¿Quién retirará el velo de tus ojos? Orgullosamente erguida ante el rostro del sol, serás abatida hasta los abismos y tus hijos serán carroña para los buitres del Valle de Gehenna. He tocado con manos mágicas tus párpados, he sido un oasis en tu desierto, luché para penetrar en la morada de tus afectos y por infundirte espíritu de salvación; ¡y cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, pero tú no lo has querido! Pues bien, tus entrañas serán reinos de oscuridad y en tus calles pulularán las serpientes. Tus sacerdotes carecerán de sabiduría, porque nunca sabrán qué dice el pájaro al viento, el arroyo al mar y la brisa a los campos. Es inútil que tu templo

esté adornado con preciosas sedas y oro fundido, porque sus columnas cederán y su estructura se cuarteará; los gusanos devorarán tus viñas, caerán sobre ti los tiranos, espada en mano, y tu casa quedará desierta.

La expulsión de los mercaderes

Al día siguiente, el Maestro, acompañado de los Doce, salió de Betania en las primeras horas de la mañana en dirección a la Ciudad Santa. Marcos nos informa que, luego de emprender el camino, el Pobre sintió hambre. Cosa extraña que Jesús hubiese partido sin tomar alimento de una casa cuya dueña, Marta, era tan diligente. Pero no acaban ahí las paradojas de este episodio.

En el sendero pedregoso que subía de Betania a Betfagé vio Jesús a lo lejos una higuera de frondoso follaje y, saltando la valla de piedra, se aproximó a la tupida higuera con el propósito de alcanzar algunos higos maduros para saciar su apetito. Pero, por más que buscó, no encontró ninguno. No había higos, por la sencilla razón de que “no era tiempo de higos” (Mc 11,13). ¿Qué intentaba, pues, el Maestro buscando higos fuera de estación? Probablemente, no tenía hambre, como tampoco intención de comer higos. ¿Qué se proponía, pues, Jesús con una acción tan sin sentido?

Seguramente desplegar ante los ojos de sus discípulos una enseñanza gráfica. Se trataba, sin duda, de un gesto simbólico: a través de una acción concreta, el Maestro quería destacar un significado que la trascendía, transformándola en una *parábola plástica*.

La reacción inmediata de Jesús fue la de una persona decepcionada: como si el árbol tuviera conciencia y libertad, como si la higuera fuese sujeto de culpa, fulminó una maldición sobre ella, diciendo: “Nunca jamás coma nadie fruto de ti” (Mc 11,14). Sin duda, Jesús estaba pensando en la religiosidad de Israel, cargada de follaje, vestida de ritos solemnes y escrupulosa observancia de normas, pero sin frutos de amor ni obras de misericordia. En suma, una religiosidad farisaica: apariencias de vir-

tud, ostentoso cumplimiento de prácticas religiosas, pero por dentro sólo fanatismo, hipocresía, contumacia. ¡Estérilidad eterna, pues, sobre el Israel oficial!

* * *

Un tanto impresionados los discípulos y no poco desconcertados por lo sucedido, continuaron el viaje. No faltaron grupos de personas, y en especial de niños, que a lo largo del trayecto, y recordando la apoteosis del día anterior, gritaban al verlos: “¡Hosanna al Rey de Israel!”

Llegaron a Jerusalén. En este día iba a tener lugar uno de los incidentes más espectaculares del peregrinaje de Jesús; un acontecimiento que, por un lado, constituye el punto más alto de la interpelación nacional del Pobre de Nazaret para forzar la conversión de la nación judía y, por otro, el hecho culminante que precipitará el desenlace final y fatal de la vida del Maestro. Vale la pena, pues, que nos detengamos para detallar algunos antecedentes que nos ayudarán a comprender mejor la trascendencia del incidente.

Durante el tiempo en que Israel fue un pueblo nómada en el desierto, la nación, con sus instituciones, se constituía allí donde se detenía el Arca de la Alianza. Una vez que Israel se instaló en la tierra de Canaán, continuó esa misma tradición: allí donde el Arca se detenía, allí tenía su asiento la capital de las Doce Tribus. Así sucedió, por ejemplo, en el largo período en que el Arca estuvo guardada en el Santuario de Silo. Más tarde, cuando Jerusalén se convirtió en la Capital del país y se construyó en ella el templo, instalándose en él el Arca, los ojos de las Doce Tribus estuvieron perpetuamente vueltos hacia Jerusalén y su templo.

El templo ocupaba la quinta parte de la superficie total de Jerusalén; y todo su conjunto estaba integrado por las siguientes secciones: el Santo de los Santos, donde se localizaba la presencia del Altísimo; el atrio de los Sacerdotes; el recinto de los Judíos (varones); el patio de las mujeres, y, finalmente, el atrio de los gentiles. Y todos los patios estaban rodeados de amplios pórticos, con grandes columnas.

El atrio de los gentiles, el recinto más amplio y exterior, se llamaba también *explanada del templo*, en la que se instalaba el mercado; pero este mercado no se asemejaba a una feria popular, para la compraventa de mercaderías, sino que estaba exclusivamente destinado a los sacrificios. Juntamente con el mercado funcionaban también las mesas para el cambio de moneda, en razón de que la moneda que normalmente circulaba en Israel era la romana, que llevaba grabada en una de sus caras la efigie del Emperador; y, por consiguiente, para los verdaderos judíos esta moneda era “blasfema”, por lo que no podía entrar en lugar sagrado; así pues, había que cambiarla por la moneda especial que circulaba en el templo. Con este fin se instalaban las mesas de los cambistas. Por otra parte, todo judío, tanto si residía en Israel como en la Dispersión, tenía que pagar anualmente como tributo dos dracmas, además de determinados productos. El movimiento monetario debía ser, pues, extraordinariamente elevado en los atrios del templo con ocasión de la Pascua.

Además del culto de oraciones y alabanzas, se celebraba el culto de los sacrificios. Y la carne de los animales sacrificados se vendía ahí mismo, en las dependencias del templo. De este gigantesco movimiento monetario profitaban y vivían los varios millares de personas que estaban al servicio del templo: sacerdotes, levitas, policias, albañiles, orfebres..., y, naturalmente, a semejante potencial económico correspondía un poder político similar. La expulsión de los mercaderes, que Jesús llevó a cabo en ese día, no sólo era, pues, un gesto profético de carácter religioso, sino que era también de alguna manera un atentado político.

* * *

Desde las primeras horas del día la explanada del Templo estaba repleta de terneros, cabritos, ovejas, palomas. Circulando por toda la extensión del atrio de los gentiles, los buhoneros ofrecían gritando sus baratijas y menudencias; los cambistas ocupaban las escalinatas de

mármol. El conjunto era una barahúnda enloquecedora de gritos, ofertas y regateos en medio de una desagradable mezcolanza de olores a transpiración humana, carne chamuscada, y estiércol, el hedor agrio de sangre de los sacrificios, entre mugidos y balidos..., y todo no era sino un gigantesco montaje comercial.

No sabemos si, por parte de Jesús, fue una reacción espontánea, motivada por la escandalosa explotación comercial de la religiosidad popular, o un gesto profético largamente meditado y calculado (nos inclinamos por lo segundo). El hecho es que el Pobre de Nazaret, indignado y fuera de sí, armó un escándalo de grandes proporciones, avanzando entre rebaños de terneros y corderos, y a puntapiés, empujones y gritos provocó el espanto general, originando una formidable estampida de vacunos, ovinos, aves y hombres...

Se agachó, agarró unos cordeles que habían servido para amarrar el ganado, los revoleó en el aire como en un gesto de lacear, y avanzó por la explanada blandiendo las cuerdas a modo de látigo, golpeando a personas y animales y a todo cuanto encontraba a su paso. Subió agitadamente las escalinatas y derribó una tras otra las mesas de los cambistas, mientras montañas de monedas rodaban estrepitosamente escaleras abajo. Se irguió en lo alto de la escalinata y comenzó a gritar estentóreamente: —Emisarios del infierno y mercaderes de Satán, ésta es la casa de Dios, pero vosotros la habéis transformado en guarida de ladrones... ¡Fuera de aquí!

* * *

Acababa de pasar el fuego de Elías, arrasando cuanto encontraba a su paso. Vacilaron los fundamentos de la tierra, comenzando por el sacerdocio y el Templo. Era como cuando un huracán devasta una comarca: atrás sólo quedan escombros y desórdenes. El pueblo no acertaba a reponerse del susto ni entendía lo que había sucedido, pues muchos no conocían al profeta de Nazaret; todos hacían comentarios en voz baja, con mucho temor.

Los evangelistas nos describen dos reacciones. En primer lugar, los discípulos, al ver al Maestro encolerizado como nunca hasta entonces lo habían visto, se acordaron de las palabras de la Escritura: “El celo por tu casa me devorará” (Sal 69,10). En las horas de la Pasión, el Pobre demostró que no se preocupaba para nada por sí mismo: lo vilipendiaron, lo ultrajaron, lo escupieron, y él, como un manso cordero, ni siquiera abrió la boca. Pero cuando los intereses y la gloria del Padre eran pisoteados por los mercaderes, no lo pudo soportar, perdió el control de sus nervios, empuñó el látigo y literalmente salió de sus casillas. La conclusión es obvia: su única obsesión y pasión era el Padre. Su prestigio personal poco y nada le importaban.

La reacción de los sumos Sacerdotes era previsible: “Se enteraron los Sumos Sacerdotes y los escribas, y buscaban cómo podían matarlo” (Mc 11,18). Nos causa una gran extrañeza el hecho de que los sanhedritas no hubieran lanzado inmediatamente sobre él a la guardia del Templo, presente en todas partes, e incluso a la guarnición romana. Pero la respuesta nos la entrega a continuación Marcos: “Porque le tenían miedo, pues toda la gente estaba asombrada de su doctrina” (Mc 11,18).

De modo que, a pesar de la sentencia clandestina de muerte y de la orden de arresto dictadas en las semanas anteriores contra el Maestro, no se atrevieron a prenderlo. El entusiasmo popular, después de la apoteosis triunfal del día anterior, era como un muro de fuego que salvaguardaba al Pobre de la hostilidad de los miembros del Sanhedrín y le permitía moverse tranquilamente durante el día en la ciudad, así como discutir públicamente en el templo, donde el pueblo lo esperaba ansiosamente, como lo atestigua elocuentemente Lucas: “Por el día enseñaba en el templo, y salía a pasar la noche en el monte de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para ir donde él y escucharle en el templo” (Lc 21,37-38).

Según este sintético testimonio lucano, no cabe duda de que la actividad del Maestro por aquellos días, y para su intento supremo de provocar una conversión masiva, debió ser mucho más intenso de lo que los evangelistas

nos dejan entrever, protegido como estaba por la valla defensiva de la fervorosa adhesión popular. Esto durante el día. Durante la noche, en cambio, cuando no podía contar con la protección del pueblo y la ciudad se tornaba peligrosa, se alejaba más allá del torrente Cedrón, concretamente al Huerto de Getsemaní. De manera que los miembros del Sanhedrín tendrían que proceder, finalmente, al amparo de la noche, como en efecto lo hicieron.

* * *

Al atardecer de aquel día, el Pobre tomó a los Doce y, saliendo por el barrio Ofel, bajaron hacia el Cedrón. Al pasar junto a la higuera maldita pudieron comprobar que estaba completamente seca. Pedro, sorprendido, exclamó: —Mira, Maestro, la higuera que maldijiste se ha secado. Los discípulos quedaron consternados. Juan cortó la tensión reinante, diciendo:

—Maestro, tus pies recorrieron rutas de polvo y verdes montañas anunciando siempre el bien y la paz. Pero últimamente manejas el fuego y el látigo.

—Es verdad —respondió el Pobre—. Anuncié la aurora de nuevas fronteras; me cansé de repetirles que el seno de Dios no es un coto privado. Abrí los vastos espacios de la misericordia; me senté a la sombra de los corazones para derramar aceite sobre las heridas y acoger con brazos de perdón a los alejados...

—Pero en los últimos tiempos —replicó Juan— echas mano de la cólera y la omnipotencia para secar a la pobre higuera al borde del camino. ¿Qué culpa tiene ella?

—Pensé muchas veces —respondió Jesús— que el amor acabaría por vencer a la contumacia. Pero en una ocasión, cuando el día estaba muriendo y la luz se desvanecía, divisé una gran sombra sobre la cabeza de los intelectuales que se sientan en la cátedra de Moisés y me declararon ministro de Beelcebul. Entonces decidí cambiar de estrategia: decidí, contra mi costumbre, lanzar una gran ofensiva cargada de cólera y amenaza, pensan-

do que de esta manera podría cambiar sus corazones y sus mentes.

—Pero, ya ves —insistió Juan—, tampoco has conseguido nada con esta estrategia. Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Los vas a dejar relegados sin remedio al abismo de la Gehenna?

—La ardiente apelación —respondió el Pobre—, hecha de altas llamas, acaba de extinguirse. Queda clausurada esta etapa. He dado cabal cumplimiento a la misión que el Padre me encomendó. Pero ni con las olas de la misericordia ni con la tea roja de la amenaza se ha conmovido el corazón de Israel. Resta ahora el último tramo del camino, que recorreré silenciosamente: cerraré la boca, bajaré hasta la última morada del silencio, me dejaré arrastrar sin ofrecer resistencia por el torrente de la gran tribulación; sí, indefenso y con los brazos abiertos, me entregaré en los brazos de la muerte; como cordero que llevan al degolladero, no abriré la boca; entregaré a mi pueblo lo último que me queda: mi propia vida.

—Maestro —replicó Juan—, ¿y los sumos Sacerdotes, y los fariseos, y los intelectuales, que tantas piedras te pusieron en el camino e hicieron fracasar tu proyecto de salvación?

—Derramaré sobre ellos no torrentes de ira, sino de amor, luego de enterrar los recuerdos amargos en las profundidades del pasado. Al final, el amor prevalecerá sobre todas las estrategias, y no hay mayor amor que dar la vida. A los que me empujaron a la soledad y el destierro les ofreceré amistad y salvación. El amor y la muerte se darán la mano y, al final, no quedará sobre la faz de la tierra y el mar otra realidad que el amor, que acabará por redimir los desbordes de las naciones.

El misterio de Judas

Para la tradición, Judas es un personaje central en el drama de la Pasión. No obstante, entendemos que su imagen ha sido desfigurada, comenzando por la tradición post-pascual, que proyectó sobre él una sombra muy

oscura: la avaricia, la traición por un puñado de monedas. En la estimación de los hombres es difícil encontrar un calificativo más degradante. Y con esa imagen ha pasado Judas a la posteridad. Sin embargo, nunca alcanzaremos a entender las razones por las que Judas obró así, y probablemente ni él mismo las entendía. Para tener algunos atisbos de su conducta tenemos que movernos en el campo de las conjeturas y deducciones.

Y sólo disponemos de un dato: su trágico final. Este hecho arroja retrospectivamente un potente haz de luz sobre la densa oscuridad de sus actos e intenciones. Al comprobar que Jesús había terminado condenado y ejecutado, Judas no pudo soportar el peso de los complejos de culpa; las tinieblas de la desesperación se apoderaron de su alma y lo impulsaron a colgarse de un árbol. Un avaro no reacciona de esa manera. En una situación similar, un típico avariento se siente satisfecho del lucro obtenido, sin importarle demasiado las consecuencias de su traición.

Hay que descartar, pues, la avaricia como el móvil principal de la traición de Judas. ¿Cuáles otros podrían ser, pues, sus motivos? Si el hecho de enterarse de la muerte de Jesús lo llevó a la desesperación, hay que concluir que Judas amaba desesperadamente a Jesús. No cabe otra alternativa como hipótesis de interpretación. La devolución de las monedas, la confesión pública de su arrepentimiento (“he entregado la sangre del Justo”) y, sobre todo, el drama infinito que supone la decisión de ahorcarse están denotando el enorme calado de la pasión que sentía Judas por Jesús. Más aún, es posible que fuera uno de los más ardientes seguidores del Maestro. Todo ello, sin embargo, desde el trasfondo de una personalidad oscura, versátil y contradictoria, idealista y fanática, en la que fuerzas contradictorias libraban una constante batalla.

¿Cómo se explica, entonces, la traición consumada? Probablemente habría que dejar de lado también la idea de traición y hablar más bien de una *táctica*. Trataremos de explicarlo.

Con toda probabilidad, Judas pertenecía a la “frater-

nidad” zelota o, al menos, simpatizaba con sus integrantes; y, de todas maneras, su espíritu estaba imbuido de aquella ideología.

Desde los días en que iniciaron la ascensión a Jerusalén, y en que Jesús les anunció, con oscuros presagios, su trágico final, Judas habría comenzado a desilusionarse. Ardiente idealista como era, debió alimentar altos fuegos de delirio, soñando con la instauración del imperio mesiánico, cubierto él mismo de riqueza y de gloria. Judas se habría sentido profundamente defraudado en sus delirios de grandeza, en las expectativas subjetivas que se había forjado; y las reacciones de esta clase de personalidades son terribles, impredecibles e impetuosas. Y, naturalmente, de la frustración nace la violencia.

Toda esta concatenación y amalgama de sentimientos explicaría la traición de Judas. Pero en toda traición late una intención premeditada de causar un daño. Nos resistimos a creer, sin embargo, que Judas pretendiera inferir un daño a Jesús, como lo dijimos más arriba. Por lo que, en el caso de Judas, no habría que hablar tanto de una traición como de una táctica, que corresponde a otra zona de sentimientos.

La explicación podría ser la siguiente: ante el anuncio reiterado e insistente de Jesús sobre su descalabro final, Judas habría ido entrando lentamente en un círculo de dudas. Esta clase de personas suelen ser marcadamente obsesivas. Judas, pues, habría comenzado a girar y girar en torno al fuego fatuo de sus suspicacias, habría entrado en una gran confusión al darse cuenta de que el Maestro moriría ignominiosamente, en cuyo caso Jesús no sería el verdadero Mesías, y él, Judas, se habría equivocado lastimosamente al seguirlo. En los últimos días habría entrado en una crisis, y para salir de ese caos mental se le fijó la idea de someter a Jesús a una prueba de fuego: ponerlo en manos de los romanos, para ver cómo salía de ese atolladero. Así se podría comprobar si era el verdadero Mesías o un embaucador. Una táctica, pues, más que una traición.

* * *

Llegó, pues, el penúltimo día de la Pascua (miércoles).

Pese a las múltiples iniciativas y decisiones adoptadas en las semanas anteriores por los miembros del Sanedrín para apoderarse de Jesús, no habían conseguido pasar a la acción, debido a que el Pobre de Nazaret estaba en todo tiempo protegido por el fervor popular. Pero el tiempo apremiaba, porque la captura y la ejecución del Nazareno tenía que efectuarse antes de la Pascua. De otra manera, las complicaciones podrían ser imprevisibles: el Procurador romano ya estaba instalado en la Torre Antonia con un fuerte destacamento militar para salvaguardar el orden en la ciudad.

Aquel mismo día (miércoles), “los sumos Sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del Sumo Sacerdote llamado Caifás. Y resolvieron apoderarse de Jesús con engaños y darle muerte. Decían, sin embargo: Durante la fiesta no, para que no haya alboroto en el pueblo” (Mt 26,3-4). En resumen, todos estaban de acuerdo en dos cosas: que Jesús sea borrado de la tierra de los vivientes y que esto no suceda en los días de Pascua, porque el pueblo en masa podría levantarse para defenderlo. Pero, por otro lado, no podían aplazar el plan para después de las fiestas, porque el Nazareno bien podría esfumarse entre los peregrinos que regresaban a casa y pasar de nuevo a la clandestinidad. El Consejo deseaba, pues, que el proyecto estuviera revestido de dos características: rapidez y sigilo.

Cuando estaban deliberando cómo dar pasos concretos, “uno de los Doce, llamado Judas Iscariote” entró en escena y, presentándose, dijo: —Shalom, autoridades de Israel. Mi nombre es Judas de Keriot y soy discípulo de Jesús de Nazaret. Me consta que el Gran Consejo está intentando poner las manos sobre él. Ofrezco mis servicios para que vuestros deseos sean llevados a buen término.

—¡Cosa extraña! —exclamó Gamaliel—. Nunca un buen discípulo alza la mano contra su Maestro, a no ser que en la oscuridad de su corazón haya arraigado alguna planta venenosa. ¿Qué ha podido suceder?

—Desde hace tres años vivo a su sombra —respondió

Judas—. Diariamente he vivido asomado a sus ojos, donde tienen cobijo todos los hijos del sufrimiento. Comemos juntos, dormimos juntos a la luz de las estrellas.

—Dios —insistió Gamaliel— nos ha dado un espíritu alado capaz de surcar los espacios sin límites del amor y la libertad. Pero, frecuentemente, las rivalidades y las emulaciones levantan de la noche a la mañana altas torres de separación entre los hermanos, y la convivencia, en lugar de hogar, se torna en un campo de combate, y en lugar de amor y libertad cosechamos como fruto el odio y la esclavitud.

—No faltan entre nosotros esos frutos amargos ni esas cañas rotas —dijo Judas—. Pero los espinos no crecen en esas vertientes.

—¡Ah!, entonces —interrumpió Caifás—, ¿las espadas en alto y las cuentas pendientes son con el Nazareno?

—Sí —respondió Judas, después de una larga vacilación.

—¿El Maestro te ha expulsado de la patria de su aprecio? —preguntó Caifás.

—No —respondió Judas—, sus puertas están abiertas noche y día para mí.

—¿Y de tu parte? —preguntó Gamaliel.

—Mi vida es una ofrenda de amor ante su altar —contestó Judas.

—¿Y entonces? ¿Acaso un oscuro desengaño? —insistió Gamaliel.

—Lo he visto caminar sobre las aguas —respondió Judas—, resucitar muertos, devolver la vista a los ciegos. He visto cosas increíbles que, si las contara, nadie podría creerlas. A veces me pregunto cómo es posible intentar quitarle la vida a quien da la vida a los muertos. Es invencible. Es único.

—En todo caso —interrumpió fríamente Caifás—, es necesario que un hombre sea sacrificado por el pueblo antes que el pueblo perezca a causa de un hombre.

—¡Judas de Keriot! —le gritó el anciano Ananías—, nos estás metiendo en una caliginosa nube. ¿Dónde está y cuál es tu desengaño? ¿Para qué has venido aquí?

—Hay algo —respondió Judas en voz baja— más pun-

zante que el desengaño: la duda. Una duda más penetrante que un puñal me corroe noche y día.

—¿Tú crees en él o no? —le preguntó Gamaliel.

—Le he visto hacer lo que únicamente Dios puede hacer —respondió Judas.

—Nuestros archivos —le interrumpió rudamente Caifás— están repletos de informes sobre ese hombre: y en ellos consta que es blasfemo, profanador del sábado, endemoniado y brujo.

—Si resucita muertos —acotó Gamaliel—, nadie le podrá hacer daño alguno.

—Eso es lo que me confunde muchas veces —respondió Judas—. Jesús mismo habla de su muerte con frecuencia y con gran naturalidad, como si ya estuviera consumada, como si su propia muerte fuese la vía regia y mesiánica para el advenimiento del Reino de Dios.

—No nos interesan tus opiniones sobre ese hombre —le interrumpió Caifás con tono molesto—, sino tu cooperación con nuestros designios.

—Yo estoy dispuesto a cooperar con vosotros para que él caiga en vuestras manos —respondió Judas enérgicamente—. Pero me horroriza el solo pensamiento de que el hombre más santo pueda sentarse ante el tribunal del Sanhedrín como si fuera un delincuente. Ninguno de vosotros puede sentirse digno de levantar su mirada ante él cuando lo veáis investido de una desconocida majestad. En todo caso, yo entregaré al Nazareno en vuestras manos, para que vosotros, a su vez, lo entreguéis a los romanos. Y entonces mis terribles dudas se disiparán.

Cena de despedida y noche de amor

En la mañana del primer día de los ázimos, jueves, estando todos en Betania, los discípulos preguntaron al Maestro dónde quería que le prepararan la Cena de Pascua. Como sucedió con el asno de Batfagé, Jesús les dio una contraseña, típico procedimiento de los que necesitan actuar clandestinamente: tenían que ir a la ciudad, donde encontrarían, junto a la alberca, a un hombre con un cántaro de agua. Era una contraseña fácil de identi-

ficar, porque no era común que un hombre llevara un cántaro de agua, tarea casi exclusiva de las mujeres. En cuanto lo vieran tenían que seguir sus pasos hasta la casa en que el hombre entrara. Ellos debían entrar detrás de él en la casa y formular a su dueño la siguiente pregunta: “El Maestro dice: ¿En qué aposento he de comer la Pascua con mis discípulos?” Entonces él les mostraría una gran habitación en el piso alto, muy adecuada para la celebración pascual, y allí debía hacer los preparativos necesarios.

La Pascua era la fiesta más importante de Israel. Las festividades duraban siete días; pero la fecha central, la Pascua propiamente dicha, era el 14 de Nisán, en cuya noche se comía el cordero pascual. En una misma fecha se celebraba la fiesta de la Pascua y la de los ázimos. La primera era la fiesta de los pastores y la segunda la de los agricultores, y ambas festividades, enlazadas, constituían, a su vez, la Pascua, y rememoraban la liberación de las cadenas de la esclavitud de Egipto y la fundación de Israel como nación. Hoy diríamos que se trataba de la fiesta de la independencia nacional; y se celebraba con fervor religioso y con sentido patriótico.

El centro de la fiesta era la Cena Pascual, y el centro de la cena era el cordero, que debía comerse según unas prescripciones minuciosamente detalladas y, a ser posible, dentro de los muros de Jerusalén. Era la noche más solemne del año, en que las puertas del templo permanecían abiertas. Además del cordero, se comían hierbas amargas (lechuga, berro, cardo, achicoria...), en recuerdo del amargo sufrimiento que padeció Israel en los años de la cautividad de Egipto. Se comía también pan ázimo, esto es, pan amasado sin levadura, porque la levadura era signo de corrupción.

Éste era el escenario.

Todas las prescripciones serían rigurosamente cumplidas por Jesús y su grupo. Pero esto era lo mínimo. Sobre este escenario pascual el Pobre habría de realizar en esta *noche de las noches* el más fantástico despliegue de misterios.

* * *

La tarde va cayendo. El Maestro y los suyos van descendiendo, silenciosos, cautelosos, por las primeras rampas del monte de los Olivos. Los discípulos oscilan entre el temor y el gozo pascual. Cualquier intento de describir el horizonte interior del Pobre en este momento sería un esfuerzo inútil. En el vastísimo desierto que se abre a la mirada de su alma podían distinguirse, bajo un azul gozoso y verdaderamente pascual, piedras ensangrentadas por el dolor y el amor, nubes rojizas esparcidas aquí y allá, sin que tampoco faltaran, de vez en cuando, vientos huracanados poseídos de una desconocida fuerza.

Al cruzar el torrente Cedrón, dijo Jesús a los discípulos: —Compañeros de mi soledad y mi destierro: creo en la belleza del dolor cuando éste está impregnado de amor. Creo en la compasión última cuando se asume la carga de la humanidad sufriente.

Los discípulos permanecieron en silencio, sin entender exactamente el significado de las palabras.

Brillaban las primeras estrellas. Revestida con todo su esplendor, la luna, reina de la noche, se había asomado para presenciar los misterios de la *noche* por excelencia. El Maestro y sus discípulos ya están en el Cenáculo, sentados sobre esteras de paja.

La reunión era casi secreta. Pero no fue una reunión caracterizada por la solemnidad y el recogimiento, como suele creerse; como tampoco hay que suponer que los discípulos estaban en condiciones de entender los grandiosos misterios que iban a tener lugar durante la noche en ese recinto. No era un ambiente idílico, sino una atmósfera cargada de tensión, cruzada por varios haces de luz que iluminarían la noche con resplandores rojizos: el lavatorio de los pies, la institución de la Eucaristía, el anuncio de la traición de Judas y la negación de Pedro, el testamento del amor, la despedida..., eran como contradictorias espadas cruzadas que tejían un entramado francamente dramático.

El Pobre de Nazaret, consciente de la grandeza del momento, se sumergió en el silencio de sus abismos por un largo momento, durante el cual cruzaron por su mente los recuerdos de su vida: había saltado desde las altu-

ras del Padre al seno de su santa Madre. Pero había llegado el momento de partir de nuevo al Padre. Una sola cosa había hecho durante la travesía: amar. Y ahora, al final de su vida, se disponía a lanzar la suprema ofensiva de amor.

Luego levantó sus ojos. Con cierto dejo de tristeza fue mirando uno por uno a todos los asistentes. La inquietud se apoderó de los discípulos, que estaban suspensos de los labios del Maestro, como a la espera de alguna revelación especial.

Jesús les dijo: —Desde las profundidades de mi ser quiero hablaros esta noche, y quisiera que mis palabras fueran eco de eternidad. Por largos días he sido poseído por el ardiente deseo de que llegara esta noche para celebrar la última cena de despedida antes de partir. Hijos míos, me voy. Si no saltamos al precipicio, no nos nacerán alas. En un baño tengo que ser sumergido, y después del baño habrá un prodigio: el dolor se habrá transformado en amor y el amor levantará las murallas del Reino. Me despido, pues; no cenaré con vosotros hasta el día del Gran Banquete del Reino. Pero, antes de marcharme, esta noche quiero constituirme en compañero eterno y amigo inseparable de todos los hombres hasta el fin del mundo.

* * *

La ceremonia había comenzado según el rito acostumbrado en las cenas pascales. El momento adecuado para el lavatorio de los pies hubiera sido antes de sentarse con los comensales a la mesa. Pero no sucedió así; al contrario, la narración de Juan da a entender que Jesús, interrumpiendo la cena (“durante la cena”: 13,2), se levantó y comenzó el lavatorio, lo que daría a entender que allí se produjeron altercados y disputas por ocupar lugares privilegiados; incluso el texto de Juan (13,2-5) induce a sospechar que tal porfía habría sido motivada por la pretensión de Judas de ocupar algún lugar preferente, actitud que habría despertado sentimientos de celo en los demás.

La pretensión de ocupar lugares de preferencia en los banquetes debía ser uno de los litigios más frecuentes en aquellos tiempos. Por los días de evangelización el Maestro había aprovechado cualquier oportunidad para entregar a los discípulos lecciones de gran contenido evangélico: que los últimos serán los primeros, que el señorío debe ser una oportunidad para servir humildemente, que es mejor dar que recibir... Pero viendo Jesús que había arado en el mar, a última hora, antes de despedirse para partir al Padre, quiso echar mano de un gesto dramático, casi teatral, para que jamás se les olvidara la lección más reiterada y hondamente evangélica, la de la humildad, íntimamente emparentada con el amor.

Se levantó, pues, de la mesa, se despojó del manto y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego, echando agua en la jofaina, en una actitud propia de los esclavos, se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con la que estaba ceñido.

Muchos y conmovedores gestos del Maestro habían presenciado los discípulos a lo largo de la aventura apostólica, pero ninguno tan espectacular como éste, ya que quehaceres como éste eran normalmente realizados por los más humildes esclavos. Ante tan insólita actitud del Maestro y viéndolo postrado a sus pies como el último de los siervos de la casa, los discípulos quedaron profundamente conmovidos, cohibidos, casi avergonzados y fuertemente sensibilizados, aceptando pasivamente el inesperado gesto de servicio del Maestro y, sobre todo, la dura lección que de él se desprendía. La escena, aparte de constituir en sí misma un conmovedor acto de humildad por parte del Maestro, implicaba también alguna forma de reprensión para los discípulos.

Una vez terminado el lavatorio, Jesús se cubrió con su manto y regresó a la mesa. La acción había sido suficientemente elocuente por sí misma, pero al ver tan sensibilizados a los discípulos, Jesús decidió aprovechar la oportunidad para remachar a golpes y a fuego lento las enseñanzas más caras a su corazón.

—¿Comprendéis —les dijo— el sentido oculto de lo que acabo de realizar con vosotros? ¡Cómo me gustaría

iluminar las alturas de vuestro corazón! ¡Desde que comenzamos a caminar juntos, transformando las tierras desoladas en campos fértiles, vosotros siempre me tratéis de Maestro y Señor; y tenéis razón, porque lo soy, efectivamente. Ahora bien, si a mí, Maestro y Señor, me habéis visto a vuestros pies con una jofaina de agua y una toalla, como el último de los siervos, vosotros comportaos de la misma manera y haced otro tanto unos con otros.

Los señores de la tierra —continuó— expresan su señorío poniendo sus pies sobre la cabeza de sus súbditos. No sea así entre vosotros; al contrario, el que sea señor aproveche la oportunidad para vivir a los pies de sus empleados, lavándoles los pies y sirviéndoles a la mesa. ¡Bienaventurados los que transforman la realeza en servicio y a sus siervos los convierten en señores por la magia del servicio! En verdad os digo: a éstos les nacerán alas para volar, caminarán entre ruinas levantando ciudades, sus días florecerán como la primavera y sus otonos conocerán una copiosa cosecha dorada.

¿Quién es más encumbrado —preguntó—, el que sirve o el dueño? ¿Quién tiene más categoría, el que envía o el que es enviado? Os he dado ejemplo para que seáis como el humilde arroyo que, en su camino hacia el mar, alegra con sus melodías los campos, o como el almendro en flor, que, ante las acometidas del vendaval, suelta una lluvia de flores. Vuestro corazón se poblará de fuerzas misteriosas y certezas divinas. Caminaréis sobre alfombras de violetas después de abatir las torres orgullosas; en las hondonadas últimas del vacío descansarán los cimientos del Reino y desde allá emergerá la ardiente columna del amor; y a tanta profundidad, tanta altura; a tanta humildad, tanto amor, y a tanto desprendimiento, tanto servicio.

* * *

Jesús no se sentía bien. La atmósfera del Cenáculo estaba cargada de electricidad: algo había en el ambiente que no le permitía a Jesús respirar libremente en aquella

noche única: ¿un tumor maligno, una sombra oscura, un misterio de iniquidad? “Jesús se turbó en su interior y declaró: Os aseguro que uno de vosotros me entregará” (Jn 13,21).

Era Judas: misterio infinito, enigma insondable en cuyos abismos la libertad naufragaba una y otra vez entre oscuros instintos, reflejos condicionados y frustraciones insuperables. Judas amaba a Jesús y Jesús amaba a Judas: enigma humano tallado en la tiniebla, tan incomprensible como un árbol crecido sobre las cenizas de los muertos.

Sea como fuere, su presencia en el Cenáculo era como un cortocircuito en la corriente pascual de aquella noche. Las palabras de Jesús revelando la traición tuvieron el efecto de un rayo que cae en medio de un rebaño: sorpresa, incredulidad, espanto. Se miraban unos a otros. ¿Cómo podía ser? En una noche de plenilunio, en medio de la celebración más feliz del año, ¿podrían esconderse puñales afilados disimulados bajo el manto de la amistad? ¡No podía ser! Protestas. Preguntas desafiantes: ¿acaso soy yo? Al final, una vez más, Jesús dio a Judas un signo de predilección especial, alcanzándole un trozo de pan mojado, mientras le decía: “Haz pronto lo que tengas que hacer”.

Llegaba la hora de la consumación. Había urgencia. Como un diestro estratega que había hecho converger los caminos y las circunstancias en el punto y la hora señalados por el Padre, el Pobre dio la orden de partida para la gran epopeya de dolor y amor.

La noche devoró a Judas. El Pobre respiró aliviado, igual que cuando la atmósfera queda liberada de su carga eléctrica. Ahora el Maestro puede tomar en sus manos las llaves que abrirán las puertas de los misterios más sagrados desvelados en aquella noche.

Regalo de despedida

Al ausentarse Judas, el Pobre sabía que disponía de muy poco tiempo. No buscaba la muerte. Nunca había

salido al encuentro de los sanhedritas para desafiarlos: aquí me tenéis, haced de mí lo que queráis. Al contrario, en cuanto le fue posible trataba de ocultarse. Arriesgó una y otra vez su vida, pero no quería la muerte: sólo quería la conversión de Israel. Lo demás lo dejaba abierto a los designios del Padre.

Al desaparecer Judas en las sombras de la traición, el Pobre comenzó a sentir en su cuello las garras de la muerte inminente. En medio de esta desgarradora tensión interior había de instituir el sacramento supremo, con el que instaurará una nueva forma de relación con los creyentes que habrán de continuar su obra en el mundo. El banquete pascual estaba ya muy avanzado, probablemente entre la segunda y tercera copa. Jesús, dejando de lado las prescripciones rituales que todos los israelitas cumplían escrupulosamente, tomó una hogaza de pan en sus manos y, después de pronunciar sobre ella la fórmula de la bendición, lo partió en varios trozos, tantos como eran los comensales, y los fue distribuyendo entre los discípulos, mientras les decía: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo, entregado por vosotros. Haced esto en mi recuerdo”.

Así como el lavatorio de los pies había resultado un gesto espectacular, el gran sacramento es inaugurado de una manera muy simple: utiliza los elementos más comunes en Palestina como comida y bebida: el pan y el vino; los ofrece como su propia carne y sangre, entregadas por la vida del mundo, y les manda que repitan este gesto, recordándole; y agregándoles que se trata de la nueva alianza, el nuevo pacto entre Dios y los hombres. En los entresijos de tan sorprendente sacramento palpitan, soterradas e implícitas, dos enormes afirmaciones: en primer lugar, la Eucaristía anuncia el sentido de su muerte: cuerpo entregado y sangre derramada —muerte violenta, pues, y solidaria— en favor de los hombres; y, en segundo lugar preanuncia su vida resucitada hasta el fin.

Enseguida, al ofrecer la tercera copa ritual, el Maestro tomó el cáliz rebosante del zumo de la vid y, después de la bendición y la acción de gracias, lo pasó a cada uno de

los comensales para que cada uno lo gustara, mientras les decía: “Bebed todos de él. Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, derramada por muchos. Haced esto cuantas veces lo bebáis en recuerdo mío”.

* * *

Jesús tiene conciencia de que acaba de instaurar, así, tan sencillamente, y de poner en acción el instrumento más eficaz de la gracia, el misterio más hondo y fecundo de la nueva humanidad: la Eucaristía. Sumergido en las últimas latitudes de sus mundos, fue desgranando, como si hablara consigo mismo, pensamientos y ensueños largamente rumiados en su espíritu.

—Las espigas que fueron desgranadas para amasar este pan —les dijo— estaban dispersas por los campos y las colinas y se fundieron para formar esta masa. Los rojos granos de muchos racimos se hermanaron en esta copa de vino. Pero tanto los granos de trigo como los de la vid se dejaron triturar para dejar de ser trigo y uva y convertirse en alimento y bebida.

Sólo a través de la muerte —continuó— se alcanza la vida. El hombre se hace disponible al aceptar no disponer de sí mismo, porque todo ser humano viene marcado por un terrible instinto de autoposesión. Toda existencia humana tiende a replegarse sobre sí misma en un inquietante círculo de egoísmo. Hay que desposeerse, pues, para darse. No puedo darme a comer a la Humanidad si no me dejo triturar como un grano de trigo. Por eso, el Misterio que os acabo de regalar os recordará, anunciará y repetirá por los siglos de los siglos mi propia muerte por amor, ya que ahora mismo comienzo a descender los peldaños de la muerte. Así pues, este Regalo y mi Muerte estarán indisolublemente unidos en vuestra memoria hasta el tiempo final.

En esta noche —continuó Jesús— nuestros padres se reunieron para comer apuradamente el cordero, porque estaban pendientes del paso del Señor. Y el Señor, efectivamente, pasó, y transformó la esclavitud en libertad y la angustia en gozo. Una vez que el Eterno liberó a nues-

tros padres de las cadenas de Egipto, los condujo al monte Sinaí, y allí hizo un pacto con ellos. Este pacto fue sellado con la sangre del cordero, y Moisés roció al pueblo con la misma sangre del sacrificio. Pero esa era ya pasado. Yo ahora, nuevo Cordero, vierto mi sangre, que mañana será derramada, en este cáliz; y ella será el signo de la nueva alianza que Dios sellará esta misma noche. Acordaos de mí y de mi Muerte siempre que os reunáis para compartir el pan y el vino. Y yo, en persona, estaré verdaderamente presente en ese pan y ese vino.

Asimismo, en esta noche —continuó el Maestro como ensimismado en sus pensamientos— por mi presencia en el pan y el vino quiero constituirme como compañero inseparable de toda soledad humana hasta el fin de los tiempos. Entraré en las frágiles cabañas habitadas por el dolor, velaré el sueño de los huérfanos y me sentaré a su sombra con entrañas de madre; infundiré un soplo fresco de alegría en el corazón de las viudas que lloran a sus hijos muertos. Para los heridos al borde del camino seré un delicado hálito de brisa, y un firme báculo para los encorvados por el peso de la edad. En fin, seré una isla en el océano de la soledad y un oasis en el desierto de la Humanidad. Desde esta noche nadie tendrá derecho a lamentarse de su soledad o su orfandad. Soy para todos presencia resucitada en el pan y el vino.

Y, por lo demás —concluyó—, ésta es la última de las cenas que hemos celebrado a lo largo de nuestra aventura apostólica y la primera de todas las cenas que, en mi ausencia y mi memoria, se habrán de celebrar hasta el fin del mundo, como signo de unidad y vínculo de fraternidad: quienes coman de un mismo pan deberán tener un solo corazón; quienes se sienten a la misma mesa deberán constituir una misma familia.

* * *

La institución de la Eucaristía, ¿les dijo algo a los discípulos? ¿Tuvieron, al menos, una vaga conciencia de lo que eso significaba? Cabe suponer que no se levantó en sus corazones ni la más pequeña ola de emoción o

admiración y que reaccionaron como quien presencia una escena extraña, pero no mayormente significativa. Por lo demás, así sucedió con muchos acontecimientos trascendentales de la historia.

Dos décadas después, sin embargo, Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, se refiere a la Eucaristía como un rito estable, en el que los creyentes que participaban en él comían verdaderamente la carne del Señor y bebían su sangre.

La Eucaristía, la cena del Señor, se sigue celebrando hoy, bajo diversas formas, en todas las comunidades cristianas. La asamblea de los creyentes se reúne en torno a una comida comunitaria, reducida a los más simples elementos: el pan y el vino: "El Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan..." La Asamblea, la Iglesia, recuerda, reitera y hace presente lo que aquella noche su Fundador hizo y dijo, la misma noche en que cayó en manos de sus perseguidores y sufrió una muerte violenta. *Durante casi dos mil años no ha habido día en que no se haya celebrado este memorial, transmitido de generación en generación en una cadena ininterrumpida a lo largo de los siglos.*

Un sueño de oro

—Hijos míos —comenzó abriendo su corazón el Po-bre con gran emoción, y éstas serían sus últimas palabras—, ha llegado el momento de despedirme de vosotros. El amor no alcanza su profundidad hasta la hora de la separación. Me voy y, al despedirme, mi amor por todos vosotros alcanzará la estatura de una torre sobre una colina; ni el vendaval ni el rayo podrán abatirlo. Después de un breve lapso de tiempo, el viento me arrebatará de vuestra presencia y acabaré como acaban los árboles: desnudo y erguido.

—Maestro, ¿a dónde vas? —preguntó Tomás.

—Vuestros pies no podrán seguir mis huellas por el momento. Me dejaré envolver en el sudario del gran silencio y me internaré en las regiones del frío y la oscuri-

dad. Pero volveré, volveré como vuelven la aurora y las mareas, el crepúsculo y el amanecer. Y nuestra fiesta no tendrá fin.

—¿Qué será de nosotros? —insistió Tomás.

—No os abandonaré como huérfanos de hogares desconocidos ni permitiré que os perdáis en los desfiladeros de la sierra. Que vuestro corazón no se turbe. No abráis vuestras puertas al desconsuelo y la tristeza. Me voy para prepararos un hogar en el Reino de mi Padre, en cuyo centro haré encender un rojo fogón de amor; allí nos sentiremos, nos calentaremos y conoceremos el secreto de la alegría que nunca muere.

He pasado entre vosotros —continuó— raudamente como una estrella, sembrando copiosas palabras. Ahora bien, si mis palabras se perdieron en los pozos del olvido o las encontráis envueltas en niebla, no os preocupéis, mi Padre os enviará un Consolador, que al mismo tiempo será un Esclarecedor, que os ayudará a recordar todo y disipará las brumas de vuestros horizontes para que todo lo que os dije e hice aparezca transparente a vuestros ojos.

—Maestro —observó Juan—, dices que te vas y que volverás; es un lenguaje enigmático, no entendemos nada.

—Cuando las alas de la muerte me hayan transportado al país del olvido —contestó Jesús—, vosotros os sentaréis en el Huerto de Granados para llorar largamente y, como los lobos lanzan sus aullidos a la noche, vosotros no cesaréis de entonar dolientes lamentaciones, mientras el mundo se entregará al frenesí de la fiesta, como una marea alta bajo la luna llena. Seréis como las aves heridas en el valle de la tristeza, sin poder alzar el vuelo, como la mujer grávida que no puede danzar ni cantar porque la angustia oprime su vientre y su garganta. Pero, una vez que haya nacido el niño, las olas y el viento se encargarán de esparcir la noticia, y el aprieto de la madre, como por arte de magia, se tornará en refrescante alegría.

Así ahora —continuó Jesús— la tristeza envuelve, como un sudario, vuestra alma, pero regresaré del país lejano como vuelven en el verano las golondrinas, y el

viento esparcirá canciones de pascua por los valles de vuestra alma y os arrancaré el sudario de la tristeza y os revestiré con un manto de gloria, y la alegría nunca se alejará de vuestros horizontes, alleluia.

Todo esto —agregó— os lo he explicado en parábolas y figuras. Pero se acerca la hora en que ya no habrá más parábolas. El Consolador que os enviaré de parte de mi Padre inundará vuestros ojos con una claridad directa y meridiana.

—Maestro —insistió Juan—, cuando los padres de familia parten de este mundo dejan a sus hijos una última voluntad, un testamento...

—Un sueño de oro —respondió Jesús— ha ido naciendo y creciendo en mi huerto en el transcurso de nuestra aventura apostólica; ese sueño de oro brilla a los ojos de mi alma noche y día como estrella matutina.

—¿Podrías explicarnos cuál es ese sueño? —preguntó Juan.

—Os contaré la historia —respondió Jesús—. El amor que no se derrama se transforma en piedra. He sido entre vosotros un hermano entre hermanos: no he habitado en las cumbres inalcanzables donde anidan las águilas, sino que hemos comido en la mesa común y dormido juntos bajo las estrellas y juntos hemos buscado el propósito oculto de las cosas. Fuimos un hogar itinerante, sin morada fija. Cuando me recordéis pensad en una sola cosa: que yo os amé y que asimismo vosotros debéis amaros unos a otros.

He calmado mi hambre —prosiguió el Maestro— con el pan vuestro y apagado mi sed con vuestro vino. He escalado vuestras montañas y jugado con vuestros hijos; y así, a lo largo del camino hemos formado una sola familia. No faltaron momentos difíciles: nacieron y crecieron en el huerto familiar las plantas venenosas de las rivalidades y envidias, nunca faltan, pero os he enseñado el difícil arte de arrancarlas de raíz. Por todo lo cual no os llamaré siervos, sino amigos, porque ya no hay secretos entre nosotros. Me esforcé por ser sincero y veraz con vosotros, exigente y comprensivo; os alerté en los peligros, os estimulé en las dificultades, os lavé los pies y

os serví a la mesa. En suma, tal como el Padre me ha tratado a mí, así os he tratado yo a vosotros.

Y ahora, al ausentarme, os dejo este mandamiento: seguid unidos, amaos los unos a los otros como yo os he amado. Éste es mi testamento, mi sueño de oro: sed un hogar viviente en el mundo; sed *uno* como el Padre y yo, y en nuestra unidad sea consumada vuestra unidad. Muchas tareas os dejé encomendadas: limpiad a los leprosos, sanad a los enfermos, anunciad el Reino..., pero, por encima de todas, os mando con carácter urgente de testamento final que viváis amándoos los unos a los otros hasta que yo regrese. En esto conocerán si sois discípulos míos: será la bandera de distinción y la tarea fundamental. Hijos, hijitos míos, nuevamente os reitero con toda mi alma: os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros; que como yo os he amado, así os améis los unos a los otros.

Padre Santo —continuó Jesús, levantando sus ojos al Padre con infinita ternura y reverencia—: sacándolos del mundo, depositaste a estos discípulos en mis manos para que yo los cuidara. Les expliqué quién eres Tú; y ahora ellos saben quién eres Tú y saben también que yo nací de tu Amor.

Eran tuyos, Tú me los entregaste como hermanos y yo los cuidé más que una madre a su niño. Conviví con ellos, pero ahora tengo que despedirlos con pena y regresar junto a Ti, porque Tú eres mi Hogar. Pero ellos se quedan en el mundo. Tengo miedo por ellos, porque el mundo está dentro de ellos; temo que el egoísmo, los intereses y las rivalidades desgarran la unidad entre ellos. Guárdalos con cariño. Cuando estaba con ellos, yo los cuidaba; ahora, cuídalos tú.

Tengo miedo por ellos —agregó—. No permitas que los intereses los dividan y acaben por arrebatarnos la paz. Que sean *uno*, como Tú y yo. Derriba en ellos las altas murallas levantadas por el egoísmo, el orgullo y la vanidad. Aleja de sus puertas las envidias que obstruyen y destruyen la unidad. Calma sus impulsos agresivos. Que una corriente sensible, cálida y profunda atraviese sus relaciones; que se comprendan y perdonen; que se esti-

mulen y se celebren; que sean entre sí abiertos y leales, afectuosos y sinceros. Y así lleguen a ser en medio del mundo un Hogar cálido y feliz, como una ciudadela de luz en lo alto de la montaña, para que el mundo sepa que Tú me has enviado.

Como Tú, Padre —concluyó—, estás en mí y yo en Ti, que también ellos sean consumados en lo *uno* nuestro. ¡Este es mi sueño de oro!

La gran crisis y la alta fidelidad

Salieron del Cenáculo. Jerusalén estaba inundada por la luz de la luna, y en la noche subyugadora flotaba un intenso aroma de azahares. No parecía una noche de tragedia, sino de bodas. Fueron descendiendo silenciosamente, a la luz de la luna, hacia el barrio de Siloé, arrimados a los muros exteriores del templo.

Con un batir de alas, una lechuza lanzó un grito penetrante y desapareció en la oscuridad. Descendían lentamente por un sendero abrupto, entre cipreses y olivos, y las piedras rodaban a su paso por la pendiente. Una atmósfera espesa e inquietante oprimía el alma de los integrantes del grupo. Negros corceles galopaban por los páramos; la tragedia rodaba por lo alto como un carro arrastrado por los huracanes, mientras la luna cruzaba impávida el firmamento y los astros lejanos brillaban con un rojo escarlata. Así estaba el alma de los discípulos.

¿Quién podría asomarse a los barrancos del Pobre? Su espíritu fue descendiendo vertiginosamente hacia las profundidades de la soledad, de la tristeza y la agonía. Las parras estaban cargadas de racimos y los racimos cuajados de sangre. El viento esparcía por doquier cabellos grises sobre valles de ceniza, mientras los niños amontonaban estrellas y piedras. Era la noche de la Decisión. Un olivo retorcido por los años se erguía en el corazón de la noche en el huerto familiar. Ésta es la noche de la batalla y la victoria.

Después de atravesar el torrente Cedrón, entraron en

el huerto de Getsemaní. Para entonces los discípulos ya estaban agobiados por la pesantez y la tristeza, y el Pobre completamente sumergido en la noche de la agonía.

Jesús los invitó a instalarse de la mejor manera posible para pasar la noche, “mientras yo voy a orar”. —Estad alerta —les dijo—, no os durmáis. Mantened vuestras energías en alta tensión, en ardiente comunicación con el Eterno; de otra manera no podréis aguantar el asalto del tedio y la tristeza.

Pero sentía terror al pensar que debería enfrentar a solas la agonía y la noche. Necesitaba a alguien a su lado para la hora suprema. El Pobre era ahora un desconocido aun para sí mismo: estaba sumergido en las honduras espesas y saladas de una soledad sin límites, respiraba con dificultad y apenas podía mantenerse en pie.

Tomó, pues, consigo a los tres testigos de la transfiguración —Santiago, Pedro y Juan— para que fueran también testigos de otra transfiguración bien diferente. El Pobre sabía muy bien que, en la hora de la decisión, nadie está con nosotros, y que los tragos más amargos se beben a solas; pero, aun así, esperaba que la proximidad de aquellos tres confidentes le aportara algún alivio.

Acompañado por ellos, se internó, pues, en el Olivar; y en este corto trayecto estalló la crisis con toda su fiereza: era una catarata desbordada de pavor, tristeza y espanto, era la agonía: “comenzó a turbarse y a angustiarse”. Los castillos y las montañas se hicieron humo. Los pensamientos, en cerradas filas, se batían en retirada, dejando el campo libre a las emociones incontrolables. El alma del Pobre estaba varada entre ruinas y piedras rotas.

Volviéndose hacia sus tres acompañantes, como un niño que pide auxilio, les abrió de golpe las compuertas de su intimidad; y desde ella brotaron a borbotones palabras pavorosas: “Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos ahí y velad”. Que era como decir: me muero de tristeza. Todas las aves heridas se vinieron al suelo, el vértigo había tocado el fondo del pozo, y, como un cañaveral tembloroso, combatido por los vientos, así estaba el alma del Pobre.

Con estos desahogos el Pobre no hacía sino mendigar consuelo, y sus tres confidentes lo habrían consolado, sin duda, lo mejor que pudieron. En realidad, el Pobre estaba en ese momento acosado por el empuje de dos olas: la necesidad de estar solo y el terror de estar a solas.

Y sabiendo que los alivios humanos no son más que pétalos de flor que apenas rozan la piel y que los misterios supremos del hombre se consuman en la soledad de uno mismo, el Pobre se alejó de ellos a la distancia de un tiro de piedra; absolutamente golpeado por la crisis y momentáneamente derrotado, temblando y con las rodillas vacilantes, caminó unos metros, hasta que, agotado y no pudiendo ya mantenerse en pie, “cayó sobre su rostro, orando...” Y entró en *agonía*, en un combate cara a cara con la muerte.

* * *

A lo largo de su vida había sido la respuesta fiel del Hijo al Padre. La *Carta a los Hebreos* presenta a Jesús como modelo de fidelidad, sumido en un mar de pruebas: “Fijaos en Aquel que soportó la contradicción” (Heb 12,3) y “sufriendo aprendió a obedecer”. Tenemos, pues, un hermano a quien le costó mucho ser fiel al Padre. Experimentó en su ser todas las limitaciones, como la ley de la contingencia, de la transitoriedad, de la soledad y de la deslealtad: se aceptó como hombre, sin evasiones, sin compensaciones, sin recurrir a la divinidad en los momentos de apuro.

Pero en esta vasta experiencia humana le faltaba al Pobre la experiencia más amarga: la de la muerte. A pesar de que estaba familiarizado con la idea de morir, y morir por amor, otra cosa, sin embargo, era encontrarse súbitamente cara a cara con la muerte.

Es fácil teorizar, fraguar filosofías y hasta teologías sobre la muerte cuando ella está ausente y distante. Puede ser también que la palabra muerte suene para muchos como una palabra vacía, algo tan insustancial como la palabra *nada*. Somos nosotros los que damos “vida” a la muerte, poblando su vacío con nuestros fantasmas y

miedos. Somos nosotros los que, en vida, “vivimos” la muerte. En Getsemaní, el Pobre de Nazaret “vivió” su muerte.

Todo ser viviente —vegetal, animal, hombre— está dotado de mecanismos apropiados para enfrentar la extinción: es el instinto de conservación, poderosas fuerzas defensivas, más tenaces en el animal que en el vegetal y más en el hombre que en el animal. Cualquier animal, una vez que entra en el proceso de extinción, se deja “llevar” por la muerte; no resiste, se apaga como una vela: la muerte “se realiza” en él. No muere, se deja morir, se acaba.

Sólo en el hombre existe la agonía, porque el ser humano toma conciencia de su extinción y la resiste mentalmente. La agonía es, pues, un combate de resistencia mental. Sólo el hombre *muere*, porque sólo en él se da la agonía, la lucha o la resistencia en la que acaba sucumbiendo y siendo aniquilado, envuelto en la vorágine de su propia resistencia, y así la muerte obtiene la victoria sobre el hombre; mientras que el hombre puede conquistar la victoria sobre la muerte entregándose a ella, lo que le sucedió al Pobre al finalizar el episodio de Getsemaní.

Por otra parte, la muerte es el enfrentamiento con lo desconocido, y la mente humana tiene siempre temor a lo que ignora. La muerte cercena todas las cosas hermosas de la vida: la alegría del sol, el calor de la amistad, la embriaguez de la música, el esplendor de la primavera; y obliga a una irremediable y definitiva separación de los seres más queridos, familiares y amigos. Es la Gran Despedida: amigos, debo irme y vosotros no podéis “venir” conmigo.

Una vez muerto, el hombre ya no sufre más con estas despedidas. Mientras está vivo, como Jesús en el Huerto de los Olivos, es cuando el hombre va “viviendo” la desgarradura de todas las despedidas. Y como el miedo es una energía desencadenada para la defensa de las propiedades amenazadas, es natural que la proximidad de la muerte produzca el supremo miedo, y el miedo, a su vez, produzca la suprema angustia, una angustia mortal o de

muerte. En su agonía en el Huerto, mientras duró la resistencia, también Jesús experimentó una angustia de muerte.

Todo esto lo “vivió” el Pobre de Nazaret en Getsemaní. Lo “vivió” en altísimo voltaje, porque allá convergían una serie de circunstancias que hacían mucho más desgarradora su partida.

Para quien va a morir inicuaamente ajusticiado puede constituir un motivo de consolación el saber que muchos lamentarán y llorarán su muerte. El fenómeno esencial de la muerte, que es la soledad, puede ser aliviado parcialmente por la solidaridad de los demás.

Pero el Pobre no experimentó tal solidaridad, sino hostilidad y, en el mejor de los casos, indiferencia. La mayoría se alegraría de su muerte o permanecería indiferente. Un símbolo de esta situación fueron sus propios discípulos, que dormían plácidamente mientras él, su Maestro, se debatía en una agonía trágica. Cualquier hombre, en circunstancias similares, se hubiera sentido absolutamente infeliz. ¿Cómo no sentir hastío y náusea?

Por lo demás, toda esta situación no dejaba de tener su lado absurdo. Si yo asumo, con sudores de muerte y sangre, este amargo trago para salvar a estos hombres y a ellos nada les importa tal salvación, ni la reconocen ni la agradecen, hay que concluir que esa muerte es absurda y ridícula (cf *Muéstrame tu rostro*, pp. 401-418).

* * *

¿Pudo Jesús haber evitado la muerte? Al verse perseguido, ¿por qué no huyó a las montañas o echó mano de ciertas estrategias? ¿Por qué no se llamó al silencio, al menos en sus últimas semanas? ¿Por qué permaneció mudo cuando Caifás, Pilatos y Herodes lo invitaron a defenderse?

¿Qué sucedió realmente? ¿Se trató de una fatalidad o fue una decisión libre y voluntaria de su parte? ¿Murió Jesús voluntariamente? ¿Y qué quiere decir “morir voluntariamente”? Contemplando su drama con ojos humanos, todo sucedió como si el desenlace final y fatal de

la vida del Pobre fuera el resultado de una serie de elementos conjugados: la hostilidad de las autoridades religiosas de Israel, las reacciones psicológicas de Judas, Caifás y Pilatos, las estrategias imperiales conjugadas con los intereses económicos, las políticas contingentes entre las tropas de ocupación y las autoridades del país ocupado, etc. Y así, el torrente de la historia fue arrastrando al Pobre de Nazaret (“convenía que muriera”) como un desperdicio, hasta el basural de la muerte.

¿Fue eso? Todo eso existió, ciertamente, Pero sólo con eso no habría habido redención. Era necesario que Jesús asumiera todo eso libre y voluntariamente. Aquellos acontecimientos eran historia, pero no eran *historia de la salvación*. Para que hubiera redención, Jesús tenía que infundir su *voluntariedad* a aquellos acontecimientos históricos, tenía que *morir voluntariamente*. El problema, para la redención del mundo, no era si Jesús moría o no moría; moriría de todas maneras: hubiera salido Jesús, espada en mano, aquella noche frente a las tropas que fueron a detenerlo, y hubiera caído peleando; o se hubiera entregado, tal como lo hizo, como un cordero indefenso, en ambos casos moría. El problema, repetimos, no era, pues, si moría o no moría, sino si moría voluntariamente.

Morir voluntariamente no quiere decir que Jesús saliera al encuentro de la muerte desafiando a sus perseguidores, sino que, leyendo los acontecimientos históricos, tal como se estaban desarrollando en torno a él, Jesús acabó descubriendo en ellos el designio del Padre. El Padre podría haber irrumpido en los acontecimientos históricos, interrumpiendo la marcha de la historia. Si no lo hizo fue porque su voluntad permitió que la dinámica de la historia siguiera su marcha fatal y, como consecuencia, su Hijo muriera crucificado. Jesús vio y aceptó la voluntad del Padre a través de los acontecimientos, y se rindió no ante la fatalidad de los hechos, sino ante la voluntad del Padre que los había permitido. Murió, pues, voluntariamente; y el momento culminante de esa aceptación de la voluntad del Padre tuvo lugar en la noche de Getsemaní.

De pronto, en un momento dado de aquella noche, el Pobre pudo advertir que el Huerto estaba rodeado de tropas de asalto, armadas hasta los dientes, sin un resquicio para una posible retirada. Al verse acorralado, Jesús sólo pensó en que si una hoja del árbol no cae al suelo sin que el Padre lo permita, el Hijo no podía ser arrastrado por la corriente de la muerte sin la autorización expresa del Padre. Y sus ojos se enfrentaron con esa muralla roja de la voluntad del Padre, que había permitido, querido y dispuesto que el Hijo desapareciera a esa edad y de esa manera. Y después de gritar, llorar, sudar y sangrar, aceptó aquella voluntad y se entregó sin violencia a la violencia de los hechos, abandonándose en silencio y paz en manos de quien permitió su martirio.

Murió voluntariamente. Y la muerte fue derrotada, porque fue aceptada. Todo esto sucedió en Getsemaní.

* * *

En Getsemaní, el Pobre distinguió con aterradora claridad *lo que yo quiero y lo que quieres tú*, entablándose entre ambas voluntades un recio conflicto que se exteriorizó en el sudor de sangre.

Mientras los tres confidentes, asustados sin duda y absolutamente consternados, observaban a corta distancia a su abatido Maestro, sin saber qué decir o qué hacer, el Pobre, entre tanto, con “gritos y lágrimas” (Heb 5,7) y “caído en la tierra” (Mt 26,39), oraba:

—Padre —decía—, Padre amoroso. He llegado a alta mar y las olas me ahogan. Quiero refugiarme a la sombra de tus alas mientras pasa esta desoladora calamidad. Estoy hundido en el profundo barro y un pavor mortal me retuerce las entrañas. Una jauría de lobos ha caído sobre mi carne y quieren despedazarme. Padre mío, para ti todo es posible: aleja de mi vista la sombra de la muerte. Como el vestido mojado se adhiere a la carne, así mi alma se agarra a la vida. Estoy en la flor de la juventud, ¡y quiero vivir! Para ti todo es posible: del seno del invierno haces brotar cada año el verdor de la primavera. Entierra la guadaña de la muerte muchos metros bajo

tierra. ¡Lejos de mí el cáliz de la amargura! No obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras Tú. Y dame alas para que pueda volar en pos de tu voluntad.

Pero esa noche hermosa, que vestía de claridad el mundo, era al interior de Jesús una *noche oscura del espíritu*: el Padre estaba lejos, o simplemente no estaba. El tedio había anegado los valles del Pobre y se ahogaba en el mar de la soledad. Sobre su desierto infinito no se divisaba ni siquiera un cuervo. La contradicción (ganas de vivir y ganas de morir) desgarraba sus entrañas. Ya que no sentía el consuelo del Padre en la aridez más desoladora, intentó buscar un vaso de alivio en sus tres confidentes.

Se levantó: apenas podía sostenerse en pie. Con dificultad y tambaleando avanzó hasta el lugar donde se encontraban los tres discípulos. Hubiera deseado, y eso es lo que buscaba, encontrarse con la presencia consoladora de tres amigos en oración; pero estaban adormilados. Gran decepción. “Simón, ¿duermes? ¿Ni una hora has podido velar?” Permaneced despiertos y orad; de otra manera vais a ser anegados por la tristeza.

Los dejó. Estaba escrito que aquella noche el Pobre no encontraría consolación ni en el cielo ni en la tierra. Regresó a su soledad, y “entrando en agonía, más intensamente oraba” (Lc 22,44), “repitiendo las mismas palabras” (Mc 14,39).

* * *

Por decirlo de una manera gráfica, el Pobre se transformó esa noche en el *gran Miserable*, no tan sólo en el sentido en que cargó con todas las miserias humanas (Is 53), sino en el sentido de que experimentó la miseria de sentirse hombre, hasta apurar los sedimentos más amargos del cáliz humano. Llegó hasta el límite de lo que es capaz de llegar la existencia humana, la miseria y la desgracia de ser hombre: la soledad, el miedo, el tedio, el absurdo, el terror, la angustia. ¿Quién sería capaz de analizar y medir la profundidad de la aflicción de Jesús cuando exclamó: “Siento una tristeza de muerte”?

¿Quién podría ponderar la carga humana, la densidad y el sentido de lo que sucedía en el interior del Pobre cuando oraba “con clamores y lágrimas” (Heb 5,7), con “pavor y tedio” (Mt 26,37; Mc 14,33), “caído en el suelo” (Mt 26,39) y con “sudores de sangre” (Lc 22,44).

En su sombría y desesperada grandeza, el *Hombre* fue descendiendo por la pendiente hasta alcanzar el límite final del precipicio. Aquí no se alcanza a ver otra cosa que ruinas entre rocas grises. El Pobre había descendido hasta los niveles más profundos de la condición humana. El Pobre fue fiel al hombre: llegado el momento de la gran tribulación, ni siquiera pasó por su cabeza la idea de echar mano al bolsillo de la divinidad para sacar de él una carta mágica que lo liberara del trago amargo de la muerte, y de esa muerte. En el misterio de la Encarnación, Getsemaní es el peldaño final.

* * *

Llama la atención el hecho de que la primitiva comunidad cristiana, que confesaba a Jesús como Kirios (“Señor Dios”), no se avergonzara de presentarlo gritando y gimiendo por el suelo. La catequesis primitiva intuyó que el drama de la salvación se consumó aquí, en esta noche. Ésta fue la hora de la gran Decisión; lo que significa que Getsemaní impactó el alma de la Comunidad primitiva más que el Calvario, y por eso revistió a esta escena de características estremecedoras: sudor de sangre, gemidos, lágrimas, tedio, pavor.

El corazón, como es sabido, es un poderoso músculo de función meramente mecánica y en perpetuo movimiento; y por lo mismo, atravesado por una red tupida de fibras motoras. Cuando una situación emocional aprieta este músculo con una altísima presión, él mismo puede comenzar a bombear sangre con tal potencia y rapidez que los capilares, no pudiendo contener el caudal de la sangre recibida con semejante empuje y velocidad, reventan, produciéndose el “sudor de sangre”.

La *Carta a los Hebreos* nos dice que Jesús oró en

aquella noche con “clamores y lágrimas”, es decir, gritando y gimiendo. Hay que tener en cuenta que, cuando la angustia llega a ser desmesuradamente aguda, deja de ser una sensación psicológica para transformarse en una sensación somática, como una garra que se clavara sobre todo en la zona gástrica. Ahora bien, el ser humano tiende a oponer a una dolorosa sensación física cualquier reacción, también de carácter físico: gemidos, gritos, contorsiones, llanto...

Para describir la crisis del Pobre en Getsemaní, los sinópticos recurren a dos palabras: pavor y tedio, síntomas típicos de un agonizante. El agonizante se resiste a morir y siente pavor por la muerte. Pero, al mismo tiempo, se siente tan mal que tampoco quiere vivir: siente tedio de la vida. Es como si dos fuerzas contrarias tironearan a una persona en direcciones opuestas; y por eso la agonía es una crisis de desintegración. El problema es cuál de las dos fuerzas prevalecerá al final; y a esto nos referimos a continuación.

* * *

La gran crisis estaba ya en su apogeo. Todavía el Pobre sentía la necesidad de consolación humana. Se levantó, pues, por segunda vez y se acercó al lugar donde permanecían los tres confidentes, con la ilusión de recibir una copa de alivio. ¡Vana ilusión! Continuaban dormidos, pero esta vez nada dijo; los dejó dormidos y retornó a su lugar, convencido de que, a la hora de la verdad, los consuelos humanos no son sino engañosos paliativos, y de que era él mismo el que debía inclinar, solitariamente, la balanza de la victoria, en la más completa soledad, cara a cara con la muerte y con la voluntad del Padre.

Y decidido a doblegarle la mano a la muerte, entregándose, enfrentó resueltamente el asalto final. Decía: “Padre mío, si tengo que beber este trago amargo, hágase tu voluntad” (Mt 26,42). Sólo entregándose a la voluntad del Padre, que permitía la muerte violenta del Hijo, se obtendría la victoria sobre la misma muerte; y estas palabras de Mateo revelan que la resistencia mental del Pobre estaba ya debilitada, pero no anulada.

Desde mundos ignotos, y capitaneados por el instinto de sobrevivencia, acudieron a la boca del Pobre todos los *porqués* en nombre de la piedad y la razón.

—Los árboles mueren en invierno —reclamó el Pobre—, y Tú dispones que yo sea abatido en el corazón de la primavera. ¿Por qué?

—Hay una primavera —oyó que le replicaba la Voz— que no conoce el fin y cuyas semillas están escondidas en el seno del invierno.

—He entregado a los pobres —insistió el Pobre— la llave de la felicidad, vaciando mis manos llenas en sus manos vacías, porque no se conoce felicidad mayor que hacer felices a los demás. ¿Por qué me arrebatas ahora la felicidad de hacer felices a los demás?

—Es fácil dar; lo difícil es darse. Y la suprema ofrenda consiste en dar la vida.

—¿No soy, acaso, tu Hijo? ¿No eres Tú mi Padre? ¿No me quieres tanto? ¿No te quiero yo otro tanto? ¿No sería suficiente adorarte en lo alto de una montaña una noche entera como tu Hijo consubstancial que soy? ¿Por qué no me truecas este cáliz por otro menos amargo? ¿Por qué no aplazas esta hora?

—La muerte —respondió la Voz— liberará al hombre de la fiebre de la tierra. Sólo saltando por encima del precipicio se libraré el hombre de la región del destierro y la soledad, para cobijarse definitivamente a la sombra abrumadora de la Gloria.

El Pobre calló, y se postró de bruces en el suelo, con la cabeza entre sus manos. La luz se extinguió. El tiempo, como un motor cansado, se detuvo en el Olivar. Aquí abajo, el monte del Olivar, con sus rocas y sus olivos, y allá arriba, las galaxias, en fin, el universo entero envuelto en llamas y ruinas, se desplomó en el pozo de la nada. Para colmo, el *ser* se transmutó en silencio.

Lentamente, como en un despertar de sueños seculares, comenzaron a levantarse altísimas olas en las playas del Pobre, desde sus reservas infinitas de pasión y delirio por el Padre. Fuegos antiguos se reavivaron de improviso, alzando sus cabezas en llamas y, en círculos concéntricos, se derramaron por la inmensidad de sus planicies.

Por todos los rincones de su geografía brotaron arranques de amor, arrebatados de adhesión, transportes de entusiasmo por el Padre, dispuestos a estrangular viva la serpiente de “lo que yo quiero” para dejar paso a “lo que Tú quieres”.

Utilizó, además, una instintiva técnica humana: tanto Marcos como Mateo testifican que Jesús “repetía las mismas palabras”. Según una ley constante de los mecanismos humanos, una angustia insuperable sólo puede ser superada con la repetición de una expresión enérgica, dicha, a ser posible, en voz alta y con gran agitación.

Fue, pues, el Pobre repitiendo todavía entre sollozos: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras Tú”. —Padre mío —continuó—, si en esta noche, en algún momento, abrí la boca para pronunciar palabras torpes y oponerme a tu voluntad, que nada de que lo que dije quede escrito en tu libro; no eran palabras mías, sino de la carne. Ahora mismo voy a darte mi palabra, firme y definitiva. Mi Madre me enseñó que Pobre es aquel que no se siente con derechos. Siervo tuyo soy. Mis derechos están en tus manos. Te digo, pues: ¿Tengo que morir? Sí, Padre. ¿En una cruz? Sí, Padre. Con la boca cerrada, como un cordero, subiré a la cruz.

El *sí* del Pobre fue adquiriendo contornos y tonalidades cada vez más firmes, hasta que se transformó en un *sí* sin atenuantes ni condiciones, en la voz típica, trágica y eterna de los *pobres de Dios* de todos los tiempos: ¡*Hágase!*

En la medida en que fue repitiendo su *Hágase* se le fueron soltando una a una las espinas y garras de la angustia, sus nervios se fueron relajando, mientras una corriente deliciosa de paz comenzó a irrigar paso a paso todo su mundo interior.

Fue repitiendo, aunque ya sin agitación, y cada vez más suave y lentamente, su *Hágase*, hasta que, después de un largo espacio de tiempo, el Pobre estaba ya enteramente inundado por la paz, como un mar en el que todo es calma, sosiego, serenidad... La muerte había sido derrotada. La victoria está ya en nuestras manos. Lo demás, hasta el final, sólo será un paseo.

Desde este momento, hasta que el Pobre muere en la cruz, no encontraremos en los Anales de la historia del mundo un espectáculo de grandeza y belleza semejantes: no descubriremos en él ningún rictus de amargura, ninguna respuesta brusca, ninguna reacción violenta, ninguna mirada hostil, ningún nerviosismo o agitación interior..., ¡nada!

Vestido de una paz inalterable y de una belleza desconocida, que sólo podía venirle del otro lado, el Pobre fue avanzando serenamente en la peregrinación del dolor y del amor... hasta el final.

En las manos enemigas

El rumor de pasos y el rodar de piedras anunciaba la proximidad de tropas de asalto. La mayoría de ellos eran servidores y guardias del templo (Lc 22,52), además de una cohorte romana capitaneada por un tribuno (Jn 18,12), aunque es de suponer que no se trataba de una cohorte completa, que estaba compuesta por 600 hombres, sino de un contingente reducido.

Es razonable conjeturar que Judas se habría presentado ante las autoridades del Sanhedrín para ofrecer sus servicios, estableciendo una contraseña inequívoca para identificar al Nazareno: un beso. Las autoridades habrían convocado a los guardias del templo, previniéndoles que estuvieran listos para entrar en acción en cualquier momento para una delicada operación. Habrían hablado con el Procurador romano sobre el hombre de Nazaret, presentándolo como un elemento altamente peligroso, por lo que no habría resultado difícil contar con una escolta militar.

* * *

Esa noche había brotado y crecido súbitamente en el huerto del Pobre un árbol enhiesto, de altísima copa: el árbol de la libertad, a cuya sombra se cobijarán todos los impulsos y reacciones que habrán de aflorar en el sub-

suelo del Pobre en las pocas horas de vida que le restan.

Al poner su vida en las manos del Padre había entregado, como una ofrenda universal, todas las propiedades y apropiaciones; como consecuencia, naufragaron en el fondo de la nada todos los bienes constitutivos de su vida: deseos, designios, propósitos, ilusiones..., todo se redujo a cenizas en un inmenso holocausto.

Ahora bien, ¿en qué queda convertido aquel que voluntariamente se desprende de todo? Se convierte en *la nada*. A partir de este momento, el Pobre “era” *la nada*. Y a aquel que nada tiene y nada quiere tener, ¿qué le puede turbar? Siendo el miedo una descarga de energías defensivo-ofensivas desencadenadas para el resguardo de las apropiaciones, en esta noche el miedo desapareció, como una estrella enloquecida, del horizonte de Jesús. El cielo permaneció sereno y calmó el mar.

Nunca el Pobre de Nazaret alcanzó estatura tan alta como a partir de este momento, porque nunca fue tan soberanamente libre como ahora; y esto, a su vez, porque nunca estuvo tan radicalmente despojado, vaciado, tan hecho verdaderamente *la nada* como ahora. Utilizando un recurso literario podríamos decir que la travesía de las turbulentas corrientes de la Pasión la realizó el Siervo dormido en los brazos de su Padre, símbolo de la paz eterna: hay en el rostro del Pobre, a lo largo de toda la Pasión, una extraña majestad que sólo le puede venir del otro lado, una serenidad tan inalterable que sólo puede haber nacido en el vacío absoluto.

La nada le salvará del cautiverio y las cadenas. El alba despertará en sus honduras, desnuda y serena. Es inútil, ya no habrá lugar para el pavor y el tedio. Su vida ya está perdida (y ganada): miedo, ¿a qué? Enfrentará las ventoleras de la adversidad con la cabeza ceñida de laurel; las raíces de su árbol se alimentarán en el seno del vacío y sus temores se desvanecerán definitivamente en el fragor de las marejadas.

Éste es el estado de ánimo con que el Pobre (más *pobre* ahora que nunca) enfrentará las vicisitudes de su Pasión hasta morir.

* * *

Al sentir, pues, la cercanía de los piquetes de asalto, Jesús, dejando a un lado a sus somnolientos predilectos, se dirigió hacia la entrada del huerto, donde se habían quedado los demás discípulos, que, naturalmente, también estaban dormidos.

¡Qué transformación se había operado en el semblante de Jesús! Aquel que hacía apenas una hora yacía en el suelo como una caña rota, aparecía ahora enhiesto y firme como un álamo, invencible como un huracán desatado. ¡Milagros del abandono!

Alternando entre el humor y la ironía, les dijo: —Terminó la vigilia; ahora ya no queda nada por hacer; podéis dormir y descansar, si lo deseáis; llegó la hora, la hora de entregarse. De nada sirve enfrentarse con los vientos que soplan desde los cuatro ángulos de la tierra. La noche ya va avanzando hacia la alborada roja. Suena la voz de un viejo laúd, la voz de quien me habrá de entregar se aproxima.

Salió, pues, él solo al encuentro de la tropa, compuesta por alguaciles del templo y soldados romanos, todos armados hasta los dientes, y los enfrentó con la serenidad de un atardecer:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús, el nazareno.

—Yo soy.

“Cuando les dijo: *yo soy*, retrocediendo, cayeron en el suelo” (Jn 18,6). No quiere decir que literalmente todos cayeran por tierra, sino algo distinto: la seguridad y presencia de ánimo que reflejaba el rostro de Jesús debieron ser tales que quienes lo buscaban no se atrevieron a dar un paso adelante. ¿Qué tenía este hombre? El pavor de la agonía se había trocado en esa misteriosa majestad que no lo abandonaría hasta el final y que ahora había paralizado por completo a todo un piquete armado. ¿Qué tenía este hombre?

El Pobre tomó la iniciativa y de nuevo les preguntó:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús, el nazareno.

—Ya os he dicho que soy yo. Y hay algo que me llama la atención —agregó Jesús—: a la luz de la luna puedo

ver cómo brillan vuestros puñales y vuestras espadas, y vuestras armas y vuestros garrotes en alto a la luz de las antorchas. ¡Todo esto es muy divertido! Diariamente estaba en medio de vosotros, enseñándoos en el templo, y nadie se atrevió ni tan siquiera a rozarme con la punta de un dedo. ¡Y ahora sí os atrevéis! ¿Sabéis por qué suceden estas contradicciones? Porque mi Padre así lo ha determinado y porque está consignado en las Escrituras que el mundo se salvaría no enfrentándoos militarmente y derrotándoos a vosotros, sino poniéndome en vuestras manos como un indefenso cordero. Así es que si me estáis buscando, aquí me tenéis, aquí no hay resistencia, haced de mí lo que queráis. Pero, por favor, prestadme atención: a estos mis amigos no los toquéis (Jn 18,3; Lc 22,52).

* * *

Y se lo llevaron. Se escuchaba a lo lejos el fragor del tropel avanzando apresuradamente, mientras las piedras del camino rodaban con estrépito a su paso. Todo se fue desvaneciendo poco a poco en la lejanía y el silencio envolvió al monte Olivete cuando el piquete de guardias y soldados que arrastraban a Jesús se introdujo en la ciudad.

Un terrible desconcierto, como una negra noche, se abatió de pronto sobre el alma de los discípulos. Todo había sido tan repentino como cuando un maremoto invade una aldea dormida. Ahora que el Maestro había sido apresado y arrastrado como un vulgar delincuente, sólo ahora tomaban cabal conciencia de tantas cosas.

Muchas veces les había hablado el Maestro de negros augurios y de que para llegar a la gloria tendrían que pasar por las olas de la muerte y enfrentar las marejadas del sufrimiento. Pero nunca lo entendieron, o no quisieron entenderlo, o simplemente les parecía un despropósito sin sentido. Y he aquí que ahora, en un abrir y cerrar de ojos, todo era una realidad, todos los presagios se habían cumplido.

Al sentir que se esfumaba en la lejanía el estrépito de

la macabra comitiva, el terror invadió a los discípulos, que de pronto se sintieron envueltos en la soledad y el vacío. Se olvidaron de los tronos de oro y de la gloria mesiánica, y sólo pensaron en los relámpagos de odio que caerían sobre su amado Maestro y en las nubes amenazadoras que podrían descargar sobre ellos mismos fuego y granizo; y, como en una estampida descontrolada, se dieron a la fuga, desde el primero hasta el último, abandonándolo todo, corriendo cada uno por su lado por los escarpados senderos y las llanuras de horizontes sin destino. Inútil soñar. La alondra vuela cantando, pero el águila vuela sobre la alondra.

El Pobre se dejó llevar entre empujones e insultos, pero no era un cautivo. Era un auriga conduciendo el cortejo de la libertad hacia el vértice de la victoria. Una dulzura, irreductible como el metal, vestía de firmeza sus colinas y valles. ¿Quién sería capaz de doblegarla? Era como un manso cordero que, arrastrado al matadero, no abre la boca para lamentarse. Había extendido sus manos, repletas de dones, y no había encontrado quien los acogiera; pero ahora los iba derramando generosamente por el camino. Sólo faltaba una canción de cuna: apoyada su cabeza en el regazo de la voluntad del Padre, caminaba dócil, libre, con absoluto dominio de sí mismo y apretando firmemente en sus manos las riendas de sus emociones y reacciones. Aunque lo ultrajaran, era un ser invencible.

Ante el tribunal de la nación

Serían como las dos de la madrugada del viernes. Para no despertar sospechas en la oscuridad nocturna, la comitiva de guardias del templo había rodeado las murallas de la ciudad, mientras los soldados romanos mantenían en alto sus espadas desenvainadas y las antorchas encendidas. Subiendo por el flanco oriental de la ciudad, entraron en ella por la Puerta de los Esenios, muy cerca del palacio del Sumo Sacerdote y no muy lejos del Cenáculo. Una vez llegados allí, el grupo se di-

solvió: el preso y los guardias del templo se quedaron en el palacio sacerdotal, mientras la cohorte de legionarios romanos se dirigía al cuartel general de la torre Antonia.

El proceso debía llevarlo a cabo el Gran Consejo del Sanhedrín, presidido por el Sumo Sacerdote de turno, que este año era Caifás. Pero, por deferencia, presentaron primero el preso ante Anás o Ananías, jefe de un poderoso linaje sacerdotal, la personalidad con mayor poder entre los judíos en los días de Jesús. Había sido Sumo Sacerdote durante nueve años, y tanto era su poder, que, después de él, cinco de sus hijos ejercieron el mismo cargo, y el actual, Caifás, era su yerno. Todo esto explica la deferencia que el Sanhedrín tuvo con Anás, que, si no poseía poder legal, su opinión pesaba mucho en aquel simulacro de juicio.

El Pobre de Nazaret, amarrado con cordeles, pero revestido de una sorprendente dignidad, fue presentado ante el viejo oligarca.

—Jesús de Nazaret —le amonestó Anás—. Tu nombre ha recorrido el territorio de Israel y nuestros archivos están llenos de referencias, y no precisamente luminosas, sobre tus actuaciones. En el nombre santo del Dios de Israel, y a título de tantos antecedentes como obran en nuestro poder, el Gran Consejo ha decretado que seas detenido y que comparezcas ante el tribunal nacional de Israel. A pesar de no estar yo constituido en este momento como juez de Israel, quiero imprimir una pequeña orientación a este proceso. Dinos, pues, algunas palabras sobre tu doctrina y tus discípulos.

El Pobre de Nazaret levantó sus ojos, bañados de una seguridad tan intensa, nimbado su rostro de una paz tan profunda que hubiera desconcertado a cualquier juez, salvo al viejo y astuto Anás.

—He sembrado el Reino —contestó Jesús—, podado las viñas y arado los campos en la temprana aurora y en pleno mediodía; y en alas del viento mis palabras se esparcieron por los montes de Israel. Nunca he actuado clandestinamente, no he fundado cofradías secretas ni he predicado sabidurías arcanas. Abrí mi boca a la luz del sol en las sinagogas y en el atrio exterior del templo,

donde se dan cita todos los hijos de Israel, en cuyos ojos puse visiones llenas de luz, capaces de transformar el aliento en hogueras. He tocado el tambor a la puerta de las humildes cabañas, y mis palabras danzan de boca en boca. Y, por cierto, todo esto es bien conocido por ti. ¿A qué viene, pues, ahora tu pregunta?

No obstante su redomada astucia, el viejo Anás quedó desconcertado ante la sensatez de la respuesta de Jesús, sin saber qué nueva pregunta formular. Al ver a su amo en apuros, el más servil de sus subalternos quiso desplegar una cortina de humo para distraer la atención de los asistentes; y con ese propósito no se le ocurrió mejor estratagema que aproximarse al pobre cautivo y propinarle una sonora bofetada, diciéndole: —¿Así te atreves a contestar a tan alta autoridad de Israel?

¿Quién sería capaz de permanecer indiferente ante una ofensa tan gratuita? Y más teniendo en cuenta que abofetear públicamente a un hombre, y con mayor razón si no había mediado provocación alguna, constituye una ofensa particularmente grave.

Es difícil que en un caso como éste el ofendido pueda permanecer impávido. Dirigiendo su mirada al insolente, Jesús reaccionó con una increíble serenidad: “Si he dicho alguna palabra incorrecta, da prueba de ello; pero si no he dicho nada inconveniente, ¿por qué me pegas?”

El corazón de quien reacciona de esta manera está muerto como el viejo tronco de un roble abatido por el rayo muchos lustros atrás. ¿Qué mella pueden hacer en él los golpes del hacha? Es inútil: en el vacío absoluto no pueden levantarse vientos ni olas.

—Armaste un escándalo de proporciones en la explanada del templo días atrás —arguyó Anás—. ¿Se puede saber con qué autoridad haces estas cosas?

—El Eterno —respondió Jesús— ya está harto de tanto mugido de bueyes y de tantos olores agrios de sacrificios. Vosotros habéis levantado sus altares sobre estiércol de vacas, y el honor de Dios anda por los suelos, entre las pezuñas de los terneros. ¿Se puede saber con qué autoridad hacéis vosotros estas cosas? El tribunal de la Humanidad tiene su asiento en el silencioso corazón del

hombre y en la pupila de los ojos de Dios, y no en los estrados que vosotros habéis levantado sobre palabras vacías y teorías vanas. El hombre desciende de los reyes o de los esclavos que vivieron a lo largo del tiempo; por eso hay hombres que nacen soberanos y otros que nacen siervos. ¿Se puede saber cuál es la alcurnia de quienes ahora se sientan en la cátedra de Moisés?

* * *

No queriendo inmiscuirse a fondo en los vericuetos del proceso de Jesús, y acaso un tanto atemorizado por la misteriosa potencia del reo, el viejo Anás lo remitió a su yerno Caifás, sumo Sacerdote aquel año y a quien correspondía presidir el proceso del Sanhedrín.

Entretanto, ya se habían dado cita en el palacio de Caifás varios miembros del Gran Consejo, tantos como para poder someter a Jesús a una acusación legal. Una vez constituido el tribunal y abierta la sesión, los sanhedritas convocaron a varios testigos para que depusieran en contra del acusado. Al parecer, todo adolecía de una cierta precipitación. Por de pronto, ya era anómalo que el tribunal funcionara en horas de la noche. Por otro lado, es perceptible que la parodia no había sido esmeradamente fraguada, porque los testigos se contradijeron unos a otros, bien porque el expediente del soborno había sido llevado a cabo de una manera apresurada o imprecisa o porque, a la distancia del tiempo, los testigos confundían los detalles o los contextos.

Es fácil imaginar la escena: Caifás y los ancianos, con cara de circunstancias, contrariados, casi puestos en evidencia por las contradicciones de los testigos, nerviosos y temerosos de que los resultados del proceso escaparan a su control; por otro lado, el reo, erguido como una estatua hecha de majestad, con la apostura de un rey y con sus ojos fijos en el suelo...

En un momento dado se hicieron presentes ante el tribunal dos nuevos testigos que, al parecer, se habían puesto previamente de acuerdo; y dos testigos concordes en una acusación podían inclinar la balanza del proceso. Testificaron que Jesús había dicho: “Puedo demoler el

santuario de Dios, y reedificarlo en tres días”. No obstante, tampoco ese testimonio resultó concorde en sus detalles cuando los testigos fueron sometidos a interrogatorio.

Como es sabido, esas palabras tienen otro sentido y otro contexto más allá del templo de piedra y mármol levantado años atrás por Herodes el Grande.

Caifás, que presidía aquel triste simulacro de juicio, al ver que tampoco este testimonio era suficiente para inclinar la balanza y que peligraba el resultado mismo de todo el proceso, actuó nerviosamente, irrumpiendo con impetuosidad como ya lo hiciera en otra ocasión, poniéndose en pie y vociferando autoritariamente: “¿No respondes nada a lo que éstos testifican de ti?” Calculaba Caifás que Jesús, frente a esta desafiante apelación, formularía alguna declaración que lo implicaría en el desarrollo del proceso, hartado enmarañado hasta entonces.

El Pobre sabía varias cosas: sabía que aquel proceso no era más que una farsa y que a nadie le interesaba la verdad, ¿para qué hablar?; sabía que había entregado su vida como precio de rescate y prenda de amor, y que el Padre la había aceptado. Estaba tranquilo, el drama de la agonía pertenecía al pasado; se sentía casi feliz, nada le perturbaba. Así pues, ante la acusación del Sumo Sacerdote, ni siquiera se le movió un músculo; permaneció en pie, inmutable, como una estatua de mármol.

Muchas cosas sucedieron durante este silencio: la paz de la primera alborada recorría como una suave brisa las llanuras del Pobre de Dios. Sus caminos se abrían hacia la soledad elevada y la rebelde profecía. Resonaban en sus oídos el inagotable rumor de mares lejanos y de músicas silenciosas dormidas en las azules ensoñaciones. Caifás, en cambio, era una montaña altiva con hendiduras abiertas por los relámpagos de la ira. Espíritus malignos habían soplado sobre sus brasas, y su rostro estaba envuelto en las sombras. Era un pozo de obstinación y orgullo reprimido. No pudo más. Irguiéndose como una estatua de solemnidad, increpó al reo: “Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” (Mt 26,63).

En cuanto a los términos de la interrogación (el *Cristo*, el *Hijo de Dios*), Jesús hubiera podido afirmar lo primero y negar lo segundo, o viceversa; como también afirmar o negar ambos títulos. Probablemente Caifás utilizó también ambos términos como sinónimos; pero muy pronto los miembros del Sanhedrín, y el mismo Caifás, demostraron saber distinguir ambos conceptos con precisión y rigor técnico, atribuyendo a la expresión *Hijo de Dios* un contenido esencialmente distinto y mucho más elevado que al término *Mesías*.

Sin duda, se trataba del momento más solemne de la vida del Maestro, ya que de la respuesta que diera dependía el significado profundo de su misión y la revelación de su misma identidad personal. El que preguntaba, por otra parte, era la máxima autoridad religiosa de Israel. A pesar de que Jesús había ocultado tenazmente su carácter mesiánico, había llegado el momento solemne de confesar ante Israel entero, representado por el Gran Consejo, su talante mesiánico, aunque ello implicara los más graves riesgos para su vida.

Los ojos de “los ancianos del pueblo, los Sumos Sacerdotes y los escribas” eran espadas clavadas en el rostro de Jesús; todos parecían estatuas, y las expectativas también eran de piedra. Tenemos la impresión de que el Pobre se resistiera a satisfacer sin más la malsana curiosidad de aquella congregación de iniquidad, compuesta en su mayor parte por enemigos suyos, cuya única obsesión era acabar cuanto antes con el Maestro. No les echó, pues, tan pronto el bocado apetecido, sino que les dio una respuesta más bien evasiva:

—“Si os digo, no me creeréis; si os pregunto, no me responderéis”. Los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande, y cuatro bestias enormes, todas diferentes entre sí, salieron del mar. Y de pronto emergió de la tierra un altísimo trono sobre el que se sentó un anciano cuya vestidura era blanca como la nieve, y su cabello puro como la lana. Y el trono estaba confeccionado de altas llamas de fuego, y se movía sobre ruedas de ardiente fuego, y un río, también de fuego, brotaba y corría de él. Sobre las nubes del cielo venía como un Hijo de hom-

bre, y a él se le dio el imperio, el honor y el reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su imperio es un imperio eterno que nunca pasará (Lc 22,68; Dan 7,9-14).

En estas palabras de Daniel, que aludían al Mesías, apoyó Jesús su respuesta sintética, con la que se declaraba implícitamente a sí mismo como el Mesías. Esta confesión, más bien difusa, los dejó insatisfechos a los miembros del Gran Consejo. Ellos esperaban una afirmación explosiva, no tanto de la primera parte de la interrogación (carácter mesiánico) como de la segunda (filiación divina). Impacientes y nerviosos por no haber obtenido una respuesta que justificara una sentencia y la condena a la pena capital, levantándose “todos” de sus asientos (Lc 22,70), lo acosaron obstinadamente con una sola pregunta: “Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?” (Lc 22,71). Ya no les importaba tanto que se confesara Mesías (esto les serviría para el juicio ante el tribunal romano), sino que se declarara *Hijo de Dios* y, por cierto, en su real alcance ontológico.

Y el Pobre de Nazaret, dirigiéndose al Sumo Sacerdote, que ostentaba oficialmente la representación de todo Israel, afirmó con gran naturalidad: “Tú lo has dicho”, que era como decir: lo soy, tal como tú lo dices. Todas las serpientes, la hipocresía, la satisfacción y una aparente indignación se anudaron a la garganta del gran sanhedrita, que gritó, horrorizado, mientras desgarraba teatralmente su túnica: “¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Todos vosotros habéis escuchado la blasfemia. ¿Qué os parece?” (Lc 22,65). Y como una horda diabólica parida por el vientre del infierno, la congregación entera respondió al unísono: “¡Reo es de muerte!”

Desde el punto de vista del Sanhedrín, Caifás había demostrado ser un formidable fiscal, logrando plenamente su objetivo al hacer “blasfemar” a Jesús delante del Gran Consejo, implicándolo así en su propia condena. El Sumo Sacerdote, con su estrategia, había satisfecho todas las expectativas: la confesión pública de Jesús como el Mesías de Israel, magnífica causa de inculpación para

el tribunal romano, y la “blasfemia” de declararse “Hijo de Dios”, motivo decisivo para la sentencia de muerte por parte del Sanhedrín.

* * *

Así pues, por lo que competía al Sanhedrín, la misión estaba cumplida. Pero el Gran Consejo no tenía el *ius gladii*, o la jurisdicción para ejecutar la sentencia, atribución exclusiva del poder civil, el tribunal romano. Tendrían, pues, que esperar a que amaneciera y se pudiera constituir dicho tribunal. Pero ¿qué hacer con el Nazareno hasta que pudiera ser presentado al tribunal romano?

Tanto Mateo como Lucas nos informan que Jesús fue entregado a los guardias y servidores del palacio del Sumo Sacerdote para que lo custodiaran, y que durante aquellas horas sometieron al Pobre de Nazaret a toda clase de vejámenes, de tal manera que esas horas se convertirían en la *horrible noche* de la Pasión.

Todo condenado a muerte por el Sanhedrín perdía su categoría de persona humana; y, por consiguiente, automáticamente quedaba desposeído de todos los derechos humanos. Despojado de todo derecho, el condenado podía ser sometido a toda clase de atropellos, sin que nadie pudiera ser acusado por injuria ante un tribunal, porque la injuria es la lesión de un derecho, y el condenado ya no era *sujeto* de derechos, sino un mero *objeto*. Estos principios no estaban sancionados por la ley, sino que eran objeto de jurisprudencia, es decir, de costumbre e interpretación de la ley. Todos los ultrajes cometidos contra Jesús en aquella noche eran, pues, legales; y aun en la hipótesis de que hubiera muerto a manos de sus torturadores, éstos no podrían ser acusados ante los tribunales.

Seguramente lo encerraron en algún sótano del palacio sacerdotal, y allí fue sometido a una verdadera *sesión de torturas*. Fastidiados como estaban los guardianes de Jesús por la mala noche pasada a causa de este hombre, debieron descargar sobre él todo su mal humor y sus instintos agresivos. Por añadidura, el Sanhedrín venía

acumulando desde tiempo atrás rencor sobre brasas contra el sacrílego galileo, y ésta era una excelente oportunidad para descargar sobre él, por medio de sus esbirros, el veneno acumulado.

Mateo (26,67-69) y Lucas (22,63-65) nos han transmitido algunos pormenores de aquella noche de horror: uno lo abofeteaba, otro lo escupía y de todas partes le llovían insultos, injurias y maldiciones. Le vendaban los ojos, dándole puñetazos y desafiándole a adivinar quién había sido el agresor. “Y los criados lo recibieron a varazos” (Mc 14,65). ¡Y cuántas afrentas y escarnios de los que ni siquiera los evangelistas habrían tenido noticia!

Y en medio de esta tempestad, ¿qué hacía el Pobre? Dormía. Dormía en el regazo del Padre. Su rostro estaba envuelto en el velo de un augusto misterio. Todo él era majestad, dulzura, silencio. Lo miramos y no parecía hombre; no tenía apariencia ni presencia, varón de dolores y sabedor de dolencias. Ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Por sus llagas hemos sido curados. Sobre la inmensidad de la llanura extendida al sol, su alma descansaba, redimía. Benditos los golpes y las llagas que abrieron surcos de redención y arroyos de consolación.

Proceso civil

Las cosas iban bien para los Sumos Sacerdotes, pero no las tenían todas consigo. Si el Procurador romano no ratificaba la sentencia del Sanhedrín, todo el complot que habían tramado se les vendría abajo. Necesitaban obtener el visto bueno del Magistrado romano, lo que era posible conseguir solicitando al Procurador que ratificara, como una gracia, la sentencia dictada por el Sanhedrín o iniciando un nuevo proceso ante el tribunal romano. Pero era obvio que el Magistrado romano nunca se prestaría a confirmar una sentencia a pena capital por razones meramente religiosas. Era, pues, necesario incoar un nuevo proceso. Y henos aquí de nuevo al principio de la parodia, con el Sanhedrín en pleno nuevamente en ascuas.

Lógicamente, para la autoridad romana las razones religiosas eran irrelevantes. Sólo eran válidas las inculpaciones que tuvieran que ver con la delincuencia común o política. Con una solemnidad inusual, el Sanhedrín en pleno se trasladó al pretorio, llevando consigo al inculpado.

El pretorio era un lugar cualquiera en el que se constituía el *tribunal* y se instalaba la silla curul. El *tribunal* era un estrado elevado, amplio y semicircular, en cuyo centro se colocaba la silla curul, en la que se sentaba el Magistrado para juzgar y dictar sentencia. Se supone que, para el proceso de Jesús, el pretorio de Pilatos se instaló en la fortaleza Antonia, en cuyo interior había un amplio patio rodeado de pórticos.

Llegaron los integrantes del Sanhedrín al pretorio y se detuvieron ante sus puertas. No podían ir más allá, porque ese lugar era para ellos una morada impura, como residencia que era de un pagano. Pilatos, informado de que afuera le esperaba el Sanhedrín en pleno rodeado de una compacta muchedumbre, salió a su encuentro, y abarcando a todos con su mirada, fijó sus ojos en Jesús, a quien habían colocado en primera fila y que tenía la apariencia de ser el acusado. El Pobre de Nazaret ofrecía, efectivamente, un aspecto lamentable: había pasado por estados de ánimo altamente emocionales en el Cenáculo, en el huerto de Getsemaní y, algunas horas antes, en la sesión de tortura, sin dormir, sin alimentarse, maniatado y amarrado con cordeles..., en suma, era un pobre hombre. Pilatos, que nunca se distinguió por un carácter armonioso, al contemplar el aspecto calamitoso de Jesús entró en sospechas de que, una vez más, los sanhedritas se proponían enredarlo con sus ridículas cuestiones religiosas, y entró en escena con un tono agresivo e irónico:

—¡Ventura y salud, señores del Sanhedrín! —comenzó diciendo Pilatos—. ¿Qué sucede ahora? ¿Este hombre que traéis aquí, éste es el acusado? La verdad, no parece un delincuente, sino más bien un hombre inofensivo. Apuesto a que nunca ha matado una mosca. Pero, veamos, ¿qué acusación traéis contra ese pobre hombre?

No era la primera vez que se enfrentaban, con las espadas en alto, el Sanhedrín y el Procurador; y las relaciones nunca habían sido demasiado cordiales entre ambas autoridades. Pero en el caso presente la lamentable figura del acusado le hizo recordar a Pilatos antiguos litigios por motivos ridículos; y esta vez, francamente, no se dejaría envolver en sus engañosas redes.

—¿Por quiénes nos tomas? —replicaron ellos, enojados—. ¿Piensas que somos niños que se divierten jugando al escondite o levantando castillos de arena en el desierto? Si este hombre no fuera un malhechor, no hubiéramos venido a entregártelo.

Firmemente, convencido Pilatos de que, una vez más, sólo se trataba de las quisquillosas rencillas y los mezquinos juegos de palabras en las que un magistrado romano nada tenía que hacer, intentó desembarazarse rápidamente de semejante responsabilidad, que conllevaba arduos y añagazas bien conocidas por él.

—Llevároslo vosotros —les dijo Pilatos— y juzgarlo de acuerdo con vuestra Ley.

—Nosotros —replicaron los sanhedritas— podemos poner en cadenas a un delincuente, excomulgarlo, incluso castigarlo con cuarenta azotes menos uno. Para eso no te hubiéramos molestado trayéndote aquí al acusado. De acuerdo con los convenios establecidos entre Roma e Israel desde los días de Pompeyo el Magno, a nosotros no nos es lícito matar a nadie, no disponemos del *ius gladii*.

Por el contexto de la respuesta de los sanhedritas, el Procurador pudo darse cuenta de que, en la intención de los acusadores, aquel hombre estaba destinado a morir.

Se trataba, pues, de un nuevo proceso, ahora ante la autoridad romana. Para llevarlo a cabo se necesitaban acusaciones concretas y testigos; pero al Procurador romano lo dejaban insensible los litigios de carácter religioso. Los sanhedritas lo sabían, y por eso adujeron cargos capaces de impactar verdaderamente a Pilatos, representante del Imperio en Israel.

—Señor Procurador —insistieron los sanhedritas—, se trata de la seguridad del Imperio. Recuerda lo que hizo Quintilio Varo en Séforia con los insurrectos de

Galilea. ¡Todos fueron crucificados! Un nuevo *Judas el Galileo* ha aparecido entre nosotros, de la misma región, de la misma calaña: insurrecto, rebelde, enemigo de Roma. ¡Aquí lo tienes! Ha prohibido dar tributos al César, se autoproclama Mesías, que vale tanto como decir caudillo de Israel. Muchas veces lo hemos sorprendido perturbando a nuestra nación...

Bien sabía Pilatos que nada les importaba a los sanhedritas la seguridad de Roma. Pero, aún así, se trataba de un asunto delicado: malos tiempos corrían y por todas partes soplaban vientos peligrosos. Sejano, protector de Pilatos, acababa de caer en desgracia, y había sido ejecutado; con su caída, Pilatos había quedado indefenso y sin un valido en la corte imperial. Sería fatal para él que, precisamente en esta coyuntura, se le acusara en Roma de negligencia en el cumplimiento de su deber de sofocar cualquier brote insurreccional.

Se hizo, pues, Pilatos cargo del acusado, lo introdujo en el pretorio, y abrió el diálogo, diciéndole:

—Me han notificado que te declaras Rey de Israel. Vosotros, los judíos, os parecéis a los sofistas griegos; os encanta dar a las palabras sentidos figurados, contenidos evasivos, significados esotéricos y misteriosos; os movéis en el mundo de los espíritus, y habláis como si tal cosa del Reino de los cielos y cosas por el estilo. A nosotros, los romanos, sólo nos interesan las cosas sólidas, como la estructura del Estado apoyada en ejércitos bien adiestrados, y todo eso asegurado por la autoridad de un Emperador. ¿En ese sentido tú te declaras Rey?

—Veo que estás bien informado —contestó Jesús—. ¿Será que los informes proceden de tu interior, de una nueva y oculta facultad mental, o te los han traído ciertos cientos insidiosos?

—¿Qué estás diciendo? —replicó, enojado, Pilatos—. ¿Acaso soy yo un judío? Los altos dirigentes de tu propia nación te han capturado como a un inexperto conejo y te han traído a mi presencia. ¿Qué hiciste para no escabullirte de sus manos y huir monte arriba?

—Dices que te fastidia que demos a las palabras sentidos espirituales —respondió Jesús—. Aún así, te digo

que si yo fuera rey como lo fue Herodes el Grande, no habría caído en manos de quienes me han entregado a ti; ejércitos bien pertrechados habrían levantado en torno a mí un cerco insuperable de espinos y zarzas para que no me rozaran las manos asesinas. Pero ¿qué hacer? Yo no soy rey en ese sentido. Soy rey de un reino que comienza más allá de los horizontes, allí justamente donde desaparecen las fronteras de lo visible.

—Ya veo que no eres un simple charlatán —observó Pilatos—, como me lo habían informado, capaz de cazar bobos con sutiles artimañas. Más aún, comienzo a avizorar otros mundos detrás de tu viejo mundo. Pero ahora estás ante un magistrado romano. Dime, pues, ¿entonces, tú eres rey?

—Soy verdaderamente rey, tal como tú lo dices. Para eso he nacido: para transformar las brisas en tormentas; para arrancar armonías de los violines fatigados; para despertar mundos desconocidos que, envueltos en la niebla, moran en las profundidades del espíritu. Quienes despierten correrán como gacelas en pos de la felicidad del asombro y danzarán sobre las piedras a la orilla de los arroyos. Y por si este lenguaje te resulta extraño, te diré, Magistrado romano, que he venido a este mundo para dar testimonio de la verdad.

—¡Al diablo con la verdad! —gritó Pilatos, casi exasperado—. Me fastidian vuestro lenguaje y vuestras preocupaciones. Los griegos son filósofos, esto es, jugadores de palabras; y vosotros, los judíos, sois místicos, es decir, jugadores de sentimientos. Para nosotros, los romanos, la verdad es un acueducto sólidamente construido, una muralla defensiva, un puente de piedra sobre un ancho río. Lo demás son palabras vacías.

* * *

Ya casi hastiado, Pilatos intentó retirarse, pero entonces sucedió algo que lo dejó impactado. Los “Sumos Sacerdotes”, impacientes y temerosos de perder aquel pleito, “le acusaban de muchas cosas”, con un gran alboroto, atestiguan Marcos (15,3). Pilatos, que, convencido de

la inocencia de Jesús, deseaba a toda costa librarlo de la sentencia capital, pidió al acusado que lo ayudara a salvarlo de la muerte: “¿No respondes nada? ¿No ves de cuántas cosas te acusan?” (Mc 15,4). Y Marcos nos trae esta notable acotación: “Pero Jesús no respondió nada, hasta el punto de que Pilatos se quedó extrañado” (15,5). Algo importante sucedió en el interior del Magistrado: las murallas del escepticismo comenzaban a agrietarse, grandes bloques de piedra se desprendían.

Salió Pilatos afuera del pretorio, donde estaban los Sumos Sacerdotes, los ancianos y todo el pueblo, y les dijo:

—“No encuentro en él culpa alguna”. Lo interrogué, y no sólo me he convencido de que este hombre es inocente; he percibido también en su rostro no sé qué atisbos de distinción, como una sombra azul, que, a mis ojos, le da una estatura por encima de la vulgaridad humana. Definitivamente, “no encuentro en él culpa alguna”.

Al oír esto, y viéndose perdidos, los sanhedritas, exasperados, comenzaron a gritar atropelladamente:

—Subleva al pueblo, congrega multitudes, es amigo de los zelotes, predica la rebeldía, comenzando por Galilea hasta Jerusalén.

Al escuchar el nombre de Galilea, a Pilatos se le abrió el cielo. Preguntó si Jesús residía en Galilea, que estaba bajo la jurisdicción de Herodes Antipas. Como le respondieron afirmativamente, el Magistrado respiró pensando que el expediente de remitir al inculpado a Herodes podría ser la mejor solución para liberarse de tan molesto compromiso, porque estaba convencido de que un juicio imparcial ante el Tetrarca debería tener como resultado la absolución del acusado.

El Tetrarca de Galilea estaba de paso por aquellos días en Jerusalén con motivo de la Pascua. Cuando le informaron de que Pilatos le remitía a aquel notable Maestro de Nazaret para ser juzgado, “se puso muy contento, pues hacía largo tiempo que deseaba verle por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera” (Lc 23,8). ¿Curiosidad? ¿Satisfacción por poder

encontrarse cara a cara con el afamado profeta? ¿Quería cerciorarse y comprobar de cerca si este maestro de Galilea tenía algún parecido con el terrible profeta del Jordán? ¿Sentía necesidad de sofocar sus propios complejos de culpa? Todo podía ser.

Al comparecer Jesús ante la presencia del Tetrarca, éste le formuló varias preguntas. El Pobre no movió los labios, ni siquiera lo miró. Herodes le sugirió que podría liberarlo de la muerte, insinuándole también veladas amenazas de llevarlo al patíbulo; y todo, sin duda, en medio de un escandaloso barullo de acusaciones por parte de los sanhedritas. No hubo ninguna reacción por parte de Jesús, que permanecía inmutable y silencioso. Ya hemos visto en otro lugar que Jesús debió sentir en el fondo de su ser un sentimiento profundamente negativo hacia Herodes, por múltiples razones, sin duda.

Decepcionado, humillado, el Tetrarca decidió tomarse la venganza por sí mismo, sometiendo a Jesús a una serie de vejámenes, “burla y desprecio” (Lc 23,11), con el acompañamiento de toda su corte. Llevando las mofas al extremo, y para poner en ridículo al acusado, ordenó que lo cubrieran con un “espléndido manto” (Lc 22,11), sin duda raído y vetusto, y así lo remitió a Pilatos, entre burlas y escarnios, como si con este procedimiento quisiera dar a entender al Procurador que el Galileo no era un rebelde peligroso, ni siquiera un sacrílego, sino, cuando más, una cabeza hueca, un chiflado.

Entre tanto, el Pobre, zarandeado de un lugar para otro, sometido a toda clase de ludibrios, sólo era silencio y majestad. Su muerte era segura, y ya la había aceptado. Nada temía, porque nada tenía. Su alma bogaba en el mar de la voluntad del Padre, dejándose arrastrar por el bravío oleaje del alto océano, sueltos los remos y el timón, a donde el Padre quisiera llevarlo. Era la libertad pura.

* * *

Pilatos, al encontrarse nuevamente con el Hombre de Nazaret, desalentado, pero convencido de su inocencia,

se propuso abrir una brecha en ese muro cerrado, cediendo en parte a los deseos de sus acusadores, para poder liberarlo así de la muerte. Pilatos era en ese momento un campo de batalla, en el que dos hombres libraban un rudo combate: el magistrado y el político. El magistrado sabía que debía liberar a Jesús de la pena de muerte; el político no podía olvidar que esta solución podría acarrearle consecuencias impresivibles ante las autoridades de Roma.

Como Magistrado libraría a Jesús de la muerte; como político, para satisfacer al feroz populacho y al no menos enfurecido Sanhedrín, sometería al nazareno al terrible castigo de la *flagelación*. “Convocó, pues, Pilatos a los Sumos Sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, y les dijo: —Me habéis traído a este hombre como un alborotador del pueblo, pero yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he hallado en él ninguno de los delitos de los que le acusáis” (Lc 23,14). Todo era correcto hasta ahí en el discurso del Magistrado. Pero continuó: “Así pues, le castigaré y soltaré.” ¡Monstruoso error dialéctico! ¡Absurda conclusión! Si era inocente, ¿por qué castigarlo, y nada menos que con la terrible tortura de la flagelación? El político había derrotado aquí al magistrado. Y, no conforme con eso, y para estar más seguro de doblegar la terquedad del Sanhedrín, utilizó, además, otra estrategia.

Era costumbre que cada Pascua el Procurador pusiera en libertad a un detenido, el que el pueblo eligiera. A la sazón, había un preso llamado Barrabás, notorio ladrón, homicida y sedicioso. Pilatos pensó que si lo enfrentaba ante la disyuntiva de elegir entre Barrabás y Jesús, el pueblo optaría por Jesús, puesto que aquel asesino tenía entre el pueblo un renombre francamente nefasto. Poniéndose de pie en el umbral mismo del pretorio, Pilatos gritó a la concurrencia: “¿A quién queréis que suelte, a Barrabás o a Jesús llamado Mesías?” La propuesta impresionó a la multitud. Pero los Sumos Sacerdotes y ancianos, que deseaban que a toda costa y a cualquier precio Jesús fuera ejecutado, reaccionaron muy pronto de su sorpresa y comenzaron a persuadir a

la gente presionándola para que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Hubo un momento de perplejidad y una sorda lucha en la conciencia de muchos de los asistentes entre los consejos que recibían y la voz que surgía de su propia interioridad.

Entre tanto, estando Pilatos sentado en el tribunal, había recibido un recado de su esposa: "No te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho en sueños por causa de ese hombre". Como se puede advertir, no se sabe desde qué mundos lejanos le llegaba al Procurador una sensación misteriosa, un oscuro presentimiento, como de suspenso por el enigma de este Hombre de Nazaret, suspenso que se profundizó con el aviso de su esposa.

El hecho es que la pregunta que había formulado a la concurrencia estaba aún en el aire: ¿A quién queréis que os suelte? Y la respuesta fue unánime: ¡A Barrabás! No pudiendo creer lo que acababa de escuchar, y casi fascinado por el silencioso reo que estaba de pie frente a él, preguntó nuevamente a la multitud: "¿Qué haré, entonces, de Jesús llamado el Mesías?" Los sanhedritas instigaron a la gente para que gritara: "¡Sea crucificado!" Asustado el Procurador romano por la magnitud de la iniquidad que se había tramado, insistió: "Pero ¿qué mal ha hecho?" Ya era demasiado tarde, no había nada que hacer. La horda, fanatizada, ciega, como poseída de un furor satánico, gritaba una y otra vez: "¡Sea crucificado!"

Al Magistrado romano, dolorido, incapaz de hacer entrar en razón a aquella masa irracional, asqueado de todo, horrorizado al pensar que semejante crimen pudiera contar con su aprobación, se le ocurrió entonces realizar un gesto simbólico por el que quedara patente que él, el Procurador de Roma, fuera cual fuera el desenlace final, declinaba toda responsabilidad de aquella monstruosa demanda popular. Le llevaron una jofaina con agua y se lavó ostentadamente las manos en presencia de todo el pueblo, que no cesaba de pedir a gritos la crucifixión de Jesús. Pilatos, también a voz en grito, les dijo: "Yo me declaro inocente de la sangre de este justo. Allá vosotros!" Y todo el pueblo respondió: "Caiga su

sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Entonces soltó a Barrabás.

* * *

El Siervo de Dios fue entregado, pues, a los soldados para ser flagelado. Lo desnudaron y lo ataron a una columna por las muñecas, de tal manera que quedara con la espalda encorvada. Entre los romanos no se aplicaba al reo un número determinado de azotes; sí, en cambio, entre los judíos. Como el flagelado estaba destinado, por lo general, a la pena capital y, por lo mismo, se le consideraba como un ser carente de derechos, un trapo humano, normalmente la soldadesca se ensañaba con él hasta reducirlo a una piltrafa.

Cuando los verdugos acabaron con el suplicio de la flagelación de Jesús y se disponían a cubrirlo con sus vestiduras, convocaron a otros soldados, y todos juntos hicieron en torno al Pobre de Dios una ronda bullanguera y jocosa, sometiéndole a la más grotesca de las parodias. ¿No se había declarado a sí mismo Rey de Israel? ¡Pues jugarían con él a "ser" rey! Buscaron una clámide, uno de aquellos mantos rojos que vestían los vencedores en los desfiles de la victoria, y se lo colocaron sobre los hombros. Tejieron una corona de espinas, colocándosela sobre la cabeza a modo de diadema real, y le pusieron entre las manos una caña, como si se tratara de un cetro de mando. Se paseaban burlescamente delante de él, como en una ceremonia de homenaje imperial, inclinándose ceremoniosamente y saludándole como rey de los judíos. Algunos le escupían, y no faltó quien le arrebatara la caña que sostenía con sus manos y le golpeara sobre la corona de espinas...

En medio de tan salvaje parodia resplandecía la majestad verdaderamente real del Pobre de Dios, hecha de dignidad y silencio. Si la soldadesca hubiera tenido alguna capacidad de observación, habrían podido comprobar que, efectivamente, estaban ante un verdadero rey. No podíamos creer el contraste que veíamos: estaba tan desfigurado que ni parecía hombre ni tenía apariencia hu-

mana; pero, al mismo tiempo, los reyes quedaron mudos al observar la magnífica serenidad de su rostro. Lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado; pero él, como oveja que ante los que la trasquilan permanece muda, tampoco abrió la boca (Is 53).

Pilatos, desesperadamente empeñado en librarlo de la pena capital, después de meditarlo largamente, decidió apelar a un recurso extremo, con el fin de impresionar a las autoridades del pueblo y vencer su terca obstinación. Salió del pretorio y dijo a la muchedumbre: “Escuchadme, os voy a presentar de nuevo al acusado, para que os convenzáis de que no hay en él culpa alguna”.

Y al instante apareció Jesús “llevando la corona de espinas y el manto de púrpura” (Jn 19,5), con todo su cuerpo cubierto de sangre, maltrecho por los azotes, temblorosas las piernas, de tal manera que apenas podía mantenerse en pie. Señalando a Jesús, el Procurador se dirigió a la multitud, diciendo: “¡Aquí tenéis al hombre!” El Magistrado calculaba que si alguna gota de compasión quedaba realmente en los pozos interiores de los acusadores de Jesús, aquella mañana, como por arte de magia, estallarían en un diluvio de lástima y piedad. Pero ¡qué esperanza!: aquella multitud no era una masa humana, sino una jauría de hienas sedientas de sangre. En cuanto vieron aquel guñapo destrozado y sangrante, los chacales rugieron clamando: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”

Pilatos sintió que un ave de presa hundía las garras en su cráneo. Tal fue su desesperación. Perdió la compostura de un magistrado romano y comenzó a gritarles: “Llévároslo y crucifícalo”. ¿Qué Dios es ése —continuó— que puso en vuestro pecho tan duro pedrusco en lugar de corazón? ¿En qué cuna fría y desolada fuisteis criados? Esta mañana la compasión, con las alas rotas, se arrastra por el suelo. Hagan con él lo que quieran, porque yo no encuentro en él falta alguna.

Ellos replicaron: “Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios” (Jn 19,7).

“Cuando Pilatos oyó estas palabras se atemorizó aún más” (Jn 19,8).

Hacia cuatro horas, cuando el Magistrado había visto por primera vez al Hombre de Nazaret, tuvo de pronto la sensación de encontrarse ante un pobre hombre o, a lo sumo, ante un místico carbonizado por las llamas divinas. Poco a poco, sin embargo, fue descubriendo en el rostro del reo una sombra azul. Desde las puertas de la aurora le fue ascendiendo a Pilatos un suspenso en relación con Jesús, como ese vértigo que acompaña a los anhelos desconocidos. Con sus propios ojos fue comprobando de qué manera el Pobre de Nazaret, con sus sufrimientos, había ido tejiendo una túnica de púrpura y cómo, en medio de la tempestad, el Pobre brillaba como un sereno atardecer. Y cuanto más rugía la tempestad, más hondo era su silencio. La estatura del Nazareno fue elevándose a los ojos de Pilatos, a medida que transcurrían las horas, por encima de las normalidades humanas. A partir del aviso de su esposa y del resquebrajamiento de la torre de su escepticismo, vislumbres de mundos divinos, imprecisos y distantes, habían cruzado su mente. ¿Quién era este hombre? Pero ¿era tan sólo un hombre?

Al escuchar ahora que se declaraba Hijo de Dios, desde la profundidad de sus mares interiores le fue ascendiendo a Pilatos una... (¿cómo definirla?) ¿aprensión?, ¿sospecha?, de que este hombre era algo más que un hombre. Y no pudo quedarse tranquilo. Movidado por no se sabe qué resortes misteriosos, entró rápidamente en el pretorio, se enfrentó cara a cara con el Nazareno y, mirándole a los ojos, le dijo: —A lo largo de estas horas te he observado detenidamente; he descubierto en tu mirada mares lejanos y mundos ignotos. Sácame de esta ansiedad que me embarga: ¿De dónde vienes, quién eres tú?

Una vez más, el Pobre se envolvió en el manto de un irreductible silencio. Desconcertado, Pilatos, que esperaba algún nuevo argumento para contraatacar a los acusadores, le dijo: —Tu vida y tu muerte están en mis manos. ¿No te das cuenta de que puedo enviarte a la cruz o dejarte libre?

—El hombre —respondió el Pobre— es un horizonte distante y vacío de todo, excepto de soledad. Sólo aquel que creó este mundo admirable y misterioso, sólo aquel

que dirige la trayectoria de los astros posee las llaves de la vida y de la muerte. En mis manos están tu presente y tu futuro. Tu poder no es más que un destello fugaz, que se te ha concedido desde arriba por un instante. Los que me han puesto en tus manos, ellos son los que están sumergidos en el seno oscuro de la culpa. Son ellos, entre todos los hombres, los que viendo no ven y se dedican a pisotear las uvas.

* * *

“Desde este momento, Pilatos buscaba librarlo” (Jn 19,12).

El Magistrado romano se sentía cada vez más solo e impotente en su lucha por salvar a Jesús, que no le ofrecía ninguna ayuda, y frente a él no tenía más que la muralla cerrada de sus acusadores. Apoyado en la convicción de inocencia del inculpado, obstinado en su decisión de no ceder, pero sin ninguna salida a la vista, recurrió a toda clase de medios para librarlo de la muerte.

Cuando los sanhedritas advirtieron la firme determinación del Procurador, y el peligro de que los resultados del proceso se les fueran de las manos, sacaron a relucir el argumento más temible de que disponían: la velada amenaza de una acusación a Roma: “Si sueltas a éste, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César”.

¡Ésta sí que era un arma mortífera! Un magistrado romano, sin convicciones religiosas, sólo preocupado por su posición política, sostenido en su lucha únicamente por la convicción de la inocencia del reo, si era acusado ante Roma, donde ya no tenía ningún válido, forzosamente debía sentirse acorralado, y no le quedaba otro remedio que tomar la vía de la retirada, como así sucedería.

De sus diálogos con el misterioso y silencioso reo, el Procurador había extraído la conclusión de que, entre los judíos, el tema de la realeza encerraba diversos sentidos, y que no sólo aludía a un estadista reinante, sino que tenía también un sentido alegórico y místico. Por lo

que Pilatos se imaginó que por ese flanco podía todavía encontrar algún resquicio de esperanza para la liberación del reo.

Sentado, pues, solemnemente el Magistrado en la silla curul del tribunal, dijo a la multitud, señalando al reo: “Ahí tenéis a vuestro rey”. No bien hubo pronunciado estas palabras —que, por cierto, a los presentes les sonaron a sarcasmo— se apoderó de la multitud un furor irracional, y como energúmenos comenzaron a gritar: “¡Fuera, fuera!” “¡Crucificalo!” Pilatos, también enardecido, les gritó a su vez: “¿A vuestro rey he de crucificar?” Los Sumos Sacerdotes replicaron clamando: “No tenemos otro rey sino el César.”

Cerrados todos los caminos, agotadas todas las instancias, Pilatos, derrotado, asqueado de la turba vocinglera, contumaz y odiosa, “se lo entregó a ellos para que fuese crucificado” (Jn 19,16).

La comedia ha terminado. Lo demás es silencio. Ahora sólo hace falta que una mano mágica toque los párpados del Pobre de Nazaret para que se haga la noche. Las serpientes se aquietaron; el Nazareno avanza en alas del crepúsculo como si las sombras de la vida se fueran esfumando y un sueño luminoso tomara su lugar. Las espinas han ahogado a la flor y el silencio se pobló de lamentos. ¡Pobre de Dios, pronto tu alma será invadida por un éxtasis semejante al de la muerte, con toda su oscuridad y su dulzura! Esparciremos a tus pies rosas y jazmines. En el valle sólo quedarán ruinas desoladas y espectros; pero allá, en lo alto, entre las profundidades de la vida y los abismos de la muerte, el Amor cantará la victoria final sobre la muerte.

En las aguas profundas

Ahora es cuando el Pobre inicia propiamente su descenso en la gran tribulación. Hasta ese momento, como lo hemos visto, su peregrinación había sido también una travesía por las aguas saladas; pero ahora se trataba de un descenso vertical en las vertientes más hondas de la

aflicción. Todos los que han agonizado sobre la tierra desde los orígenes del mundo aquí convergirán en este atroz mediodía, y también en este vértice confluirán las infinitas agonías que tendrán lugar hasta el fin del mundo sobre los incontables horizontes.

Sólo en el momento en que el Procurador fijaba en una tablilla (*titulus*) el motivo de la ejecución, la sentencia adquiriría validez oficial y se pasaba a los archivos, al mismo tiempo que se enviaba una notificación al Emperador de Roma.

Una vez dictada la sentencia, la ejecución del reo se llevaba a cabo con la máxima celeridad, porque el palo vertical de la cruz (*stipes*) ya estaba clavado en el lugar de la crucifixión y el travesaño horizontal (*patibulum*) era un simple madero, fácil de conseguir en cualquier lugar. Se destacaba un pequeño pelotón de soldados, comandado por un centurión, y en pocos minutos el sentenciado estaba en camino del lugar destinado para la ejecución.

Salió, pues, el doliente cortejo desde la Torre Antonia, aproximadamente al mediodía. Atravesó las tortuosas calles de la capital, repletas de gente a causa de las festividades pascuales. Por lo demás, se hacía transitar al fúnebre cortejo por las calles más concurridas, para darle la máxima publicidad y con el fin de que sirviera como escarmiento. Como era habitual, no debieron faltar bur-las e insultos contra el Pobre de Nazaret, que caminaba, al igual que los demás condenados, cargando sobre sus hombros el palo transversal (*patibulum*) y con la tablilla (*titulus*), donde estaba escrita la causa de su condena, colgada al cuello.

Jesús debía estar sumamente debilitado a causa de todas las torturas que había padecido, y en especial por la lacerante carnicería y la abundante hemorragia de la flagelación. Por lo que debía sentirse casi exánime, caminando vacilante y tambaleando bajo el peso del madero. Era, pues, posible que desfalleciera en el camino, peligrando así la ejecución. Previendo que tal cosa pudiera suceder, el centurión, responsable ante la ley de la ejecución de la sentencia, obligó a un hombre que se cruzó

con el cortejo, llamado Simón, a cargar el *patibulum* unos cientos de metros. Probablemente Simón no conocía a Jesús acaso ni de nombre. Pero algo sorprendente y misterioso debió sucederle al cireneo en ese día o tal vez más tarde: el hecho es que dos de sus hijos, Alejandro y Rufo, pocos años después eran figuras destacadas en la comunidad cristiana de Roma (Mc 15,21).

El Pobre de Nazaret tenía motivos más que suficientes para caminar por su vía dolorosa volcado sobre sí mismo, removiendo todas sus heridas, rumiando su fracaso, maldiciendo de la ingratitud humana. No fue así, sin embargo. Muy por el contrario, caminaba olvidado de sí mismo, atento y sensible a cuanto sucedía a su alrededor. Y así pudo distinguir entre la indiferente multitud a un grupo de mujeres que lloraban desconsoladamente, lamentando la suerte de su Maestro. Debían ser algunas de las “muchas mujeres” (Mt 27,55) que algunas horas más tarde encontraremos en el Calvario de pie, a una prudente distancia aquellas mujeres que lo habían acompañado desde Galilea y le habían servido con sus bienes (Lc 23,49; Mc 15,40; Jn 19,25).

En la situación en que Jesús se encontraba —debilitado al extremo, con la vista perdida en la niebla, obligado a estar atento a sí mismo para no desmoronarse— se mostró tan atento y cortés, tan indiferente a sí mismo y sensible con los demás, que se detuvo y, mirando a aquellas mujeres con infinita ternura, les entregó unas palabras de consolación eterna: —Hijas de Sión, vuestras lágrimas serán perlas engarzadas en las láminas de la historia. No lloréis por mí; mi peregrinación acaba ahí mismo, al término de esta calle. Pero nunca cesará el desfile de los hijos sin madre que cruzarán solitariamente las calles de la orfandad en el silencio de las noches. Reservad para ellos la mirada vigilante y las manos pacientes, el calor y las lágrimas. La luz del día danza en las colinas, pero la ternura de mi Padre duerme en el corazón de las madres. Y reservad también un poco de ternura para vosotras mismas.

* * *

Al llegar al *lugar de la calavera*, de donde proviene el nombre de Calvario, que no era un monte, sino un pequeño promontorio redondo y rocoso, situado cerca de las murallas y próximo a una de las puertas de la ciudad, el Pobre fue despojado de sus vestiduras: la exterior o manto y la interior o túnica, que pasarían a ser propiedad de los soldados a quienes les tocaran en suerte. Luego fue tendido en el suelo, extendiéndole sus brazos sobre el madero transversal, clavándolos al mismo, no a través de las manos, sino de las muñecas, entre los huesos del antebrazo, fijándolos así al madero. A continuación, con un sufrimiento imposible de ponderar, se izaba el cuerpo hasta ajustar el madero transversal al vertical, en una operación tan cruel y denigrante como cuando un animal degollado y eviscerado es colgado de un gancho en el matadero. Una vez que se sujetaba el *patibulum* (horizontal) sobre el *stipes* (vertical), se atravesaban los pies con clavos en el juego que hacen los huesos de los tobillos.

El escritor se resiste a cargar las tintas sobre los aspectos más truculentos de la crucifixión, cosa no infrecuente en cierta literatura religiosa del pasado. No obstante, habría que decir aquí que, aunque derramáramos toda la tinta del mundo, la realidad del Calvario fue mucho más negra.

La cruz no fue un árbol esbelto de elegantes líneas geométricas, sino más bien baja, de tal manera que los pies del crucificado casi rozaban el suelo.

Normalmente, los crucificados morían asfixiados, que, sin duda, es la muerte más exasperante. Al no poder respirar, los crucificados se convulsionaban con terribles espasmos, violenta agitación de la caja torácica, angustiosamente abierta la boca y con los ojos desorbitados. Esta agitación del tórax repercutía en las heridas de las manos, que se desgarraban, aumentando el dolor hasta el paroxismo. Rápidamente, el cuerpo se ennegrecía a causa de los coágulos de sangre y de los insectos que acudían a cebarse en ella; y no pocas veces las aves de rapiña se congregaban en torno a los crucificados, dando a la escena un aspecto fantasmal, que no causaba

lástima, sino espanto y repulsión, o, más exactamente, horror.

Hemos llegado al gran momento en que el Pobre tocará el fondo de la *nada*. Pronto el silencio y la soledad alcanzarán la profundidad máxima, y por eso mismo la disponibilidad del Pobre para con el Padre y los hermanos será *suprema*, transformándose él mismo en la cruz en el Gran Servidor, el Siervo de Dios por antonomasia.

La pérdida total de sangre privó de agua al cuerpo de Jesús, y como efecto de esta aguda deshidratación, el Pobre sufrió una sed intensa, como un fuego abrasador que devoraba no sólo su boca y su garganta, sino todo su organismo. Por otro lado, las profusas hemorragias le provocaron una fiebre altísima, que, a su vez, derivaba por momentos en confusión mental y delirio y aun, en alguna medida, pérdida de conciencia.

En suma, el dolor físico alcanzaba en muchos crucificados un estado paroxístico, llegando al límite al que es capaz de llegar la resistencia humana, de tal manera que normalmente el crucificado se desahogaba a gritos, enloquecía de dolor o perdía el conocimiento. Para no estallar de dolor, el Pobre de Nazaret se agarró firmemente de las manos del Padre, y desde lo hondo de su alma brotó una oración de ofrenda y alabanza. ¡Difícil imaginar mejor anestesia!

* * *

Desde las profundidades del alma asciende mi clamor hacia ti, Padre de ternura. He bajado hasta las aguas profundas, y estoy ahogándome. Levanto los ojos, y no veo nada. Estoy hundido en lo hondo del barro, y sólo sombras rodean mis fronteras. ¿Cómo salir de aquí? Dame la mano, Padre mío. Aunque desfallezco de dolor, no quiero que el dolor ocupe el centro de mi alma. No quiero ser, Padre mío, un espectador compasivo de mis propias heridas y fracasos. No quiero gritar, planeando como ave de presa en círculos concéntricos en torno a mis desdichas, como si mi existencia fuese el centro del mundo, como si no existieran más valores e intereses

que los míos. No quiero que este horrible dolor me repliegue sobre mí mismo, sino que me haga salir como en una aurora pascual y en una apertura solidaria hacia los hermanos que me has dado. Quiero, Padre amado, en esta tarde, precisamente cuando el dolor y la muerte me derrotan aparentemente, establecer un reinado de liberación sobre el dolor y la muerte misma.

Oh Padre de ternura: en esta tarde tomo en mis manos este cáliz amargo y lo deposito amorosamente en tus manos como prenda de amor y precio de rescate. Asumo el dolor de la humanidad entera en mi propio dolor. Asumo el asesinato de millares de seres inocentes en mi propio asesinato. Quiero cargar con las infinitas injusticias y atropellos de la humanidad en mi propio ajusticiamiento. En mi agonía agonizarán los moribundos de todos los siglos. Quiero que en esta tarde, Padre amoroso, el inmenso cúmulo del sufrimiento humano, una vez transformado en amor en mi dolor, tenga sentido de redención y valor de expiación y así el dolor sea santificado para siempre. En suma, quiero que en esta tarde el dolor y el amor se abracen como el crepúsculo y la aurora, y sea la redención un árbol de fronteras abiertas que, con su sombra, cubra a la humanidad entera; quiero empujar a la humanidad hacia un hogar desconocido, librar a los cansados pies de las pesadas cadenas y echar a rodar un amor que no posee ni es poseído.

Me expulsan de la vida, Padre mío, porque no quise entrar en el círculo de sus esquemas y sistemas, porque tú, Padre mío, me enviaste para establecer otros mundos en otras órbitas. Tenía que acabar de esta manera como consecuencia de mi fidelidad a tu plan de salvación, y así mi muerte será consecuente con mi vida. En tu nombre he escandalizado, en tu nombre he sido rebelde y desobediente contra los que me censuraban en tu nombre y en tu nombre me condenaban como blasfemo. Por ser fiel a ti entré en conflicto con las autoridades, y aquí estoy para cumplir tu voluntad. Por obedecerte, Padre mío, me levantaron altas olas que me han empujado al vértice de esta cruz. El reino que no he conseguido instaurar lo dejo en tus manos; sé que eres capaz de erigirlo

sobre los escombros de mi vida. Aunque no vea las cartas, confío en ti: mi dolor y mi muerte serán el mayor servicio en favor de mis hermanos y mi mejor homenaje de amor hacia ti.

Padre de ternura, acogí a los pecadores y a los abandonados, compartí sin escrúpulos su mesa y su condición de marginales, les mostré tu nuevo rostro de Padre amoroso que acoge a los que están perdidos y no excluye a nadie; les rebelé que el Reino es bienaventuranza para los pobres y acogida para los pecadores; y esta muerte, que es consecuencia de mi vida, la deposito en tus manos como ofrenda de amor y redención por los pecadores. Arrastro conmigo la pobreza y el pecado del mundo a la *nada* en que estoy convertido. Con la ofrenda de mi existencia comparto la suerte de los pobres y me solidarizo con la situación de los marginados en que se hallan, como yo ahora, los excluidos de la sociedad.

La sangre derramada, la muerte del profeta rechazado y asesinado por los representantes de Dios, la deposito en tus manos, Padre de amor. Llega ya para los humildes el día de la vendimia; por las rutas oscuras de la noche avanza la aurora, y en las entrañas mismas de la muerte ya brota y crece, erecto como un ciprés, el árbol de la resurrección.

* * *

Jesús moría en plena juventud. La muerte exhibe su rostro escandaloso y traumático cuando arranca violentamente de la vida a un hombre joven abierto a los proyectos de la vida. Éste era el caso de Jesús: la muerte le cercenaba las más amables razones para vivir: la gratitud de los humildes, el afecto de los discípulos, el calor de las multitudes, la felicidad de hacer felices a los demás. Todo quedaba ahora segado, y esto para un hombre temperamentalmente sensible como Jesús debió resultarle especialmente doloroso.

Contemplando el panorama de su vida desde el mirador del Calvario, Jesús no podía constatar resultados tan brillantes como para sentirse satisfecho en esa hora. La

evangelización de Galilea acabó, como ya lo hemos dicho, en un fracaso. La interpelación a todo el pueblo de Israel desde la Capital en sus últimos días naufragó también entre las ruinas de un descalabro. El único resultado —bien magro, por cierto— de sus esfuerzos era ese pequeño grupo de discípulos, cuya dispersión acababa de presenciar: uno le traicionó, otro renegó de él y los demás, “todos, abandonándolo, huyeron”. A la hora de enfrentarse con su muerte, Jesús tenía sobrados motivos para sentirse un fracasado.

Lo que nunca sucede sucedió esta vez: que los que jamás se sientan a la misma mesa lo hicieron en esta oportunidad: Israel y Roma, Herodes y Pilatos, el pueblo y las autoridades. Y se sentaron para decidir el destino de este hombre y para concluir que no merecía vivir, que debía ser expulsado de la tierra de los vivientes.

A Juan lo había mandado matar Herodes, nimbando de esa manera su final con la aureola del martirio. A Jesús, en cambio, lo llevaron a la muerte los representantes oficiales de Dios. Juan murió por una promesa frívola en el delirio de una danza erótica; Jesús, en cambio, es juzgado, condenado y ejecutado como blasfemo y sacrilego, por un lado, y, por otro, como subversivo y sedicioso. Mirando desde la perspectiva de este atardecer no encontramos el más mínimo motivo para atribuirle a Jesús el título de mártir o héroe. Simplemente fue ejecutado ignominiosamente.

De quienes presenciaron aquel espectáculo de horror, sólo un pequeño grupo de mujeres lloraba a lo lejos, lo que, por cierto, no le aportaba a Jesús ningún alivio. Entre los demás, muchos estaban satisfechos y felices, y la mayoría, indiferentes. El Pobre de Nazaret estaba enfrentando su muerte en medio de una aterradora soledad. En la prensa moderna, la noticia del ajusticiamiento del Nazareno habría aparecido en las páginas interiores de los periódicos en unas pocas líneas, como una noticia irrelevante.

Jesús fue ejecutado fuera de las murallas. Era un excomulgado de toda comunidad y de toda patria; era un *maldito*, según la expresión bíblica (Dt 21,23).

Converrían tales circunstancias en la caída del profeta que su desenlace final tiene el aire de un colapso, de un universo general que, entre ruinas y llamas, se desploma y se hunde en el vacío y la nada. Para expresar este derrumbamiento, la expresión más adecuada nos parece la siguiente, entendida en su sentido figurado: *descendió a los infiernos*, bajó al infierno del horror, tocó el fondo mismo de la nada.

Nosotros hemos denominado a Jesús (y titulado este libro) con la expresión *Pobre*, el Pobre de Nazaret. Aquí, en la cruz, el Pobre adquirirá su altura más encumbrada, como también su profundidad más aterradora, en la que *la nada* sería su calificación más exacta y su definición. El vacío, que en este momento será absoluto, dejará un espacio infinito para que Aquel que es el Bien Total lo llene infinitamente. Misteriosa e inesperadamente, aquí se implantará para siempre el Reino de Dios: donde está la Nada allí está el Todo.

* * *

El crucificado iba sumergiéndose en las vastas soledades de la agonía, y en su entorno comenzó de improviso a declinar la luz solar, y las tinieblas comenzaron a extenderse sobre la faz de la tierra (Mt 27,45). En medio de esta oscuridad cósmica, el Pobre de Dios fue sumergiéndose en otra tiniebla interior, densa y desolada, en cuyas corrientes se sentía ahogar.

Debido a su posición corporal en la cruz, ningún músculo descansaba. Y así al dolor físico se agregaba una indecible fatiga muscular. Iba perdiendo incesantemente la exigua capacidad de resistencia que le quedaba, y las últimas gotas de sangre. A fuerza de sufrir, la capacidad de sufrimiento de Jesús se fue embotando cada vez más, entrando en un oscuro enervamiento general, los ojos se le llenaron de niebla y, a causa de la altísima fiebre, su mente comenzó a entrar en una nube confusa.

Hundido en este tenebroso océano, el Pobre de Dios fue entrando en la noche más desolada de su vida: —Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Qué fue?

¿Desconcierto ante el silencio de Dios? ¿Una repentina noche oscura del espíritu?

Hasta ese momento, el Pobre de Dios había logrado mantenerse en una gran estabilidad y serenidad de espíritu. Pero las circunstancias descritas lo arrastraron a un estado de desconcierto y confusión. ¿Cómo calificarlo? ¿Dónde encasillarlo? ¿Se trataba de un espanto súbito frente al abismo? Probablemente, la razón última de esa profunda crisis fue la experiencia de una soledad total, una soledad desolada: ¿Por qué me has abandonado?

Todos los luceros se apagaron en el firmamento del Pobre. Nada se ve, nada se oye, nadie respira en torno suyo. La desolación extendió sus alas grises de un extremo a otro del páramo infinito. Como aves de rapiña, la ausencia, el vacío, la confusión, el silencio, la oscuridad se abatieron sobre el alma de Jesús: ¿Por qué me has abandonado?

Estamos en alta mar, y las olas golpean por todas partes. La galerna lo arrastra todo hasta el abismo final, en un torbellino absurdo y contradictorio. Únicamente el silencio es su visitante, y el polvo que arrastra el viento. Todo se desvanece, igual que cuando el sol muere en el crepúsculo. ¿No habría levantado el Pobre su castillo sobre las cenizas? Parecía cabalgar sobre un trono de niebla entre el cielo y la tierra. ¿No serían sus sueños como altas torres levantadas por la fantasía y demolidas por la realidad? ¿No estaría toda su vida tejida con la espuma del mar? ¿Por qué me has abandonado?

Los injustos juzgaron injustamente al Justo, y lo condenaron a muerte. Eso era normal. Pero en el momento oportuno, el Padre daría la cara, apostaría por el Hijo e inclinaría definitivamente la balanza en favor del Hijo ante la faz de la tierra, y el mundo entero sabría a favor de quién estaba Dios. Pero no sucedió así; llegada la hora exacta, el momento preciso, nadie dio la cara por el Hijo. Entonces, ¿también el Padre desautorizaba la vida y obra de Jesús? ¿También el Padre lo abandonaba en el momento supremo, sentándose, como un cómplice, a la mesa junto a Caifás y Pilatos? ¿Sería su muerte una desautorización pública y solemne por parte del Padre de la

vida y obra de Jesús? ¿También el Padre se habría sentado a la puerta para ver pasar al condenado? ¿Habría desaparecido Dios, tornándose en distancia sideral, vacío cósmico, vapor de agua? ¿Por qué me has abandonado?

Como en todo juicio, siempre hay un último recurso, la última instancia, la apelación al tribunal de Dios. Pero todo estaba indicando que el Padre había abandonado definitivamente la causa del Hijo y se había pasado al bando contrario, exigiendo su ejecución y permitiendo que la muerte prevaleciera sobre el profeta. El veredicto parecía irrecusable.

Y entonces, ¿a quién recurrir? Todas las fronteras y todos los horizontes estaban clausurados. ¿De manera que el Padre y la razón estaban definitivamente en contra del Hijo? Entonces, ¿él había sido un entrometido y no un enviado? ¿Un soñador? ¿Todo no habría sido más que un delirio de grandeza? ¿Todo se desvanecería finalmente en una alucinación surrealista?

El Pobre de Nazaret, más pobre ahora que nunca, flotaba sobre los abismos infinitos como un naufrago solitario. ¿A dónde agarrarse? Nada bajo sus pies, nada sobre su cabeza. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Era el silencio de Dios que había caído sobre su alma con la presión de mil atmósferas (cf *Muéstrame tu rostro*, pp. 67-70).

* * *

Sin embargo, la crisis que Jesús había vivido hasta ese momento no era sino una *sensación*. Pero una cosa es *sentir* y otra *saber*; una cosa es la emoción y otra la certeza. La sensación es engañosa, la certeza es infalible.

La conciencia de su identidad emergió desde las brumas oscuras, y poco a poco fue tomando posesión completa de la esfera vital del Pobre de Nazaret; y en su alma se libró la última batalla, la del saber contra el sentir. Nunca estuvo Jesús tan magnífico como en este último momento de su vida.

Fue como si dijera: —Padre mío, acabo de atravesar por las corrientes del desconcierto. Vengo saliendo de

las olas confusas, desde tenebrosos precipicios. Me destrozaron la flor de la certeza y me dieron a beber un vino amargo, un vino inebriante. He esparcido mis clamores a los vientos del desierto, y estoy saliendo de un reino desolado, cuyos únicos moradores son las serpientes.

Pero todo pasó, Padre mío. La batalla llegó a su término, el drama está consumado. La pesadilla que acabo de sufrir no ha sido más que una horrible sensación. Pero lo que importa no es sentir, sino saber. Y ahora una dichosa certidumbre ha comenzado a inundar de alegría mi yo último. Como contraste, y contra todos los espejismos y sensaciones, en el centro de mi alma se levanta la certeza como una espada recta y brillante: Yo sé, Padre mío, yo sé que estás aquí, ahora, conmigo. Y “en tus manos entrego mi vida” (Lc 23,46).

Al ofrendar su vida en el instante del supremo derrumbamiento, el Pobre creyó y confió en el Padre a ciegas, sin tener las cartas a la vista, extendiéndole un cheque en blanco.

Fue como si el Padre, desde una sima profundísima, le hubiera gritado: ¡Hijo mío, aquí estoy! ¡Salta! Y el Hijo, sin un asomo de duda, dio el salto mortal, y cayó y deperitó en los brazos del Padre. ¡Fue un final de gloria!

Respetando el rumbo natural de la historia, el Padre no quiso intervenir en el curso de los acontecimientos para evitar la crucifixión y la muerte del Hijo.

Pero —digámoslo en un lenguaje humano— el Padre quedó conmovido por la fidelidad del Hijo, fidelidad expresada en una serie de circunstancias: cuando todo le decía que *no*, el Hijo dijo *sí*; cuando tenía más razones para no creer que para creer, el Hijo asintió obsequiosamente; cuando disponía de abrumadores motivos para pensar que bien podía haber sido víctima de una alucinación, el Hijo, sin ver las cartas, mantuvo su apuesta a favor del Padre hasta las últimas consecuencias y contra todas las apariencias.

Conmovido, pues, el Padre por esta fidelidad del Hijo, trastorna las leyes de la muerte, rescata al Hijo de sus garras y le otorga el señorío, la resurrección y la inmortalidad, dándole un *nombre-sobre-todo-nombre*, ante el

que el mundo entero doblará las rodillas, proclamando hasta el fin del mundo que Jesucristo es el Señor. ¡Grandioso desenlace del drama!

Superada la última crisis y alcanzada la victoria final, el Pobre de Nazaret dio una gran voz, al parecer, un grito desarticulado y desgarrador, inclinó la cabeza y murió.

Del Siervo Jesús al Señor Jesús

La historia no ha concluido; más bien, todo comienza ahora. La muerte no tuvo su última palabra sobre el Pobre de Nazaret. Por el contrario, fue él quien, entregándose voluntariamente a la muerte, la dobló y le arrancó su aguijón más temible.

No hay afirmación tan categóricamente reiterada en el Nuevo Testamento, tanto en los Evangelios como en los documentos apostólicos, como ésta: Cristo ha resucitado de entre los muertos.

Según la catequesis primitiva, la resurrección no sólo es una secuencia, sino una consecuencia de la muerte de Jesús; esto es, la resurrección no sólo sucede cronológicamente después de la muerte de Jesús, sino que la semilla de donde brota la resurrección es la muerte de Jesús. Según la fórmula cristológica que unos quince años después de la muerte del Señor ya circulaba en las comunidades primitivas, y que Pablo recogió en la Carta a los Filipenses (2,6-11), Cristo fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; “*por lo cual*”, vale decir, a partir de este hecho, arrancando de esta raíz, Dios lo exaltó...

Su “paso” a través de la muerte daría a la luz y haría florecer aquel Reino que Jesús, en sus días mortales, no habría conseguido instaurar. Ahora, en cambio, en el momento menos esperado, cuando los grandes jefes dormían tranquilamente después de haber sellado y puesto guardias al sepulcro, precisamente ahora, entra el Padre en el reino de la muerte y, contra toda esperanza, rescata al Hijo de la muerte y lo constituye como Señor, poniendo en movimiento detrás de él a un pueblo nuevo de creyentes, una muchedumbre incontable de todas las

tribus, razas y naciones, hasta el fin del mundo. El grano de trigo, muerto y sepultado bajo la tierra, ya es espiga dorada meciéndose al viento. De la muerte nace la vida; de la humillación, la exaltación. El Pobre de Nazaret es ahora el Señor Jesús.

Con otras palabras: la resurrección de Jesús no es un dogma que nació en el seno de la Iglesia, sino que la Iglesia misma nace en torno a esta fe en el Resucitado. Sin esta certeza jamás se habrían puesto en camino semejantes caravanas históricas siguiendo los pasos de Jesús.

Ya hemos dicho cómo los discípulos de Jesús seguían dificultosamente a su Maestro camino de Jerusalén; y en el momento de la prueba, “todos le abandonaron”, dejándole morir solo. Después de tres días, abatidos por la vergüenza y la tristeza y por el naufragio de sus ilusiones, estaban “con las puertas bien cerradas” a la espera de que pasara la tempestad y volviera la bonanza, para regresar a sus barcas y sus redes... Y ahora, de pronto, esos desilusionados discípulos aparecen como hombres nuevos, confiados y valientes, que con gran creatividad y alta inspiración se ponen al frente de un movimiento que produjo un impacto instantáneo, y fue avanzando incesante, hacia adelante y hacia arriba, sin que ni las persecuciones ni la incompreensión fueran capaces de detenerlo.

¿Qué había sucedido? Ellos afirmarán una y otra vez que fue el reencuentro con Jesús. No se cansarán de repetir, como iluminados y casi obsesivamente, que Jesús, muerto y sepultado, está vivo; que lo han visto en lugares diferentes, sin una coordinación previa; y no se trataba de una relación permanente con Jesús, sino de visitas esporádicas, cuya iniciativa pertenecía a Jesús. Tenían una absoluta seguridad de que se habían encontrado con Jesús resucitado; y esto era algo incuestionable, una certeza inmediata, vivencial, de quien ha tenido una experiencia marcante, que no necesita explicaciones ni justificación alguna; que habían entrado en una relación personal con él, una relación a niveles profundos de fe, adhesión y compromiso, y que a través de esa relación

habían recibido un entusiasmo, una vitalidad, un fuego que les hacía ver con toda claridad que Jesús había triunfado para siempre sobre el odio, la injusticia y la muerte.

Jesús resucitado y viviente es la razón última de la comunidad de los discípulos, la Iglesia, en su expansión transhistórica universal.

“El que ha venido”, “el que está viniendo”

Jesucristo es “el que ha venido”, pero también es “el que está viniendo”. Ambos aspectos ni se contraponen ni se anulan; antes bien, en su eterna dialéctica se complementan, caminando al unísono hacia la “plenitud” (Ef 1,23).

Tenemos a la vista un castillo medieval, asentado sobre un roquerío casi inaccesible. Lo miramos desde la llanura: parece una nave. Lo observamos desde el barranco: parece un nido de águilas. Si entramos en su interior, todo son ruinas. ¿Cuál es el verdadero castillo? Todas las facetas o enfoques del castillo son verdaderas, pero incompletas.

Jesucristo, siendo perfecto y acabado en sí mismo, es siempre para nosotros incompleto e inagotable. Cuando caiga el telón de la historia entonces será cumplidamente completo; o, mejor, cuando él haya llegado a su plenitud, entonces caerá el telón de la historia. Mientras tanto, la Iglesia está siempre en la etapa de la adolescencia, siempre en crecimiento.

Quienes se cruzaron con él en la mitad de la corriente volverán con una imagen en la retina, una imagen original, siempre distinta. En la medida en que las distintas imágenes se vayan superponiendo, la fotografía de Cristo se irá haciendo más completa. No cabe duda, por ejemplo, de que la reflexión cristiana del Continente africano acabará por aportar matices originales a la figura de Cristo. Seguramente, un Cristo contemplado desde el Tercer Mundo ofrecerá un rostro diferente.

Entre tanto, ni las razas de mirada analítica, ni los pueblos de ancestros dormidos, ni los siglos iluminados

lograrán sorprender en su totalidad la vastedad del misterio de Cristo. Espíritus de estatura estelar, como Francisco de Asís o Teilhard de Chardin, ni siquiera ellos, con sus ojos asombrados, lograron abarcar las dimensiones de la inescrutable riqueza de Cristo.

* * *

En los primeros siglos, para contrarrestar los efectos de la gnosis, la Iglesia, en su contemplación cristológica, marcó el acento en el Cristo *Maestro*; siglos más tarde se presentó a Cristo como *Majestad*; en la Edad Media, como *varón de dolores*, humano y hermano; durante la Reforma protestante se insistió en el Cristo *Salvador*; en la época del apogeo absolutista se veía a Cristo como *Rey*, etc.

Así, al correr de los siglos, y de acuerdo con las características socio-políticas y las necesidades de cada época, se fueron rescatando y profundizando nuevos rasgos extraídos de los pozos insondables del misterio del Señor. Cristo es anunciado, pues, en cada época destacando y enfatizando los perfiles que responden a situaciones o tendencias propias de la humanidad en ese momento.

* * *

¿Qué aspectos del Cristo eterno deberemos marcar ahora para que los hombres de hoy y de mañana encuentren respuestas a sus preguntas y sentido para sus vidas? Es evidente que ciertos títulos, como Cordero de Dios, Mesías, Hijo de David..., no le dicen nada al hombre de hoy. ¿Qué rumbos lleva el oscuro corcel de la humanidad y hacia qué abismo galopa? ¿Cuáles son los síntomas de nuestra cultura actual y los que se vislumbran de la de mañana para, de acuerdo con ellos, presentarle un Cristo adecuado y convincente?

* * *

Desde hace un par de décadas se habla insistentemente y se escribe analíticamente, especialmente en

Europa, sobre una cultura llamada *post-moderna*. Se trata de una filosofía de la vida que va impregnando toda la sociedad en círculos concéntricos cada vez más amplios.

La cultura post-moderna es la última consecuencia lógica de una civilización que fue prescindiendo de Dios a partir del Renacimiento. Como consecuencia, el hombre se situó en el centro. Y una vez que el hombre se ha descentrado de Dios y se ha centrado en sí mismo, la filosofía redujo el misterio a la pura razón, sustantivada y autónoma.

Al convertirse la razón en un *absoluto* y replegado el hombre sobre sí mismo, necesariamente tenía que sobrevenir la afirmación del *yo* por encima de toda realidad, identificándose la razón y el *ego*. ¿Consecuencias? La insolidaridad. Todo carece de sentido último. Es inútil preguntarse por las razones últimas. En realidad, nada tiene sentido.

De estos postulados se desencadenarán consecuencias devastadoras para la ética, la pedagogía y la moral: una ética anti-humana e insolidaria, una moral permisiva y sin una última fundamentación objetiva.

Ahora bien, sin Dios, sin una norma moral objetiva, perdido aquel valor último que integra y da significación a todo, la conclusión salta a la vista: se abren de par en par las compuertas del espontaneísmo, el subjetivismo, la irresponsabilidad, el no tomar nada en serio, el hedonismo, en una palabra, el nihilismo: nada tiene sentido, nada vale la pena.

Rector de la nueva moral, lógicamente, no será ya la ley, sino el deseo. Si el deseo es la ley suprema, hay que evitar a toda costa lo desagradable de la vida y esforzarse por asegurar lo agradable. Todo está permitido. Nada está prohibido. Hay que dar rienda suelta al deseo en todas sus manifestaciones, buscando el máximo disfrute de la vida, según se dijo antiguamente: "Comamos y bebamos, que mañana moriremos". En una palabra, es el imperio del egoísmo con sus mil rostros; es el paganismo. Esta cultura post-moderna va decididamente abriéndose paso, como estilo y norma de vida, por todas partes, comenzando por la sociedad capitalista.

Como se puede advertir, una sociedad sin Dios acaba convirtiéndose en una sociedad contra el hombre. Hemos emprendido el viaje sin retorno hacia la región del vacío. Nos falta el oxígeno, y en algún recodo del camino nos invadirá la asfixia: antes de morir ya estamos muertos. No es posible vivir así. Estamos entrando en un recinto sólo poblado por fantasmas. Hay que detenerse al borde del precipicio, antes de que sea demasiado tarde. Las serpientes silban allí mismo donde cantan los pájaros, y la muerte llama a la muerte. Al final de todo sólo queda la nada, y corremos el peligro de convertirnos en sombras de nuestras propias sombras.

* * *

Ahora bien, ¿cómo romper este cerco egoísta? ¿Cómo salir de este círculo asfixiante? ¿Qué faceta del Cristo eterno será capaz de conmover, seducir y salvar al hombre pagano de nuestra sociedad post-moderna, cuyo distintivo principal es el egoísmo? Como es sabido, las leyes del corazón están organizadas y orientadas hacia el interior del centro. ¿Cómo lograr que las fuerzas que connaturalmente se dirigen hacia el centro se orienten ahora hacia afuera, hacia el *otro*? En última instancia, una misma energía se traduce en egoísmo o amor según esté canalizada hacia adentro o hacia afuera.

La cuestión es sólo una: torcer el rumbo, dar (a las energías) una *vuelta completa*, una verdadera revolución, la *revolución del amor*, que necesariamente tendrá que recorrer el camino del martirio y la desintegración del *yo*.

El Amor, que es Dios, pasa sustantivamente por la personalidad de un hombre llamado Jesús, *Dios-con-nosotros*. Y este hombre fue, ante todo, un *Pobre*, totalmente despreocupado de sí mismo para preocuparse sólo de los demás. Se entregó a sí mismo, para dar aliento y esperanza a los demás. En una sociedad clasista, tomó partido por los marginados, y en una sociedad puritana, por los que estaban fuera de la ley. De otra manera: Dios-Amor, encarnado en este Pobre de Nazaret, vaciado

de sí mismo, desapropiado de sus propios intereses en proporciones heroicas, convertido en el *hombre-para-los-demás-hombres*, el hombre esencialmente abierto hacia los demás, el Disponible, integralmente dedicado al servicio de los demás..., Jesús, “es”, como ya lo dijimos, *la vía que va de la pobreza al amor*. Tal es el Cristo capaz de cautivar y salvar al hombre de la sociedad post-moderna, el Cristo que hemos contemplado a lo largo de las páginas de este libro.

Si el Pobre de Nazaret se propuso llegar a ser “el hombre *para* los hombres”, necesitó realizar dentro de sí mismo una inversión de fuerzas e instintos, ya que todo hombre es connaturalmente burgués, inclinado hacia sí mismo y buscador de sus propios intereses. En suma, tuvo que llegar a ser un Pobre, porque sólo un pobre puede optar verdaderamente por los pobres.

Después que del rumor de nuestros pasos surgiera el tiempo, y después de que el tiempo hubo llegado a su cenit, Cristo se hizo presente en el tiempo y, renunciando a las ventajas de ser Dios, se sometió a todas las desventajas de ser hombre, y una vez reducido a nuestra estatura, descendió incluso a los niveles infrahumanos.

Descendió al nivel de estos abismos, se abajó más todavía, hasta tocar el fondo final, el polvo de la nada, negando su propio instinto de vivir, en obediencia amorosa al Padre, cuya voluntad había permitido o dispuesto que el Hijo amado desapareciera en las ruinas de la catástrofe, sumiso y obediente hasta la muerte, y la muerte en cruz.

Aquí es donde la Libertad levantó triunfalmente su testa coronada de luz. Negándose a sí mismo, Cristo se trascendió a sí mismo. Esto es: negándose, hizo en su ser un enorme vacío, y este vacío fue para él el espacio de libertad que le permitió ser *el hombre para* los demás hombres. Por libre, fue disponible; y al estar disponible, pudo ser el servidor del Padre y de los hermanos. Desde la pobreza al amor.

Lo reiteramos una vez más: esa amorosa entrega a la voluntad del Padre cavó en el suelo de Jesús un vacío infinito, y lo convirtió en un territorio enteramente libre.

A través de ese vacío, como a través de un túnel, se realizó la proyección y comunicación del Dios Amor en la historia de los hombres; y ese túnel, ese vacío absoluto de sí, tiene un nombre: Jesús de Nazaret. Éste es el compendio de una historia única e irrepetible, la de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo.

Ésta es la Respuesta para hoy y mañana.

En la vorágine del egoísmo desolador, en el camino que va del placer a la muerte, amenazados como estamos por un naufragio de valores, abocados a un suicidio que puede ser colectivo, Cristo se levanta, en medio del polvo y de las ruinas, como columna de luz y como Respuesta; como Aquel solo capaz de consolidar e integrar los huesos desarticulados. Y por este camino de resurrección, Él es el meteoro señorial disparado por los espacios y eternidades como flecha de esperanza.

Jesucristo, ¡he ahí la Solución, ayer, hoy y mañana!

Él es el único que puede resquebrajar, por medio de la revolución del amor, el viejo orden, esa torre amasada, amalgamada y coronada por las incontables hijas del egoísmo. Más todavía: esa revolución del amor no sólo puede levantar e impulsar un mundo nuevo por trayectorias optimistas, sino que —y esto es lo más importante— Cristo es el Único que puede descender hasta los abismos de nuestros miedos y, como por arte de magia, encantar nuestro “horror al vacío”.

Memoria

A lo largo de los años Él fue sobre nuestros horizontes no sólo la certeza que, como una flecha, señalaba los rumbos correctos, sino también la roca solitaria entre los cerros, el lago de aguas descansadas, la nieve perpetua sobre las cumbres.

Fue, a lo largo de la vida, ese *no sé qué* que le daba respuesta y sentido a todo. Por Él se ha luchado, hacia Él se ha caminado, Él ha sido nuestro compañero de ruta y la ruta misma. Él, sentado bajo el arco del Umbral, continúa esperando a los combatientes con una corona

de oro en las manos. Hemos apostado por Alguien, y tenemos la certeza de haber acertado en la apuesta (2Tim 4,7).

La noche se nos venía encima, y es duro caminar solitariamente y a oscuras; pero Él se transformó para nosotros en una columna de luz, a cuyo resplandor pudimos caminar la noche entera.

Un día nos hundimos en las aguas profundas, nos envolvieron las sombras, y ni siquiera se divisaban las Pléyades. Mientras tanto, los reptiles del miedo comenzaron a enroscarse a nuestra cintura, y, ¡oh dichosa ventura!, de pronto Él se transformó en una sosegada constelación por encima de nuestras cabezas; y se hizo la calma sobre el mar.

Cuando la lámpara se apague, Él será nuestro puerto final. Ahí dormirán su sueño nuestros remos cansados; ahí reposarán nuestras pasiones agitadas y nuestros sueños imposibles. Él mismo será nuestro descanso.

Hemos pasado por la vida como meteoros. Ha sido una densa historia de la que sólo algunas briznas insignificantes pasarán a las crónicas. Pero los momentos estelares, las horas de fuego, los encuentros en la cumbre, la mano tendida sobre el abismo, el aceite sobre las heridas, los pasos sorprendidos de la desolación a la consolación..., todo eso bajará con nosotros a la sepultura.

Este libro es, pues, de alguna manera, una *memoria*. Contando con la benevolencia de nuestros lectores, nos atrevemos a hacer nuestras las palabras de san Pablo: “Creí, y por eso hablé” (2Cor 4,13).

Maran Atha

Enterrado en las entrañas de la humanidad palpita un sueño dormido, envuelto en la niebla transparente. No es una estrella apagada. Es la evocación de un Arquetipo ideal que habita y duerme en las más recónditas ensoñaciones del mundo.

La humanidad sigue soñando con Alguien que le enseñe a moverse en el laberinto de la angustia, y que,

sobre todo, le muestre la puerta de salida. ¿Dónde está el Forjador? Hemos nacido aherrojados; a veces con cadenas de oro, pero siempre cadenas. Se busca un Soldador capaz de fundir esos metales. ¿Dónde está el Encantador que, con toques mágicos, transforme los ensueños en carne viva, los lamentos en canciones, el luto en danza y la muerte en vida? ¡Ya viene!

Enterrado en el alma de la humanidad duerme un sueño antiguo. ¡Ojalá estas páginas hayan servido para despertar, al menos en algunos de sus lectores, la nostalgia de ese Cristo que es el ideal eterno del alma profunda de la humanidad!

¡Ven, Señor Jesús!

Todavía Judas transita por nuestra tierra, cargando enigmas en sus hombros y mendigando de puerta en puerta un mendrugo de misericordia.

A nuestro lado camina la Magdalena, que, después de haber bebido el vinagre de la vida, no se cansa ahora de saborear el vino ardiente cuyas llamas saltan hasta la vida eterna. También Pedro se sienta a nuestro fogón para llorar, mientras Juan entona una y otra vez canciones de primavera.

¿Y qué decir de Caifás? Continúa resentido. Noche a noche se oculta entre las sombras para disparar, con su honda, guijarros contra las estrellas que brillan más que él.

Pilatos sigue pidiendo a gritos una jofaina para lavarse las manos, después de haber entregado a los inocentes en los brazos de la muerte.

Todos estamos a la espera de que descienda el Pastor de los altos cerros, con su provisión de pan y agua y aceite para las lámparas apagadas y las heridas. Y cuando haya regresado, en cada mirada divisaremos mundos desconocidos; la higuera estéril, al pie del barranco, dará dulces higos; el Pastor hará resonar su caramillo, y el mundo se apaciguará; la luz luchará con las sombras y acabará venciénolas. Dios será una brisa en las tardes de estío. Llegará definitivamente el día de la siega, de la vendimia, de la boda y de la danza. Se abrirán las jaulas, las cadenas se romperán, se oxidarán las espadas y sólo

quedarán los arados sobre los campos dilatados. Y regresará para siempre la infancia a nuestros ojos, para poder contemplar al Padre vistiendo las margaritas del campo y alimentando a los gorriones del patio.

¡Ven, Señor Jesús!

Índice

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
1. Una larga noche	7	4. Los primeros pasos	95
Subir a Jerusalén	7	En el banquete de bodas	99
El drama de un adolescente	11	Una entrevista nocturna	104
El Pobre de Nazaret	15	Lo pusieron entre cadenas	110
Trabajando con sus manos	19	Una mujer junto al brocal del pozo	114
El libro	20	Antorcha azul	123
Entorno político	23	El camino hacia el lago	125
Sólo en la noche	26	Fases de la vida pública	128
En el final del abismo	29	5. El Pobre entre los pobres	131
Una historia monoteísta	32	La vía que va de la pobreza al amor	131
Del suspenso a la ternura	35	De aldea en aldea	134
Hacia el vértice del amor	38	En la sinagoga	138
2. Amanece en Galilea	43	Los secretos más íntimos	142
Un hombre en el desierto	44	Sin tiempo para comer	149
La incomprensión de los familiares	46	Entre la decepción y el desaliento	154
Despedida y bendición de la Madre	49	Expatriado	156
Caminando hacia el desierto	52	Las dudas del Bautista	163
Un encuentro memorable	57	Amó mucho porque se le perdonó mucho	167
“Yo no lo conocía” (Jn 1,33)	63	Discipulado	173
El Pobre entre los pecadores	65	La mujer y el discipulado	176
Jesús, ¿discípulo de Juan?	68	Los dichosos	178
Antes y después del Jordán	71	6. Confrontación	189
3. Bajo el sol de Satán	75	La revolución de la gratuidad	189
		Espías	192
		El poder y el perdón	194
		Las espigas de un tragal	197
		Adúltera	202
		Se estrecha el cerco	207
		¡Ay de vosotros!	213
		7. Jerusalén	217
		Fracaso y crisis	217
		El asunto de los panes	220
		Nuevo desierto	225
		Últimos días de Galilea	235
		Los motivos de la subida	242

Nadie ha hablado como este hombre	244
El Padre y yo somos una misma cosa	251
“Muera uno solo por el pueblo”	258
Sembrar y morir	261
Entrevista con Judas	263
Última subida	268
8. Consumación	273
La entrada mesiánica	273
La expulsión de los mercaderes	281
El misterio de Judas	287
Cena de despedida y noche de amor	292
Regalo de despedida	298
Un sueño de oro	302
La gran crisis y la alta fidelidad	306
En las manos enemigas	318
Ante el tribunal de la nación	322
Proceso civil	330
En las aguas profundas	343
Del Siervo Jesús al Señor Jesús	355
“El que ha venido”, “el que está viniendo”	357
Memoria	362
Maran Atha	363